

SILVIA CARRASCO

La noche que acaricié el frío polar



Copyright

EDICIONES KIWI, 2023
info@grupoedicioneskiwi.com
www.grupoedicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.



Primera edición, octubre 2023

© 2023 Silvia Carrasco
© ilustración de cubierta, its_evaart · Eva Fernández Almécija
© Ediciones Kiwi S.L.
Corrección: Mercedes Pacheco

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Capítulo 55](#)

[Capítulo 56](#)

[Capítulo 57](#)

[Capítulo 58](#)

[Capítulo 59](#)

[Capítulo 60](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

Para mis padres y mi hermana.
Gracias por confiar siempre en mí

Prólogo

Los aviones se vuelven borrosos. Entre el vaho de mi respiración y las lágrimas que se deslizan por mis ojos cada vez veo peor.

—¡Venga, Clara! Vamos a llegar tarde. Se va a ir el avión. Deja de mirar por la ventana.

—Ya voy, Luis. No seas tan impaciente.

Este hombre siempre va con prisas. Aún queda una hora para que comience el embarque.

Lo pienso y se me eriza la piel, porque no me quiero ir de aquí. No quiero que mi Erasmus en Finlandia termine. Han sido los mejores seis meses de mi vida y, además, he podido conocerlo.

—Venga, Clara. De verdad, te prometo que volveremos, pero ha llegado el momento de regresar.

Sonrío y le doy un beso tierno y cálido. Es cierto, es hora de cerrar este capítulo.

Cuando lleguemos a Madrid cogeré un avión hacia Málaga y Luis terminará Medicina en Santander. No me quiero separar de él.

Le doy la mano fuerte y me dejo guiar hasta la puerta de embarque. A las cinco despegamos del aeropuerto de Rovaniemi.

—¡Clara! ¡Observa las vistas! ¡Qué bonito! ¡Está todo nevado!

Miro por la ventana por última vez. Cojo aire y aprieto la mano de Luis.

—¿Crees que a Rosa le irá bien?

—Estoy seguro de ello.

—Voy a echarla mucho de menos. Es la primera vez que me enfrentaré a las clases de la universidad sin ella a mi lado.

—Piénsalo, si se queda aquí, tenemos un motivo estupendo para volver al Polo Norte.

Sonrío y asiento.

—Tienes razón.

Capítulo 1

Violeta

Todavía no me creo que acabe de aterrizar en Rovaniemi. Hace 25 años que mis padres dejaron esta ciudad, que terminaron sus meses de Erasmus. Desde entonces, nunca han dejado de hablarme sobre todo lo que significó Finlandia para ellos. Por eso, he decidido lanzarme y probar la experiencia de vivir aquí. Si para mis padres representó tanto y fue el lugar en el que creció su amor, tengo que descubrirlo.

He elegido venir a Rovaniemi porque me agobian las grandes ciudades y porque, a quién vamos a engañar, vivir en el círculo polar ártico tiene que ser una pasada. A pesar de que mi madre no está muy segura de que pueda aguantar las bajas temperaturas que llegarán dentro de un mes o de que pueda llegar a comprender el suomi, la lengua oficial en Finlandia. Espero que sirva el inglés.

También les preocupa que me pierda tras mi cámara y no observe bien la realidad. Puede decirse que ese es un defecto mío o, quizás, una virtud. Todo depende de cómo se miren las cosas.

Eso sí, a pesar de todas sus preocupaciones, siempre me han apoyado en todas las decisiones que he tomado a lo largo de mi vida. Incluso me han obligado a hacer cosas que en un principio no me habría visto capaz de realizar. Por ejemplo, me apuntaron por sorpresa durante primero de bachillerato a un concurso de tráileres cinematográficos. Había dos premios para los mejores tráileres que se realizaran y acabé ganando. También me dieron el empujoncito final para que me inscribiera en el grado superior de Comunicación y Cámara, en vez de en Medicina porque, aunque estaba decidida a seguir los pasos de mis padres, la sangre me aterra. Ellos querían que luchara para que mi trabajo fuese un *hobby*, que fuese algo que me encantara y, sin duda, eso es el mundo audiovisual.

Mi madre, Clara, dice que si no hubiera sido por sus padres nunca habría conocido a mi padre. Así que, está empeñada en que yo viva mi propia vida, persiguiendo la meta que me plazca.

Mientras salgo del avión pienso en lo afortunada que soy por tenerlos.

Por lo que aquí estoy. Acabo de terminar mi grado superior en Comunicación y Cámara y sé a ciencia cierta que este es el mejor momento de mi vida para viajar a Finlandia, y vivir mi propia experiencia, algo más de dos décadas después que mis padres.

He cursado el grado, en vez de la carrera, porque buscaba más la parte práctica. Además, no estoy demasiado de acuerdo con eso de que si no estudias una carrera no vas a llegar muy lejos. Pero bueno, eso es otro tema. Me he hecho la promesa de intentar pensar solo, y exclusivamente, en el presente. Quiero dejar que los acontecimientos se vayan desarrollando poco a poco. Aunque, a decir verdad, a quién voy a engañar.

«Violeta, sabes que tú necesitas tenerlo todo controlado», me digo.

No obstante, me esfuerzo por acallar la voz de mi cabeza porque esta vez sí lo voy a conseguir. Esta experiencia, dure lo que dure, merecerá la pena.



—¡Joder! ¡Qué frío!

Ya entiendo por qué mi madre está preocupada por las temperaturas que tendré que soportar en breve. Si esto no es frío, que venga un esquimal y me lo cuente. Estamos a principios de octubre y ya noto los dedos de las manos congelados. Incluso estoy empezando a dejar de sentir la nariz. Vale..., puede que sea un poco exagerada, pero estoy acostumbrada a las temperaturas de la Costa del Sol que suelen ser cálidas.

Saco con rapidez los guantes y el chaquetón que me ha comprado mi tía Rosa y me dispongo a coger un autobús al centro de la ciudad. Me he informado y está a solo diez kilómetros del aeropuerto.

En el autobús me reafirmo en el frío que hace. ¡El termómetro marca cuatro grados!

Durante el trayecto, me dedico a observar las carreteras y el paisaje que veo a mi alrededor. Me sorprende lo llano que es todo y el color tan bonito que tiene la atmósfera. Tan claro y brillante, sin tanta contaminación. Mañana iré a grabar y a hacer fotos. Tengo que aprovechar antes de que los días empiecen a hacerse más y más cortos, y solo haya penumbra.

Todavía no ha nevado, aunque según he mirado en el tiempo, la semana que viene comenzarán a danzar por el ambiente los copitos blancos. Por ahora, la carretera es muy salvaje o, al menos, lo es para mí. Está llena de pinos y más pinos. A Rovaniemi la rodean bastos y frondosos bosques. El marrón está en todas partes, pero, al mezclarlo con el azul del cielo, se forma una composición de colores preciosa. No puedo despegar mis ojos de la ventana del cristal y, al igual que me sucede a mí, veo muchas caras llenas de ilusión.

Llego al pequeño hostel en el que se encuentra la habitación que he reservado para las dos próximas semanas. Está situado cerca de la calle Rovakatu, una de las avenidas principales de la ciudad.

Cuando pasen las dos semanas, pensaré qué hacer. Espero haber podido encontrar algún trabajo en ese tiempo.

El hostel es muy bonito. Su interior está pintado de colores burdeos, con un suelo de madera y muchas alfombras. Además, tiene cuadros de renos, de nieve y de la aurora boreal. ¡Me muero por verla!

Levanto la vista hacia el mostrador y veo a una joven rubia que tendrá más o menos mi edad, de estatura media, con la tez muy blanquecina, unos ojos azules y una sonrisa preciosa.

—¡Hola! ¿En qué puedo ayudarte? —me pregunta en un perfecto inglés. Se debe de notar a leguas que no soy de aquí.

—Hola, tengo una habitación reservada para dos semanas —respondo también en inglés.

—Claro —me dice con una sonrisa—. ¿Cómo te llamas?

—Violeta Arriola —le contesto devolviéndole la sonrisa.

—Perfecto, tu habitación está en la última planta. Es una pequeña buhardilla. Espero que te sientas cómoda. Acompañame, por favor.

Le sigo por las escaleras. Me sorprende que no haya ascensor. Supongo que, si solo tiene tres plantas, no lo ven necesario.

En el último piso solo hay una puerta.

Al entrar, me impregno de un olor delicioso a bosque y madera.

Me quedo asombrada de lo bonita que es. Cuando la reservé, me gustó mucho, pero no me imaginaba que fuera a ser tan acogedora.

Lo primero que se ve, nada más entrar, es una cama bastante grande con muchos cojines en tonos blancos y grises, con imágenes de renos y osos polares. A la derecha, hay un pequeño armario y, justo al lado, un cuarto de baño con bañera y una luz azulada. A la izquierda, hay un escritorio pequeño, perfecto para usar mi portátil y mis libretas, y unas ventanitas que llegan hasta el techo. Y, enfrente de la cama, ¡hay una cocina! No es muy grande, pero tiene todo lo necesario. Además, el suelo está cubierto por alfombras y el color burdeos sigue empapando las paredes.

Sonrío y asiento con la cabeza.

—Muchas gracias. ¡Me encanta! —lo digo de verdad.

—De nada. Para cualquier cosa, estoy abajo. Disfruta estas vacaciones.

Cuando sale por la puerta, me tumbo en la cama y noto una sensación agradable en el pecho. Me siento tranquila y feliz por estar aquí; con muchas ganas de andar, fotografiar, grabar y empaparme del aura de esta ciudad. Además, espero que no solo sean unas vacaciones, sino que mi viaje se pueda alargar hasta... ¿quién sabe cuándo?

Capítulo 2

Violeta

Me levanto por la mañana llena de energía. Anoche llamé a mis padres y les conté que había llegado bien y que lo poco que había visto, me había gustado mucho. Les mandé algunas fotos de mi habitación y ellos me contaron qué tal habían pasado el día. A mi padre se le quebró la voz al despedirse. Dice que se siente reflejado en mí y que parece que los años han corrido para atrás. Ambos parecen estar casi más ilusionados que yo. Les prometí que les llamaría siempre que pudiera y que les mandaré muchas fotos.

Después de estar hablando durante algo más de una hora y mandarnos muchos besos, colgamos. Decidí darme un baño, que fue superrelajante.

Me encantó tirarme un rato en la bañera escuchando a Passenger; la canción de *Home* me tiene enamorada. Me apasiona la melodía y todo lo que me hace sentir, tan conectada a la tierra, con tantas ganas de vivir nuevas aventuras y de cuidar este planeta.



Bajo saltando las escaleras hasta llegar al portal, y allí me vuelvo a encontrar a la joven recepcionista que me mira sonriente.

—Buenos días, ¿podrías decirme dónde se encuentra el supermercado más cercano?

—Buenos días. Claro. Una vez que salgas, gira hacia la izquierda y luego todo recto. En esta misma calle hay un supermercado. Es el número tres, y está abierto hasta las once de la noche. Tienen productos frescos y locales. Si buscas algo más grande, dirígete hacia la derecha. La calle más grande de la ciudad está solo a seis manzanas.

—De acuerdo. Muchísimas gracias. Ten un buen día.

Ella me desea también un buen día y salgo por la puerta.

El frío me da de lleno en la cara y vuelvo a entrar con rapidez. ¡Será posible! ¡Cómo me he podido olvidar del chaquetón! Supongo que puede ser porque ayer mismo iba con una camiseta fina de media manga y hoy parezco un muñeco Michelin con el jersey, los guantes y el chaquetón.

Una vez que estoy preparada para afrontar estas gélidas temperaturas, me dirijo hacia el pequeño supermercado que me ha recomendado.

Compro leche y algunas frutas, como las frambuesas y las moras árticas, porque la dependienta me ha dicho que ya mismo no habrá. Además, incluyo varias tabletas de chocolate. ¡Adoro el chocolate! ¡Qué se le va a hacer! Es mi adicción. También voy directa a la minisección de congelados. Aunque me proponga comer sano, cocinar no es mi fuerte y adoro comer, así que por el momento de algo tendré que alimentarme.

Después de desayunar y llevar la compra de vuelta a mi habitación, me paso el día recorriendo Rovaniemi.

Es una ciudad bastante moderna porque, después de la Segunda Guerra Mundial, quedó casi destruida y tuvieron que reconstruirla, aunque conserva la belleza, la cultura y el misticismo de

un país nórdico. Está rodeada por los ríos Kemijok y Ounasjoki, y es conocida, sobre todo, por ser la tierra oficial de Santa Claus. Para una amante de la Navidad como yo, visitar este lugar me hincha el pecho de emoción.

No es una ciudad tan pequeña como pensaba que sería. Tiene sesenta mil habitantes. Además, hay una gran cantidad de actividades para hacer por la zona, aunque las que tengo más ganas de realizar son de invierno y, puesto que tengo que ahorrar mientras encuentro algún trabajo, me dedico a caminar durante todo el día.

Algunas calles son bastante anchas y están llenas de edificios muy modernos.

Me paso horas observando y grabando a las personas que caminan por ellas, y los recovecos y vaivenes que poseen. Además, me pierdo en las mezclas de colores que forman las luces naturales de esta ciudad con las de los coches, las tiendas o las personas, creando verdaderas obras de arte en los rostros, los cuerpos o las paredes de los edificios. Descubro el puente Jätkänkynttilä, por el que se entra en la ciudad vía terrestre, y me gusta tanto que he estado una hora fotografiándolo sin parar, buscando el ángulo perfecto.

Ahora mismo, el río Kemijok, que es atravesado por el puente, está lleno de agua, pero pronto empezará a congelarse. Me han explicado que durante el invierno se puede patinar por él e, incluso, los coches pasan para dirigirse de un lado al otro de la ciudad.

Es un río inmensamente grande. No encuentro su final, por más que lo recorro. Me transmite muchísima paz.

Después de llevar andando toda la mañana y buena parte de la tarde, entro en una pequeña cafetería que encuentro cerca de mi hostel. Ya ni la ropa que llevo me libra de este frío. Creo que es la cafetería más bonita que he visto en toda mi vida. Se llama Koti.

Busco con rapidez esta palabra en internet, para descubrir que, cómo no, tiene un significado que le viene como anillo al dedo: hogar.

Está decorada con colores verdosos y rojizos. Nada más entrar se puede ver una cristallera llena de dulces que huelen delicioso. Tengo que pararme un momento para poder distinguir cada olor en sí. Hay una gran cantidad de dulces con aromas a frutas, a chocolate, a vainilla, a limón, a canela; también están las sesiones de hojaldres, tartas y la de comida salada.

Los asientos son de color verde pino, con mesas de color rojo oscuro. Todo muestra un ambiente muy navideño. Las paredes están decoradas con fotografías de personas en distintos rincones de la ciudad, dándole un precioso toque de humanidad, y, a pesar de que está bastante concurrida, apenas se oye ruido.

Me encanta ver los labios de las personas moviéndose y emitiendo palabras, pero no poder oírlas, porque el tono de la voz no me lo permite. Es igual que cuando grabo con mi cámara: muchas veces capto la imagen, pero no el sonido. Dejo que cada cual le ponga la banda sonora que le apetezca para esa grabación. Y, ahora mismo, estoy haciendo eso, creando mi propia banda, imaginándome qué dice cada individuo.

De fondo, tienen puesta música finlandesa y, aunque no entiendo nada, me gusta como suena.

Decido sentarme y ver todas las fotografías que he hecho hoy. Me pido un dulce de chocolate y un té de frutas del bosque.

Las horas se me pasan volando. No me doy cuenta de lo tarde que se me ha hecho hasta que la dependienta me dice que van a cerrar.

Nada más salir por la puerta, sé sin ninguna duda que voy a pasar muchas horas en ella, trabajando en mis vídeos, en mis fotografías, pintando o viendo alguna serie. Me encanta todo

aquello que esté relacionado con la fotografía, los colores, las personas y la humanidad. Me gusta ser una persona creativa. Si me dedicara a seguir patrones y no poder inventarme ni crear nada, estaría tirándome de los pelos constantemente.

Me considero una chica risueña, alegre y un poco tímida. Me cuesta mucho dar el primer paso para acercarme a los demás. Me siento más a gusto tras la lente de una cámara que frente a una persona, a pesar de que mi madre siempre repite que soy una persona muy humana y empática.

Es cierto que se me da de cine ponerme en el lugar de los demás, tanto que a veces tengo que encerrarme en mí misma, si no quiero sufrir cada minuto por todos los males que existen en este mundo. Sin embargo, no tengo tantos amigos como me gustaría; por no decir que apenas ninguno. Son más bien conocidos; personas por las que me preocupo o ayudo, pero que, al día siguiente, no vuelvo a ver.

Aunque, he de decir que la soledad no me asusta porque, al ponerme detrás de una cámara y grabar todo lo que hay a mi alrededor, siempre me siento acompañada.

También me gusta la aventura. Hacer y ver cosas nuevas. Superarme. No dejar que mis miedos me arrastren. Elegir y dirigir mi vida. Ser independiente. Pronunciar más veces un sí que un no.

Vuelvo a mi habitación reventada por el día tan intenso que he tenido y caliento una tortilla que he comprado esta mañana.

«Empezamos mal, Violeta. Primera cena y ya es comida rápida», me regaño a mí misma.

Caigo en la cama rendida y le mando algunos mensajes y fotos a mis padres, y a mi tía Rosa.



Hoy es viernes. Ya llevo cinco días aquí y cada día me siento más enamorada de esta ciudad.

Por las mañanas me he dedicado a visitar lugares, y a caminar por Rovaniemi. He estado en el museo de ciencias Arktikum, en el que se cuenta la historia del norte. Se exhibe de un modo interactivo exposiciones relacionadas con los bosques nórdicos y se hacen investigaciones sobre el Ártico. Incluso tiene un simulador de aurora boreal que, honestamente, no he querido probar porque espero estar aquí el tiempo suficiente como para verlas con mis propios ojos.

He pasado muchas horas en la cafetería Koti, editando un vídeo de estos primeros días en Rovaniemi y viendo la serie noruega *Skam*. Había decidido ver alguna serie que se desarrollara en un país nórdico, y me habían hablado muy bien de esta.

También he paseado en canoa por los ríos de la ciudad y he visto como, en solo cuatro días, las noches van dilatándose y los días se encogen más y más.

En estos días he tenido el sol más presente que nunca, y me parece increíble lo que puede hacer esta gran estrella, cómo consigue cambiar el humor de las personas, los horarios y la forma de vivir.

Y..., ya no sé qué hacer hoy.

Todavía me quedan muchísimas actividades por probar.

Me muero por conducir motos de nieve, pero aún no hay nieve. Quiero probar las saunas y bañarme en los lagos helados, pero sola y con poco dinero no me apetece. También estoy deseando ver renos o huskies, pero aún no tuve esa suerte.

Bajo al rellano del hostel y me vuelvo a encontrar a la joven recepcionista. No ha habido ni un día en el que no me haya sonreído.

Me acerco a ella y le pregunto si me puede ayudar a hacer algún plan económico y diferente para el día de hoy.

—¿En qué estás pensando? —me pregunta, dispuesta a ayudarme.

—No lo sé —respondo dubitativa—. He paseado por la ciudad todos estos días. Ahora me gustaría alguna experiencia nueva, que se salga de lo *turista*. Algo que harías tú un fin de semana.

—Pues has tenido suerte. Esta tarde voy con un par de amigos al norte de la ciudad, cerca del río. En la parte que ya está congelada. ¿Te apetece venir?

Me sorprendo por un instante, y pienso que una vuelta por la ciudad al río, otra vez, no tiene nada de novedoso. Sin embargo, el hecho de que me haya invitado con sus amigos me hace sonreír y no dudo mucho más.

—Sí, por supuesto —le contesto con una sonrisa cálida—. Muchas gracias por invitarme.

—De nada —me responde con su amplia sonrisa, a la que ya me estoy acostumbrando—. Me llamo Heli. Nos vemos a las cuatro y media aquí abajo. Seguro que nos lo pasamos bien.

—De acuerdo. Hasta luego —digo mientras comienzo a subir hasta mi habitación. Tengo una sonrisa de oreja a oreja ¡Tengo planes con lapones!

Capítulo 3

Violeta

Me pongo unos vaqueros negros, a juego con mi pelo color azabache y liso, un jersey violeta y unos guantes blancos, a conjunto con el gorro. También llevo mis botas altas negras, pero no tienen pelito y espero que el frío de la noche no me congele los pies.

Nada más bajar las escaleras, me encuentro a Heli. Está preciosa. Lleva el pelo rubio suelto y le cae por toda la espalda. Unos vaqueros ceñidos y un chaquetón marrón de piel sintética, a juego con sus botas.

Al verlas, me muero de envidia. Están llenas de pelo blanco por dentro. ¡Necesito unas así!

—¿Dónde te has comprado esas botas? Necesito ir a comprar ropa más calentita. Aquí las temperaturas bajan que da vértigo —le comento mientras vamos caminando. Me encanta cómo, en este país, las personas suelen ir caminando o en bicicleta a sus destinos, en vez de contaminar tanto con los vehículos.

—Pues espérate a que empiece noviembre y llegue diciembre. Hay muchas tiendas donde las venden. Si quieres podemos ir algún día juntas. ¿Cuánto tiempo piensas quedarte por aquí?

—Con sinceridad, no lo sé. No tengo billete de vuelta. He venido porque en Finlandia se conocieron mis padres y, en mi interior, sentía que tenía que venir a este país. En concreto a Rovaniemi. Supongo que me iré cuando encuentre lo que sea que mi corazón me está diciendo que tengo que hallar.

—Claro. Es solo que es extraño que una chica joven como tú se venga una larga temporada aquí. No me malinterpretes, Rovaniemi está lleno de turistas de todas las edades, pero suelen venir una o dos semanas como mucho. Después, regresan a sus países cálidos y llenos de vida. Por cierto, ¿de dónde eres?

—Soy española. Vivo en una ciudad que se encuentra al sur de la península. En Málaga.

—España... Ojalá pueda ir algún día. Es un destino tan cálido.

—Pues si vienes, estaría encantada de enseñarte mi ciudad. Aunque, aquí también vive gente joven, ¿no? ¿Cuántos años tienes tú? Y hay erasmus, y tal, ¿no? La verdad es que no he visto demasiados extranjeros solitarios como yo —le comento mientras me froto las manos para dejar de tener frío—. Quiero intentar vivir al máximo esta experiencia y que, al regresar a España, cierre los ojos y sonría sin parar recordando estos días, semanas o meses. Cuando llegue la hora de volver lo sabré —le aseguro sonriendo.

—Yo tengo veinticuatro años. Por supuesto que viven jóvenes. Un montón, pero hemos nacido aquí y estamos acostumbrados. Esta ciudad es mágica y me alegra mucho que quieras descubrirla hasta el fondo. Te intentaré ayudar en todo lo que pueda. Espero que mis amigos colaboren —añade un tanto nerviosa—. Ya hemos llegado.

Alzo la cabeza para mirar al frente y me encuentro con dos chicos muy parecidos entre sí, aunque sus miradas son completamente diferentes.

El primero en el que me fijo está vestido con un traje de buzo negro que le cubre desde los tobillos hasta el cuello. Esto me descoloca totalmente. ¡El río está helado en esta zona! Y a mí

nadie me había dicho que íbamos a bucear o algo por el estilo.

Es tremendamente alto o, quizás, yo soy tremendamente bajita, pero me apuesto lo que sea a que llega al metro noventa. Tiene unas piernas fibrosas y está delgado. Su pelo es rubio claro, casi blanco, y lo lleva corto. Sus ojos, sin embargo, son negros como una noche sin estrellas. Son los primeros ojos oscuros que veo desde que aterricé aquí y, por un momento, no puedo dejar de mirarlos. Sus labios son carnosos y tiene un perfil bien definido. Pero, sin ninguna duda, lo que más me gusta de todo es su sonrisa. Una sonrisa amplia, sincera y verdadera al mirar a Heli y..., al reparar en mí, noto que permanece unos segundos de más observándome.

Empiezo a ponerme nerviosa. Estoy segura de que ya tendré mis mejillas rosadas, por lo que decido fijarme en el otro chico.

Este es alto también, aunque unos centímetros más bajo que el anterior. Lleva unos vaqueros claros y una sudadera verde, a juego con sus ojos. Porque sí, tiene unos ojos verdes preciosos y el pelo rubio igual que el anterior, pero más corto todavía. También está sonriéndonos.

Me doy cuenta de que no aparta la vista de Heli, y, un segundo después, están besándose.

Sonríó, porque supongo que, el chico menos alto y con ojazos verdes, es su novio y el otro será ¿su amigo? ¿El hermano del anterior? ¿Su primo...? Quién sabe.

Heli se gira hacia mí y me indica con la mano que me acerque hasta ellos.

—Violeta, estos son mis amigos. Él es Onni, mi mejor amigo y mi novio, como habrás podido comprobar. Y este es Kaarle. Es el mejor amigo de Onni y al que consideramos casi nuestro hermano.

—Encantada de conoceros —les digo asintiendo con la cabeza.

—Chicos, esta es Violeta, la joven de la que os hablé. Viene de España —anuncia con lentitud— y piensa quedarse aquí más días de lo que yo creía. Así que sed amables —les dice, mirando sobre todo a Kaarle.

Al fijar mi vista en él, veo que ha perdido todo rastro de esa sonrisa tan bonita que le había visto nada más llegar y que su mirada se ha vuelto más oscura. Además, ha arrugado su entrecejo al fruncir el ceño y cerrar la mandíbula.

No entiendo nada. No sé qué ha podido pasar para que su expresión cambie tan repentinamente, pero decido seguir mostrando amabilidad y me acerco a ellos para darles dos besos.

Onni me responde al saludo, aunque se sorprende un poco y baja su mirada hacia mí.

—Encantado de conocerte, Violeta. Heli me ha dicho que llevas aquí cinco días y que no has parado apenas por el hostel.

—Igualmente, Onni. Sí, es que me apetecía mucho pasear y descubrir esta ciudad.

Este asiente y, a continuación, me giro hacia Kaarle para saludarlo. Cuando estoy poniéndome de puntillas para darle dos besos, se aleja un paso.

—Aquí no vamos regalando besos a desconocidos —comenta en un perfecto inglés, y con un tono de voz cargado de dureza.

—¡Ups! Tienes toda la razón. Lo siento mucho. —Intento que no se note que sus palabras me han molestado un poco. Puede decirme eso sin parecer tan borde.

Me coge mi mano derecha y me la aprieta durante unos segundos mirándome fijamente a los ojos. Agacho la mirada, porque me está intimidando demasiado.

—Bienvenida, Violeta. Espero que lo que sea que hayas venido a hacer aquí termine rápido. Está claro que no se te ha perdido nada en Rovaniemi.

La manera en la que pronuncia mi nombre, sílaba a sílaba, mientras me sigue apretando la mano, me produce escalofríos.

Decido apartarme con rapidez y, sinceramente, no contesto. ¿Para qué? Está claro que, por alguna razón, no le gusto. Si nuestra tarde continúa de este modo, no me lo volveré a encontrar. No pienso permitir que me traten de un modo tan condescendiente.

No me gusta dar explicaciones de mi vida a personas que no se interesan por ella. Si él piensa que no se me ha perdido nada por aquí, estupendo. Puede sacar sus propias conclusiones. Yo tengo muy claro que quiero estar en esta ciudad.

Me quedo parada de pie, sin saber qué más hacer, deseando que se rompa este momento incómodo que se ha producido.

Heli me mira y, de repente, empieza a explicarme qué estamos haciendo en este sitio. El nudo que se había formado en mi pecho va disminuyendo a medida que la voy escuchando hablar y, cuando termina, ya vuelvo a sentirme bien.

Hemos venido aquí porque Kaarle va a practicar buceo bajo agua helada. En noviembre comenzarán las primeras competiciones y quiere ir practicando antes.

Mientras él está buceando, Heli y Onni suelen hallarse cerca por si necesita ayuda en algún momento. Es un deporte que implica un alto nivel de riesgo, si no sabes hacerlo o si algo sale mal.

Después de que Kaarle esté sumergido unos diez minutos bajo el hielo aguantando y mejorando los ritmos en la respiración, vamos a ir a cenar a un pequeño restaurante que hay por aquí cerca. Heli cree que sería una buena idea que pruebe la carne de reno, comida típica de aquí, y, aunque al pensarlo se me ha revuelto un poco el estómago, decido ser amable y le indico que lo intentaré. Espero que esté rica.

Me vuelvo a sorprender por tercera o cuarta vez hoy al descubrir qué tipo de deporte practica Kaarle. Primero, porque nunca en mi vida lo había escuchado; segundo, porque hay que tener ganas de meterse en agua helada, por mucho traje de neopreno que lleves, y, tercero, porque parece peligroso, de verdad.

Miro atenta a los tres para ver cómo ayudan a Kaarle, comprobando la bomba de oxígeno, y observo cómo este termina con su cuerpo cubierto por completo con una especie de guantes, calcetines y un gorro extraño. Todo es muy nuevo para mí. No obstante, lo que más me impacta es el pellizco que siento en el pecho cuando veo a Kaarle zambullirse en el agua tras haber roto con un serrucho un trozo triangular de hielo. ¡Un serrucho! También ata una cuerda bastante gruesa a la superficie.

Veo que Heli y Onni están muy atentos al agua, y cómo entrelazan sus manos. Se transmiten todo lo que sienten con sus miradas y sus sonrisas.

Ojalá conozca a un chico que me mire con tanta ternura algún día.

Decido acercarme un poco a ellos y empezar una conversación. Quiero hacerles muchas preguntas, pero empiezo por la que más me llama la atención:

—Chicos, veo que todos tenéis nombres finlandeses. ¿Tienen algún significado en especial? Son muy bonitos los tres.

Onni me sonrío y asiente.

—El mío significa felicidad y el de Heli, antorcha, que brilla con luz propia.

—Guau..., os vienen que ni pintado. ¡Qué acierto tuvieron vuestros padres al elegirlos!

—Muchas gracias —dice Heli riéndose.

—Y..., ¿Kaarle también tiene algún significado bonito?

Ambos se miran, y es Onni quien abre la boca para contestar:

—Kaarle significa fuerte, guerrero.

—Ahh... —Me quedo sin saber qué decir, y termino soltando lo primero que se me pasa por la cabeza—. Pues por lo poco que he conocido de él en esta media hora, creo que también le viene como anillo al dedo. Por cierto, ¿sabéis si he hecho algo malo? Cuando hemos llegado, tenía una expresión relajada y divertida, pero, cuando me has presentado, se ha puesto de morros.

—No te preocupes Violeta. Kaarle es un gran chico, pero le cuesta confiar mucho en los demás y abrirse a ellos. No tiene ningún problema contigo. Cuando te vaya conociendo mejor, mostrará su encanto natural. Dale algo de tiempo —me indica Heli.

No estoy muy segura de ello, aunque decido asentir. Ya no sé qué más decirles. No dejan de estar atentos al interior del agua, de la que salen burbujitas cada segundo, pero nada más. Es una sensación un poco apabullante pensar que hay una persona justo ahí abajo.

Tras unos segundos decido sacar mi cámara y, aunque me regaño a mí misma porque me había propuesto sociabilizar hoy y no grabar nada, me siento mucho mejor y más tranquila.

Comienzo a grabar la zona, los edificios, a Heli y a Onni, al río y las burbujitas que tiene, por lo que, cuando Kaarle sale de repente, me asusto un poco al verlo tras mi objetivo.

Con rapidez, guardo la cámara, porque tengo la sensación de que no le gustaría nada verse en mis grabaciones, y presto atención a cómo sale del agua y cómo le ayudan.

Kaarle está tiritando y esos ojazos negros parecen congelados.

Al instante, le echan muchas mantas por encima y le dan una bebida caliente. Cuando ha pasado un tiempo, veo cómo se monta en la parte trasera de una camioneta. Esta es de color negro y tiene unas ruedas enormes, además de los cristales tintados.

Al cabo de unos diez minutos, Kaarle sale del coche y parece como si nunca hubiera estado viviendo bajo una gran capa de hielo.

—Vente, Violeta. Vamos a cenar. El restaurante al que te vamos a llevar está solo a cinco minutos andando desde aquí. Es uno de nuestros preferidos —anuncia Heli—. Te va a encantar, ya verás.

—De acuerdo.

Veo como empiezan a hablar mientras van caminando. Entre los tres se ve que hay una buena conexión. Heli va en medio de ambos y, aunque Onni no le suelta la mano, a Kaarle se le ve totalmente integrado.

Yo, sin embargo, me quedo rezagada pensando en la cantidad de preguntas que me gustaría hacerles sobre el deporte que practica Kaarle, pero me da la sensación de que no le va a resultar agradable contestarme.

Decido ir fotografiando lo que tengo a mi alrededor mientras voy caminando. Las fotos en movimiento también tienen su esencia.

Capítulo 4

Kaarle

—¡Tachán! Ya estamos. Bienvenida a uno de los mejores sitios en los que degustar la comida finlandesa —le dice Onni a Violeta, riéndose.

Onni ya ha demostrado su encanto natural con esta chica. A veces lo envidio, porque no tiene ningún problema en entablar relación con los desconocidos, y confiar en los demás, a la primera de cambio. ¿Por qué mis amigos tienen que ser tan jodidamente simpáticos y buenos?

Miro a la chica que parece bastante nerviosa.

—Vale, vale... Veamos si tenéis razón y está tan buena. Me voy a dejar aconsejar por vosotros, por lo que más os vale acertar —comenta con tono de broma, aunque creo de verdad que deberíamos aconsejarle platos que suelen gustar a los demás. Quizás la carne de reno para la primera vez no es buena idea.

De todas formas, no pienso opinar. No pienso hablar más de lo necesario.

—Siéntate a mi lado, Violeta. Desde aquí puedes ver cómo la noche se va poniendo más oscura y las estrellas comienzan a brillar —le indica Heli.

Y claro, no podía ser de otro modo, al sentarse al lado de Heli, la tengo enfrente. Habría preferido que estuviera al lado, porque así, inevitablemente, tendremos que cruzar alguna mirada. La suya es demasiado atrayente, clara y suave.

Violeta tiene el pelo largo, muy largo. Le llega hasta el final de su espalda, aunque es bastante bajita. Sé que soy alto, pero esta chica no debe de medir más de un metro y medio. Sin embargo, me gusta. En cierto modo, resulta tierno.

Su pelo es del mismo tono que mis ojos negros. Es de tono azabache, muy oscuro y liso. Su flequillo, en forma de cascada, me llama la atención porque le oculta sus ojos. Tiene los ojos más grandes y claros que he visto nunca, y mira que aquí hay personas con ojos claros. Su tono azul transparente hace que parezcan el espejo del mundo. A través de ellos puedes perderte demasiado rápido, y eso no me gusta. Sus pestañas también son largas, y su nariz es pequeña y un poco puntiaguda al final. Tiene una sonrisa preciosa, tan grande como sus ojos, con unos dientes blancos y rectos. Y unos mofletes bastante gordos y marcados en su rostro ovalado.

No puedo negar que su físico me atrae. Me llama la atención.

—Violeta, ¿qué te parece como entrante un pan de queso que se llama leipäjuusto?

—Me quedo con que es un pan de queso, y me gusta el queso. Si tengo que aprenderme el nombre, estáis apañados.

Onni y Heli se ríen a la vez.

—Vale. Luego, como te dijimos, de plato principal carne de reno, también llamado poronkärstys, y de postre las moras árticas.

—Me parece perfecto. Me gusta mucho el queso y la fruta. De hecho, he comprado moras árticas y me han encantado. Así, si no me gusta mucho el «poroncaritis», puedo comer lo demás.

Escucharla pronunciar el nombre del plato hace reír a Heli y a Onni a carcajadas. A mí, por desgracia, se me escapa un amago de sonrisa que Violeta ve. Parece alegrarse al mirarme.

—Y, bueno, ¿se puede saber qué hace una chica como tú, sola, pérdida en mitad del círculo polar? —decido preguntar. La verdad es que me tiene intrigado.

Violeta parece nerviosa de nuevo, y se pone firme, dispuesta a contestarme. Quizás va a hablar largo y tendido, más de lo que esperaba.

—He terminado todos mis estudios en España y quería venir al país en el que se conocieron y se enamoraron mis padres. No tengo ninguna responsabilidad allí, así que era el mejor momento para viajar a Finlandia. Si fue tan importante para ellos esta parte del mundo, espero que para mí también signifique algo. Por eso, estoy aquí y no sé cuándo me marcharé. —Tiene las mejillas coloradas y las manos, en forma de puños, apretadas. Parece haberse quedado a gusto.

—¿Y de qué piensas vivir?

Baja su mirada y se oculta bajo el flequillo. Ahora parece decepcionada y no sé por qué. ¿Acaso no ha pensado en lo necesario que es ganar dinero?

—Aún no lo sé. Quiero buscar trabajo. Iba a ponerme con ello a partir de mañana. Si a Heli le parece bien, alquilaría la habitación en el hostel cada semana o cada mes. No lo sé. Estoy intentando vivir el presente —responde pareciendo segura, aunque a mí no me engaña. Está incómoda y, a pesar de que debería decirle que no se preocupe, decido no hablar más.

Onni me mira frunciendo el ceño. Parece enfadado. Comienza a hablar y me entran ganas de levantarme para sacarlo del restaurante. ¿Qué hace? Él sabe el porqué de mi actitud. Sabe que no tengo más opción. ¿Cómo puede proponerlo siquiera?

—Pues..., Kaarle y yo tenemos una empresa de alquiler y excursiones de motos de nieve. Ahora empieza la temporada más fuerte y estamos buscando una persona que nos ayude con los clientes, las cuentas, la limpieza de las motos.

—¡Ni hablar! —respondo fulminándolo con la mirada.

—Kaarle, no te lo tomes a mal, pero sabes que necesitamos a alguien y, si es de confianza, mejor. Por ahora, Heli solo nos ha dicho cosas buenas de ti —dice Onni, volviendo a dirigir su mirada a Violeta—, y tú estás buscando trabajo. Sería la fórmula perfecta.

—Pero si acaba de decir que no sabe cuánto tiempo va a estar aquí. ¿Y si un día decide irse y nos deja colgados? Sabes que esta empresa es lo que mantiene a nuestras familias —protesto mirando ahora a Heli que se encoge de hombros. ¿Se puede saber qué mosca les ha picado a estos dos?

La camarera llega con la comida y se termina la conversación.

Violeta no se ha pronunciado.

Cuando Onni le propuso la idea pareció alegrarse, pero desde que yo me quejé, empezó a removerse incómoda en el asiento y terminó yéndose al baño.

Capítulo 5

Violeta

La comida está muy buena. Incluso la carne me ha gustado. Se parece bastante a la de vaca, la verdad. El pan de queso estaba supersabroso, y la fruta, es fruta. ¡Qué más puedo decir sobre ella!

Pero, el hecho de tener el estómago más cerrado que un candado, no me ha ayudado a degustar los platos con tanta ilusión como tenía al principio.

El resto de la velada pasa sin más conversaciones bruscas. Ellos no paran de hablar —en inglés, para que los entienda— del deporte de Kaarle y de los planes que tienen para principios de noviembre. Se van a ir a visitar un paraje natural, cuyo nombre no recuerdo, y, aunque habría sido bonito que me invitaran, no sé si seguiré aquí.

De todos modos, aunque siguiese, con Kaarle no creo que vaya a ir a muchos sitios más.

A mitad de la comida le han llamado por teléfono y he visto cómo se iluminaba la pantalla al mismo tiempo que su cara al ver el nombre.

Kaarle ha salido del restaurante con la misma sonrisa con la que lo vi esta tarde antes de conocerme. Este pequeño gesto me ha hecho sentir incómoda, y que estoy en un lugar incorrecto.

Cuando terminamos de comer, nos llevan a Heli y a mí al hostel.

Me despido de los tres y les doy las gracias por todo. Especialmente a Heli y a Onni.

Comienzo a subir las escaleras y una lágrima se me escapa. Habría sido bonito encontrar un grupo de amigos así en la otra punta de Europa.



He estado todo el fin de semana buscando trabajo. Pateando la ciudad de norte a sur y de este a oeste, pero me piden un alto nivel de inglés, y aún no lo tengo.

Me encantaría trabajar en algunos de los museos que tiene esta ciudad o en alguna de las tiendas cuquis que venden *souvenirs* de Finlandia.

No obstante, tras todos los rechazos que he recibido y contando que el viernes que viene termina la reserva de mi buhardilla, hoy me he dispuesto a ir de bar en bar buscando trabajo como camarera.

Nunca he trabajado en un bar ni en un restaurante. No sé servir mesas, y menos aún cocinar, pero la necesidad apremia y tengo que empezar a ganar dinero porque quiero seguir viviendo aquí.

Me visto con una falda vaquera y unos leotardos marrones. Me pongo un jersey burdeos y mi chaquetón negro. Ayer salió un poco el sol y me sobraron los guantes, y las orejeras, por lo que decido dejarlos hoy en casa.

Al bajar las escaleras, me encuentro con Heli. Desde el viernes por la noche no la he vuelto a ver. He llegado a la conclusión de que los fines de semana descansa.

—Hola, Violeta. ¿Cómo estás?

—Hola, Heli. Muy bien, gracias. ¿Y tú?

—Muy bien, también. ¿Adónde vas esta mañana? No paras. Solo son las ocho.

—Voy a ver si encuentro algún trabajo. Llevo todo el fin de semana buscando, pero nada. Estoy empezando a exasperarme. Quiero seguir en la ciudad y en tu buhardilla.

Heli mira hacia abajo y, por primera vez, la veo perder la sonrisa.

—Esto... Ehh... Violeta, lo siento mucho. Por cómo te trató Kaarle, y por no querer que trabajes con él. Es un buen chico. Te lo prometo. Pero no ha tenido una vida fácil... Intentaré hablar con él de nuevo —me dice recuperando un atisbo de su sonrisa.

Después de las palabras de Heli, me entra más curiosidad por saber qué le ha sucedido a Kaarle. Ya sabía yo que su comportamiento debía tener alguna explicación.

Sin embargo, decido no preguntar. Al fin y al cabo, no me incumbe.

—Tranquila. De verdad, no hace falta. Aún tengo cuatro días. Alguien en esta ciudad necesitará un empleado, ¿no? Me voy ya, Heli. Nos vemos luego.

—Hasta luego, Violeta. Ten un buen día.

Me sorprende dándome un abrazo cálido, que me da fuerzas y me recuerda que al menos una persona en este punto escondido del mundo se preocupa por mí.



Entro por la puerta de Koti y me siento en una mesa que está casi al fondo. Desde ella, puedo apreciar que la ciudad se encuentra prácticamente vestida de negro.

Me pido un chocolate caliente y una porción de tarta de queso. ¡Necesito azúcar y energía! Estoy agotada.

Una vez que me acomodo, saco mi portátil y decido seguir editando el vídeo de estos días. Hoy me toca el viernes, y me sorprende al ver la «cara» de Kaarle salir en mis vídeos. Cara, por no decir ojos con gafas de bucear, gorro, bombona de oxígeno... En fin, que lo que menos veo es su cara.

No sé qué habré hecho para no caerle bien.

Intento repasar cada segundo desde que me vio de lejos hasta que fui a saludarle.

¿Habré sido un poco maleducada al intentar un acercamiento tan «íntimo» para él? Aunque, vamos..., son dos simples besos. ¿Me habrá visto como un estorbo en su tarde con amigos? ¿No querría que supiera que va a entrenar por si se lo digo a la competencia?

«Violeta, deja de pensar en que la culpable has sido tú. Convéncete de que hay personas muy extrañas y antipáticas en el mundo o personas que lo han pasado mal o... No sé», me digo, regañándome a mí misma.

Da igual la de veces que le dedique tiempo al asunto. Nunca hallo una respuesta con sentido.

Sigo montando mi vídeo.

Lo disfruto tanto que, poco a poco, una felicidad vuelve a inundarme el pecho. No importa que algunas personas no me quieran aquí. No importa que esté lejos de mi familia o de mi casa. Tampoco pasa nada si no he encontrado trabajo hoy. Me quedan cuatro días más, y era muy de esperar.

He estado en nueve restaurantes. En tres necesitaban personal, pero, al hacerme una entrevista, se han dado cuenta de que apenas sé nada de la cocina finlandesa. Ni de cocinar o servir platos.

Resumiendo: sería más un estorbo que una ayuda.

Sin embargo, en este mismo momento, nada de eso me importa. Estoy sentada en una

cafetería cuyo nombre significa hogar, editando un vídeo lleno de lugares mágicos, que comienzan a tener un gran significado en mi vida. Sonríó al pensarlo, y sigo disfrutando de este ratito.

No sé cuánto rato llevo enfrascada en la edición, pero, de repente, una mano se posa en mi hombro derecho y, al girarme, me encuentro con esos ojos de color azabache, llenos de frialdad.

—¿Cómo puedes tener el pelo tan oscuro y los ojos tan azules y transparentes? —me pregunta fijando sus pupilas en las mías.

Me encojo y, por un momento, no sé qué decir. Aunque al segundo tengo una respuesta que creo que es lo suficientemente buena para la pregunta que me ha hecho:

—¿Y tú? ¿Cómo puedes tener unos ojos tan oscuros y ser tan rubio?

Su expresión cambia y noto la sorpresa en su rostro. No se esperaba mi respuesta.

«Bien hecho, Violeta», me felicito.

Se sienta en la silla que tengo enfrente y vuelve a observarme fijamente.

—Mañana a las nueve de la mañana te espero en la puerta del hostel. Trabajarás de diez a cinco, de lunes a viernes. Tendrás media hora para almorzar a las doce. Podemos pagarte como prefieras. Cada semana o cada mes. Por eso de que no sabes cuánto tiempo vas a quedarte. Considérate afortunada. Me apuesto lo que sea que no tienes ni idea de un negocio de motos de nieve y de que vas a necesitar demasiada ayuda —me informa sin dejar de tener el ceño fruncido. No hay duda de que la idea no le gusta nada en absoluto.

Ahora sí que me ha sorprendido y seguro que mi cara de *shock* lo refleja, pero no me dejo intimidar.

—Primero de todo, ¿cómo me has encontrado? Segundo, ¡no! No voy a trabajar en vuestro negocio. De todas formas, muchas gracias. —Quiero ser educada porque, al fin y al cabo, me lo ha propuesto.

El asombro está ahora reflejado en su cara y presiento que la conversación se va a basar en dejar sin palabras durante unos segundos al otro.

—¿Cómo qué no? —responde irritado.

A este hombre no hay quien lo entienda. Se enfada por proponerme trabajar con él y por rechazar su oferta. ¡Por Dios, qué se aclare de una vez!

—No pienso ser una molestia para nadie, como has insinuado. Además, no quiero estar cerca de personas que se nota a leguas que no me quieren a su lado —le digo con lentitud y fijando los ojos en los de él—. Muchas gracias por la oferta. Dile a Heli que encontraré algún trabajo, que no se moleste. Te repito, ¿cómo me has encontrado?

—Resulta que has decidido pasar las tardes en mi cafetería preferida de toda la ciudad —responde, dándole énfasis al «mi»—. Suelo venir un rato después de terminar el trabajo. Me relajo y me dedico un poco de tiempo a mí mismo leyendo algún libro o buscando en internet vídeos sobre el buceo bajo el hielo, o bien sigo con las cuentas de la empresa.

—¿Qué? ¿Sueles venir aquí también? —La sorpresa está dibujada a rotulador en mi rostro.

—Sí, hace ya una semana que te vi por primera vez, pero siempre estoy en esta mesa —señala justo la que está detrás de mí—, y me suelo ir antes que tú. Además, nunca despegas la cabeza de la pantalla o de tu cuaderno. —Se encoge de hombros—. Si no estuvieras tan absorta en tu mundo, a lo mejor te hubiera sonado mi cara el viernes.

Sigo en *shock*. Toda esta conversación con Kaarle me está pareciendo demasiado surrealista.

Sí, acabo de decir conversación. Pensaba que las palabras Violeta, Kaarle y conversación

nunca irían juntas en uno de mis pensamientos.

—Entonces, cuando me viste el viernes, ¿me reconociste? ¿Sabías quién era?

—Solo sabía que eras la chica que llevaba pasándose tres tardes en la cafetería Koti.

—¿Por eso te enfadaste conmigo? ¿Porque no te reconocí?

—No —responde sin añadir nada más, con un semblante totalmente inexpresivo.

—¿Entonces?

—Entonces, ¿qué?

—¿Por qué no me soportas? ¿Te he hecho algo malo?

—No es eso, Violeta. —«Mi nombre queda demasiado bien en sus labios». Violeta para de pensar estas cosas—. Simplemente, no hablo con gente porque sí. No soy tu amigo, ni familiar tuyo, no me une nada a ti y tampoco éramos compañeros de trabajo. Así que, ¿por qué debería hablarte?

—¿Quizás porque una amiga tuya ha decidido invitarme y me hiciste sentir fatal? —respondo con tono irónico.

—Pues lo siento, Violeta, pero soy así. No voy a ser simpático si no tengo por qué serlo, y menos aún tu amigo. ¿Quieres empezar a trabajar mañana o no? Es cierto que Heli ha llamado esta mañana a Onni para decirle que sigues sin encontrar trabajo y, aunque no me guste nada que vayas a ser nuestra ayudante, necesitamos a alguien. Decídetes ya. ¿Sí o no?

—¿Si digo que sí tendré que verte a menudo?

Kaarle muestra una sonrisa de suficiencia.

—Lo siento, pero quitando mañana, que es el primer día, y los pequeños ratos de la hora de comer, yo estaré por la montaña. En los senderos con las motos de nieve, dirigiendo las excursiones, y tú en el mostrador del negocio atendiendo a los clientes, y realizando algunas cuentas. En conclusión, no. Apenas me verás.

—¿Y a Onni?

—Onni a veces está al pie del cañón conmigo, dirigiendo las excursiones. Otras en la tienda y otras buscando nuevas motos de nieve para comprarlas. Es decir, lo verás un poco más. Además, es quien cierra y abre.

—En ese caso, acepto. Le pido a Heli la dirección del sitio. No hace falta que vengas a por mí. Puedo llegar sola.

—Como prefieras. Ahora le digo a Onni que has aceptado. Ya sabes, mañana a las diez. Sé puntual. Los finlandeses lo somos siempre, aunque no estoy tan seguro de que los españoles cumpláis vuestras obligaciones tan bien.

Justo cuando empezaba a tener una conversación más o menos normal en lo que respecta a Kaarle, tiene que soltar un comentario así.

—¿Y tú qué sabrás? —le digo mientras se levanta dispuesto para irse.

Me fijo por primera vez en la ropa que lleva. Unos vaqueros claros y un jersey blanco con pinta de ser muy calentito. Aunque sea tan cortante conmigo, no puedo negar que es uno de los hombres más guapos que he visto nunca. Al menos me alegraré un poco la vista en los pequeños ratos del trabajo que coincida con él.

Capítulo 6

Kaarle

Salgo disparado de la cafetería. Con todas las que hay por Rovaniemi, Violeta ha tenido que venirse justamente a la que más me gusta.

Koti es mi segundo hogar desde que pasó lo que pasó. En pocos lugares del centro de esta ciudad consigo relajarme tanto como aquí, y ser tan productivo.

Me fastidia que Violeta sienta lo mismo. Lo sé por cómo se pierde en sí misma mientras se encuentra en Koti.

Cuando la vi el viernes, sabía que era ella, pero no quería precipitarme.

La semana pasada tenía pensado acercarme y preguntarle si necesitaba ayuda. Se notaba demasiado que es extranjera, pero nunca despegaba la cabeza de su portátil y pensé que la molestaría.

Ahora... Ahora ya no me puedo acercar. No puedo tener relación con ella. Por eso me ha fastidiado tanto que Onni me llamara esta mañana para contarme su conversación con Heli.

Sé que solo quieren ayudarla, pero ambos son como mi familia y me conocen demasiado bien. Saben que esto solo va a traerme quebraderos de cabeza.

Todavía no ha empezado la temporada fuerte de turismo invernal, pero este año está haciendo demasiado frío para la época en la que estamos. Necesitamos un ayudante de confianza. Alguien a quien poder dejar a cargo de la oficina mientras Onni y yo hacemos las actividades. Aunque nos dedicamos sobre todo a las motos de nieve, también realizamos excursiones a las saunas, baños en aguas congeladas y excursiones para ver la aurora boreal.

No tenemos huskies, ni renos, ni ese tipo de actividades que tanto atraen a los turistas.

Por eso, no tenemos tantos beneficios, pero es una pequeña empresa que llevamos entre los dos, y que nos da dinero de sobra para comer.

Yo estoy seguro de que, si ponemos un cartel en la puerta, en dos días hemos contratado a una buena persona.

Por eso, me fastidia tanto que sea Violeta.

Aun así, he aceptado.

No quiero malos rollos con ninguno de los dos.

Onni me ha prometido que apenas tendré que verla. Lo que quiere decir que voy a estar todo el día para arriba y para abajo con turistas, teniendo que hablar más de lo que me gusta. Espero que, al menos, en ese aspecto cumpla su palabra.

Además, no me entiendo. No sé por qué me pongo tan nervioso cuando la veo. Es solo una turista más, que está disfrutando de una estancia maravillosa en el Polo Norte y que cuando llegue el verdadero frío se va a ir. O que el año que viene no estará.

No tendrá que quitar nieve todos los inviernos de su vida, ni soportar durante meses los pies dormidos. No añorará la luz, ni se quejará por tenerse que vestir con millones de capas como una cebolla.

Ella hará todo esto mientras le plazca y luego se irá. No tendrá la obligación de quedarse

aquí. No será como yo..., y la envidio. Aunque a la par me da pena, porque nunca sabrá cómo es el auténtico norte del mundo, y todo lo que te puede aportar.

El caso es que me pongo nervioso.

Voy a tener más Violeta de lo que quisiera durante un tiempo, y tengo que aprender a no estar tan gruñón. La chica no tiene culpa de nada, pero, igualmente, no puedo remediarlo. Voy a intentar controlarme y pasar el menos tiempo posible a su lado.

No quiero hacerle daño.

De verdad que no, pero tampoco deseo que vuelvan a hacérmelo a mí.

Capítulo 7

Violeta

Al levantarme esta mañana no sabía qué ropa ponerme.

Al final, me decidí por una vestimenta muy parecida a la que llevaba ayer Kaarle. Como no sé si tendré que llevar algún tipo de uniforme, voy a copiarlo.

Una vez vestida con mis vaqueros, mis zapatillas blancas altas y un jersey blanco, me hago una coleta bien alta que deja caer mi melena larga sobre el jersey, resaltándolo todavía más.

Decido no ponerme nada de maquillaje. No me gusta. Sé que nos hace sentirnos más guapas, pero a mí me agrada mi cara tal y como es. Además, quitármelo me parece una auténtica tortura. Es una de las mayores perezas de mi vida. Eso sí, mi flequillo es indispensable. Me lo peino y me lo aliso bien.

Estoy preparada y muy, muy nerviosa.

Salgo disparada a recepción y, al ver a Heli, soy yo la que la abraza.

—Gracias. ¡Muchas, muchas, muchas gracias! —le digo sin soltarla y riéndome—. Lo que has hecho por mí es estupendo. Prometo seguir viviendo aquí todo el tiempo que me quede en Laponia. Estoy atacada. Espero que sea Onni quien me ayude.

—¡De nada! Tampoco tuve que decir mucho. Kaarle entró en razón con rapidez. —Ríe devolviéndome el abrazo.

—Igualmente, tú me invitaste con vosotros y me los presentaste. Así que, todo esto es gracias a ti. Me voy corriendo que quiero llegar antes de tiempo para demostrarles que los españoles podemos tener una gran puntualidad.

—¡Adiós! Yo no lo dudo —asegura mientras dirige su mirada a la pantalla del ordenador que tiene enfrente.

Estoy emocionada. Mi primer trabajo. Si todo sale bien, voy a poder quedarme aquí más tiempo. Voy a poder seguir descubriendo este lugar y descubriéndome a mí misma. No me importa lo difícil que sea, porque voy a dar lo mejor de mí. Tengo que conseguirlo.

De repente, me doy cuenta de que alguien me sigue y salgo de mis pensamientos.

Al girarme, me encuentro con un Kaarle silencioso y guapísimo.

—Pero ¿qué haces aquí? —inquiero bastante sorprendida.

—Este también es mi camino para ir al trabajo.

—Vale, y si es así, ¿por qué no me has dicho nada? Y, ¿por qué vas caminando?

—Dijiste que querías ir sola. Me gusta caminar.

Hombre de pocas palabras. Me da igual. Hoy estoy de buen humor y no me va a fastidiar.

—Pero..., si me has visto, ¿por qué no has intentado adelantarme, ir más rápido o cualquier otra cosa? No te lo tomes a mal, pero parecía que me seguías.

—Te lo repito —me dice mientras fija sus ojos en los míos y vuelven a parecer enfadados —: este es el camino por el que voy a trabajar, y tú me dejaste claro ayer que podías llegar sola.

—Vale. —Me giro y sigo andando.

El resto del camino resulta de lo más incómodo.

Media hora sabiendo que Kaarle camina a apenas a unos pasos detrás de mí sin dirigirme ni una palabra. No es la mejor situación en la que te puedes encontrar con un compañero, o eso espero que sea pronto, de trabajo.

Ojalá la comunicación mejore a medida que nos vayamos conociendo.

Mañana pienso llegar puntual. Nada de intentar impresionarlo estando antes, porque el sacrificio de tener que ir al trabajo de una manera tan incómoda no me compensa.

Llegamos a las nueve y media.

Tengo media hora para hacer nada y tengo bastante frío. ¡Hay que fastidiarse!

Alzo la vista y exploro la zona por la que voy a trabajar. Está fuera de la ciudad. Cerca de varios senderos con una pequeña capa de nieve. El cielo está comenzando a recibir unos tímidos rayos de sol, pero todavía está oscuro, y el aire que se respira es más puro, aún si cabe, de lo que es en pleno corazón de la ciudad.

Este sitio es precioso. Mañana me traeré la cámara y haré fotos.

Al volver a fijar la vista en la entrada de la caseta, veo que está abierta. No sé si debo entrar ya.

Cuando solo faltan cinco minutos para empezar mi turno, me adentro en ella.

¡Cómo una caseta de trabajo puede ser tan bonita! Está recubierta de madera oscura desde el techo hasta el suelo. Además, el mostrador tiene dibujos de motos de nieves y hay más de diez velas que desprenden un olor a bosque maravilloso. A la derecha observo una pequeña habitación donde está sentado Kaarle, enfrascado ya en un montón de papeles, y justo al lado del mostrador hay una máquina de té y café.

Me preparo un té y llamo a la puerta de Kaarle.

—Ya estoy preparada. Es la hora. Supongo que tendrás que informarme un poco de qué voy a hacer aquí, y cómo.

—Tu trabajo es quedarte frente al mostrador. Ofertamos varios tipos de actividades. Caminata de tres horas por los senderos, excursión de motos de nieves con monitor —se señala a sí mismo como si no fuese obvio— de dos horas y alquiler de motos de nieve durante una jornada, en la que pueden disponer de ellas a su libre albedrío. También los llevamos a las saunas y a bañarse en lugares congelados, o hacemos excursiones en raquetas de nieve. La aurora boreal es una de las actividades más solicitadas. Solo la ofertamos cuando sabemos que el cielo va a estar despejado. Es un poco difícil tenerlo claro porque aquí el tiempo cambia mucho, pero no nos gusta engañar a los turistas. Para eso ya están otras muchas empresas.

»Si vienen turistas o personas de por aquí pidiendo información —prosigue— tienes que explicarle cuáles son nuestras actividades, el precio que tienen, la disponibilidad y los horarios. También les alquilarás los trajes de nieve, si no vienen correctamente vestidos. Aparte de eso, nos ayudarás a limpiar las motos de nieve por la tarde, antes de cerrar, y controlarás el dinero que entra y sale. ¿Lo ves bien? ¿Tienes alguna duda?

—¿Cómo sé los precios de las actividades, los horarios y la disponibilidad?

—Está todo en nuestro ordenador. Puedes ir abriendo los archivos e ir estudiándotelos. Normalmente estarás sola en la caseta hasta las cuatro o así, que empezará la limpieza de las motos. Ahí tienes el teléfono y, justo al lado, el número de Onni y el mío. Si algo sucede, no dudes en llamarnos. Intentamos estar siempre atentos —continúa con tono autoritario y sin un atisbo de simpatía en su rostro.

—Vale.

—Cualquier duda, llama a la puerta.

Antes de que me dé tiempo a despedirme, vuelve a estar sentado en su sillón mirando los papeles.

Empiezo a estudiarme los horarios y los precios de las distintas actividades que pueden hacerse. Si pudiera, las haría todas, pero por el momento tengo que esperar y ver cómo las hacen los demás.

Al poco tiempo, empieza a llenarse la tienda. Hago varias reservas y les doy la equipación correspondiente. No todos traen la ropa adecuada.

A las diez y media, Kaarle sale de su despacho con una expresión mucho más relajada que la que suele tener conmigo, y una sonrisa en la cara.

—¿Estáis todos listos? —pregunta dirigiéndome una mirada fugaz.

Tras ver el asentimiento del pequeño grupo de diez personas, les pide que le sigan a la parte trasera.

Al cabo de unos minutos, veo cómo las seis motos de nieve salen de excursión por la parte de la colina que más nieve tiene.

Toda la jornada va bien. Pronto me siento segura en mi puesto.

A lo largo de la mañana vienen turistas de todos los países preguntando por nuestras actividades, y ya tengo los conocimientos necesarios para responder a sus preguntas.

Me hace mucha ilusión cuando una familia española se acerca a preguntar.

Descubro que vienen de Galicia con su hija de trece años y que quieren alquilar las motos durante un día para explorar la naturaleza de esta región. Son muy simpáticos y se les nota contentos, y sorprendidos, al verme trabajando en un lugar como aquel.

Yo intento informarles de todo, aunque es cierto que no tengo ni remota idea de cómo se conduce una moto. Onni o Kaarle son los que se encargarán de explicárselo.

A la hora de comer, Kaarle se queda dentro de su despacho y tampoco me dirige la palabra.

Solo a las cuatro, al llegar tras haber terminado todas las excursiones, se digna a mirarme y vuelve a recuperar ese tono frío con el que me estoy acostumbrando a tratar.

—Ha llegado la hora de limpiar las motos de nieve. Hoy solo tenemos ocho. Así que, si lo hacemos rápido, en media hora pueden estar listas. Normalmente Onni estará para ayudarnos, también.

—Vale. —Tengo la sensación de haberle dicho demasiados veces hoy, pero no se me ocurre nada más ingenioso, y no quiero hacerle cabrear. Así que, solo por hoy, estaré calladita y haré todo lo que me mande—. ¿Cómo se lavan las motos de nieve?

—Igual que un coche, pero con agua caliente para derretir la nieve que tienen a su alrededor.

—De acuerdo. Pues manos a la obra —respondo, regalándole una sonrisa que no es correspondida.

Me dirijo a una de las mangueras.

Estoy preparada para abrirla y empezar con la moto que tengo más cerca, pero no sale agua porque tiene un nudo justo en el centro.

Tras varios intentos, consigo deshacerlo, y, justo cuando voy a cogerla, un chorro de agua sale disparado hacia mí, empapándome.

—¡No!!! —grito—. ¡Me quemo! ¡Me quemooo...! —Empiezo a correr.

Sigo sintiendo que me quemo, por lo que me dirijo con rapidez hacia la nieve y me tumbo.

Ahora, de repente, tengo frío. No puede ser. Estoy empapada de los pies a la cabeza y lo peor es que Kaarle estaba al lado.

Nada más levantarme lo miro.

Tiene los ojos abiertos como plato.

No sé distinguir si parece preocupado o si se está conteniendo la risa.

Al verme acercarme a la manguera, dispuesta a seguir con la labor que me había encomendado, tiritando, corta su grifo y me tiende una mano.

—Anda, ven. Hay ropa limpia en la caseta y una ducha en el baño. Sécate y luego seguimos. No puedo creer lo que acabo de ver —dice mientras se empieza a reír cada vez más y más fuerte.

No sé si es porque es la primera vez que se ríe tanto y tan real cerca de mí, si es por el frío que tengo o por lo absurdo de la situación, que yo también comienzo a reír sin parar.

¡Madre mía, qué vergüenza! Mi primer día de trabajo no podría haber terminado de forma más ridícula.

Tras darme una buena ducha caliente y ponerme un traje de nieve con el que apenas puedo moverme, vuelvo afuera y me pongo a limpiar las motos, como si nada hubiera pasado.

Sin embargo, no se me pasa por alto el amago de risa que le sale a Kaarle cada vez que me mira y, solo por eso, pienso que quizás mi torpeza de hoy ha merecido un poco la pena.

La vuelta a casa se me hace eterna con esta ropa tan pesada encima.

Además, Kaarle ha decidido ir a mi lado esta vez, sin decir una palabra, pero a mi lado.

Lo observo de reojo con su vaquero y un jersey negro. Me he dado cuenta de que no hay uniforme y que podemos llevar la ropa que queramos. Aunque él se pasa casi el día entero con su traje azulado de nieve, que le queda espectacular. Todo lo contrario que a mí.

Al llegar al hostel, se despide con un breve asentimiento de cabeza y se va en dirección a Koti.

Había pensado en pasarme por allí también, pero, al ver que Kaarle va a ir, decido quedarme en el hostel. Creo que han sido demasiados minutos juntos por hoy.

Llamo a mis padres y les cuento que he conseguido trabajo. De manera que, por ahora, voy a quedarme aquí.

Se alegran mucho por mí y me dicen una infinidad de veces que me echan mucho de menos, pero que quieren que siga disfrutando.

Tras colgar, me paro a reflexionar sobre lo de seguir disfrutando, porque realmente no sé si la palabra disfrutar es la adecuada.

El trabajo que he encontrado está bien, pero tampoco es para tirar cohetes.

Al menos, puedo relacionarme con personas. Estoy calentita y veo las caras de ilusión que llevan los clientes antes de embarcarse en las actividades, y cómo vuelven con los rostros llenos de felicidad. Los niños les tiran de los pantalones a sus padres pidiéndoles repetir. Quieren volver a sentir la calma que la nieve produce y verlo todo blanco a su alrededor, y lo más bonito es que los padres parecen querer repetir de verdad.

No obstante, sentir que no he hecho apenas nada para llenar de entusiasmo esas caras, me hace sentir un poco tonta.

Kaarle es el que consigue que los clientes se vayan con las caras impregnadas de felicidad y con ganas de volver.

No sé apenas nada de Kaarle, pero sé que es bueno y que le gusta ayudar a los demás. Su sonrisa, cuando salió esta mañana en la primera excursión, y su cara de preocupación después del incidente de la manguera, lo revelaron. También sé que le gusta el deporte. Es más, prefiere los deportes extremos; que tiene una chica en su corazón llamada Taimi —no pude evitar leer el

nombre en la pantalla cuando le llamaron en el restaurante— y que disfruta en la cafetería Koti.

Igualmente, sé que no me quiere cerca.

No sé por qué, pero la excusa que me dio ayer no cuela.

Algo he hecho. Hay algo en mí que no le gusta. Sin embargo, no pienso cambiar ni pedirle más explicaciones. Me siento tranquila conmigo misma.

Vuelvo a dirigir mis pensamientos a la palabra «disfrutar».

Disfruto de mis tardes de creación en Koti, disfruto de mis paseos por la ciudad, disfruto de mi independencia y me siento orgullosa de mí por estar aquí, viviendo el presente.

Pero me siento un poco sola.

Echo de menos a mi familia, mi habitación y los largos días de luz. Tengo ganas de disfrutar de una brisa fresca en mi cara que no me congele al segundo después.

Aunque, si pongo en una balanza los pros y los contras, quiero seguir aquí, valiéndome por mí misma, descubriéndome e intentando ser la mejor Violeta posible.

A lo mejor la frase correcta no es seguir disfrutando, sino que es seguir explorando(me).

Capítulo 8

Violeta

Han pasado casi dos semanas desde que comencé en la empresa de Onni, quien ha resultado ser mucho más simpático que Kaarle también en el trabajo.

Los días que se queda en la tienda conmigo, pone música finlandesa de fondo y, si alguna le gusta mucho, la canta a pleno pulmón.

Siempre me hace reír porque canta supermal, aunque no le importa.

He decidido pedirle que me enseñe un poco de suomi.

Mientras más escucho el idioma, más me gusta.

Las comidas con Onni también se vuelven más agradables.

Cuando él está presente, nos obliga a almorzar a los tres juntos y, a pesar de que no hablamos mucho, es cómodo.

Onni me cuenta cómo conoció a Heli hace seis años, cuando ambos estudiaron un grado de Hostelería, aunque ahora ninguno de los dos se dedique a ello. Aprendieron mucho sobre turismo y gastronomía. También descubro que Kaarle y él tienen veinticuatro años, y que se conocen desde que tienen tres, porque la guardería los unió el primer día.

Siempre que sale Kaarle en la conversación, este parece sentirse incómodo, por lo que no suelo preguntar apenas. Aunque, cuando Onni me cuenta algo de él, el corazón se comporta de manera extraña.

Por lo demás, las dos semanas pasan sin ningún incidente y me siento cada vez más a gusto en mi rutina.

Después de salir del trabajo, suelo pasarme por la cafetería, y, a pesar de que la gran mayoría de los días Kaarle también está, ambos hemos establecido, sin dirigirnos una palabra, la regla de parecer dos desconocidos.

El lugar en el que me siento, que parece asignado para mí, me ayuda con ello. No tener que verlo lo hace más fácil. Si no, me sería muy difícil hacer como si nada.

Esta tarde he quedado por fin con Heli para ir a comprarme ropa. Octubre está llegando a su fin y el frío es cada vez más intenso.

—Hola, qué guapa estás, Violeta.

—Hola, Heli. Muchas gracias. Tú también lo estás.

He decidido arreglarme un poco más. ¡Voy de compras por primera vez! Quiero que se note. Me he puesto un vestido de lana gris y me he dejado el pelo suelto con mis orejeras del mismo color.

—¿Cómo estás? ¿Qué tal está yéndote el trabajo? Onni dice que estás adaptándote muy bien —me pregunta mientras vamos de camino a las tiendas.

—La verdad es que me gusta. Me siento a gusto y no es un trabajo difícil. Aunque me encantaría ir a alguna excursión de las que organizamos. Tiene que ser tan bonito, y más ahora que hay más nieve.

—Pues..., el fin de semana que viene nos vamos al Parque Nacional de Oulanka. ¡Podrías

venirte! Seguro que es muy divertido.

—¿Quiénes vais? No había escuchado hablar de él en mi vida.

—Vamos Kaarle, Onni y yo. Es un parque nacional que está a unas dos horas y media de aquí. Se pueden hacer un montón de actividades, y nos encanta. Es un fin de semana en contacto total con la naturaleza. ¡Estoy segura de que te encantaría!

Ya..., yo también estoy segura de ello.

—Suenan genial —digo fingiendo entusiasmo—, pero justo ese fin de semana tengo planes.

—¿De verdad? ¿Con quién?

—Una amiga que he conocido en la cafetería —indico improvisando.

Heli levanta la ceja y se queda mirándome.

Por un momento, pienso que va a seguir preguntando, pero con rapidez se le cambia la cara y me dice, con una gran sonrisa y extendiendo los brazos, que ya hemos llegado.

—Vamos a vestirte como una auténtica chica del norte.

La tienda es enorme. Solo tiene chaquetones, y más chaquetones, botas de todas las clases y muchos conjuntos de guantes, gorros, orejeras y bufandas.

—¿Cuánta cantidad de ropa quieres comprarte? Sé que no sabes hasta cuándo vas a estar aquí, pero recuerda que el frío está viniendo —me comenta, acercándose sigilosamente y moviendo las manos como una serpiente.

Ese simple gesto me saca una carcajada y me vuelvo a sentir cómoda.

—Pueees... veamos... ¡Una larga temporada!

—Vale, podemos comprarte un par de conjuntos completos de ropa «antifrío» y dos o tres pares de zapatos. Eso, junto con la ropa que tienes, te servirá, ¿no?

—Sí, sí... Creo que es más que suficiente. Yo tenía pensado comprarme menos.

Comenzamos por las camisetas térmicas.

La verdad que a quién se le ocurre venirse al norte y no traer camisetas térmicas. Desde luego que solo a mí. De estas me compro varias de mangas largas de diferentes colores: negro, blanco, marrón, violeta y azul claro. No he podido resistirme al ver esos colores tan vivos. Además, pensar en ellas sobre la nieve, saca mi faceta fotógrafa de inmediato.

Jerséis tengo suficientes, pero chaquetones me compro tres más. Uno de ellos es celeste fosforito porque Heli me explica que, en los días nublados, oscuros y de mucha nieve, es importante llevar un color que resalte y llame la atención.

También me cojo varios conjuntos de orejeras, guantes y bufandas. Siempre he querido llevar estos complementos, y en Málaga el invierno es tan suave que no es necesario. Así que, aquí voy a poder disfrutarlos a mis anchas y, para ser sincera, me gusta mucho cómo me quedan las orejeras.

Con una cara redonda como la mía, una nariz pequeña como casi todo yo, y unos ojos tan claros tapados por mi flequillo, casi en toda su totalidad, el hecho de llevar unas orejeras hace que se preste más atención a mi cara, y menos a mi melena larga y oscura.

Por último, me cojo varios leotardos térmicos grises, marrones y negros. Así también puedo combinarlos con mis vestidos.

Tengo ganas de ver toda la ropa extendida en mi casa.

¡He dicho casa!

No lo he pensado mucho hasta ahora, pero me doy cuenta de que estoy empezando a sentir la pequeña habitación de la buhardilla como una casa. Espero que eso solo signifique cosas buenas.

La tarde va genial.

Heli y yo estamos riéndonos sin parar, probándonos un montón de ropa. Es una auténtica tarde de chicas. Una tarde de chicas con Heli, una finlandesa que, desde que he llegado, lo único que ha hecho ha sido facilitarme los días y regalarme sonrisas.

Me siento mal por haberle mentido antes. En realidad, quiero ir a Oulanka. Solo el nombre ya suena genial, y, obviamente, no tengo a nadie más con quién quedar. Ahora con el trabajo me faltan horas para sociabilizar, pero va Kaarle, y seguro que no querrá que vaya.

Ya me he metido en su trabajo y de una forma u otra en «su» cafetería.

No creo que le haga gracia que los dos únicos días que se puede librar de mí tenga que compartirlos conmigo otra vez.

Por eso, no iré, pero voy a explicárselo a Heli. Se lo merece.

Igualmente, antes tenemos que comprar los zapatos.

—Vale, ¿qué tipo de zapatos quieres?

—Pues unas botas de plástico para que no se me empapen de agua o de nieve, y unas botas calentitas con mucho pelito como las tuyas, pero... que tengan suelas altas. Así, como las mías —le indico mientras levanto bien mi pie para que la vea.

—Sé cómo son. Todos tus zapatos son así. Creo que aquí no hay muchos de ese estilo, y menos aún con la suela tan alta.

—Tiene que haber. Necesito que sean así. —Soy clara, directa y concisa. Tiene que haber. Estoy segura. No puedo ponerme unos zapatos que no sean altos, porque se verá lo baja que soy y no quiero.

Heli pierde la sonrisa y me mira fijamente.

—Vale, vamos a buscar. Si no los encontramos, puedes comprarte unos para ir haciendo el avío, y luego vamos a otras zapaterías.

Suspiro aliviada, y le doy las gracias.

—Vamos allá. La búsqueda no ha hecho más que comenzar. —Intento aparentar una seguridad que en estos momentos no tengo.

Sin embargo, después de recorrernos cada estante de zapatos, me doy cuenta de que Heli tiene razón. Lo peor es que su mirada ya no está llena de alegría, sino que parece cargada de preocupación o tristeza, o no sé qué.

—Heli, no me mires así. No pasa nada. Los encontraremos en otro sitio.

—Violeta, sabes que tu estatura es perfecta, ¿no? Nadie te va a juzgar por medir unos centímetros menos —dice situándose justo enfrente de mí—. Quizás puede que exista ese modelo de zapatos en España o en cualquier otro lugar, pero aquí, en esta ciudad, no los he visto nunca, y necesitas proteger tus pies del frío. Así que, por favor, cómpratelos y úsalos.

Al final acabo aceptando, porque el frío está llegando y la sensación de sentir los pies calientes mientras ando por la nieve termina ganándome, pero no estoy segura de que vaya a usarlos si voy a lugares concurridos.

Cuando terminamos las compras, se ha hecho demasiado tarde.

Heli me pregunta si quiero ir a cenar a algún bar cercano y le digo que sí. Me parece muy buena idea. Me apetece cenar y disfrutar de su compañía. Es lo más parecido a una amiga que tengo aquí y, además, me gustaría hacerle más preguntas sobre Kaarle.

Dichoso Kaarle..., no sé por qué no paro de pensar en él.

Entramos en un bar muy pequeño con apenas cuatro mesas, lleno de cabezas de renos y alces.

Me da pena ver este tipo de decoración. No entiendo por qué hay que hacerle esto a los animales, pero, aun así, supongo que es su cultura y yo no soy nadie para criticarlos.

—Este sitio también tiene cocina autóctona. Todos los platos están riquísimos. Ya verás. Te van a encantar —dice Heli con una gran sonrisa.

—Vale. Pues te toca recomendarme platos. La otra vez cené muy bien. A ver si lo que como hoy me gusta también —respondo mientras me siento.

—¿Qué te parece si para beber nos pedimos suero de mantequilla?

—¿Cómo? ¿Suero de mantequilla? —pregunto con los ojos como platos y las cejas levantadas— ¿Esa bebida existe? ¡El nombre es lo menos apetecible que existe en este mundo!

—¡Claro que existe! Además, es muy popular. Sobre todo, en los Países Bajos, Dinamarca, la India o Finlandia. Te va a gustar, de verdad. Al fin y al cabo, es leche. Simplemente tiene un sabor un poco más agrio, y con menos nata.

—De acuerdo, pero, por si acaso, vamos a pedir agua también —le pido con ojillos de cachorro.

Heli se ríe y asiente.

—¿Para comer que te parece hernekeitto? Es una sopa de guisantes muy buena y sabrosa.

—Me parece bien. Tengo ganas de algo caliente.

Mientras esperamos la cena, decido preguntarle a Heli quién es Taimi.

Esa pregunta me estaba recomendando por dentro desde que vi su nombre en la pantalla del móvil de Kaarle. Y sí, no tiene sentido, pero no puedo luchar contra mis sensaciones.

—Es la hermana pequeña de Kaarle. Tiene seis años. ¿Por qué lo preguntas? —Alza la ceja y se pone la mano en la barbilla.

¡Qué tonta soy!

—El otro día vi su nombre en el teléfono de Kaarle y pensé que sería su novia, por la expresión que puso.

—Pues te equivocas. Kaarle no tiene pareja. La única chica que le tiene robado el corazón es Taimi —me habla guiñándome un ojo.

Me empiezo a ruborizar y decido cambiar de tema.

No debería haberle preguntado a Heli, pero tampoco podía preguntárselo a Kaarle, y a Onni me daba un poco de vergüenza.

«Aunque no tendría por qué. Es una pregunta de lo más neutral, y cualquier chica que, como mucho conseguirá tener una relación cordial con Kaarle, puede preguntarlo y...».

—¿Por qué trabajas en el hostel?

—Antes de la Segunda Guerra Mundial y de que toda la ciudad se destruyese, era la casa de mis abuelos maternos. Cuando finalizó la guerra, ya no quedaba nada de la casa, ni de mis abuelos, así que mi madre decidió reconstruirla y crear un hostel. No se sentía preparada para vivir allí, pero tampoco para olvidarlo. Cuando terminé mis estudios, me di cuenta de que me gustaba trabajar allí. Siempre veo caras nuevas y puedo conocer a distintas personas. Además, lo siento como un hogar. Así que, ¿qué mejor que trabajar en un lugar que me da felicidad? —me explica sin perder su alegría, a pesar de la parte dura que conlleva esta historia.

—Siento mucho lo de tus abuelos, y me alegro de que estés trabajando allí. Me alegro mucho de haberte conocido, Heli.

—Gracias, Violeta. Yo también, de verdad. Para mí, la calidad es más importante que la cantidad. Lo que he estudiado me permite mejorar y ayudar con el hostel. Espero que podamos tenerlo abierto muchos años más. Me encanta recomendarles a turistas de todo el planeta lugares

para ver en mi pequeña ciudad. Me fascina ver sus caras de ilusión al llegar y sus caras de melancolía al irse. Me gusta saber que mi ciudad tendrá un huequito en tantos corazones distintos, y que yo he sido partícipe de ello —me cuenta sin parar de mover sus manos, y con la voz cargada de emoción.

—Ojalá trabaje algún día en un sitio que me haga tan feliz como a ti te hace tu hostel —digo con un brillo esperanzador en los ojos.

—Seguro que sí. Al final todas las personas encuentran su lugar —afirma Heli.

Llega la comida y huele genial.

La sopa está muy rica, pero el suero de mantequilla no es para mí... Con el agua estoy más contenta.

Cuando salimos del bar, le doy las gracias por haberme enseñado otro lugar rico para comer, y más comida típica de aquí.

Llevo casi un mes en Rovaniemi y, si hecho la vista atrás, se ha pasado bastante rápido. Me he acostumbrado a los días cortos, al frío calándome los huesos y a los saludos dando la mano.

—Oye, Violeta... —comienza a decir Heli.

—¿Sí?

—¿De verdad tienes planes para el fin de semana que viene?

—No... —respondo agachando la cabeza y los hombros—. No tengo planes, pero no creo que deba ir.

—¿Pero a ti te apetece? ¿Te gustaría ver el Parque Nacional de Oulanka?

—Bueno..., ir a lugares nuevos siempre me gusta.

—¿No vienes por Kaarle? —me pregunta dejando atrás los rodeos.

—No soy de su agrado, Heli. No sé por qué, pero no le gusto. Piensa que no tiene que gastar su tiempo con alguien como yo y vais un fin de semana de amigos a pasároslo bien. Ya me ve casi todos los días en el trabajo. No tiene por qué verme más.

—Violeta, tú no le has hecho nada. Es solo que Kaarle aún no sabe eso.

—¿Cómo? No te entiendo. ¿Qué quieres decir?

—Nada —dice mirándome con ternura—. Si te apetece venir, vente. Te lo vas a pasar bien. Nos lo vamos a pasar muy bien, ya verás.

—Heli, no. De verdad. Por favor, déjalo estar. En otra ocasión voy. Te lo prometo.

—Bueno... vale, pero quiero verte con toda la ropa que hemos comprado. ¡Incluido los zapatos!

Capítulo 9

Violeta

Es miércoles por la mañana y acabo de llegar al trabajo.

Hoy hace un día de perros. No para de llover. Bueno, más que lluvia, caen granizos y está soplando el viento muy fuerte.

Me he venido en autobús y he tardado más de lo previsto... Primer día que llego tarde.

Nada más llegar a la tienda, me encuentro a Kaarle asomado por la puerta.

—Llegas veinte minutos tarde. Te dije que en Finlandia la puntualidad es indispensable.

—Pues regaña al conductor del autobús que está siendo el primer impuntual —le digo de mal humor. No tengo ganas de soportar sus borderías desde primera hora de la mañana. Siempre intento levantarme de buen humor, pero hoy no es el caso. Además, me he empapado los pies por no quererme poner las botas de goma que compré con Heli, y los tengo congelados. Desde luego el día no ha empezado demasiado bien—. Y tampoco es necesario que estés esperando en la puerta cuán vigilante de seguridad para quejarte. Lo siento, y punto.

—Ehh... —Se queda sin saber que más decirme.

Paso por su lado sin abrir la boca. Me preparo un té y comienzo a mirar las reservas del día de hoy. Hay dos *tours* de motos de nieve, aunque la verdad no sé si con este tiempo se harán o se cancelarán.

—¿Vais a hacer los dos *tours* de motos de nieve o llamo a los clientes para decirles que se cancelan por el mal tiempo? —pregunto sonando realmente borde y dándome totalmente igual.

—¿Que se cancelen? ¿Mal tiempo? —dice con una risa escueta y una cara de mala leche con la frente arrugada—. Si esto es mal tiempo para ti, no has visto nunca nada del norte.

—Pues no. ¡Claro que no he visto nunca nada del norte! —exclamo exasperada—. Por eso estoy aquí. Para ver «algo».

Kaarle se va para su despacho y no vuelve a salir hasta que tiene que hacer los *tours*.

El día pasa lento. No viene ningún turista que no esté confirmado ni sucede nada demasiado interesante. Para que luego diga que esto no es mal tiempo... Se ve que aquí hay demasiadas personas que no han visto «nunca nada del norte».

Mi diversión ha sido estar todo el día escuchando los granizos.

Cualquier día lo habría disfrutado, pero hoy no. Hoy solo quiero que lleguen las cinco e irme a casa.

A las cuatro y media, como siempre, llega Kaarle y toca limpiar las motos.

Aunque, con esta lluvia, diría que se han limpiado solas.

Aun así, Kaarle me dice que tenemos que quitar la nieve y dejarlas lo menos mojada posible porque, si no, el motor se deteriora...

«Blablabla...».

Cuando por fin llega la hora de irme, cojo mi nuevo anorak celeste calentito y salgo pitando para la puerta.

De repente, una mano me agarra fuerte del brazo.

Me giro sorprendida, porque Kaarle me haya tocado.

Me ha tocado queriendo. Justo hoy, parece ser que tiene ganas de hablar algo más.

—Suéltame. Si quieres algo, me lo dices hablando como una persona normal. Me llamo Violeta, ¿lo recuerdas? —le digo casi gritando.

¿Por qué quiero gritar? No lo entiendo. ¿Tanto me ha molestado su regañina de antes? Es verdad que he llegado tarde, y, aunque no ha sido mi culpa, a lo mejor debería haberme levantado antes no sé... No quiero sentir esa irritación dentro de mí.

—Tráete una mochila con la ropa para el fin de semana. El viernes salimos directamente desde aquí —me comunica sin ninguna expresión en su cara.

—¿Qué? —Otra vez me ha dejado sin palabras.

—Necesitas que te repitan las cosas varias veces, por lo que veo. El viernes nos vamos a Oulanka.

—Exacto os vais. Yo no voy —le señalo, mirándolo con cara de pocos amigos.

—Sí que vienes o... ¿acaso tienes algo mejor que hacer?

Me duele esa pregunta porque no. No tengo nada mejor que hacer, y porque me apetece mucho ir.

¡Qué diantres! Si Kaarle me ha dicho que vaya, voy a aprovechar la oportunidad. No he tenido que pedírselo, sino que lo han decidido ellos. Bueno, con seguridad que lo ha decidido Heli, pero ¿qué más da? Seguro que lo paso bien.

—Pues... vale. El viernes la traigo —le indico, dejándolo con la boca abierta, mientras me giro y me voy sin mirar atrás.



Hoy sí que he llegado a buena hora. Igual que ayer, y todos los días desde que empecé. Menos el pasado miércoles.

Ayer estuve preparando la maleta hasta bastante tarde y me ha costado la vida levantarme, pero ahora estoy nerviosa e ilusionada con el fin de semana que se presenta.

Acaba de entrar noviembre.

Ya llevo un mes aquí y noto cómo cada vez hace más frío.

Esta última semana la ciudad se ha pintado de blanco al completo y me encanta.

¡Adoro la nieve! ¡Ojalá nevase más en mi ciudad! Quiero tocar la nieve cada día que pueda mientras sea posible. Notar el frío en la punta de mis dedos y aplastarla hasta que sea agua. Sentir la naturaleza del norte en mis manos, y disfrutar de los regalos que nos da la tierra.

—¿Qué haces con esa mochila? —me pregunta Onni sonriendo.

—Ehh... ¿Qué? —digo saliendo de mis pensamientos.

—¿Que por qué traes una mochila al trabajo?

—Porque nos vamos de excursión al parque Oulanka, ¿no? —comento con cara de sospecha.

Presiento que Kaarle me ha jugado una mala pasada, aunque Heli me dijo que iban. No entiendo a Onni.

—Sí, íbamos a ir, pero al final Heli no puede. Este fin de semana llegan muchos turistas al hostel. Aquí empieza la temporada alta, y su madre se ha puesto mala. No puede faltar al trabajo.

—Ahh... no tenía ni idea —comento realmente apenada. Me había hecho ilusiones sobre este fin de semana. La noticia de Onni me ha caído como un jarro de agua fría. Quizás no podemos ir este fin de semana, pero sí el siguiente. «Ojalá», pienso reponiéndome y sacando una

sonrisa—. ¡Qué pena! Iremos otro fin de semana. No pasa nada.

—Claro. ¿Qué vas a hacer con la maleta?

—¿Deshacerla? —Me encojo de hombros y agacho la cabeza.

—Quiero decir, que lo siento mucho. Tendríamos que haberte avisado, pero no teníamos ni idea de que venías. Heli nos dijo que no había conseguido convencerte —me dice con sinceridad.

—No te preocupes, de verdad. Fue una decisión de última hora. Voy para adentro que tengo que organizar las excursiones que tenemos hoy.

Onni se queda fuera sacando las motos del garaje en el que las guardamos y yo me preparo un chocolate caliente.

Kaarle sí que lo sabía. Él sí sabía que iba a ir. Seguro se habrá olvidado de mí o habrá pensado que es divertido reírse a mi costa, haciéndome quedar como tonta con una maleta en el trabajo. No sé cómo lo hace, pero creo que sin darse cuenta me hace daño.

La mañana pasa bastante entretenida. Tengo que hacer el balance del mes y de la semana. Además, vienen muchos turistas a hacer los *tours* que hay hoy. Me gusta mucho hablar con ellos y que me cuenten qué cosas están haciendo, por qué han venido aquí o con quién van a pasar sus vacaciones. Al fin y al cabo, yo también soy una turista, solo que mi estancia va a durar unas semanas más que la de la mayoría de ellos.

Cuando llega la hora de limpiar las motos, me pongo manos a la obra.

Las limpio con Onni, porque Kaarle sigue ocupado, haciendo no sé qué. Apenas le he visto el pelo, aunque tampoco he buscado vérselo. No quiero ver su cara sintiéndose indiferente hacia mí.

Estoy animada. Cuando llegue a la que ya siento mi buhardilla, veré qué excursiones hay por la zona. Voy a pasar el fin de semana por ahí yo sola. Me apetece pasar tiempo conmigo misma.

Sin embargo, me quedo totalmente sorprendida cuando, al salir de la tienda, me encuentro a Kaarle subido en su camioneta esperándome.

—Creía que no ibas a salir nunca —me dice medio ofuscado, y medio contento.

—¿Qué? —suelto con cara de póker. Otra vez estoy sin palabras.

—Nos vamos de excursión al Parque Nacional de Oulanka. ¿No te acuerdas? Lo hablamos el miércoles —me informa, bajando poco a poco la voz, con una expresión de decepción en su rostro.

—Eh... sí. Claro que me acuerdo —le aseguro con rapidez—, pero Onni me ha dicho que al final no íbamos, y yo pensaba que...

—¿Pensabas que al final no iríamos y que no te había avisado?

—Bueno... sí. Heli no puede e ibais a ir los tres.

¿En qué momento han cambiado tanto los planes que, de no ir, parece que voy a ir sola con Kaarle?

—Íbamos a ir los cuatro —indica Kaarle, recuperando un poco de su aparente seguridad natural—, pero, como bien has dicho, Heli no puede y Onni se queda con ella. Así que, ahora vamos a ir los dos o... ¿acaso no quieres?

—Sí. ¡Claro que quiero! —Sonrío—. Voy a visitar un sitio nuevo este fin de semana. ¡Qué ilusión!

—Pues... ¡Venga! ¿A qué esperas para subirte al coche? Oulanka está a dos horas y media de aquí. Tenemos que acelerar si queremos llegar antes de que cierre recepción. Como ya habrás podido comprobar, este viaje lo haremos de noche. La oscuridad llega cada día más pronto.

—Voy. —Empiezo a reírme y a saltar de ilusión.

No puedo creer que me vaya un fin de semana con Kaarle. Esto tiene que terminar siendo o un sueño o una pesadilla. Sea lo que sea, tengo ganas de descubrirlo. Voy a pasar tiempo con él y parece que él quiere pasar tiempo conmigo. A lo mejor descubro más cosas sobre su misteriosa vida. Estoy demasiado emocionada.

«Violeta, contrólate. El golpe puede ser duro».

Capítulo 10

Kaarle

El viaje en coche se pasa bastante rápido.

Violeta me hace varias preguntas. Preguntas a las que yo respondo, pero, por lo demás apenas abro la boca.

Tengo de fondo puesto el grupo de Of Monsters and Men. Es uno de mis preferidos.

Violeta es la primera vez que los escucha, pero noto que le ha gustado mucho.

Su sonrisa, mientras miraba por el cristal y sonaba *Dirty Paws*, lo confirma, y, para qué nos vamos a engañar, que Violeta haya disfrutado con un grupo de música que me encanta, me ha gustado.

El paisaje está lleno de carreteras desoladas con abundante nieve. La ilusión brilla en sus ojos y creo que en los míos empieza a relucir algo pequeño, también.

—Ver un paisaje tan blanco, rodeado de grandes explanadas con árboles inmensos que parecen acariciar el cielo, me ha hecho sentir una paz muy grande dentro de mí. Me siento tan afortunada por poder estar viendo esta naturaleza con mis ojos —comenta en voz alta, aunque parece arrepentirse cuando se gira y me mira. Violeta se ruboriza. Siempre se ruboriza.

—Sí, lo mejor de todo es que esa paz que sientes nunca desaparece. Da igual cuántas veces haya visto este paisaje. Cada año, cuando llega el invierno, siento calor en mi corazón al ver esta inmensidad —le explico. Quiero que sepa que la entiendo, que el norte puede llegar muy adentro de una persona.

Violeta sonrío y me mira fijamente.

Yo la miro unos instantes también, pero tengo que volver a centrar mi vista en la carretera. Es probable que encontremos algún animal y, en la oscuridad, si no voy atento, me será difícil esquivarlo. Uno de los motivos principales de accidentes de tráfico en la zona es el choque contra los animales.

—Ya mismo vamos a llegar —le informo con más nerviosismo del que quería mostrar.

—Vale. ¿Estás bien? ¿Tienes ganas de llegar? —me pregunta.

—Sí, por supuesto. ¿Por qué lo dices?

—No sé. Parece que algo raro te ocurre. Estás como nervioso. No sé... —dice titubeando, mientras va bajando el tono de voz y perdiendo ese brillo que lleva impregnando sus ojos durante casi tres horas—. Este viaje por carretera ha sido el más bonito que he hecho nunca —indica cambiando de tema.

—¿Sí? —le pregunto realmente sorprendido—. Se nos hizo de noche muy pronto. No pudiste ver casi nada.

—Igualmente. Los paisajes son preciosos. De verdad, eres afortunado por poder vivir en un lugar así —me señala mientras baja la ventanilla y desliza su mano por el aire.

Pero ese momento se rompe rápido y no puedo evitar reírme.

«Mal, Kaarle. Mal. Estás siendo demasiado amigable».

—¿Qué pasa? ¿Por qué metes la mano tan pronto en el coche?

—El aire está helado. Con solo unos segundos se me ha congelado.

—¿Sabes que el aire helado tiene buenos beneficios para la piel y para el alma?

—Lo sé. Algo he leído por ahí. —Asiente mientras deja la mirada fija en mi rostro—. Creo que me estoy enamorando del frío.

No sé qué decir.

Su mirada... Su mirada tan clara. Ese azul más intenso que el cielo, en contraste con la nieve, ha derretido el frío que llevo en mi interior. ¿Se está enamorando del frío? Laponia es frío en su total definición y yo... Yo me he fundido con mi país. Yo me he vuelto demasiado frío. Tanto que no sé cómo volver a ser la persona que conseguí ser durante mi adolescencia.

La vida no ha sido fácil para mí. La vida me ha golpeado duro, pero supongo que a todo el mundo le golpea. Llevo demasiado rato perdido en esos ojos transparentes. Tengo que mirar a la carretera.

—Y bueno..., ¿qué vamos a hacer? —pregunta Violeta un poco tensa.

—Por ahora, llegar al hostel. La noche se ha vuelto totalmente oscura y hay que tener cuidado con los lobos que rondan la zona.

—¡¿Lobos?! ¿Lobos salvajes, solitarios y peligrosos? —dice con miedo en sus ojos.

—Así es, y pueden atacar el coche en cualquier momento y...

—¡Calla ya!

No puedo evitar soltar una carcajada. No recuerdo cuánto hace que me reía tanto. Este viaje en coche está dándome una dosis de vitamina R, la vitamina de la risa.

«Madre mía, Kaarle, qué pensamiento tan infantil».

Violeta intenta hacer un mohín, pero no le sale, y eso provoca que me ría todavía más fuerte.

Estoy disfrutando. Tengo ganas de ver qué nos depara este fin de semana.

—Tranquila. Sí que hay lobos, pero estamos seguros en el coche, y en el hostel hay una zona vallada sin animales.

—Uff... Vale. Mucho mejor.

Nos quedamos en silencio.

Ambos intentamos en algún momento seguir con la conversación, pero, sin embargo, finalmente hacemos un pacto sin pensarlo y nos limitamos a seguir escuchando *Of Monsters and Men*. Suena *King on Lionheart* por tercera vez y Violeta tiene ilusión, paz y expectación en su mirada. Está disfrutando, y eso me encanta. Me encanta más de lo que debería, y tengo que recordarme que el motivo por el que estamos haciendo este viaje es porque se lo propuse antes de enterarme de que Heli no podía venir.

Tengo que recordarme que no puedo pasar demasiado tiempo con Violeta, porque no me va a hacer ningún bien.

No quiero sufrir más.

Capítulo 11

Violeta

Kaarle reduce la velocidad y comienza a estacionar el coche.

Sacamos las mochilas y veo justo enfrente el hostel, que es en realidad un conjunto de cabañas de maderas. ¡No tenía ni idea de que iba a dormir en una cabaña! Me hace mucha ilusión.

El recepcionista, un señor mayor con un gran abrigo y un gorro que le tapa casi toda la cara, nos mira detenidamente.

—Buenas noches. ¿Qué desean?

—Buenas noches. Tenemos una cabaña de dos camas individuales reservada a nombre de Kaarle.

¿Una cabaña? ¡¿Solo una?! Esto no puede estar pasando. No quiero dormir en la misma habitación que él. Por lo general, no me gusta compartir habitación. Duermo mucho peor y me cuesta quedarme dormida, pero, si además la comparto con Kaarle, con quien apenas estoy empezando a tener una relación cordial, ¡no voy a poder pegar ojo!

—Nos disculpas un momento —le digo al recepcionista, que no para de mirarnos fijamente—. Kaarle, ven, por favor.

—¿Qué pasa? —pregunta elevando los ojos.

—No te lo tomes a mal, pero no quiero dormir contigo.

—Ehh... yo tampoco, pero eso se sobreentiende, ¿no? Por eso, acabo de decirle al señor que tenemos reservada una cabaña con dos camas individuales.

—Sí, pero... Ehh... —Me estoy poniendo nerviosa de verdad—. Tampoco quiero compartir habitación.

—Violeta, son dos camas individuales. Cada una en una habitación diferente. Más bien en plantas diferentes, tranquila. Supuse que no te gustaría dormir oyendo mi respiración, porque a mí tampoco me gustaría dormir oyendo la tuya. Así que, no te preocupes —me aclara con una expresión seria, dejando la mirada clavada en mí.

Siento un gran alivio en el pecho, aunque también un poco de... ¿dolor? No sé muy bien qué es, pero sus palabras me han hecho sentir incómoda. Fuera de lugar. He vuelto a sentir su pesar por estar a mi lado. La obligación que supone para él este viaje y que, por unos instantes, pensé que no existiría.



La cabaña es preciosa.

La pared está formada por troncos de leña oscura que han debido de pertenecer a árboles enormes. El tejado es a dos aguas, con bastante inclinación, y la nieve lo cubre casi en su totalidad. Además, tiene unas escaleras que sobresalen hacia el exterior, para la planta alta.

Kaarle se acomoda en la planta baja y me deja a mí la superior.

Ha intentado hacer una broma, con eso de que me gustan las buhardillas, pero la verdad es

que no le ha salido.

El ambiente se ha vuelto tenso entre los dos de nuevo, y no sé qué añadir para quitarle leña al fuego.

—Es una cabaña preciosa, Kaarle. Me encanta. Muchas gracias por haber reservado una de dos pisos —le indico con un tono sincero, intentando volver a la «normalidad».

—Pues espera a verla por dentro. Para mañana he planeado algunas actividades que podríamos hacer. Nos levantaremos sobre las siete. ¿Te parece bien? —habla con un deje de decepción que no me gusta, pero ¿qué puedo hacer?

—Sí. A la hora que tú quieras, me parece bien —respondo intentando sacar una sonrisa. —Y, eh..., Kaarle, siento haber dudado hoy dos veces de ti. La primera al pensar que no vendríamos y que te habías olvidado de avisarme, y la segunda al creer que íbamos a dormir juntos.

—No te preocupes. Hasta mañana.

Abre la puerta de su planta y entra sin volver a mirarme.

Me da pena habernos despedido así. Sobre todo, después de lo contento que se le veía en el coche. O bueno, no sé si contento es la palabra porque Kaarle no parece estar nunca feliz. Pero sí, estaba sonriendo, y para mí era muchísimo.

Cuando le he dicho que me he enamorado del frío, se ha quedado demasiado tiempo mirándome. No sé bien qué ha entendido o qué le ha parecido lo que quería transmitir, pero es cierto que me he enamorado de los paisajes inmensos, blancos, desolados y helados. De andar con varias capas de ropa, como si de una cebolla se tratase, o de respirar y sentir cada parte del recorrido del aire que entra en mí. Desde mi nariz hasta mis pulmones, de sentirlos limpios, de sentir paz.

Me quedo frente a la puerta, con la mano agarrada en el pomo, y, sin previo aviso, me doy cuenta de que estoy un poco perdida y que este viaje está ayudándome a encontrarme. No sé todavía qué estoy buscando, pero aquí me siento bien. Me siento mucho mejor que en mi ciudad, y me cuesta entender el motivo. ¿Fui oso polar en otra vida y necesitaba vivir en el frío? ¿Metamorfosearme con él? Rovaniemi me está haciendo madurar, sentirme valiente, sentirme importante... Sigo notando la necesidad de permanecer en este país, en este punto recóndito del planeta, y quiero conseguir todas mis metas. El problema es que aún no sé cuáles son.

Subo las escaleras y, al abrir la puerta, me quedo asombrada. Kaarle tenía razón: por dentro es aún más bonita.

El interior de las paredes también está construido con leña de árboles, e incluso hay una mesa baja con cojines alrededor hecha de leña. Las patas de mi cama son troncos pequeños puestos uno encima del otro. Y, lo mejor, es que hay una chimenea que me muero de ganas de encender, pero no tengo ni idea de cómo se hace. No hay cuadros. Las paredes están desnudas, pero un gran ventanal ovalado rompe la similitud. Una lámpara sencilla en el cabecero de la cama reproduce una luz muy cálida.

Me encanta esta habitación. Podría dormir siempre aquí y no cansarme.

Después de mi pequeña expedición y de ponerme cómoda, escucho el rugir de mi barriga. Me doy cuenta de que no como desde esta mañana y de que no tengo nada que comer aquí. Hace bastante frío y está todo muy oscuro. Además, no sé dónde puedo comer o si hay algo abierto, y, para colmo, tampoco tengo el número de teléfono de Kaarle.

Después de sopesar mis opciones, decido salir y llamarle a la puerta. Sé que ya nos habíamos despedido, pero comer es una necesidad básica del ser humano, y hoy no he satisfecho

esta necesidad.

Me pongo mi chaquetón nuevo y las botas de plástico; las botas bajitas.

Es la primera vez que Kaarle va a ver mi auténtica estatura y me ocasiona más nervios de los esperados.

Cuando llamo a su puerta, abre rápidamente y me mira como si estuviera viendo un oso volando.

—¿Qué haces aquí fuera con el frío que hace?

—Pues..., tengo hambre y no sabía qué hacer.

—Ven. Pasa —me indica, sobreponiéndose de la sorpresa.

El interior de su planta es exactamente igual que la mía, excepto por el detalle de la chimenea.

—Tenías razón. Por dentro son aún más bonitas, aunque aquí abajo no hay chimenea.

—Lo sé.

—¿Por eso me dejaste la planta alta?

—Sí, fue uno de los motivos —responde encogiéndose de hombros—. ¿No te trajiste nada para comer en tu mochila?

—No, no pensé en ello, la verdad —le indico, mientras veo como él tiene abierto un zumo de moras y un sándwich en la mesa.

—Yo solo traje comida para mí, pero podemos llamar a recepción. Aún son las ocho, así que seguro que nos dicen de algún sitio cercano para comer.

Se aleja y marca el teléfono.

Comienza a hablar en suomi.

No entiendo nada de nada, pero está tranquilo. Creo que voy a poder cenar esta noche.

—Hay varios restaurantes abiertos por la zona. Si quieres te acompaño. Si no, también está la opción de pedir unas pizzas, y quedarnos calentitos y descansando.

Está claro que quiere la opción de las pizzas, pero que me haya ofrecido ir a comer fuera, si me apetece, dice mucho de él.

—La pizza está bien. Si quieres, puedes darme el número de teléfono y yo les llamo. ¿Hablan en inglés?

—Vale, pero si quieres, puedo llamar yo, y te facilito el trabajo.

—Eh... Muchas gracias de nuevo, Kaarle.

—De nada. ¿De qué sabor la quieres?

—¿Puede ser hawaiana? Me encanta la piña en la pizza.

—¿En serio, Violeta? —me dice arrugando la frente y enarcando una ceja—. ¿Quieres pedir una pizza hawaiana en el Polo Norte?

Me doy cuenta de lo absurdo que suena y me pongo nerviosa, pero me entra la risa. Después de tantos sentimientos encontrados durante el día, mi cuerpo necesita relajarse.

—Tienes razón. ¡Qué ridículo queda! Pues..., también me encanta la pizza de cuatro quesos. ¿Cuál crees que es más fácil de pedir aquí?

—Violeta, era una broma —me indica sonriendo—. Puedes pedirte la pizza hawaiana. De hecho, a mí me encanta. Así que..., ¿dos pizzas hawaianas?

—¿Te gustan? ¡No me lo puedo creer! ¡He tenido que venir a la otra punta de Europa para encontrar a una persona que quiera comer piña en la pizza conmigo! —exclamo sorprendida y contenta—. Entonces, ¿te apetece cenar a ti también?

—Sí, venga. Voy a llamar —dice un poco más animado que hace diez minutos—. Por

cierto, tú también eres la primera persona que conozco que quiere comer fruta en la pizza.

—Bueno, fruta como tal, tampoco. Solo me gusta con piña.

—¿Has probado con alguna más?

—La verdad es que no.

—Entonces no puedes opinar con fundamentos. Cuando pruebes mis pizzas caseras llenas de frutas, podrás decidir.

—¿Sabes cocinar? —le pregunto sorprendida. No se me pasa el detalle de que acaba de invitarme a comer con él algún día futuro.

—Sí, tuve que aprender por obligación, y al final terminó gustándome —responde con una sonrisa. Sin embargo, esta ya no llega a sus ojos.

Por algún motivo, sus últimas palabras le han quitado esa alegría efímera que le caracteriza. Quiero recuperarla y decido no preguntarle, a pesar de mi curiosidad.

—Pues encantada de probar esas pizzas tuyas, y llama ya, venga. Me muero de hambre —le digo mientras mi barriga decide rugir, corroborando mis palabras.

La llamada no dura más de un par de minutos y mientras se me ocurre una idea.

—Kaarle, ¿qué te parece si esperamos las pizzas en mi planta y comemos con la chimenea? No sé encenderla, pero hay mucha leña. Podrías ayudarme, y así puedo hacerlo cuando tú no estés.

Por un momento, Kaarle parece sopesar la idea, pero, finalmente, acaba asintiendo y abriendo la puerta.

Cuando llegamos, me pongo bastante nerviosa, y entro en el cuarto de baño para cambiarme de zapatos. Mis botas con plataforma me darán un poco de seguridad.

—Vuelve a entrar y quítate esas botas. Lo primero, el suelo está calentito con estas alfombras. Así que, se supone que tenemos que andar descalzos. Lo segundo, no quiero que las manches con lo bonita que son, y lo tercero es que no necesitas unos zapatos tan incómodos para nada.

—No son incómodos. De hecho, son comodísimos —le aseguro sin saber qué más decirle.

—Vale, pero todos los zapatos que tienes, menos las botas que te has puesto cuando has bajado, son así. Estoy seguro de que no te cubren lo suficiente del frío, y también de que andar descalzo es aún más cómodo.

—Sí... Bueno... Tienes razón —digo casi susurrando.

—Entonces, ¿por qué no te los quitas, vienes y me ayudas a encender la chimenea? Creía que iba a enseñarte cómo se hacía, y no a hacerlo yo solo —comenta frunciendo el ceño y realzando sus cejas rubias, casi blanquecinas.

—Pues verás..., voy a confesarte una cosa que saben pocas personas. Lo más probable es que te rías. Seguro que lo ves como una absurdez, pero es importante para mí.

No sé por qué no me importa contárselo a Kaarle. Quizás saber que no pasa nada si me juzga, ayuda. Probablemente no esté mucho tiempo en mi vida.

—¿Qué pasa Violeta? —Sin pretenderlo, he acaparado toda su atención.

—Verás, estoy aprendiendo a quererme cada vez más. Me gusta mi físico. Estoy feliz con él. El único problema es mi estatura. Ojalá fuese tal y como soy unos centímetros más alta. Cuando me miro al espejo de cuerpo entero y veo mi tamaño, mi verdadera estatura, mi escaso metro cincuenta y cinco, me siento tan pequeña e insignificante... Como una aguja en un pajar. Un ser diminuto en este mundo que no va a conseguir nada. Y puesto que no puedo operarme para ser más alta, o eso creo, ¿no?, me pongo mis zapatos con plataformas y siento que puedo

comerme un poco más el mundo.

—Si te sirve de consuelo, yo con mi metro noventa también me siento insignificante en este mundo. Quítate los zapatos, he visto antes tu verdadera altura. ¿Y qué? Aquí eres más especial. En este país la estatura media se encuentra en unos cuantos centímetros más, así que encontrar una persona pequeña, solo por fuera, la hace ser grande, la hace ser diferente y especial. Venga, ven aquí ya.

Mientras me ha dicho todas estas palabras no ha dejado de mirarme a la cara con sus ojos oscuros y su rostro del color de la nieve. Siento algo muy extraño dentro de mí, pero es liberador. Acaba de decirme que soy grande y diferente por ser pequeña. Nunca había visto la situación desde esta perspectiva. Acaba de ayudarme a quitarme un poco mi complejo, algo que solo habían conseguido mis zapatos de plataforma, y parece que lo ha hecho sin ni siquiera darse cuenta.

No tengo ni idea de cómo reaccionar, pero cada vez que me mire en el espejo y la sensación horrible de ser insignificante se pasee por mi cerebro, recordaré sus palabras.

Kaarle ha vuelto a girar su cabeza para mirarme y está escrutándome con los ojos. Creo que llevo demasiado rato en posición piedra sin moverme y pensando.

—Gracias.

—Gracias a ti por contarme algo así. ¿Vas a venir ya?

—Sí. ¡Voy!

Me desabrocho mis zapatos, me quedo descalza y pienso que me falta demasiado para llegarle a los hombros.

Me pongo nerviosa. Respiro. No pasa nada, Violeta. Él te ve grande. Ando hacia la chimenea, me agacho y aprendo a encender una por primera vez en mi vida.

—Primero pones las piñas, y luego la leña. Todo junto, ¿ves? Luego enciendes la pastilla y la pones justo en el centro. La piña prende rápido, pero todo lo que se enciende rápido, se apaga rápido. Los troncos tardan más. Son más lentos, pero calientan más y duran más rato. Las cosas que se toman su tiempo, a la larga suelen ser más especiales.

Nunca imaginé que, aprendiendo a encender una chimenea, conocería mejor cómo ve Kaarle la vida. Creo haber entendido que dedica tiempo a las cosas que considera importante. No le van las prisas. Me gusta. Me siento identificada. El arte tampoco quiere prisas. La creatividad se cocina a fuego lento. Se mejora dedicándole tiempo, mimándola.

No quiero ir corriendo por la vida siguiendo un camino recto, si la meta que me espera me hace infeliz.

Prefiero perderme en los recovecos de las izquierdas y las derechas, y dar alguna que otra vuelta antes de llegar a mi destino, si en cada paso que doy, voy sintiéndome viva.

—La verdad es que no ha sido tan difícil. Parece que está chupado.

—Eso es porque has tenido muy buen profesor, pero sí, se supone que la parte más complicada sería conseguir leña que prenda bien y que esté cortada, y, dado que eso ya lo tienes, es pan comido.

—Gracias de nuevo, por octava vez, mínimo. Lo cierto es que...

Justo llaman a la puerta. Las pizzas ya están aquí, y lo que iba a decir se ha quedado en mis pensamientos. Creo que es mejor.

Kaarle se levanta, coge las pizzas y paga.

Las lleva a la mesa y mi estómago comienza a rugir.

—Hoy pago yo, pero la próxima comida pagas tú. No pienses que vas a ir de gratis, porque

todavía no somos ni amigos.

Sé que eso último lo ha dicho medio en broma. ¿Quién sabe? A lo mejor conseguimos seguir manteniendo una relación de amistad y llevarnos bien, como está pasando hoy.

—He pedido agua. Como no dijiste nada de bebida, he tirado por lo trivial y lo más sano. Además, he pedido dos pizzas hawaianas pequeñas, y una mediana de cuatro quesos. Como me dijiste que también te gustaba, quería comprobar cuál opinas que sabe mejor en el norte.

—Kaarle, muchísimas gracias, de verdad. No tenías por qué.

Lo único que hago es darle las gracias, pero si le pregunto cualquier cosa personal, siento que puedo meterme en terrenos pantanosos. Además, no sabría por dónde empezar. No sé apenas nada de él.

Al final, decido estarme callada y comer, que es lo que más me apetece, y Kaarle parece que ha escogido la misma opción.

Comemos en silencio y a un ritmo normal.

Apenas despego mis ojos de la comida. Las dos pizzas están riquísimas. Sin duda saben hacer una hawaiana en el norte igual de rica que en el sur.

—Estaban riquísimas las dos, aunque sigo eligiendo la hawaiana.

—No dudaba de ello. Quizás algún día tenga la oportunidad de probar una pizza hawaiana del sur, o bueno —sacude la cabeza—, mejor no. —Apaga la voz y frunce su ceño.

—¿Todo bien?

—Por supuesto —responde, pero no me lo creo—. Bueno, Violeta, me voy ya que mañana tenemos que madrugar. No olvides ponerte ropa cómoda. Buenas noches.

—Buenas noches, Kaarle.

Se va dejándome una sensación rara en el cuerpo. Todo iba bien y otra vez la despedida ha sido extraña.

Me obligo a pensar en otras cosas. Ha sido un día cargado de emociones, pero ha sido un buen día.

Me quedo con eso, antes de cerrar mis ojos en este lugar tan hogareño. Echo de menos a mis padres.

Capítulo 12

Kaarle

Por un instante, he pensado en Violeta y en mí comiéndonos una pizza hawaiana en el sur, pero eso no puede ser. No será. No va a suceder. Es imposible. No puedo volver a hacerme daño de ese modo. Tengo que competir, cuidar de Taimi y de mi abuela Kalwa.

Que le guste la pizza hawaiana me hizo querer achucharla. ¿Desde cuándo quiero achuchar yo a una persona por un gesto tan banal? ¿Y si pasar tanto tiempo con ella termina ocasionando un nuevo desastre en mi vida? No puede ser. Tengo que controlarme más. No puedo sonreírle. No puedo confundirla.

Noto cómo me mira y cómo estoy empezando a mirarla yo, pero no va a suceder.

Kaarle vuelve a la realidad. Sigue con tus muros. Ni se te ocurra bajarlos. Si lo haces y algo sale mal, quizás no puedas volver a recomponerte jamás.

Capítulo 13

Violeta

Anoche, antes de dormir, llamé a mis padres para contarles cómo me iba.

Ellos nunca han estado por esta zona y mi madre me aseguró que le encantaría visitarla. También que me echan de menos, porque ya hace un mes que me fui.

La verdad es que yo también echo en falta sus abrazos y las cenas juntos en la mesa.

Se me ocurrió proponerles que vengan en Navidad, y quizás el plan sale para delante.

Me metí en la cama y me puse un capítulo de *Skam* noruego.

No recuerdo nada. Caí redonda.

Hoy me he levantado con todas las luces encendidas, la chimenea ya apagada, el móvil sin apenas batería y el portátil a mi lado.

Un desastre.

Por suerte, me ha sonado el despertador.

No sé qué ropa ponerme.

Kaarle me dijo algo cómodo, así que opto por el conjunto más placentero que tengo de los dos. Jersey gris y pitillos calientes negros, acompañados de mis tenis nuevos, que son negros también y sin plataforma. Unos calcetines bien gordos, unos calentadores grises y una orejera del mismo color.

Me pongo crema para el sol y cojo mi mochila.

Me he dado cuenta de que los pocos rayos de sol que hay en el norte me queman la cara y me ponen los mofletes colorados.

No quiero sonrojarme más. Con mi día a día tengo suficiente.

Cuando bajo, veo a Kaarle esperándome.

Él lleva un chándal negro, a juego con sus ojos, que hace contraste con su tez blanquecina. Un gorro rojo y unos tenis del mismo tono. Su ropa parece muy abrigada también, y me gusta.

—Venga, sígueme. Vamos a ir a desayunar al bar, que viene incluido en el alquiler de las cabañas.

—Buenos días a ti, también —le digo con tono irónico.

—Ah..., sí. Eso. Buenos días, Violeta.

Le sigo y llegamos al bar.

Todo lo bonito que tienen las cabañas, el bar no lo tiene. Es muy simple.

Paredes blancas, con mesas y sillas marrones de hierro.

El camarero es el mismo hombre de mirada fija que nos atendió anoche y también hay un par de señoras mayores.

El bar no incita mucho a quedarse sentado relajadamente.

Kaarle me explica que lo tienen para comer, y se acabó.

Oulanka y la zona tiene demasiadas cosas bonitas como para perder el tiempo sentados en un bar.

Me pido un chocolate caliente y Kaarle un té de frutas del bosque.

Estoy notando que no hay comida sin fruta para él.

Y, como es bastante temprano, me decanto por dos tostadas con aceite.

Desayunamos rápido y sin apenas pronunciar palabra.

A las nueve estamos listos para empezar el día.

Siento mariposas en la barriga. Tengo mucha ilusión.

La mañana la pasamos andando por toda la zona. Es un parque inmenso. Mucho más de lo que había pensado y, pese a encontrarnos con algunas personas, la mayoría del tiempo vamos solos.

Está recubierto de nieve, aunque Kaarle me dijo que durante los meses de invierno hay muchísima más cantidad, y, en ocasiones, lo tienen que cerrar porque se puede volver peligroso.

Lo rodean varios riachuelos.

Me resulta muy curioso ver que algunas zonas están congeladas y en otras transcurre todavía el agua en su estado líquido.

Al lado de los ríos hay grandes senderos cubiertos por pinos inmensos, bañados por copos de nieve blancos, y, cuando los rayos del sol se reflejan en estos copos de nieve, se crea una imagen realmente maravillosa. Además de grandes pinos, hay muchas rocas.

Kaarle me explica que debo tener cuidado porque a veces no se ven con la nieve.

Caminamos muchísimo.

Andamos a un paso rápido. Tanto que siento que estoy haciendo deporte de verdad.

El deporte es algo que no incluyo mucho, por no decir nada, en mi vida. No hay tiempo para todo, aunque sé que en algún momento empezaré a practicarlo algo más. Por lo pronto, este paseo mañanero me está encantando.

A pesar de que llevamos un paso rápido, me da tiempo a observarlo todo.

Otro detalle que me llama mucho la atención es que casi no hay animales. Algún pájaro suelto, y poco más.

Kaarle me explica que en verano sí suele verse más fauna, pero, cuando las temperaturas bajan, los animales se van. Además, debido a la constante presencia de seres humanos, algunas especies saben esconderse bastante bien.

Tras un rato subiendo por un sendero, veo un puente colgante y siento la adrenalina dentro de mí.

Hemos pasado por varios puentes, pero este es diferente. El río queda a unos cuantos metros por abajo, y, además, al ser colgante, se mueve. Si miro al frente puedo observar una gran catarata.

Me quedo sin aliento durante unos segundos. ¡Qué preciosidad!

Empiezo a correr llena de emoción como una niña pequeña.

—¡Venga, Kaarle, vamos! —digo riendo.

—No sabía que te iba a hacer tanta ilusión pasar por un puente colgante —indica haciendo una especie de mueca que danza entre la risa y la frustración de querer seguir serio.

—No es solo el puente. Es todo. Esto es tan bonito... y la catarata que hay enfrente. Necesito sentirme lo más cerca posible de ella.

—Tú primera —me dice mientras se aparta a un lado y me hace un paseíllo con la mano.

Me lanzo a la construcción muy decidida, pero, nada más dar dos pasos, siento el vaivén de este y el poco desayuno de esta mañana me sube por todo el esófago.

¡Oh no! ¡Qué mal cuerpo se me ha puesto de repente!

Kaarle debe notar cómo he pasado de estado eufórico a cara de zombi porque viene

corriendo hacia mí.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta pareciendo preocupado de verdad.

—Sí —contesto tras unos segundos callada—. El movimiento del puente me ha sentado mal.

Kaarle comienza a reírse. Esta vez parece que no ha podido evitarlo.

—Anda, no corras tanto y disfruta de cada detalle de tu alrededor. Quién sabe cuándo volverás a pasear por esta riqueza natural. El puente se mueve mucho porque es bastante alto, pero te prometo que es muy seguro.

—Lo sé, lo sé... —digo muriéndome de vergüenza por esta reacción tan tonta que he tenido.

Vamos paseando sobre él.

Justo esta parte del río no está congelada, permitiéndonos escuchar como el agua descende; agua que viene de una catarata inmensa.

Al llegar hasta ella, me siento pequeña. Los seres humanos nos creemos los dueños de este planeta, incluso de este universo, pero en realidad somos un punto efímero. Algún día yo no estaré aquí y esta catarata seguirá descargando toneladas de agua, dejando embobado a todo ser que se acerque a ella.

La naturaleza es la verdadera dueña de este planeta y después de luchar durante siglos contra ella para sobrevivir, vamos a tener que comenzar a cuidarla, si queremos seguir aquí.

Estoy ensimismada en mis pensamientos cuando escucho el sonido de una foto.

Me giro y descubro a Kaarle con el móvil haciéndome una.

¿¡Está haciéndome una foto!? Tiene que ser un error.

—¿Acabas de fotografiarme?

—Ya ves... —susurra algo tímido—. Es un lugar que merece ser fotografiado. Además, estoy seguro de que querrás conservar este sitio y este momento siempre. No solo en tus retinas. Eres muy transparente, Violeta. Me doy cuenta de que este parque te está haciendo sentir cosas, y espero que sean cosas buenas —comenta sin dejar de mirarme muy serio a los ojos.

—Gracias, pero la has hecho con tu móvil y no tengo tu número. Así no puedes pasármela.

—Tienes razón. Luego nos intercambiamos los teléfonos. Ahora vamos a comer. He comprado un par de bocadillos de queso. Quería asegurarme de que te gustasen, después de todo el ejercicio que hemos hecho hoy, y una botella de agua. Lo sé, toda una comida elaborada —me indica mientras va sacándola de su mochila.

—Yo pensé que comeríamos en el bar de las cabañas y no cogí nada. Solo un par de manzanas. Así que tenemos el menú completo —digo sonriendo.

—Tomé la comida por si acaso y, tras ver cuánto te ha gustado esta zona, qué mejor que comer aquí. Eso sí, hay que tener mucho cuidado de no tirar comida y de recogerla después. Oulanka está así de limpio porque todos nos encargamos de cuidarlo.

—Totalmente de acuerdo.

Mientras comemos de pie, apoyados en una roca que aún no está cubierta entera por la nieve, escuchamos la naturaleza.

Kaarle me pregunta si me importa acompañarlo luego, mientras practica buceo. Hay una zona en la que se permite el baño. Es en la parte en la que el agua no está congelada, pero sí está muy fría y le sirve para practicar. En un par de semanas tiene la primera competición, y siempre que puede viene a Oulanka para bañarse y bucear.

Para mí no hay ningún problema, aunque es verdad que me pone un poco nerviosa. Es un

deporte peligroso y me asusta que le pueda ocurrir algo, y no sepa cómo actuar.

Kaarle me tranquiliza explicándome que debido a que esta agua no está congelada, voy a estar viéndolo en todo momento. Solo tengo que cronometrarlo para que aguante unos cinco minutos bajo el agua.

Cinco minutos es mucho tiempo, pero me asegura de que puede aguantar casi veinte. Cuando compite, tiene una bomba de oxígeno, como la primera vez que lo vi.

Estamos hablando de manera normal, sin lanzarnos tiritos o con dobles tintas. Es una conversación cómoda, que me ayuda a descubrir más cosas sobre él.

—¿Desde cuándo practicas este deporte?

—Desde los diez años. Es decir, hace catorce años.

—¿Por qué justamente este?

—Porque mi padre lo practicaba también.

Está respondiéndome a las preguntas, aunque su tono se ha vuelto más duro.

Me he dado cuenta de que ha dicho practicaba, en pasado.

Siento que me estoy metiendo en terreno pantanoso, y decido cambiar de tema.

—Tienes una hermana, ¿no?

—¿Y tú cómo sabes eso? —pregunta subiendo su ceja derecha.

—Heli me lo dijo una vez —digo susurrando. No sé si he vuelto a hacerlo mal al preguntarle por este tema.

—Sí, se llama Taimi. Tiene seis años y es la niña más buena y dulce que existe —señala con una ternura que nunca había oído en él.

—Qué suerte tienes, o tenéis. Yo no tengo hermanos. Soy hija única, y siempre he pensado que sería genial tener un hermano o hermana.

—Lo es.

La conversación se acaba y, la verdad, no me importa. Es el momento perfecto para sacar mi cámara. Esta mañana pensé que primero disfrutaría el paisaje con mis ojos y luego con mi lente, o lo que viene siendo mi tercer ojo.

Mis padres estarían orgullosos de mí si supiesen que aguanté las ganas y no cogí la cámara.

Kaarle me ve sacar la cámara, pero no dice ni mu, así que creo que le da igual si la cojo.

Hacemos el camino de vuelta por el mismo sitio por el que hemos venido.

Voy parando algunas veces para captar el mejor encuadre y conseguir que me salga un buen reportaje fotográfico.

Durante la hora y media que tardamos en volver, Kaarle no abre la boca, pero noto su mirada fija en mí en varias ocasiones. Yo tampoco digo nada. Tengo mi cámara conmigo, y en estos momentos las palabras me sobran.

Cuando llegamos a la cabaña, me pregunta si puedo bajar en media hora y nos vamos cada uno a nuestra habitación.

Ha sido una mañana maravillosa.

En este rato, pongo a cargar la cámara. Se me ha ocurrido una gran idea; y, mientras tanto, termino de ver el capítulo de ayer.

Al bajar, el frío me da de lleno. Pese a que me estoy acostumbrando, se nota que después de comer las temperaturas bajan. Queda apenas una hora de luz, si se puede llamar luz a esta penumbra, y tenemos que aprovecharla.

Nos metemos prisa y llegamos a la parte del río que Kaarle buscaba.

Me explica que estamos de suerte porque normalmente hay varias personas bañándose, cosa

que no entiendo con lo fría que parece el agua, pero hoy no hay nadie.

Se quita el chándal y se queda con el neopreno que llevaba la primera vez que lo vi. Se pone el gorro, las gafas y unos calcetines para baño muy curiosos.

Mientras se está poniendo los calcetines, veo que tiene tinta en su tobillo.

Me entra la curiosidad, y estoy a punto de preguntarle. Si no fuera por lo concentrado que se le ve y el temor que siento cada vez que le pregunto algo, por ver cómo sus ojos negros parecen perder la vida con determinadas respuestas, lo haría.

Me da una toalla y un cronómetro, y me dice que, cuando llegue a los cinco minutos, de una fuerte palmada en el agua.

—De acuerdo. Me ha tocado la parte fácil —indico intentando reírme. Estoy demasiado nerviosa.

—Sí, la verdad es que no vas a sufrir mucho —responde tranquilo.

Mientras se prepara, yo lo hago también.

Coloco el trípode de la cámara y esta, para enfocar justo la zona en la que Kaarle se va a meter, y empiezo a grabar. Sé que se ha coscado de que estoy grabando, pero no hace preguntas. Espero que no le importe que le grabe. Creo que puede salir un vídeo interesante.

—Ya estoy. Cuando levante la mano, pon el cronómetro que me sumergiré.

—Vale. Todo preparado.

Se mete en el agua y su rostro queda impasible. No parece que tenga frío ni calor, que esté nervioso o que le guste lo que vaya a hacer. No hay rastro de emoción en él, y eso no me gusta nada de nada.

Levanto la mano, pongo el cronómetro y él se sumerge.

Ni nada ni se mueve. Simplemente está sumergido en el fondo y, cada pocos segundos, unas burbujas asoman a la superficie.

Los cinco minutos pasan rápido. Doy una fuerte palmada en el agua y, joder, ¡qué fría está!

Kaarle sale a la superficie. Se quita las gafas y veo su cara morada.

—Kaarle, ¿estás bien? Tienes la cara morada.

—Sí, tranquila. Suele pasar. Dame la mano, por favor. Voy a salir.

Sale y le paso la toalla.

Corriendo se envuelve en ella y va entrando en calor. Poco a poco su cara va recuperando su blanco nuclear característico.

—¿Es sano este deporte? Yo solo le veo inconvenientes.

—Eso es porque no lo conoces, pero el agua fría tiene muchos beneficios. Fortalece el sistema inmunológico y nos despierta rápidamente. Mejora el rendimiento físico y estimula la respiración, ya que nuestro corazón late más rápido, ayudando a abrir los pulmones y haciendo que entre más oxígeno en ellos. Obviamente, también tiene desventajas y es peligroso, pero, si se hace de manera controlada y con cuidado, los beneficios superan las desventajas o, al menos, eso me han dicho siempre.

—Vale, después de todos estos argumentos, te creo, pero ten cuidado.

—Por supuesto, ahora que he entrado en calor, voy a meterme de nuevo, pero esta vez voy a bucear un poco por la zona y van a ser seis minutos en vez de cinco. Tú tienes que hacer exactamente lo mismo: cronometrar y dar una fuerte palmada en el agua cuando el tiempo finalice.

El proceso se repite: Kaarle se mete, bucea, le cronometro, doy la palmada, le paso otra toalla seca y sale morado.

—Por hoy basta. Hemos estado en torno a media hora, entre los preparativos y todo. Ha empezado a oscurecer. Me termino de secar, me pongo el chándal y ya nos vamos.

—Vale, voy apagando la cámara.

Estoy deseando llegar a la cabaña y ver qué tal me ha quedado la mini grabación que he estado haciendo. Quiero unirlo a las tomas de esta mañana y hacer una especie de vídeo de presentación para Kaarle. No sé si en este deporte los competidores tendrán vídeos de presentación o si será conocido en Finlandia o países de alrededor.

En España nunca había oído hablar de él ni visto a nadie que lo practicase, así que podría intentar hacerle promoción. Obviamente, tengo que grabar muchas más tomas de Kaarle en distintos sitios, pero a lo mejor para la temporada que viene tengo organizado un buen vídeo y más gente podrá conocer el buceo bajo el hielo. Es solo una idea y, mientras Kaarle no me pregunte, cosa que parece que no va a hacer, voy a mantenerlo en secreto. No estoy muy segura de que le vaya a gustar.

Llegamos a la cabaña y quedamos en bajar a cenar sobre las siete.

A mí se me ocurrió la genial idea de decir que cuando anoheciera, porque se ve que aún no me acostumbro del todo a estas escasas horas de luz.

Decido darme un buen baño de agua caliente y llamo a mis padres.

—Hola, mamá.

—Violeta, cariño, ¿cómo estás?

—Muy bien. He estado todo el día paseando por el parque de Oulanka. Estoy reventada, pero muy bien.

—¿Qué te parece si ponemos la *webcam*? Rosa está aquí conmigo y tenemos muchas ganas de verte.

—Por supuesto. Voy a encender el portátil y así nos vemos mejor.

Apenas unos minutos después tengo delante a las dos mujeres más guapas del planeta. Mi madre va con un jersey de hilo verde y su coleta bien alta. Rosa sigue aún con camiseta de manga corta. Ambas tienen los ojos muy oscuros. Está claro que yo he heredado los ojos de mi padre.

Cuando digo que Rosa es mi tía, la mayoría de las personas se lo creen, porque no conozco dos mujeres más parecidas entre sí, pese a no tener ningún tipo de parentesco.

—¡Estás preciosa Violeta! Tienes los mofletes bastante rojos. Te has dado una ducha demasiado caliente, ¿no? —me dice con una expresión cargada de ternura.

—¡Ay, tía, sí! He pasado mucho frío durante el día, y eso que mis amigos me dijeron que me abrigase bien. —No sé por qué hablo en plural, pero todavía no me apetece que sepan de la existencia de Kaarle. Así, si digo amigos en general, no me preguntarán demasiado.

—Estás con Heli, ¿no? Me gusta mucho que hayas conocido una chica finlandesa, mi niña.

—Sí, mamá. Heli y un par de amigos suyos —miento mirando hacia abajo, cruzando los dedos.

—¿Sabes, Violeta? Yo también estuve en Oulanka. Fue después de que tus padres regresasen a España. Es uno de los lugares más bonitos, de todos los que he estado en mi vida —me dice Rosa poniendo cara de nostalgia—. Si os da tiempo, pregunta si pueden acercarte a Rusia. Está al lado. ¡Así habrás pisado otro país! —exclama riéndose.

—¡Qué ilusión me hace saber que has estado aquí! Cuando vaya a España o vengáis vosotros aquí —digo mandándoles una indirecta— os enseño los vídeos que hice. Fotos mías no tengo... Bueno, sí. Tengo un par. —Sonrío al recordar las fotos que me hizo Kaarle junto a la

gran cascada—. No creo que nos dé tiempo ir a dar una vuelta por Rusia, aunque sería genial para la próxima vez. Ahora estoy muy feliz de poder visitar distintos lugares de Finlandia. ¿Cómo está papá?

—Está trabajando. Hoy le toca doble turno. Llegará esta noche reventado.

—Vale, mamá. Cuando llegue, dile que hemos hablado y que me acuerdo mucho de él. Lo echo mucho de menos. A ver si os llamo mañana cuando vuelva al hostel y os pillo a los dos.

—Yo se lo digo, Violeta. ¿Y qué vas a cenar? ¿Vais a ir a algún sitio o cocináis vosotros?

—Cocino yo, obviamente —bromeo.

Sé que no se fía nada de mis dotes culinarias, por lo que, después de que me mire alzando la ceja derecha y señalándome con su dedo acusador, le tranquilizo diciéndole que vamos a ir a cenar al bar que tienen las cabañas.

—¿Y mientras qué vas a hacer?

—Descansar, tía. Estoy supercansada. Voy a ver si me termino la segunda temporada de una serie que me empecé, porque se desarrolla en Noruega. Sí, muy lógico todo, ya sabéis. Frío noruego, frío finlandés, Violeta se ve una serie noruega —mientras voy diciéndolo en voz alta me doy cuenta de que quizás no tenga tanta lógica como yo le vi.

—Sííí... todos la conocemos —comenta Rosa riéndose también.

—Y bueno, ¿qué estáis haciendo vosotras?

—Estábamos tomando café y ahora íbamos a ir a dar un paseo por el centro. Lleva lloviendo un par de días y por fin ha salido el sol.

—Me parece perfecto, chicas. Entonces, os dejo ya, antes de que se os haga más tarde.

—Vale, mi niña. Sigue disfrutando mucho y recuerda que te queremos infinito.

—Sí, mamá —le digo mientras le tiro besos a la pantalla—. Yo también os quiero muchísimo.

—Hasta mañana —se despiden al unísono, tirándome besos también. Cuánto me gustaría poder abrazarlas ahora mismo.

—Hasta mañana —repito moviendo la mano.

Le doy al botón rojo y, rápidamente, la pantalla se queda en negro. Me tumbo en la cama bocarriba y una lágrima se me escapa. Hace un mes que no las veo y las necesito tanto, pero también necesito esta experiencia, y soy tan feliz, que al final son unas lágrimas bonitas.



Bajo deprisa, tiritando de frío, y llamo a la puerta de Kaarle.

Lleva un anorak y un gorro negro que apenas permite que se le vea la cara, así en la oscuridad, pudiéndose apreciar solamente sus penetrantes ojos negros. Nadie diría que es finlandés.

Al verlo, el corazón se salta un latido y me quedo parada. No entiendo por qué mi corazón ha cambiado su ritmo habitual.

«¿Qué me está pasando? No, no, no, Violeta. No. Corazón, no. Mente, no. Volved todos a vuestros lugares acomodados».

—¡Eo! —me dice Kaarle, moviendo la mano de derecha a izquierda, y viceversa, delante de mi cara—. Llamando a Violeta que se ha quedado pasmada como si hubiera visto un lobo. Vamos a cenar. Ya veo que estoy demasiado feo esta noche, pero el frío vence a las ganas de arreglarse.

—Eh..., sí, sí... Perdón —contesto trabándome. «Violeta, por favor, no»—. Vamos que me

muero de hambre.

—¿Qué te apetece cenar hoy?

—Algo caliente, si puede ser. ¿Hay algún tipo de sopa?

—Sí, por supuesto que hay. ¡Vamos rápido! Pidamos dos.

Las sopas están muy sabrosas. A pesar de que parece que solo tienen caldo, bastante caliente, por cierto, y un poco de pollo y fideos.

Mientras comemos, ninguno dice nada. Empieza a ser costumbre esto de mantener silencios prolongados mientras comemos o, mejor dicho, mientras estamos juntos, pero siento que cada vez son más cómodos.

En este mismo momento, Kaarle no deja de observarme. Su vista se pasea de arriba abajo, de mis ojos a mis labios. Me estoy poniendo realmente nerviosa, y decido mirar al cuenco. Sin embargo, no puedo evitar alzar la vista y compruebo que Kaarle sigue mirando.

—¿Tengo monos en la cara? O, mejor dicho, ¿tengo osos en la cara? —Nada más decir esto, me siento ridícula. Vaya chiste tan malo.

Kaarle empieza a reír, y pienso que quizás no fue tan malo.

—Ehh, no. ¿Por qué lo dices?

—No paras de mirarme y estoy empezando a sentirme un poco incómoda mientras ceno.

—Esto, lo siento... —Sus mejillas se han puesto coloradas—. Violeta, te quería decir que...

—¿Qué? —Me ha empezado a entrar calor de repente.

«Violeta, no», me digo.

—Ha sido un buen fin de semana. Me alegro de que decidieras venir. Eso es todo. —Y ahora sí que aparta la vista hacia su cuenco.

—Sí, yo también me alegro de haber venido —le digo sonriendo.

Me ha gustado ese comentario de Kaarle y me ha hecho muy feliz, pero esto que estoy empezando a sentir dentro no puede suceder. Intento convencerme de que, cuando volvamos, todo va a volver a la normalidad. Apenas hablaremos y estaremos ocupados en nuestras cosas.

«No puede ser. Es un finlandés que quiere vivir aquí, y yo soy una española que estoy de paso y... Mente para un segundo. Deja de imaginarte cosas, por Dios. Solo te ha dicho que se lo ha pasado bien».

Tengo que poner un poquito de distancia mañana porque mi loco corazón empieza a confundir los sentimientos.

Capítulo 14

Kaarle

«¿Qué has estado a punto de hacer, Kaarle? ¿Qué coño te pasa? ¿Pretendías decirle que estás empezando a confundirte? ¿Que mientras la mirabas tomarse una sopa estabas pensando cosas que no deberías de pensar?».

Tengo que alejarme de ella.

Cuando termine este fin de semana, termina todo rastro de amistad entre nosotros. Termina todo tipo de relación que se escape del ámbito laboral. Es mejor una derrota a tiempo que una final que nos rompa a los dos.

Capítulo 15

Violeta

Han pasado tres días desde que volvimos a Rovaniemi. Tres días en los que me he dedicado a trabajar y a estar cobijada debajo del edredón. He terminado la serie de *Skam* y he empezado *Vikingos*, pero, después de estos días haciendo la croqueta, es hora de salir de la cama.

Al salir del trabajo, he bicheado en internet qué actividades de ocio podía hacer esta tarde y he visto que hay una exposición del pintor modernista Leonid Afrémov, en una pequeña galería del centro, a lo largo de la semana.

Decido ir.

La pintura es otra de mis pasiones. Adoro ver cuadros y arte, seguir a pintores en Instagram y pasarme horas viendo tableros de Pinterest.

Nunca había oído hablar de Afrémov, pero, al llegar a la exposición, me quedo maravillada. No entiendo por qué no está en un gran museo de Finlandia. Sus pinturas retratan escenas urbanas. Algunas cuentan con la presencia de humanos, pero lo más fascinante es el colorido que poseen.

Afrémov mezcla tonos cálidos —naranjas, rojos, amarillos y dorados— con tonos fríos —verdes, azules, morados y negros—. Todos sus cuadros tienen un punto de luz brillante y están pintados con espátulas con trazos muy pequeños.

Voy leyendo y descubro que es pintura al óleo. También, que Afrémov es un pintor bielorruso que se hizo famoso sobre todo por vender sus obras en internet.

Llevo un rato admirando la sesión en la que aparecen parejas abrazadas de espalda. Estas llevan paraguas y se sitúan en grandes avenidas cargadas de árboles a ambos lados. Hay parejas en tonos fríos, en tonos cálidos y combinando ambos.

De repente, mi vista se detiene ante un cuadro en el que se retrata a una pareja que parece bailar. Ella lleva un vestido rojo de tirantilla y él un chaleco grisáceo con una camisa blanca y una corbata. Se están mirando con pasión mientras el hombre le agarra la pierna. Me encanta este cuadro. Me recuerda a España y la sangre mediterránea; al flamenco y al baile. Me recuerda a casa.

—¿También te gustan los pintores bielorrusos?

Pego un salto, porque no me esperaba esta interrupción.

—Kaarle, ¡qué susto! ¿Qué haces aquí?

Desde que volvimos de Oulanka, apenas hemos hablado. En el trabajo coincidimos poco. Kaarle está casi siempre de excursión y yo en la oficina.

Cuando lavamos las motos, no es que nos salgan las conversaciones más divertidas e interesantes del mundo, y, como he decidido pasar las tardes en casa encerrada descansando e intentado que la mente se relaje, nuestras primeras palabras fuera del trabajo esta semana son estas.

Qué fastidio reconocer que, al escuchar su voz, mi corazón se ha vuelto a saltar un latido. Estos días intentando relajarme, estar tranquila, pensar en otra cosa... han servido para poco. Es

escuchar su voz y sentir el tirón de barriga.

—Mejor dicho, ¿qué haces tú aquí? —dice sorprendiéndose y arrugando la frente.

—He bicheado en internet qué actividades de ocio había esta tarde por la ciudad y me ha salido esta.

—Ahh... Por un momento creí que te gustaba Afrémov —expresa con un deje de decepción en la voz.

—No lo conocía hasta esta misma tarde —me encojo de hombros—, pero me está gustando mucho la exposición. ¿A ti te interesa el arte?

—Bueno, me interesan algunos autores, mejor dicho. Este concretamente, sí. No me creo aún que hayan traído una exposición suya.

—¿Puedo saber por qué este concretamente?

—La forma en la que expresa el amor entre dos personas concuerda conmigo. Dentro de un clima frío, dos personas se abrazan. Dentro de un clima cálido, dos personas se abrazan. Dentro de un sinfín de colores que pueden transmitirme calidez, frío, alegría, felicidad, tristeza, desasosiego, tortura... dos personas se abrazan. Me gusta el abrazo. Me parece un gran gesto de amor. El abrazo salva a las personas en sus peores momentos. Sentir el corazón de alguien que me importa latiendo cerca del mío me calma. —Tiene la mirada fija en el cuadro de los dos bailarines mientras habla.

—No termino de entenderte, Kaarle. Pensaba que detestabas los abrazos y la cercanía de otro ser humano.

—Hay demasiado que no sabes de mí, pero desde luego no detesto el cariño de una persona que quiero y me importa. Al contrario, me ayuda a seguir. —No me mira en ningún momento mientras habla. Siento que se está abriendo a mí, aunque sus ojos sigan tan oscuros como una habitación con la luz apagada y las persianas bajadas.

No sé qué más decirle, porque, aunque está hablándome a mí, parece que se encuentra demasiado lejos.

—Este cuadro me recuerda a mi país.

—Y a mí.

—¿Has estado alguna vez en España?

—No.

—¿Entonces?

—Entonces nada. Los estereotipos, supongo. Bueno, me tengo que ir. Ya he terminado de ver la exposición.

—Ah, vale. A mí me faltan unas cuantas salas.

Asiente, se da la vuelta y sale del lugar.

No vuelvo a hablar más con él hasta dos fines de semana después.



Ha llegado el día de su primera competición.

Estoy atacada y no soy la que va a congelarse bajo el agua.

Estamos a mitad de noviembre, cada vez hay menos horas de luz y el frío se va asentando más. Los lagos están congelados y es difícil encontrar una parte del río por la que discurra el agua. La nieve es abundante.

Onni dice que este año va a ser bueno para la empresa porque está nevando más que de costumbre.

Me encanta que nieve. Siempre he querido vivir en un lugar en el que haya que quitar la nieve del coche por la mañana, en el que se esté tan calentito dentro de la casa que de pereza salir, en el que no se sude... Pensé que me cansaría antes de este clima, pero por ahora no puedo estar más contenta. Aunque llevo un mes y todavía no ha llegado la peor época, tal y como me recuerda Onni a menudo.

Estoy esperando en la puerta del hostel a Heli.

Hemos quedado para ir juntas a ver a Kaarle.

Onni lleva con él desde ayer.

Kaarle está nervioso y Onni se ofreció para pasar una noche de chicos juntos.

Cuando Heli aparece está guapísima. Lleva un traje de nieve rosa chicle que le sienta genial con su color de piel y su dulzura. Es una auténtica nórdica. Cada vez más personas visten con trajes de nieve.

Yo pensaba que solo se usaban para ir a esquiar o a hacer *snow*. Sin embargo, se está convirtiendo en la prenda habitual.

Yo me he puesto unos pitillos y una camiseta. Ambas prendas son térmicas. Un pantalón negro con pelo por dentro, que fue una ganga que encontré el otro día, y un jersey rojo, de cuello vuelto. Además, no me falta mi chaquetón, mis orejeras y mis guantes blancos. Me he hecho una coleta para sentirme más cómoda manejando la cámara. Pienso grabar muchas tomas distintas. Continúo con la idea de intentar hacer un vídeo, un reportaje audiovisual o un llámalo cómo tú quieras, sobre este deporte.

—¡Hola! —me saluda Heli dándome un pequeño abrazo; gesto que para ellos significa mucho.

—Hola, Heli. ¡Estás preciosa!

—Muchas gracias. Tú también, Violeta. ¿Cómo estás? ¿Preparada para ver la primera competición?

—Preparadísima —digo mientras comenzamos a andar al compás de los copos de nieve para llegar a la parada del autobús.

La competición se va a hacer al norte, en las afueras de la ciudad, y andando, con esta nieve, vamos a tardar bastante.

—Bien, creo que te va a gustar. Vas a ver cómo se hace un agujero en el hielo con una motosierra. Se hace con esta porque tendrá un espesor de unos veinte centímetros y sería bastante complicado romper la banquisa de otra manera. En cualquier caso, nosotras tenemos que estar alejadas, porque no vaya a ser que el hielo se resquebraje y se rompa.

—¿Van a competir muchas personas? Lo digo porque si el hueco es pequeño, muchos no cabrán, supongo.

—Lo irán haciendo por turnos. Dos buceadores se sumergen y dos compañeros esperan fuera. Miden el tiempo que permanecen bajo el hielo y a la profundidad en la que se encuentran. Suele ser entre un metro o dos. Al menos en este tipo de competiciones. Van a estar agarrados por una cuerda que se llama línea de vida. Cada uno sujeta un cabo. El compañero que está en el exterior puede dar un tirón desde la superficie para comprobar que todo va bien y quien está buceando dará otro tirón para demostrar que sí.

—¡Qué interesante! ¿Por qué no me contasteis todas estas cosas el primer día?

—No pensamos que entrarías tanto en nuestro mundo, Violeta —me explica sonriendo.

—Entonces... Es algo bueno, ¿no?

—Sí, por supuesto. Me gusta que haya otra chica en este pequeño grupo, aunque sea de

manera temporal.

—Sí, bueno... Quién sabe cuánto durará. Por ahora, cuéntame más cosas, por favor.

—Pues, el buceo bajo el hielo se considera como una modalidad extrema del submarinismo. Además, el momento en el que más frío pasan los buceadores es cuando salen, por el choque de temperaturas. Así que, aunque Kaarle salga todo morado, no hay que preocuparse. Abajo, entre la adrenalina, bucear, la ropa... no siente tanto frío. Es mucho peor cuando emerge a la superficie.

—Pero ¿cuánto rato puede estar bajo el hielo? ¿No hay peligro de que se congele?

—Claro, este deporte es muy arriesgado... —me dice mirándome a los ojos—. El máximo que debe permanecer una persona sumergida es unos veinte minutos, porque si no puede ser muy peligroso.

—¿¡Veinte minutos?! ¡Eso es un montón! —Estoy empezando a ponerme todavía más nerviosa. Espero que Kaarle no esté veinte minutos sumergido, si no, mi corazón se va a saltar los latidos y no va a ser por...

«Por nada, Violeta. Para ahora mismo».

—Sí, tranquila —dice volviendo a reír. Ya estamos sentadas en el autobús y la conversación va surgiendo de manera muy natural—. Veinte minutos es el intervalo de tiempo que necesita el frío para abrirse paso en nuestro interior y provocar lo que se denomina pérdidas de calor corporal.

—Vale, vale... ¿Y si se ha alejado y no encuentra la salida? El agujero es pequeño, ¿no? —Mis nervios no paran de crecer y tengo que conseguir grabar buenas tomas.

—Sí. Por eso es esencial no perderlo de vista. Además, ese es uno de los motivos por los que poseen una cuerda enganchada a otro buceador.

—¿No son competitivos entre ellos? ¿No hacen jugarretas?

—Es un deporte competitivo, pero es un deporte que necesita mucho compañerismo. Puedes permanecer abajo el tiempo que aguantes hasta esos veinte minutos. Eso es el máximo. Es el diez. A partir de ahí, el otro buceador te ayudará a volver a la superficie. Además, es un deporte de riesgo. Las vidas corren peligro si algo sale mal. Todos son conscientes de ello y, por eso, se ayudan.

—¿Hay mujeres que lo practican? —Tengo mucha curiosidad. Hago una pregunta tras otra.

—Por supuesto que sí, pero en menor medida. En otras competiciones las veremos. Hoy es una pequeña, en la que participan diez buceadores nada más.

—¿Eso es porque es la primera?

—Eso es porque todavía muchos no están bien entrenados. Hay competiciones aquí y allá para entrenar, para llegar en buena forma a la de finales de diciembre. La gran final. Quien gane esa competición queda como el mejor de Finlandia y obtiene una buena suma de dinero. Además de una medalla y el reconocimiento nacional e internacional.

—¿Alguna vez ha sucedido algún accidente grande en Rovaniemi?

—¿De buceo te refieres?

—Sí.

—Sí, hace cinco años —afirma bajando la voz y con una mirada que refleja una tristeza enorme.

Me llevo las manos a la boca y decido dejar de preguntar por ahora.

El resto del trayecto lo paso mirando el paisaje.

De vez en cuando, Heli y yo hablamos de algo que vemos por la carretera, pero parece

ensimismada en sus pensamientos.

Estoy muy feliz de tenerla como amiga. En este mes me ha ayudado mucho. He encontrado un trabajo gracias a ella, vivo en su hostel, tengo ropa nueva y he conocido a Onni y a Kaarle.

Me ha abierto las puertas de su mundo sin pedirme nada a cambio y le estaré eternamente agradecida por todo. Ha hecho que mis primeras semanas en Rovaniemi no sean demasiado complicadas.

—Heli, muchas gracias.

—No tienes por qué dárme las, tonta. Todo lo que te interese saber, tú pregunta. Onni y yo siempre te ayudaremos, y Kaarle, a su modo, también.

—Lo sé. —Aunque lo de Kaarle no lo tengo muy claro.

Llevamos sin hablar desde la exposición de Leonid Afrémov. Creo que no le pasa nada conmigo, al menos yo no tengo ningún problema, pero apenas coincidimos. Él se pasa el día trabajando y por las tardes ya no va a Koti, sino que se va a la piscina a entrenar.

Hoy, después de la competición, será la primera vez desde Oulanka que comamos juntos. O, al menos, ese es el plan que haremos, según me dijo Onni.

—Violeta, es la siguiente parada. —Se levanta y se pone sus guantes—. ¡Vamos a disfrutar de una buena competición bajo el hielo al estilo nórdico! —Una sonrisa inunda su cara mientras me agarra de la mano y nos bajamos del autobús.

Capítulo 16

Violeta

Tengo la cámara preparada, pero no puedo acercarme mucho.

Ya se han sumergido cinco buzos y Kaarle es el siguiente.

Hace un frío que te mueres.

No hay muchas personas, y pienso que será por el frío, seguramente.

De verdad que cuesta trabajo soportarlo.

Hay un par de ambulancias por aquí y los buzos esperan su turno en el lado opuesto de donde nos encontramos. La capa de hielo es lo suficientemente consistente para aguantar el peso y lo suficientemente fina para haberla cortado.

El hueco que han quitado de hielo me resulta enano. No me imagino tener que sumergirme por ese orificio. ¡Qué claustrofobia!

Heli y Onni tienen la mano cogida y se dan ánimo entre ellos.

Es un clima de nerviosismo. Cada vez que un buceador sale del agua o del hielo, depende de cómo se mire, se oyen suspiros de alivio.

Quiero entender mejor este deporte, saber por qué las personas lo practican. Saber por qué Kaarle lo practica. ¿Será por su padre? Eso fue lo que me comentó en Oulanka, aunque no quiso añadir mucho más.

En cualquier caso y pese a hallarme en la lejanía, hago *zoom* y, para qué nos vamos a engañar, me quedo embobada mirando a Kaarle, o mejor dicho a los ojos de Kaarle.

Empiezo a grabar su descenso por el orificio.

Siento la bilis en la garganta.

Sigo grabando el ambiente y al buzo que está arriba. Veo cómo tensa la cuerda y me relajo un poco. Si no se ha puesto nervioso, es porque Kaarle se encuentra bien.

Lleva nueve minutos bajo el hielo.

Heli y Onni se susurran al oído sin soltarse las manos.

Se oyen murmullos, pero nada tiene que ver al clima que suele respirarse en una competición deportiva en otros tipos de deportes. Aunque recuerdo que Heli me dijo que esta era de las pequeñas.

Ya van catorce minutos.

Quien más ha durado ha sido un buzo de diecinueve años que vive en la capital. Dieciocho minutos ha estado bajo el agua helada.

Quiero que salga ya.

Si a mí me falta el aire, no quiero ni imaginar cómo se sentirá Kaarle. Ojalá poder mandarle mi apoyo.

«¿Qué me está pasando? Violeta, deja de pensar estas cosas y límitate a grabar».

Diecisiete minutos y cuarenta y cuatro segundos marca el cronómetro cuando Kaarle sale a la superficie.

¡Casi! Ojalá que hubiera aguantado para los segundos que le quedaban.

Corriendo le ponen las toallas encima y se lo llevan bajo las carpas para que entre en calor.

Grabo todo este proceso y creo haber conseguido buenas tomas, aunque me habría gustado acercarme un poco más. Detalles como su cara morada al emerger, dudo que hayan sido capturados.

Terminamos de ver el resto de la competición.

Ninguno consigue superar al joven ni a Kaarle.

El tercero ha quedado solo cuatro segundos por detrás.

Onni está muy feliz. Asegura que es un gran resultado.

Dentro de dos semanas vuelve a haber otra competición más grande que se desarrolla todavía más a las afueras. A una hora subiendo dirección Polo Norte. En ella habrá categorías femeninas, así que podré grabar también algunas tomas de mujeres, y mostrar la diversidad en un deporte de riesgo.

—Violeta, esperamos a que Kaarle salga y vamos a cenar, ¿vale? —me dice Onni con una gran sonrisa. Ambos están muy contentos por este primer resultado.

—Vale. ¡Me muero de hambre!

«Y de ganas de oír lo que tiene que contarnos, Kaarle. Violeta..., en fin, tú sabrás. Sí, mente. Yo sabré...».

Kaarle sale de la carpa y se acerca a nosotros por el borde. El río sigue helado. Creo que empieza a ser buena idea alejarnos todos de él, no vaya a ser que se derrumbe por exceso de movimientos cercanos, y dentro.

Cuando lo tengo frente a mí, lo noto más serio de la cuenta. Parece que no quiere mirarme directamente.

—Enhorabuena. Lo has hecho muy bien.

—Muchas gracias —responde mirando a la lejanía.

Está muy serio. No parece contento con el resultado.

A ver, obviamente ser el primero es mejor, pero un segundo lugar también está muy bien. Sin embargo, por la cara de Kaarle parece que ha sido el último o, mejor dicho, no parece nada. No hay expresión en su rostro. No hay emoción. Solo mira al frente como si, nuevamente, se encontrara muy lejos de aquí.

—Vamos a cenar, ¿no? —pregunta Onni con una sonrisa, como si no se hubiera dado cuenta del cambio en la expresión de Kaarle.

Una cosa es que sea seco y distante e, incluso, borde, y otra cosa es que parezca perdido, que parezca que está en otro planeta.

—Sí, vamos —nos anima Heli mientras echa a andar.

Nos montamos en el coche de Kaarle, pero es Onni quien conduce esta vez.

Por lo tanto, terminamos los dos en el asiento de atrás.

Kaarle se ha sentado lo más lejos que puede de mí y mira por la ventanilla.

Este viaje es tan distinto al que hicimos la última vez juntos, cuando íbamos a Oulanka.

Por suerte, solo dura diez minutos.

Paramos en un pequeño bar que venden todo tipo de ensaladas variadas.

Me gusta. Voy a comer sano hoy.

Nos sentamos y nos pedimos cada uno nuestra ensalada.

La mía es de pasta y frutas, la de Kaarle solo de frutas, y Onni y Heli eligen una grande para compartir, con salsa rosa, que también parece muy rica.

—Bueno, Kaarle, ¿cómo te has sentido en la competición? —le pregunta Heli sin perder la

sonrisa, y agarrándole la mano por encima de la mesa, enfundándole ánimos.

Kaarle sonrío por primera vez desde que se montó en el coche y no aparta su mano. Seguro que, si yo hubiera hecho eso, la habría retirado como si ardiera en medio de tanto frío.

—Bien, aunque quería aguantar más. Lo he intentado. Lo juro. Sabía que eran segundos los que me quedaban, pero el frío estaba cada vez más dentro de mí. Me he puesto a pensar, y he saltado como un canguro a la superficie nada más que me llegaron los pensamientos. Por más que intento mantener la mente en blanco, cuando los minutos pasan y el frío se asienta, mi cerebro piensa demasiado.

—Es normal, Kaarle —dice Onni sonriendo—, pero has estado genial. Casi quedas el primero. Tenías un rival duro, y lo sabes.

—Sí, pero necesito entrenar más. Tanto físicamente como mentalmente —asegura sin mirarme ni un segundo. Parece que he dejado de existir. Están hablando entre ellos y me da cosa preguntar.

—Nosotros te ayudaremos siempre que podamos —declara Heli—. Y Violeta también, ¿verdad?

—Ehh... sí. Claro. Si me necesitas, aquí estoy.

Kaarle me mira y asiente.

Suelta la mano de Heli y un atisbo de emoción comienza a aparecer en su rostro.

Nos traen las ensaladas y comemos en silencio.

Pasados unos minutos a Onni se le ocurre una idea genial:

—Oye, ¿por qué no hacemos mañana una excursión de motos de nieve los cuatro? Mañana no trabajamos, y estaría muy guay. Violeta, ¿te apetece?

Capítulo 17

Kaarle

Estoy a punto de decir que no. Me apetece descansar y ver alguna película con Taimi, y mi abuela Kalwa. Entre el trabajo y los entrenamientos las veo menos de lo que querría.

Sin embargo, la cara de felicidad de Violeta y su sí cargado de ilusión, me mantiene callado.

—Genial. Kaarle, Heli, ¿qué decís? ¿Os apetece? —nos pregunta Onni.

—Por supuesto —añade Heli—. Te va a encantar, Violeta. Ya verás.

Todos se giran hacia mí.

Violeta empieza a perder la ilusión. Se ha dado cuenta de que no quiero, pero, no obstante, me limito a asentir y hago un amago de lo que intenta ser una sonrisa.

Violeta parece sorprenderse y me sonríe ampliamente.

Mañana merecerá la pena solo por la sonrisa que me acaba de dedicar.

He intentado y sigo tratando de ser seco con ella, y alejarme.

Después de verla en el museo, delante del cuadro que tanto me recuerda a su país, supe que tenía que retirarme sí o sí.

Está claro que echa de menos España y que en algún momento volverá allí. Se irá del frío, y se irá de mi vida.

Pero es tan difícil alejarme de ella.

Noto cómo me mira en el trabajo, esperando a que la salude, a que intercambiamos alguna que otra palabra. Cada mañana quiero preguntarle cómo está, pero luego me digo: ¿Para qué, Kaarle? ¿Qué vas a conseguir con ello? ¿Tener una relación más estrecha y que duela más cuándo se vaya?

No esperaba que viniera hoy a verme competir, aunque no sé de qué me sorprende, porque por supuesto que Heli y Onni se lo habrían dicho.

Tengo sentimientos encontrados con estos dos.

Una y otra vez se empeñan en que Violeta esté en mi vida. Parece que piensan que me va a beneficiar, cuando está claro que es todo lo contrario: me va a dañar o, mejor dicho, ya me duele.

Este mes y medio he pensado más en mi pasado que en un año entero, y hacerlo es doloroso. Es hacerme demasiadas preguntas para las que nunca obtendré una respuesta.

Por eso, he dejado de ir a Koti.

Sé que ella sigue yendo cada tarde. Vivimos a diez minutos andando y suelo verla desviarse en el camino hacia la cafetería.

No obstante, todos mis intentos de retirarme parecen inútiles.

Aquí estamos, otra vez, cenando uno al lado del otro y con un plan para mañana.

Incluso he visto su preocupación en la cara cuando he salido de la carpa.

Sé que lo ha pasado mal al verme bajo el hielo y sé que me ha grabado. Lo que no sé es para qué quiere tantas tomas mías haciendo deporte. Más adelante se lo preguntaré. No creo que haga nada malo con ellas, aunque no me gusta demasiado la idea.

De cualquier modo, no quiero que se preocupe por mí.

No quiero tener otra persona a mi alrededor que me recuerde lo peligroso que puede ser este deporte.

Sé que Heli, Onni y la abuela desean que lo deje, pero también sé que entienden mi motivo.

Violeta no comprende nada, y no quiero que lo haga.

Pese a todo, ahora que nuestras vidas no laborales han vuelto a unirse, me siento mal por haber sido tan cortante con ella esta noche. Simplemente no me encontraba bien. Todo el mundo tiene derecho a no sentirse bien, ¿no?

Debajo del hielo he pensado demasiado de nuevo. No he conseguido mantener la mente en blanco. La temporada pasada lo tenía dominado, pero esta parece ser que no.

Estoy muy frustrado ahora mismo.

No sé bien qué me ha pasado.

Tengo que practicar más y mantener la mente serena, por ello, también sé que tengo que alejarme de Violeta. Ella no me ayuda para ello, pero a la vez me hace reír y me llena el corazón de emociones que no son tan malas...

¿Por qué todo ha de ser tan complicado? ¿Por qué tengo este pasado y esta personalidad? Ojalá fuera como Onni; ojalá no tuviera el frío tan incrustado en mi interior.

—¿Cuántas motos vamos a usar? —decido preguntar, para retirarme un poco de mi cerebro pensador.

—Pues, ¿cuatro, tres o dos?

No puedo evitar reírme un poco.

—Claro, Heli. También una, si quieres, y vamos todos juntitos. A ver, creo que tres sería lo ideal.

—¿Por qué tres? —pregunta Violeta—. Somos cuatro.

—Sí, pero tú nunca has montado. Nosotros tenemos práctica, pero quizás tú deberías montarte con alguno de nosotros —le explica Onni.

—Exacto —corroboro. Lo que me faltaba es que le pasara algo a Violeta.

—Vale, pero a ver... En la tienda todos los días hacéis excursiones de motos y muchos, por no decir la mayoría, son turistas que tampoco han montado nunca. Digo yo que estaréis preparados para enseñarme lo básico, ¿no? —dice ocultándose un poco bajo su flequillo.

—Pues sí, pero ha caído mucha nieve estos últimos días y las motos son bastante grandes. Los niños suelen ir acompañados de adultos.

—¡Yo no soy una niña, Kaarle! —protesta fulminándome con la mirada.

—No, no... Perdón. No quería decir eso. Me refiero a que las motos son un poco grandes, y quizás te cueste conducirla.

—¿Por mi estatura?

Ahora sí que ha agachado la mirada y parece sentirte triste y dolida.

¡Joder! No paro de liarla, por lo que mejor mantengo la boca cerrada.

Miro a Heli pidiéndole ayuda y, como de costumbre, me rescata.

—Violeta, no te lo tomes mal. Kaarle no ha querido herirte. Ni Kaarle ni nosotros. Tu estatura nos gusta. Nos encanta. Es peculiar aquí.

—Sí, recuerda lo que te dije en Oulanka —le indico mirándola a los ojos—. Eres especial por ello.

Veo cómo una lágrima se desliza por esos cristales brillantes y azules que tiene por ojos.

Sin tener muy claro lo que estoy haciendo, le rozo con mi dedo su moflete y le retiro la lágrima.

Ella se sorprende. Se aleja y se seca la cara.

—Está bien. Lo entiendo. No debería haberme afectado de este modo, perdón.

Heli y Onni me miran con una sonrisa pillina y un poco sorprendidos.

Está claro que ni ellos, ni Violeta, ni yo, nos esperábamos el movimiento inoportuno que iban a realizar mis dedos.

—Es como cuando vas a un concierto y te toca una persona como Kaarle delante: te lo fastidia entero. O como cuando Kaarle u Onni cogen un avión y tienen que encogerse en sus asientos porque no caben —continúa Heli animándola—. Ser alto o ser bajo no quiere decir nada de uno mismo, pero sí ayuda o dificulta en ocasiones las acciones cotidianas de nuestra vida.

Violeta sonríe, y es una sonrisa de verdad. Una sonrisa que ha hecho que sus ojos sean perlas, en vez de cristales.

Heli ha sabido expresarse a la perfección.

—Gracias —le digo gesticulando con los labios, y ella asiente.

—Vale, os entiendo, pero una cosa... A pesar de que las personas bajitas ven menos en los conciertos, vamos. Y, a pesar de que las personas altas no entran demasiado bien en un avión, viajan. ¿Os supondría mucho esfuerzo enseñarme a conducir una moto? Me hace ilusión dirigirla. Podemos ir lento al principio, ¿no? Luego, si queréis, me subo con alguno de vosotros, corremos y disfruto esa sensación. Me haría mucha ilusión conducirla yo misma.

—Está bien. De acuerdo —cedo—. Pero tienes que estar muy atenta. Es más peligroso de lo que parece. Y nada de carreras, al menos el primer día, ¿vale?

—Gracias —dice con una sonrisa enorme y mirándome a los ojos.

—De nada —respondo sin evitar sonreír.

Quizás el plan está mejor de lo que esperaba. Además, hace un rato que dejé de pensar en el pasado. Ahora solo pienso en mañana. Tengo ganas de enseñarle a conducir una moto.

—¡Genial! Lo vamos a pasar superbien, Violeta. Ya verás —expresa Heli.

—Y el rato que vayamos un poco más rápido, te montas detrás de Kaarle. Es el más experto de los tres. —Ríe Onni.

Pongo los ojos en blanco. Cómo no, tienen que seguir uniéndonos.

—De acuerdo.

Violeta me mira esperando mi confirmación.

Yo vuelvo a asentir y los dos nos sonreímos.

Al final, ha sido una buena noche. La competición y todo lo que esta conlleva parece un poco lejano.

Capítulo 18

Violeta

Daba ya por perdido que Kaarle quisiera ir a montar en moto conmigo.

Esta noche... Bueno, mejor dicho, al principio de esta noche, estaba bastante raro. Más incluso que cuando lo conocí.

Parecía un bloque de hielo al que si te acercas, lo único que te llevas contigo es un frío gélido.

Kaarle estaba helado, perdido y vacío.

Me daba miedo que se quedase allí mucho rato.

Sea cual sea el lugar al que se evade para competir, tiene que ser horrible.

Quiero sacarlo de allí totalmente, y hacer que no vaya nunca más.

Afortunadamente, el tema de las motos de nieve se ve que le gusta, y Heli y Onni lo conocen mejor de lo que él se piensa. No hay duda de que se les ocurrió la idea para ayudar a Kaarle, aunque al final me han hecho muy feliz a mí, también.

Voy a conducir una moto de nieve yo sola. No me lo creo todavía. Mañana estaré dirigiendo una moto inmensa por la nieve acompañada de tres finlandeses. Mejor dicho, lapones.

¿Puede existir algo mejor?

Nunca pensé que viviría todas estas experiencias. Me lo he ganado, y nadie ha venido a ayudarme. He sido yo quien, sin terminar de saber cómo o por qué, le ha caído bien a Heli y a Onni; y ha conseguido que Kaarle, pese a su aparente desgana, decida pasar su tiempo conmigo.



Heli llama a mi puerta. Está vestida con un precioso traje de nieve verde fluorescente.

Yo me he puesto el mío celeste.

Las dos parecemos un arcoíris entre tanta nieve. El contraste es precioso.

Tardamos poco en llegar a la tienda.

Caminamos más deprisa de lo habitual, pese a nuestra vestimenta de cebolla.

Estoy nerviosa. Me duele la barriga, y espero hacerlo bien.

Al llegar allí, nos encontramos con Onni y Kaarle arreglando las motos.

Veo que hay una un poco más pequeña que las demás, y supongo que esa será para mí.

—Hola —digo dando saltos por la ilusión.

—Hola, Violeta. Pasa dentro y ponte uno de los trajes que usan los clientes —me saluda Onni sonriendo.

—¿¡Más ropa?! Si ya llevo más que suficiente. Traje de nieve, camiseta y pantalón térmico. Bufanda, guantes, orejeras, gorro...

—Esta es la primera actividad que vas a hacer, ¿verdad? —me pregunta Kaarle con tranquilidad.

—Sí.

—Vale, pues tú sabrás, pero no vamos a volver, si tienes frío.

—Emm..., vale. Voy.

Si Kaarle me hubiera ordenado u obligado a que me ponga más ropa, con seguridad habría protestado un poco más, pero esa pasividad y su tono de seguridad al decir que, si paso frío, me agunto, me ha hecho sentir un poco cabezota o niña pequeña.

Ellos van igual de abrigados que yo.

A lo mejor piensan que por ser española voy a pasar más frío; lo cual es muy probable.

En fin..., voy a ponerme otra capa más. Si total, esto de ser una cebolla es la moda más duradera en Rovaniemi.

Cuando salgo, apenas puedo moverme. Siento que camino como el trol de *Harry Potter*, lenta y pesadamente.

Al verme, los tres empiezan a reírse y escucho a Kaarle susurrar la palabra adorable, mientras sacude la cabeza.

Me pongo roja al instante, pero con tanta ropa no creo que se me note mucho.

—Eh, ¿de qué os reís?

—De ti, Violeta. Lo sentimos, pero es que estás muy graciosa con tanta ropa, y andando de ese modo —comenta Onni.

—Sí, parezco un trol —digo enarcando las cejas, haciendo que se rían aún más.

—No. Ya en serio. De esta manera me va a costar más trabajo conducir la moto. ¡Apenas puedo moverme!

—¿Estás segura de que has cogido ropa de tu talla? —me pregunta Kaarle.

—Por supuesto, ¿qué os creéis? —Vuelvo a enarcar la ceja.

—Vale, no pasa nada, Violeta. Anda un poco más. Las motos están casi listas. Hazte mejor al traje. De todas formas, vas a ir sentada, por lo que, con que tengas seguridad en las manos y puedas mover bien los brazos, podemos estar tranquilos —asegura Heli, intentando no reírse.

Ando un poco más y es cierto que cada vez me siento menos trol, y más Violeta. Sigo caminando lento, pero creo que con una postura más normal.

—¿Estás lista? Vamos a enseñarte cómo se conduce —me anuncia Kaarle.

La expresión en sus ojos es un tanto extraña. Por un lado, parece que tiene ganas, pero, por otro, que rehúye la idea.

—Lista —aseguro con mariposas en la barriga—. Nerviosa, también.

—Tranquila. Presta atención a lo que te va a explicar Kaarle. Verás que es más fácil de lo que piensas. No va a pasarte nada —me tranquiliza Heli.

—De acuerdo.

—Bien. Lo primero es ponerse el casco y las gafas. Hay que ir bien protegido.

Me lo pongo y ya, sí que sí, no me encuentro entre tantas prendas y accesorios.

—Vale, luego tendrías que comprobar la gasolina, pero eso ya lo hicimos nosotros. También tendrías que calcular un poco el terreno porque, mientras más nieve, más cuidado hay que llevar. Te avisamos ya: hay mucha nieve para la época, pero la ideal para conducir la moto. Por último, debes llevar bastantes capas de ropa, como ya has hecho, porque nunca se sabe si puede suceder algún incidente o cuánto va a durar exactamente el viaje. Aquí las temperaturas varían muchísimo.

Vuelvo a asentir otra vez.

No había caído en lo de las temperaturas, pero es cierto que, en Rovaniemi, cuando menos te lo esperas, ha descendido el termómetro diez grados o ha subido otros diez.

—Hay una cosa en la que no hemos caído, Kaarle —dice Onni.

—¿El qué?

—Si tiene carné de conducir —dice sorprendido.

Miro a Kaarle y se queda blanco.

—¿Cómo se nos ha podido pasar ese detalle? —añade un poco frustrado.

—Eh, tranquilos —intervengo—. Sí que tengo carné de coche desde los dieciocho años.

—Uff..., menos mal. Perfecto. Entonces, seguimos con las indicaciones. —Va recuperando el color; si se le puede llamar al blanco de su tez color.

—Las motos son bastante potentes y, por eso, no corras. Lo digo muy en serio, Violeta.

—Que sí. Me he enterado.

—Vale, vale... Bien. Perdón por repetirme. —Parece estar más nervioso que yo.

—No pasa nada. Explícame de una vez cómo se conduce, que todo este rollo ya me lo imaginaba. No es como si condujera en Málaga sin gasolina o sin cinturón...

—Tienes razón. Ven. Súbete.

Hago caso a lo que me dice y me subo a la moto.

Los pies me rozan el suelo, por poco, pero lo rozan.

Me siento orgullosa de mi estatura. No me ha fallado.

—Vale. Las motos de nieve que tenemos no tienen marcha. El acelerador es de pulgar, y se encuentra a la derecha. El freno es igual que en cualquier moto, y está a la izquierda del manillar. Para girar, igual que una moto, giras el manillar a izquierda y derecha. Dependiendo de hacia qué sentido gires, allí te dirigirás.

—Perfecto. Entonces, recordar: acelerador derecha; freno izquierda. No correr mucho. ¿Y las luces?

—Exacto. Eso es lo que tienes que recordar sí o sí. Por las luces no te preocupes. Ahora mismo no son necesarias. Si en algún momento hay que encenderlas por la niebla o la nieve, paramos y te enseño. Es en un botón. Muy fácil.

—¿Lo tienes controlado? —pregunta Heli.

—No he probado aún, pero creo que sí. No parece demasiado complicado.

—No te confíes —me dice con una sonrisa. Hemos pensado que Onni y yo iremos delante. Luego irás tú y, cerrando la fila, Kaarle.

—Lo veo genial —asegura este último, más nervioso si cabe.

A ver, a mí también me tiemblan un poquillo las manos, pero las ganas de probar la experiencia, supera a mis temores.

—Pues en marcha —indica Onni con una gran sonrisa, poniéndose el casco.

Heli y Kaarle le imitan.

Se ponen las gafas y, de nuevo, pienso que sería imposible identificarnos con tantas capas.

Encienden las motos. El sonido es igual al que oigo mientras estoy en la tienda, solo que esta vez estoy subida en una de las motos.

¡Estoy viviendo de primera mano la experiencia!

«Violeta, ¡allá vamos!».

Empezamos bastante lentos. Demasiado, diría yo.

Debo tener cuidado e ir frenando todo el rato, pero no me quejo.

Gracias a la parsimonia que llevamos, estoy disfrutando mucho del paisaje.

Hace mucho frío. Estamos a menos tres grados y, además, está nevando y hace viento, pero toda la ropa que llevo hace que no me moleste.

Es precioso ver cómo los grandes senderos, recubiertos de capas de nieve, poseen a ambos

lados árboles y más árboles. Los árboles son tan altos que es difícil ver el cielo. No hay animales. El sonido de las motos parece asustarlos, pero tampoco hay personas.

No hay nada. Estamos solos en la inmensidad del planeta.

Incluso, a través de tanta ropa, el aire que respiro es puro y fresco. Es curioso cómo el frío que entra en mí hace que mi corazón y mi alma se calienten.

Llevamos más de media hora subidos en las motos, mimetizándonos con el bosque. Si ahora tuviera que salir de aquí, no sabría cómo hacerlo. Por suerte, llevo a tres expertos que se conocen este camino mejor que yo el de mi casa.

Paramos en un cruce hecho de árboles.

Estoy alucinando, pero también un poco cansada. Los nervios hacen que ejerza mucha fuerza en los brazos para agarrar la moto, y los tengo un poco agarrotados.

Nada más quitarnos el casco, Onni grita de emoción y Heli, y Kaarle, responden a su grito con una inmensa sonrisa.

Yo me empiezo a reír y, de repente, estoy llorando.

No sé bien el porqué, pero los tres se acercan rápido a mí para comprobar que estoy bien.

—Estoy bien. Tranquilos —les aseguro antes de que me pregunten—. Estoy llorando de la emoción. Me he sentido muy completa conduciendo la moto y en sintonía con estos bosques. Me he sentido como en casa...

Los tres me miran fijamente.

Onni y Heli sonrían con todos los dientes y corren a abrazarme, para hacerme un sándwich.

Sin embargo, yo solo puedo mirar a Kaarle. Su expresión se ha vuelto muy seria. Los ojos se ven más oscuros, si cabe, pero mantiene su mirada fija en mí, y, en vez de acercarse, se aleja y se sienta en el suelo mientras nos observa a los tres.

—Entonces, te está gustando, ¿verdad? —me pregunta Heli abrazándome más fuerte.

—Muchísimo —digo desviando mi atención a ambos y dejando a Kaarle. No sé qué le sucede ahora, pero me siento plétórica y completa en este instante, nada me lo va a arruinar—. Me duelen un poco los brazos. Creo que de agarrar tan fuerte la moto... Los nervios, ya sabéis... Pero lo más sorprendente es que, a pesar de todo el frío, me siento a gusto, calentita aquí dentro. —Me señalo el corazón.

Los dos vuelven a abrazarme y terminamos cayéndonos al suelo y riéndonos.

—Muchas personas se sienten así de felices cuando cogen una moto de nieve en esta zona —asegura Onni.

—Pero nunca dijeron que se sentían en casa —comenta Kaarle serio.

No sé qué decir. Me encojo de hombros. No tengo muy claro cómo sé que me he sentido en casa. Supongo que es porque no he pensado en grabar con la cámara, a pesar de estar viendo un paisaje espectacular.

Siempre pienso en grabar todo aquello que me parece único.

Todo menos mi casa.

Sé que siempre puedo volver a ella y observarla. No tengo que guardar un recuerdo en la retina, que es mi día a día. No tengo que guardar un recuerdo que es mi hogar.

Decido no hablar de mis pensamientos. Acabo de pensar en todo ello y tengo que digerirlo. Además, no sé qué dirían. Quizás se rían o me tomen por loca.

—Tengo un poco de hambre. —El ambiente tenso que se acaba de crear se relaja—. Y se me ha olvidado coger algo de comer.

—¡Qué raro! —ironiza Kaarle—. Toma. He traído varios plátanos.

—Gracias —digo sonrojándome y acordándome de cuando fuimos a Oulanka, y tampoco cogí nada de comida.

—Nosotros tenemos un poco de chocolate, ¿quieres? —me ofrece Heli.

—Sí, por favor. Me chifla el chocolate. Gracias por traeros comida y ofrecerme. Soy un poco despistada para este asunto.

—Ya vemos, ya. —Ríe Onni.

Después de tomarnos este *snack*, nos quedamos un rato sentados en la nieve. De vez en cuando comentamos alguna que otra cosa mientras reímos los tres.

Kaarle, sin embargo, está muy pensativo y apenas aparta la mirada de mí.

Más de una vez parece que quiere decirme algo, pero al final guarda silencio y no lo pregunta.

Nos ponemos en marcha de nuevo y esta vez vamos un poco más rápido, aunque para nada vamos corriendo.

El paisaje continúa siendo igual de espectacular, pero ya no puedo detenerme tanto.

Hacemos un giro de ciento ochenta grados y comenzamos a volver.

Me da pena que el paseo termine, aunque Onni me ha asegurado de que puedo volver a coger una moto siempre que quiera y las condiciones climáticas lo permitan.

Vamos conduciendo cuando veo una lechuza blanca, tan blanca que está casi mimetizada con la nieve. Tiene los ojos redondos y nos está observando. Me recuerda a la lechuza de *Harry Potter*, Hedwig. ¡Es preciosa!

La observo más de lo que debería y, de repente, enfrente de mí, tengo un tronco de árbol.

Me he salido del camino, y tengo que frenar. ¡Tengo que frenar!

Con la presión se me olvida si el freno era el manillar derecho o el izquierdo.

Como soy diestra, lo primero que hace mi cerebro es coger el manillar derecho. Acelero más aún y me choco con el árbol.

Capítulo 19

Kaarle

—¡Violeta! —grito de una manera desgarradora nada más que veo que tiene un árbol justo enfrente.

De repente, acelera y se estrella.

¿Cómo ha podido pasar esto? Si vamos lentos, ¿por qué se ha salido del camino?

Estoy temblando del miedo, mientras corro para llegar a ella.

Heli y Onni también se han bajado nada más escuchar el golpe y corren quitándose el casco.

—¿Qué ha sucedido? —pregunta Heli con lágrimas en los ojos mientras se agacha hasta llegar a Violeta.

—No lo sé. De pronto, se ha salido del carril. —Me cuesta respirar. Esta sensación tan desagradable ya la he vivido antes.

No podemos quitarle el casco, porque sería peligroso. No sé qué podemos hacer. No me muevo. Me he quedado petrificado. He dejado de respirar. Los recuerdos me inundan la cabeza. Tengo que recordar cómo se ingiere el oxígeno y se expulsa el dióxido de carbono.

«No es tan complicado, Kaarle. Venga..., tranquilo. Hazlo».

Onni y Heli están tomándole el pulso.

Me quito una tonelada de nieve de encima cuando me dicen que aún tiene pulso y respira.

No puedo perder a Violeta. No ahora.

Llevo todo el día en un estado de euforia y alegría, compaginado con taciturnidad y seriedad.

Ha dicho que se siente en su casa. ¿Cómo ha podido decir eso y quedarse tan tranquila? Ninguna española ni español quiere quedarse aquí eternamente. Para nadie del sur esto puede ser su casa.

Sin embargo, esta chica de la que intento alejarme cada día y consigo justo lo contrario, ha dicho que sí, que aquí se siente bien. Se siente completa. ¡Hasta se ha emocionado!

Me he tenido que alejar para no emocionarme yo. Para que no se resquebrajase el caparazón que me he hecho, cansado de sufrir.

No obstante, en un segundo, lo ha roto entero. Le ha dado la patada más fuerte del mundo y ha hecho que desaparezca.

Y aquí estoy de nuevo, sin caparazón, sufriendo y pensando en todas las cosas que querría hacer con ella, y en cómo he perdido el tiempo.

Me obligo a dejar de pensar en ello, porque ya tendré tiempo luego. Ahora lo importante es ayudar a Violeta.

Sigue viva, a pesar de que el golpe parece haber sido grande. Sigue viva.

Me agacho y le tomo el pulso yo mismo para asegurarme. Susurro su nombre mientras le quito las gafas de la nieve. Tiene los ojos cerrados, y no se puede ver el cristal de su mirada. El flequillo está totalmente despeinado y está sudando. La boca la tiene entreabierta y no reacciona.

Onni ha llamado a una ambulancia. En una media hora están aquí. Estamos bastante

alejados de la ciudad.

Le pongo nieve en los mofletes, intentado que deje de sudar. Se supone que el frío es bueno, aunque está tumbada en la nieve... Vaya, que contacto con el frío ya tiene.

La espera se me hace eterna.

No puedo parar de darle vueltas al hecho de que no he aprovechado el tiempo con ella, y que quizás cuando recobre el conocimiento, si está bien, «por favor que esté bien», decida regresar.

Pero, por otro lado, pienso que es lo mejor. No haber tenido una relación demasiado cercana va a ayudarme cuando se vaya.

Es verdad que mi coraza está rota, hecha pedazos en el suelo, pero todavía puedo coger esos pedazos, pegarlos y reconstruirla.

Si se va, y hubiéramos tenido más contacto, mi coraza estaría tan triturada que ningún pegamento podría ayudarme. O, al menos, eso intento pensar para aliviar este dolor.

Capítulo 20

Violeta

Abro los ojos y siento un fuerte dolor de cabeza, por lo que vuelvo a cerrarlos.

Noto una mano que agarra la mía.

¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado?

De repente, recuerdo la falsa lechuza Hedwig, los nervios, el árbol y cómo aceleré. A partir de ese instante, no tengo más recuerdos.

Me pongo nerviosa y se me acelera la respiración.

¿Dónde estoy?

Giro la cabeza a la derecha, entreabro los ojos y veo a Kaarle a mi lado. Está mirándome con un intento de sonrisa.

Llevo mi mirada hacia mi mano y la encuentro entrelazada con la de él.

Kaarle también dirige su mirada hacia ella y, para mi sorpresa, en vez de apartarla, la aprieta más fuerte.

¿Es posible sentir que te va a explotar la cabeza y tener mariposas en la barriga al mismo tiempo? Lo confirmo: es posible.

—Hola —susurra con una mirada cargada de emoción. Todo lo contrario, a la que tenía después de competir, aunque en ella se refleja la angustia.

El azabache de sus ojos está más claro, pero esos retazos grises no parecen indicar nada bueno.

—Hola —susurro yo también—. ¿Dónde estoy?

—En mi casa —dice sin dejar de apretarme la mano.

Oh..., vaya. Estoy en su casa.

«Violeta, cálmate. No te pongas nerviosa. Descubre toda la historia primero».

—Emm... yo, lo siento. La lechuza... Me puse nerviosa... —empiezo a balbucear.

—Shh... No te preocupes. Ya lo hablaremos. ¿Cómo te encuentras? —No deja de susurrar.

—Me duele la cabeza, pero bien. —Ahora soy yo quién, armándome de valor, le aprieta la mano.

Kaarle baja su mirada y sonrío. Esta vez sí parece una sonrisa más sincera, y no puedo evitar corresponderlo.

—¿Quieres descansar más?

La verdad es que sí, pero ¿y si cuando despierte ya no está a mi lado y este breve momento parece un sueño?

—Si me duermo..., ¿estarás a mi lado cuando me despierte?

Vuelve a sonreír. Es tan extraño verlo contento a mi lado. Parece mentira que haya tenido que caerme de una moto de nieve para que Kaarle decida permanecer junto a mí y dedicarme sonrisas.

—Sí, te lo prometo.

—Bien. Gracias —digo apretando su mano y volviendo a cerrar los ojos.



Al abrir los ojos estoy sola.

Recuerdo mi mano entrelazada a la de Kaarle. También recuerdo que me prometió estar aquí cuando despertara. ¿Habrá sido un sueño?

Miro por la ventana y solo veo negrura. No sé qué hora es. Cada vez hay más horas de oscuridad. Podrían ser perfectamente las cinco de la mañana o las cinco de la tarde.

Al incorporarme para observar la habitación en la que me encuentro, noto una leve punzada en la cabeza, pero ya no duele.

El cuarto está decorado al completo de negro y azul. Hay una televisión grande en la pared de enfrente y varios cuadros de buzos bajo el hielo. La cama es muy grande, cómoda y se encuentra casi a ras del suelo. A mi derecha veo una mesita de noche en la que está mi teléfono móvil y una foto en la que aparece Kaarle, un bebé y un hombre que es idéntico a Kaarle, pero con unos años más. Al lado izquierdo hay otra mesita de noche y en esta veo el móvil de Kaarle, y una foto en la que salen Heli y Onni abrazando a Kaarle, que se encuentra en el centro. Los tres están muy sonrientes, y, por la calidad de la imagen, diría que fue hecha hace varios años.

No hay más decoración. Todo lo demás es negro.

Creo que los cuadros azules y estos dos marcos de fotos muestran todo lo que parece ser importante para Kaarle.

Me siento una intrusa cotilleando en su habitación, en su Koti.

Cojo el teléfono y veo que son las dos de la mañana. Han pasado unas cuantas horas desde que estábamos montados en las motos. Quiero saber cómo he llegado aquí, pero no sé qué hacer. No puedo llamar a Kaarle porque su teléfono está aquí. Es tarde para llamar a Heli o a Onni, y a mis padres no pienso decirles nada.

«Por favor, que no les hayan avisado, si no son capaces de plantarse en Rovaniemi esta misma noche».

Estoy decidiendo qué hacer, cuando Kaarle entra en la habitación con un pijama negro de franela y una especie de colchón.

Al verme, lo deja en el suelo con rapidez y se arrodilla a mi lado.

—Ey, ¿estás bien? —pregunta con un amago de sonrisa.

—Dijiste que estarías aquí cuando me despertase —protesto, aun sabiendo que parezco una niña pequeña.

—Sí, y era cierto. Estaba justo al lado, dándome una ducha. Ha sido un día largo y no sabía cuándo abrirías los ojos. Lo siento —dice rascándose el cuello por detrás.

—No pasa nada. Bastante has hecho ya por mí. Lo siento, yo. ¿Puedes explicarme cómo he llegado hasta aquí?

—No te preocupes. —Me agarra la mano de nuevo—. Te diste un golpe muy fuerte contra un árbol. Llamamos a la ambulancia, te llevamos al hospital y te hicieron varias pruebas. Pensaron dejarte ingresada, a pesar de haber comprobado que todo estaba bien, pero no me gustan los hospitales. Los detesto. Quería cuidarte, así que pregunté si podía llevarte a casa y cuidar de ti hasta que despertaras. Tras insistir más de la cuenta, me dijeron que sí. Me mandaron analgésicos por si sientes alguna molestia y me obligaron a llamarles cuando despertaras para contarles tus síntomas. Así que, ¿cuáles son?

—Oh..., vaya. Lo siento mucho. —Siento que no paro de pedirle perdón—. Gracias por cuidarme. A mí tampoco me gustan los hospitales. Mis padres son médicos y, a pesar de que es

un lugar en el que se salvan muchas vidas, también se pierden muchas otras. Es duro ver cuánto les afecta su profesión, cuando las noticias no son buenas —digo susurrando y mirándole a los ojos.

Me encanta que nos miremos a los ojos. Al principio me ponía nerviosa, pero ahora me resulta muy especial poder mantener la mirada con Kaarle, y empezar a sentirme «cómoda».

Asiente y vuelve a preguntarme cuáles son mis síntomas. Con seguridad, toda esta historia no le interesa lo más mínimo.

—Perdona... Pues en general, me duele un poco todo el cuerpo. Sobre todo, los brazos y la cabeza, pero nada que no pueda soportar.

—Vale. ¿Puedes ponerte de pie y andar unos pasos?

—Sí, claro. —Al salir de la cama, me doy cuenta de que llevo unos pitillos y una camiseta que no es mía. Me pongo colorada, y Kaarle se da cuenta.

—Esto... Emm... Heli trajo algo de su ropa. Aunque te queda un poco grande, está mejor que la tuya mojada y sudada. Ella fue la que te cambió de ropa. Onni y yo esperamos fuera.

—Ah... —Suspiro aliviada—. Gracias.

Doy algunos pasos y me cuesta un poco enfocar la vista, pero, después de unos segundos, veo perfectamente.

Kaarle me mira sonriente y asiente.

—Un momento. Voy a llamar al hospital. Tengo que hablar flojito que mi abuela y mi hermana duermen.

Vuelvo a meterme en la cama mientras espero a que Kaarle regrese.

Tras unos minutos, aparece por el umbral con una manta y una almohada. Tumba el colchón a los pies de su cama y se prepara para meterse dentro.

—Esto..., puedo dormir yo abajo si quieres. O puedo irme a casa. —Sé que me va a decir que no a ambas ideas, pero por intentarlo... Me pone nerviosa compartir habitación con él.

—No —dice mientras sigue haciendo su cama—. O espera, ¿te incomoda mucho sentirme respirar? Puedo irme al salón, si quieres.

Recuerdo nuestra conversación en Oulanka, cuando aún no sabía que tendríamos plantas separadas... Realmente ninguno de los dos quería compartir habitación.

—No, para nada. ¿Estás tú cómodo compartiendo habitación conmigo?

—Sí.

Kaarle cierra la puerta, apaga la luz y se tumba.

Yo aspiro su olor, que está impregnado en sus sábanas. Ese olor a bosque y a naturaleza que le caracteriza, y que tanto me gusta.

Permanecemos en silencio. Por hoy, han sido suficientes emociones.

Cierro los ojos y entro rápidamente en esa fase de duermevela, pero el susurro de Kaarle me despierta.

—¿Te vas a ir?

—¿Irme adónde?

—De aquí. De Rovaniemi.

—¿Por qué iba a hacer algo así?

—¿No te has dado cuenta de que el frío puede hacerte mucho daño?

—¿El frío? Fui yo la que me despisté mirando a una lechuza. Era tan bonita... Parecía Hedwig, la de *Harry Potter*, y no vi el árbol. Cuando me di cuenta, estaba a escasos metros de él. Me puse nerviosa y me equivoqué de manillar. Y mira que me lo habías repetido veces. Yo sola

me hice esto. El frío no tuvo nada que ver. ¡Qué torpe!

No puedo ver la expresión de Kaarle y no escucho que se mueva. Tarda unos segundos en responder.

—No eres torpe, Violeta. Puede sucederle a cualquiera. Ahora que sé por qué te saliste del camino, me siento mejor. Al principio no entendía lo que podía haber pasado.

Ahora soy yo la que tarda en responder.

—¿Quieres que me vaya?

No hay respuesta. Solo silencio.

Ya lo sabía, pero no puedo evitar que duela y preguntarme por qué se toma tantas molestias conmigo, y por qué me deja dormir en su cama.

Me he espabilado. Me giro hacia el otro lado y no escucho ningún movimiento proveniente de Kaarle.

Observo por la ventana la densa oscuridad. Ahora mismo no hay ni una pizca de luz en el ambiente.

—Mi padre, Heikki, murió hace cinco años mientras practicaba buceo bajo el hielo. Se rompió la cuerda y no nos dimos cuenta. Era uno de los mejores del país.

Temía que algo así hubiera sucedido, pero escucharlo de boca de Kaarle es muy doloroso. Me duele el corazón en este instante y ya no sé si es por Kaarle, por mí, por los dos...

—Lo siento muchísimo.

—Mi hermana, Taimi, tenía un año cuando pasó. Su madre no pudo soportar el dolor y nos dejó también. Se fue del norte. Nos quedamos ella y yo solos, pero mi abuela Kalwa vino a nuestro rescate. Desde entonces, trabajo en la tienda con Onni y entreno a la vez. Quiero ganar la competición de este año y conseguir el premio gordo. Antes tenía otros sueños, pero ahora solo quiero conservarlas siempre a mi lado.

Tengo demasiadas preguntas, pero me da miedo formularlas. Kaarle se está abriendo mucho a mí y yo no sé qué decir.

Me muevo para que sepa que sigo despierta. Quizás el silencio es lo mejor que puedo regalarle. Quizás se está abriendo a mí porque no nos vemos cara a cara, y porque la noche está tan oscura como sus sentimientos.

¿Cuáles serían sus sueños? ¿Cómo pudo abandonarlos su madre? ¿Por qué quiere competir después de lo que le sucedió a su padre?

—No puedo perder a nadie más. No ahora que estoy un poco mejor —susurra.

Y, sin previo aviso, entiendo muchas cosas. He obtenido la respuesta a muchas de mis preguntas, y no me siento mejor. Comprendo la razón por la que, al enterarse de que soy de fuera y que de un modo u otro pretendía entrar en su vida, me apartara, porque perdió todo rastro de expresión y sentimientos al zambullirse en el hielo...

—Lo entiendo —susurro.

—Lo siento.

—Yo también, pero no me voy a ir. No, ahora.

—No, ahora —susurra—. Buenas noches.

—Buenas noches, Kaarle.

Capítulo 21

Kaarle

No puedo dormir.

Escucho la respiración lenta y profunda de Violeta, y sé que se ha quedado frita, pero no consigo relajarme y pegar ojo. No sé muy bien por qué le he contado lo rota que ha quedado mi familia. Es algo muy personal. Algo que duele en lo más profundo.

Pero, lo que empiezo a sentir por ella, porque sí, no puedo engañarme, tengo sentimientos que no consigo manejar por Violeta, duele también.

Supongo que necesitaba explicarle de algún modo el porqué es imposible que exista nada que no sea una relación cordial entre los dos.

Aunque es bastante ridículo que diga eso y luego la tenga durmiendo en mi cama mientras yo estoy en el suelo...

Espero, por favor, que no me mire con pena.

Odio que las personas sientan pena por mí.

Espero que no cambie su manera de actuar conmigo, y que siga manteniéndome la mirada, buscándome, riéndose con esa sonrisa tan espectacular que tiene, trabajando... Espero que me permita seguir viéndola muchos días, y que no se vaya.

Pensar que se va, duele muchísimo.

«Kaarle, estás jodido de nuevo».

Me levanto en silencio y voy a la cocina. Me ha entrado hambre y sé que no voy a poder dormir por ahora.

Abro un tarro de melocotón, me siento en el sofá y me dedico a comérmelo con lentitud.

Comer me relaja. El sabor de la fruta dulce me encanta.

A pesar del dolor que existe en mi vida, tengo a personas maravillosas conmigo. Tengo a mi hermana Taimi. Lo es todo para mí. La persona más importante de mi vida.

Pienso luchar cada día para que tenga una vida feliz, y para que se sienta dichosa.

No tiene padres, pero me tiene a mí que intento ser su padre, su madre, su hermano y su apoyo más sólido a la vez. Así que, no me puedo derretir. No me puedo caer. Tengo que mantenerme fuerte por ella.

No puedo pensar en amores imposibles y una chica de ojos de cristales pasajera.

Capítulo 22

Violeta

Noto los rayos del sol a través de mis párpados, así que tienen que ser las diez de la mañana por lo menos.

Parece que llevo durmiendo una semana.

Me estiro y remoloneo un poco. Esta cama es comodísima.

Al abrir los ojos, recuerdo que Kaarle está justo a mis pies y me pongo nerviosa, pero necesito salir a hacer pis. Voy a tener que despertarlo.

Me levanto y, al verlo dormido, mi corazón cambia su ritmo. ¡Está guapísimo! Tiene una expresión serena y tranquila en la cara. No puedo despertarlo. Bastante ha cuidado ya de mí.

Al salir, huele a pastel recién horneado y mi barriga ruge. Ruge tan fuerte, que veo asomarse a una niña pequeña desde la puerta que, supongo, me guiará a la cocina.

Me pongo colorada y miro al suelo.

—Hola. Encantada de conocerte. Soy Taimi —dice con una sonrisa preciosa.

Taimi tiene el pelo larguísimo. Le cubre casi toda la espalda, igual que a mí, pero el suyo es blanco como la nieve. Sus ojos sí que son verdes, y unas cuantas pecas le cubren la nariz. Es pequeña. Más pequeña de lo que imaginaba, pero desprende una luz inmensa.

Pienso en lo que me ha contado Kaarle sobre su familia y se me instala un dolor en la barriga. Me da mucha pena que esta niña tan bonita y con esa sonrisa tan especial no tenga unos padres con los que crecer.

Me intento consolar con la certeza de que Kaarle la cuidará siempre. A pesar de su desdicha, ha tenido la suerte de tener a un hermano como él.

Sigo colorada, eso no puedo evitarlo, e intento esconder la mirada bajo mi flequillo, pero Taimi sigue de pie mirándome paciente y sonriendo.

—Hola —saludo con la voz un poco ronca, y aclarándomela—. Yo soy Violeta.

—¡Qué nombre tan bonito!

—Gracias —digo sonriendo—. ¿Podrías decirme dónde está el baño?

—Por supuesto. Es la puerta que tienes a tu izquierda.

—Gracias. Esto..., voy a entrar.

—Sí, la abuela Kalwa y yo te esperamos en la cocina. Kaarle suele dormir mucho los días que no trabaja.

—Pero hoy es lunes.

—Sí, pero Onni le dijo que descansara.

—Ah, vale. —Asiento y me giro para entrar al baño.

Taimi es preciosa y parece una niña madura para tener seis años.

En el baño, miro mi reflejo en el espejo y me asusto. Tengo una pinta desastrosa. El pelo enredado, el flequillo despeinado, un pequeño moratón en la mejilla, los ojos cansados... Parezco sacada de una película de miedo.

Me lavo la cara con cuidado de no darme fuerte en la mejilla y me peino como puedo con

agua y las manos.

Al entrar en la cocina, el olor a recién horneado llena mis fosas nasales.

Huele a moras.

Enfrente hay un gran bizcocho con frutas, entre las que destacan estas, y sentadas a la mesa se encuentran Taimi y quien debe ser la abuela, Kalwa.

—Hola. —Enrojezco de nuevo—. Soy Violeta. Encantada de conocerla. —Le tiendo la mano.

—Hola, preciosa. Yo soy Kalwa, la abuela de Taimi y Kaarle. Encantada de conocerte, también —dice estrechándome la mano con una sonrisa.

Aprecio como las sonrisas bonitas y el pelo color nieve son genes típicos de la familia de Kaarle.

La abuela es una mujer alta y delgada, con el pelo blanco por los hombros y una hermosa sonrisa. Solo, al mirarla a los ojos, puedes darte realmente cuenta de la edad que tiene. Si no, nadie diría que es la abuela, y no la madre.

—Huele muy bien.

No sé qué más decir. ¿Cómo he podido llegar a esta situación? ¡Yo soy tímida! Esto es mucho más difícil de lo que puedan pensar para mí. Encima es la familia de Kaarle. ¡De Kaarle! Y él está dormido al otro lado del pasillo. La rojez de mis mejillas no se me va a ir en todo el día.

—¿Quieres probarlo? Ven, siéntate —me invita la abuela.

—Vale, gracias.

—¿Cómo estás, Violeta? —me pregunta Taimi, levantándose y poniéndose en la silla que está justo a mi lado.

—Bueno, bien. Siento mucho las molestias que os he causado durmiendo en vuestra casa, y todo.

—Es la casa de Kaarle, y él ha decidido cuidarte aquí. No nos has causado molestia alguna —aclara Kalwa.

Asiento y pruebo el bizcocho. Está riquísimo. Se me hace la boca agua. ¡Qué delicia, superesponjoso!

—¡Qué rico está! Muchísimas gracias por dejarme probarlo.

—De nada —dice riéndose.

Ambas son muy risueñas.

Todas las personas que rodean a Kaarle son risueñas y simpáticas. Creo que él podría haber sido así antes de que sus padres se fueran de su vida. Pero, es curioso ver cómo todas estas personas tan amables y sonrientes quieren estar cerca de Kaarle, con su silencio, sus miradas y su oscuridad.

Sé que él piensa que está destrozado, y ahora también sé por qué tener algún tipo de relación más allá de la que tenemos en estos momentos es casi imposible, pero también sé que está lleno de luz dentro de su coraza, porque todas estas personas eligen estar a su lado. Todas estas estrellas que brillan lo quieren como el satélite que es. Tanto reflejo de luz en él tiene que hacer que en algún momento comience a brillar de nuevo, por sí solo; y deseo con todo mi corazón estar presente cuando eso ocurra.

Capítulo 23

Kaarle

Me despierto sin saber dónde me encuentro.

Estoy en un colchón más pequeño y blando de lo normal.

Es muy raro que duerma fuera de mi cama; muy, pero que muy raro.

Me estiro y noto la luz en los párpados.

¿Qué día es? ¿Qué ha pasado?

Sea como sea he dormido muchísimo, del tirón, plácidamente... Hacía mucho tiempo que no dormía de este modo.

Mientras sigo con los ojos cerrados, oigo su voz y todo lo vivido ayer me golpea de pronto en la cabeza, y en el corazón.

Le confesé tanto anoche, que ahora no sé cómo debo actuar.

Decido empezar por lo primero: levantarme, recoger la habitación y darme una ducha.

Mientras hago todas estas cosas, oigo a Violeta de fondo y no puedo evitar sonreír. Sienta tan bien hacer estas cosas cotidianas con ella cerca, oyendo sus murmullos. Me gusta mucho.

Mientras me cae el chorro de agua caliente, mi mente se pone a divagar.

Espero que Violeta no sienta lástima por mí. Es lo último que quiero, aunque la reacción que tuvo anoche, su silencio y su presencia escuchándome, me gustó. Ahora podrá entender el porqué de mi comportamiento, el porqué de permanecer lejos de ella.

No quiero hacerle daño y, si se lo he hecho, no está justificado, pero soy humano y me equivoco. Soy humano y tengo demasiada carga a cuesta.

A pesar de todo, me apetece hacer cosas del día a día con ella, como dos simples amigos que quieren conocerse un poco. Por ejemplo, sería genial hacer una excursión en raquetas de nieve.

Me pongo un chándal blanco con el que me siento identificado hoy, aunque parezca todavía más pálido. Siento mi alma un poco más clara después de lo que dije anoche y, de verdad, creo que he hecho bien.

—Buenos días —digo sonriendo y dándole un beso a la abuela, y a Taimi.

—Buenos días —dicen las dos al unísono.

—Hola —responde Violeta mientras se encoge, se pone colorada y se oculta tras su flequillo.

No me gusta esa reacción.

Me gusta la Violeta sonriente que me responde burlona y me deja sin nada que decir.

—Ey..., ¿cómo estás? ¿Has dormido bien?

—Sí, estupendamente.

—Me alegre mucho.

—¿Y tú? ¿Dormiste bien?

—Sí, también. Hacía muchos meses que no descansaba tanto —le digo a las tres.

—¡Eso es genial, Kaarle! —Taimi se sube a mi regazo y me da un fuerte abrazo.

—Sí, enana. Lo es. —Está siendo una buena mañana.

Mi abuela no deja de mirarme y de sonreírme. Su mirada es muy clara, muy limpia. Soy el único de mi familia que no tiene los ojos claros, y, por eso, me sorprenden tanto los ojos de Violeta. Pese a estar acostumbrado a tanta luz en los ojos, ninguno son tan claros y brillantes como los de ella.

Sé que a mi abuela le gusta Violeta. Se ve a leguas de distancia que está cómoda con ella en la cocina y parece querer mandarme alguna señal.

Tengo que hablar con ella más tarde y explicarle cuáles son los motivos por los que no puede hacerse ningún tipo de ilusión. Ella, mejor que nadie, me va a entender.

Después de desayunar y comprobar que se encuentra mejor, la acompaño a su buhardilla.

Se pone la misma ropa que llevaba ayer, y, por un segundo, vuelvo a revivir el miedo atroz que sentí al verla chocarse con el tronco.

Cierro rápido los ojos y desecho esa imagen de mi cabeza.

—¿Vamos?

—Vamos. —Me sonrío.

Capítulo 24

Violeta

Salimos del portal de Kaarle y me quedo embobada viendo su barrio.

No había paseado por aquí todavía.

Cada paso que damos hace resonar la abundante nieve. El camino es muy llano, como toda Rovaniemi en general. Hay algunas personas que pasean por las calles y otras tantas que están abriendo los garajes y quitando la nieve de las puertas para poder sacar sus coches.

Me parece muy curioso que existan conjuntos de garajes en mitad de las calles. Supongo que es mucho mejor que tener los coches fuera, enterrados en nieve.

Me encantan los edificios. No son muy altos; de unas cuatro plantas con las paredes marrones. Las ventanas no tienen rejas y las terrazas dan en su mayoría al río helado.

Kaarle vive al lado del río. ¿Puede haber un mejor sitio para vivir en esta ciudad?

El sonido de la escarcha se mezcla con el viento gélido, pero la ropa que llevamos ayuda a no sentir tanto frío.

El cielo está en penumbras, como de costumbre. No hay ninguna nube que pinte el firmamento, pero el sol no llega a este punto del planeta durante el invierno. Sin embargo, los árboles, bastante altos y marrones, no poseen ninguna hoja y están cargados de luces. Al igual que las farolas y una gran cantidad de terrazas. Estas luces de colores anaranjados se reflejan en la nieve y te hacen sentir de manera acogedora.

Me gusta mucho esta zona. Creo que, para vivir, es de las más bonitas. Si alguna vez decidiera quedarme aquí definitivamente, sin duda intentaría que fuera en los edificios que rozan el río.

—¿Has vivido siempre en esta parte de la ciudad?

—Sí. ¿Por qué?

—Me gusta muchísimo. No había estado por esta zona. Es preciosa. Muy hogareña. Me entran ganas de despertarme cada día y salir a pasear a orillas del río.

—Pues está muy cerca del hostel de Heli. Ya verás como llegamos en apenas diez minutos andando. Yo solía salir a correr por la orilla del río. Lo hacía con mi padre.

—Vaya... —He notado la tristeza en sus ojos e inevitablemente se han reflejado en los míos, pero se me ocurre una idea rápida—. ¿Qué te parece si algún día me acompañas a pasear por los alrededores? Me encantaría hacer fotos del río y de esta pequeña urbanización tan tranquila.

—Claro. ¿Por qué no? —Una pequeña sonrisa se asoma en la comisura de sus labios y me aplaudo interiormente.

«Bien hecho, Violeta».

—Me parece increíble, y me encanta que existan personas en el mundo capaces de vivir en lugares tan inhóspitos. Yo no vivo en una gran ciudad y, sin embargo, cuando estoy allí siento que lo tengo todo a mano, que vivo rodeada de personas...

—Aquí también vivo rodeado de personas. Vivo en un edificio, Violeta.

—Lo sé, pero no hay ruido, no hay contaminación... Solo hay paz, nieve, frío y sonrisas bonitas.

Tras escuchar mis palabras, Kaarle me dedica una de esas sonrisas bonitas.

—Pues ahora estás viviendo en un lugar así. Así que, ya sabes cómo las personas pueden vivir en lugares tan «inhóspitos».

—Es cierto —le digo devolviéndole la sonrisa—. Me siento orgullosa de mí. Me siento muy requetebién.

—Yo también estoy orgulloso de ti. Mira esta es la iglesia de la ciudad. Como ves, no está muy decorada. Si vamos a la derecha, pasaremos por la comisaría de policía, el ayuntamiento y la biblioteca. Justo enfrente se encuentra tu calle.

—¡Es verdad! Sí que he caminado por todos esos sitios. Sin embargo, nunca había llegado hasta aquí.

—Solo tenías que profundizar un poco más, mirar detrás del mapa, dejar tu objetivo, caminar y descubrir.

—Tienes toda la razón, Kaarle. En ocasiones, los lugares más bonitos no se encuentran reflejados en ninguna guía ni en ninguna foto.

A medida que vamos caminando, nos acercamos más. Nuestras manos casi se rozan con el vaivén del movimiento al andar.

Estamos manteniendo una conversación tranquila, cargada de miradas y sonrisas, que parecen significar más de lo que ninguno de los dos admitiría. Estoy feliz.

—Bueno, ya hemos llegado.

—Sí, muchísimas gracias... —No sé qué más añadir para que no se termine este rato.

—De nada. Esto..., tienes mi número. Podrías escribirme un mensaje antes de dormir y mañana al levantarte. Me gustaría saber cómo estás —dice rascándose la coronilla.

—Sí, por supuesto. Kaarle, gracias. De verdad.

—Si necesitas algo, escíbeme también... Y no vengas a trabajar hasta dentro de un par de días. Tú, simplemente descansa.

—De acuerdo. Les escribiré a Onni y a Heli para pedirles perdón por haberles fastidiado la tarde y darles las gracias por cuidarme mientras estaba inconsciente.

—No tienes que pedir perdón a nadie, de verdad. Solo descansa y vuelve al trabajo cargada de energía, ¿vale?

—Vale.

Kaarle me sonrío por última vez y se da la vuelta.

—¡Eh! —grito sin saber muy bien por qué.

Se gira levantando las cejas.

—¿Qué sucede?

—Nada —respondo mientras corro y lo abrazo.

Al principio, sus manos se quedan colgando a ambos lados, pero pasados unos instantes, cuando comienzo a alejarme, noto cómo me estrecha fuertemente entre sus brazos.

Sonrío apoyada en su pecho.

—Gracias, Kaarle —susurro.

—Gracias a ti, Violeta —susurra él también contra mi pelo.



Hoy está siendo un día extraño, lleno de muchas emociones.

No me puedo creer que Kaarle me haya abrazado.

De cualquier modo, no voy a hacerme ilusiones porque ahora mismo no quiero irme, pero extraño mucho a mi familia y quién sabe qué pasará en el futuro.

Me doy una buena ducha y me tumbo en la cama para mirar todas las tomas de vídeos que le hice en la competición.

Tengo que reconocer que hay varias muy buenas.

«Bien hecho, Violeta», me felicito.

Al final, dedico todo lo que queda de día a montar varios vídeos. Algunos solo de la competición, otros los mezclo con las tomas que le hice en Oulanka o con lugares de Rovaniemi y, conforme voy editándolos, me doy cuenta de que mi idea puede ser, realmente, una buena idea.

No he encontrado casi nada del buceo bajo el hielo y estoy segura de que hay muy pocas personas que lo conocen. Sin embargo, este deporte le ha cambiado la vida a Kaarle y, simplemente por eso, me parece importante que otras personas lo conozcan y se le dé un mayor reconocimiento.

No sé qué hora es cuando me ruge la barriga.

Me levanto para buscar algo precocinado en la nevera. No me apetece intentar cocinar nada.

Enciendo el microondas y meto la tortilla.

Mientras se calienta, me estiro un poco. Tengo el cuerpo entumecido y, antes de que termine el microondas, me vibra el móvil.

¿Cómo sigues?

¿Acabo de recibir un mensaje de Kaarle? ¡¡Acabo de recibir un mensaje de Kaarle!!

Muy bien

Apenas me duele nada ya 😊

No han pasado ni dos minutos cuando recibo su respuesta.

Me alegro, y...

¿Qué estás haciendo?

¡Me está sacando conversación! Mi corazón se acelera latiendo demasiado rápido. No sabía lo feliz que me haría que Kaarle se interesara por mí hasta hoy. Hasta que lo he visto cuidándome, llevándome a casa, preocupándose por mí, abrazándome...

Realmente es algo que también podría hacer un amigo, pero, a quién vamos a engañar, entre Kaarle y yo no se respira un ambiente propiamente de amigos. Negarlo sería estúpido.

Mi corazón no late tan rápido cuando un chico me pregunta cómo estoy. Algo que en realidad no sucede demasiado.

Late rápido cuando me pregunta Kaarle.

Tampoco creo que Kaarle se lleve a casa a cualquier persona que se caiga de una moto de nieve, y menos aún le cuente lo que le sucedió a su familia. Que se haya abierto a mí con lo hermético que es, tiene que significar algo. Por muy pequeño que sea ese algo, ¿no?

Pues...

He estado toda la tarde montando varios vídeos de Rovaniemi

¿Y tú?

He estado con Taimi

Hemos visto la película de *Vaiana*

Le encanta pensar que vive en un sitio tan cálido y con tantas playas por un rato

Ha visto una película de Disney con su hermana. El corazón se me derrite otro poco. Siempre me imaginé que Kaarle sería mucho más que una persona fría y cerrada, y comprobarlo no hace más que alegrarme.

Conque *Vaiana*, ¿eh?

Yo soy más de *Frozen*

Será porque solía vivir en un sitio cálido

Quizás algún día podáis venir ambos

Nada más que mando el mensaje me arrepiento. ¿Por qué seré tan espontánea?

¿Y has usado algunos de los *clips* en los que salgo yo?

Ha decidido ignorar mi proposición. En fin..., ¿qué me esperaba?

Sí...

Varios...

¿Me vas a decir qué pretendes hacer con ellos?

¿Puedo decírtelo más adelante?

¿Por qué?

Simplemente creo que no es el momento

Confía en mí

Confío en ti

Capítulo 25

Kaarle

Confío en ti

La realidad de este mensaje me cae en la cabeza como un gran trozo de hielo. Confío en ella, aunque no quisiera, aunque sé que va a doler, aunque cada vez tengo más y más claro que tendré que recoger todos los trozos de mi corazón en el futuro... Confío en ella.

Ni siquiera creo que sea consciente de lo que eso significa para mí, y tampoco sabría expresárselo con palabras. ¿Cómo he podido caer? Tenía tan claro que no me iba a suceder, pero ha sucedido.

Gracias

No te arrepentirás...

O eso espero

¿Y si me arrepiento ya? Pensar en lo que voy a sufrir cuando se marche me paraliza. Esto es una mierda. No tengo claro si me compensan todos estos sentimientos, pero supongo que lo sabré en el futuro. Por ahora, estoy aterrado.

No sé qué escribirle ahora. No estoy acostumbrado a mandar mensajes. La mayoría de las veces no sé ni dónde tengo el móvil. No me va el rollo tecnológico de hoy en día. Sin embargo, llevo toda la tarde desbloqueando y bloqueando la pantalla esperando ver alguna notificación de ella. Quería saber cómo se encontraba, qué estaba haciendo. Estaba tan intranquilo, que he terminado escribiéndole yo. No sé qué hace exactamente Violeta, pero consigue que mi corazón remolonee e intente despertarse tras muchas nevadas en un sueño profundo. No me reconozco, pero quiero seguir sin reconocirme tanto como quiero parar esto. No sé qué parte de mí ganará.

Yo también confío en ti, Kaarle

Gracias por todo lo que has hecho por mí desde que llegué aquí

Este mensaje...

Ni siquiera entiendo qué es lo que me agradece. No me he portado bien con ella. He sido borde, frío, arisco, seco... Y por más que una parte de mí quiera, no sé si lograré cambiar. Quizás mañana mi lado cobarde, ese que necesita permanecer seguro, gane y vuelva a alejarme

de ella.

Todo es tan incierto cuando se relaciona con Violeta..., y yo necesito tanta certeza en mi vida...

¿Te ha comido la lengua el oso? 😊

No puedo evitar sonreír. Tengo que parar mis pensamientos, aunque sea por unos instantes.

Creo que ha sido más bien el lobo 😊

Qué lobo tan malvado

Ahora que hablabas, te ha quitado tu lengua

Yo estoy callado

Tonto...

Ahora que escribes, ya sabes...

Sí, sí...

Ya sé

Voy a sacar la cena del microondas que se me enfrió

¿Qué has metido?

Una tortilla

Aunque me ha entrado más hambre, por lo que voy a freír también unos palitos de merluza precocinados

...

¿Qué? No me gusta cocinar y estoy herida...

¿Estás herida?!

¿No decías que te encontrabas bien?!

Sí, sí..., perdón

Era simplemente una excusa

No tengo ganas de prepararme nada hoy

Ya, tú y la comida

Pues que aproveche

Muchas gracias y buenas noches 😊

Buenas noches 😊

Me podría acostumbrar a recibir las buenas noches de Violeta. De hecho, me gustaría acostumbrarme a recibir las buenas noches de Violeta.

Escucho unos golpes en mi puerta.

—¿Sí?

—¿Puedo pasar? —pregunta mi abuela.

—Sí, claro.

Se sienta a mi lado y me mira con dulzura.

—¿Cómo estás?

—Bien. —Intento sonreír.

—Ahora quiero la respuesta real. ¿Cómo estás?

—Hecho un lío. Enredado como la lana con la que sueles tejer.

—Me gusta Violeta. Apenas la conozco, lo sé, pero me gusta cómo consigue darle luz a tu rostro.

—Abuela...

—¿Qué? Es la verdad —dice sonriendo.

—A mí también me gusta, más de lo que quiero admitir, pero no puede ser. Tú mejor que nadie sabes por qué.

La abuela asiente y me abraza. Antes de despedirse, murmulla:

—Solo tenemos una vida. Es mejor llenarla de luz, que abandonarnos a la oscuridad. Sal de ahí ya, por favor. Te lo mereces. Violeta te hace bien. No debería importar nada más.

—No es fácil, abuela.

—Nadie dijo que fuese a serlo —termina de añadir mientras cierra la puerta.

Me tumbo en la cama con las manos en la cabeza y aspiro el aroma de Violeta. Huele a golosinas y chocolate. Me gusta.

Estoy reventado. Mi mente ha pensado demasiado por hoy. Anoche, al principio, me costó dormir en el suelo, y más teniendo a Violeta en mi cama, aunque luego descansé como un oso. Espero que hoy Morfeo me abra las puertas de su paraíso y me deje descansar también. Lo necesito.

Capítulo 26

Violeta

Me meto en la cama y releo la conversación que he tenido con Kaarle.

Me ha sorprendido tanto que me escribiera. Además, desde el accidente no ha dejado de cuidarme. Hay una parte de mí que incluso se alegra de haber tenido el golpe con la moto. No debería pensar eso, ya lo sé, pero mi accidente —algo terrible— ha hecho que Kaarle se acerque a mí —algo increíble—. Supongo que, a veces, cuando te sucede algo realmente malo en la vida solo hay que esperar, luchar y tener esperanzas porque pueda traer consigo instantes, vivencias y situaciones inesperadas que puedan hacerte muy feliz.

Antes de dormir les mando un mensaje a Onni y a Heli asegurándoles que me encuentro mucho mejor, y que tengo muchas ganas de volver al trabajo y de hacer planes con ellos.

También les escribo a mis padres. Les echo de menos. En este momento, me encantaría estar abrazándoles lo más fuerte posible. Quisiera que mi madre me estuviera acariciando el pelo y cuidándome, aunque me encuentre bien, porque eso es lo que hace mi madre: me cuida siempre. Da igual cómo me sienta, ella siempre se queda a mi lado.



Al abrir los ojos, lo primero que hago es desbloquear mi teléfono. Hay otro mensaje de Kaarle.

Buenos días, ¿cómo sigues?

Espero que hayas pasado una buena noche

Buenos días

Me encuentro muy bien, de verdad

Creo que debería ir a trabajar

He dormido estupendamente

¿Y tú?

A los pocos minutos recibo su respuesta.

Ni se te ocurra venir a trabajar

¡DESCANSA!

Si estás tan bien como dices, mañana te paso a recoger y vamos al trabajo juntos.

He dormido bien, también

Creo que tu olor en mi cama ha contribuido a ello

¿Pero este hombre? No hay quien lo entienda. Me explica por qué tenemos que permanecer lejos y luego me manda un mensaje como este. No soy de hielo, y cada vez lo siento más incrustado en mi corazón. No quiero que sufra, pero tampoco quiero sufrir yo.

De cualquier forma, no puedo negar que su mensaje me ha hecho sentir mariposas en la panza.

Gracias por haberme dejado dormir en tu cama

La noche en la que dormí en ella, me pasó igual

Tu olor me ayudó a conciliar el sueño

Me encantaría que fuéramos juntos al trabajo mañana

Esta vez la contestación tarda un poco más, pero, cuando llega, las mariposas se vuelven hambrientas y revolotean por todo mi interior.

Sacudo la cabeza, porque puede que no logre entenderlo jamás. Quizás gana su batalla interior la parte por la que, sin darme cuenta, he apostado.

Ojalá mezclar algún día ambos olores

Mañana estoy allí a las nueve y media

Si vuelves al trabajo, no lo olvides...
¡Sé puntual!

Ten un buen día 😊

Ojalá...

De acuerdo, sargento Kaarle

Ten un buen día tú también

Un abrazo 😊

Bueno, hoy tengo todo el día para hacer uno de mis planes favoritos: estar en casa. Así que empiezo por darme un buen baño.

Normalmente me ducho, porque hay que cuidar el medioambiente, pero bañarse muy de vez en cuando... tampoco tiene nada de malo.

Dejo que el agua caliente llene la bañera, pongo a Hollow Coves de fondo y cierro los ojos. Amo a este grupo. Me hace sentir totalmente en calma.

No sé cuánto rato permanezco en el agua, pero, cuando salgo, tengo los dedos arrugados como pasas y me encuentro estupendamente.

Miro el teléfono.

No hay ninguna notificación de Kaarle, aunque supongo que está bien.

No hay que exagerar. Paso a paso.

No obstante, sí que tengo mensajes de mi madre, de Onni y de Heli.

Todos me mandan besos.

Mi madre me pide que la llame, porque hoy descansa.

Me miro en el espejo para ver si se puede apreciar algún signo de mi accidente, porque por ahora no voy a contarles nada.

Al cerciorarme de que no es así, la llamo.

Hablamos durante más de una hora.

Me cuenta que papá y ella van a ir a Santander. A mi padre le gusta subir a su tierra siempre que puede.

También comenta que están pensando venir a visitarme a finales de diciembre junto con la tía Rosa.

Cuando me lo dijo, me puse a dar saltos por la habitación. Me parece el mejor plan del mundo. Hemos estado un rato mirando vuelos, aunque todavía no van a comprar nada. ¡Qué ganas de verlos!

Después empiezo una serie nueva, *This is Us*.

El tiempo se me pasa volando y, cuando me ruge la barriga, veo que son las cinco de la tarde. Me he visto seis capítulos del tirón. Me está fascinando la serie. El desarrollo de los personajes, sus sentimientos y sus pensamientos son absolutamente increíbles. Parece que cada

acción que llevan a cabo está hilada por otra. Cada decisión tiene sus propias consecuencias y estoy deseando saber cuáles son estas. Además, me fijo en los planos que utilizan, busco los motivos por los que se han usado y analizo cómo pueden complementar todavía más la historia. Presiento que puedo aprender mucho con esta serie audiovisual y sentimentalmente hablando.

Me hago una especie de almuerzo-merienda-cena rápido y sigo con el vicio de hoy.

Cuando noto el sueño, miro el móvil.

Son las once de la noche y solo me quedan cinco capítulos para terminar la primera temporada.

Ha sido un maravilloso día hogareño en el que simplemente he descansado, como me ordenó el señor Kaarle.

Y hablando de Kaarle...

Decido ser yo quien escriba primero esta noche.

Espero que el trabajo no haya sido muy duro y que hayas entrenado bien

Un beso y buenas noches

A los pocos segundos recibo su contestación.

No he ido a entrenar hoy

He ido a Koti a leer

¿Cómo te encuentras?

¿Has ido hoy a Koti después de un mes porque sabías que yo no podría ir?

Bien. Estoy perfectamente

He ido a Koti porque necesitaba sentirte cerca esta tarde y sé que esa preciosa cafetería se ha convertido en tu lugar, aquí en el norte

Nos vemos mañana

Buenas noches

Se me derrite el corazón. Estoy en el Polo Norte y mi corazón cada día arde más. Esta faceta nueva de Kaarle me tiene boba. Ay..., la vida cómo se comporta en ocasiones.

A pesar de estar rodeada de hielo y nieve,
mi corazón no para de calentarse

Gracias

Buenas noches

Capítulo 27

Kaarle

A pesar de estar rodeada de hielo y nieve,
mi corazón no para de calentarse

Gracias

Buenas noches

No sé cuántas veces he leído este mensaje.

No soy tonto. Ya me había dado cuenta de que Violeta no me veía únicamente como un amigo, pero ¿un mensaje como este? ¿Qué le contesto ahora? ¿Que parezco bobo leyéndolo una y otra vez con una sonrisa más grande que la tierra? ¿Que voy sintiendo mi corazón calentarse como si lo hubiera puesto en el fuego? ¿Que estoy deseando verla, pasar tiempo a su lado, escucharla reír, apretar esos mofletes y perderme en su mirada? No sé qué responder. Tengo demasiado miedo de que nuestra conversación siga por ese camino. Es increíble que no me asuste meterme por un agujero en el agua helada y permanecer en ella, pero me aterre pensar en entregarle mi corazón a otra persona.

He pensado en ella durante toda la mañana en el trabajo.

Cuando llegué a la oficina y Violeta no estaba allí me sentí extraño. A pesar de que solo lleva trabajando un mes con nosotros, me he acostumbrado a verla a través de la mirilla de la puerta, a controlar si llega puntual, a escucharla hablar con los clientes y verla ser tan amable con todos; especialmente con los españoles y con los niños. Hasta esta mañana no me había dado cuenta de cuánto me gusta que Violeta trabaje con nosotros. Hasta esta mañana no me había dado cuenta de cada hueco de mi vida que está rellenando con su presencia.

No sabía qué estaría haciendo o cómo se encontraría, pero, como no quería ser pesado, decidí pasar la tarde en Koti, y, para mi desgracia, no me he concentrado en la lectura. He estado imaginándomela tumbada en su cama detrás de la pantalla del ordenador, montando algún que otro vídeo o viendo una de esas series que le hacen sonreír y arrugar la frente mientras se concentra al escucharla en inglés.

En Koti siempre la veo haciendo alguno de esos quehaceres. Por eso, me he ido allí, y ha funcionado. La sentía más cerca.

Mira que soy imbécil, llevo varias semanas sin venir a la cafetería para no encontrármela y ahora que no puede venir, estoy deseando que entre por esa puerta.

«No, no soy imbécil», me recuerdo. Simplemente no quiero sufrir más, y tengo la impresión de que con ella voy a sufrir.

No sé por qué, pero la tengo.

Aunque también quiero pensar que en las relaciones y en el amor no hay nada garantizado.

A lo mejor a mí no me ocurre como a mi padre. A lo mejor Violeta es diferente.

Podría intentar empezar poco a poco, tal y como me propuse ayer. Hacer planes diferentes, e irle mostrando cada vez más mi hogar. Mañana podría proponerle ir a hacer una excursión con raquetas de nieve, que es algo típico de la zona. Muchos turistas suelen hacerlo y no es peligroso. Dice que ya se encuentra bien, así que podríamos dar un paseo corto y disfrutar de la experiencia. Ella haría algo nuevo y pasaríamos tiempo juntos.

Decidido, mañana se lo planteo.

Buenas noches, Violeta

Un abrazo 😊



Llego diez minutos antes de lo acordado.

Estoy nervioso. No sé cómo actuar cuando la vea.

La última vez nos dimos un abrazo para despedirnos... ¿Tenemos que darnos otro abrazo para saludarnos?

Dejo de darle vueltas al asunto cuando la veo salir por la puerta. Está sonriendo, lleva su flequillo bien peinado tapándole sus cristales azules y da saltos para calentarse.

Verla así de bien, después del susto que me pegó el domingo, me hace correr a abrazarla.

Violeta levanta la vista y, al ver mis intenciones, se ríe y me abraza.

Me siento como si me hubieran arrojado con las mantas al meterme en la cama después de haber pasado mucho frío. Me siento en paz.

Escucho su corazón durante unos instantes y me tranquilizo.

Al retirarme, la observo. Se ha puesto colorada y no sabe qué decir. Lo noto en su mirada nerviosa.

—Hola, ¿cómo estás? Por los saltos que pegabas creo que bastante mejor.

—Es que hace muchísimo frío. No consigo entrar en calor cuando salgo a la calle —me dice sin parar de sonreír—. Sí, me encuentro genial. Fue un susto nada más. Estoy perfecta. —Continúa con sus saltos.

—Me alegro mucho porque iba a proponerte un plan para esta tarde.

—¿Un plan? ¿Tú y yo solos?

—Emm... Sí. Tú y yo solos. ¿Te parece bien?

—¡Me parece genial, Kaarle! ¡Genial!

—¿Por qué estás tan contenta?

—Porque estamos manteniendo una conversación, me has propuesto un plan y has sonreído al verme mientras venías a abrazarme. Desde que Heli me presentó, perdiste tu sonrisa cada vez que aparecía en tu campo de visión.

Eso me ha dolido y sé, por cómo lo ha dicho, que a ella también le duele decirlo en voz alta.

—Lo siento, Vio...

—No te preocupes. No te lo dije para que te sintieras mal. Sé por qué lo hiciste. Lo entiendo perfectamente. Comprendo que solo podamos ser amigos y que no puedes perder a más personas en tu vida. De...

—¿Te apetece hacer una excursión de raquetas de nieve? —No la dejo seguir hablando. No quiero pensar en eso justamente ahora.

Su rostro se ilumina, sus ojos se vuelven todavía más claros —pensaba que eso no sería posible—, y empieza a saltar más fuerte.

—Sííí... ¡Estoy saltando de frío y de ilusión! ¿Y si empezamos a andar? Luego me dices que los españoles siempre llegamos tarde, pero los finlandeses también os entreteneís.

No puedo evitar echarme a reír.

—Venga, vamos andando. A ver si puedes mantenerme el ritmo con tanta ropa.

—¿Cómo lo hacéis para no tener frío? Hace muchísimo frío.

—Violeta, es verdad que este año está haciendo más frío de lo normal para esta época, pero estamos en noviembre. Si ya estuviese dando saltos por la carretera, ¿qué tendría que hacer en enero y febrero?

—Pues eso digo yo, ¿qué haré en enero y febrero?

—Pero si todavía no sabes si vas a seguir aquí para esa época —respondo mientras seguimos caminando.

Al instante, se produce un silencio incómodo. No es como los habituales en nuestros paseos en coche o en la naturaleza. Este está cargado de un aura más oscura, y sé que lo he provocado yo, pero es la verdad. Por más que desee que siga aquí, ninguno de los dos tenemos ni idea de qué pasará en enero.

—Kaarle, yo...

—Eh, Violeta, tranquila. No sucede nada. Somos amigos, ¿no? Esta tarde seguro que nos lo pasamos muy bien.

—Sí, seguro que sí. —Intenta sonreír, pero esta vez no llega a sus ojos.

Capítulo 28

Violeta

—Violeta, en serio, no pasa nada. Disfrutemos de la tarde hoy, ¿vale? Tengo muchas ganas de hacer esa excursión contigo.

Yo también tengo muchas ganas de hacer esa excursión con él.

Cuando lo he visto esta mañana sonreírme de ese modo, mientras corría a abrazarme, me he imaginado cómo sería besarlo.

Desde que nos soltamos, he estado fantaseando con la idea de volver a abrazarle por sorpresa, agarrarle la mano, darle un beso en la mejilla... Pero sus palabras han sido claras. Ojalá pudiera asegurarle que estaré aquí dentro de dos meses, pero no puedo prometerle algo que ni yo misma sé.

—Vale, yo también tengo muchas ganas.

Tengo que pensar en el presente y no tanto en el futuro.

Ya he descubierto el porqué de los miedos de Kaarle. Lo entiendo y sé hasta dónde podemos llegar. Tengo que disfrutar estos momentos. Kaarle está siendo muy bueno conmigo, se preocupa por mí y quiere estar conmigo. Ahora mismo no importa nada más.

Nada más llegar al trabajo, vemos a Onni, quien se lanza a mis brazos y me coge en volandas.

—¡Violeta! ¿Cómo estás? Estábamos muy preocupados.

Noto la inquietud en sus ojos. Me conoce desde hace poco más de un mes. Ellos eran un equipo y, de repente, sin esperarlo, he terminado formando parte de este grupo.

Onni me mira con cariño, con amistad, y a mí se me salta una lágrima al darme cuenta de que al fin he encontrado un amigo de verdad.

—Estoy perfecta, Onni —le digo abrazándolo muy fuerte—. Gracias por preocuparte por mí. Siento mucho haberos dado ese susto y, por supuesto, no me pagues estos días.

—Pero ¡¿qué dices?! No nos pidas perdón y, por supuesto, que te vamos a dar el dinero. ¡Estabas de baja! Deberías haber seguido más días de baja. Te diste un golpe muy fuerte.

—No, de verdad que no. Me encuentro genial. El susto fue más grande que el golpe en sí.

Onni me deja en el suelo.

—Oye, me ha encantado esto de sentirme así de alta por unos segundos. Las vistas desde tu altura se ven mejor —comento estirando mi cuello de manera exagerada.

—No seas tonta, Violeta. Tú estás más cerca del suelo. Seguro que puedes apreciar mejor cada detalle, pero siempre que quieras, aquí estoy para cogerte.

Al entrar en la caseta, me fijo en Kaarle. Está ya en su asiento y parece triste de nuevo.

No sé qué ha pasado. No quiero verlo así, pero tengo que centrarme y ponerme al día.

Empiezo por revisar todas las excursiones de hoy.

Kaarle tiene dos salidas con las motos. Ojalá se anime y se sienta mejor. A él le encanta su trabajo. Es una de esas pocas personas del mundo que ha conseguido trabajar de aquello que le gusta.



Cuando cerramos la tienda es de noche. Es increíble cómo se acortan los días por aquí.

—Entonces, ¿dónde vamos a ir a hacer la excursión?

—En mi casa tengo las raquetas. Las cogemos, las montamos en el coche y vamos a una zona iluminada del bosque para que no esté muy oscuro, ¿te parece?

—Vale. ¿Me puedes explicar un poco cómo funciona esto de las raquetas? He visto algunos anuncios de ellas en internet y tal, pero nunca las he usado.

—Pues, hay de distintos tamaños. El tamiz pequeño corresponde a un peso entre cuarenta y ochenta kilos. El tamiz grande, entre sesenta y ciento veinte kilos. Cuanto mayor sea el tamiz, mayor estabilidad, aunque el más pequeño también es más ligero. Ese te va a venir genial a ti.

—¿Qué es el tamiz?

—Ay, perdón, la raqueta en sí. Yo tengo raquetas pequeñas y grandes. No hay problema. De pequeño solía salir a pasear con ellas con mi familia.

—Kaarle...

—Tranquila, es un recuerdo bonito —me dice con una sonrisa que parece bastante sincera—. Bueno, sigo, hay dos tipos de fijaciones. Las que yo tengo son de correas de carracas que son las que mayor sujeción aportan. Es lo importante para llevar raquetas de nieve. Además, lo suyo es llevar botas de nieve para que no nos entre la nieve y no se nos queden los pies congelados. Y, como veo, no ha hecho falta decírtelo. Tú ya las llevas puestas durante el día, aunque no tengan tacones. —Me guiña un ojo, levantando las comisuras de sus labios.

—Sí, bueno, es que hace mucho frío y son cómodas. —Le devuelvo el guiño mientras continuamos andando—. Por cierto, ¿hoy no entrenas?

—Sí, iré más tarde. Por la noche. De todas formas, ya está siempre oscuro cuando salimos de trabajar, sea la hora que sea.

—¿Pero no es más peligroso?

—No, hoy entrenaré en la piscina.

—Vale.

—Otro detalle que se me olvidaba. Bajo ningún concepto uses las raquetas cuando haya hielo. En ese caso hay que utilizar unos crampones. Las raquetas son para cuando hay nieve blanda, como ahora.

—Detalle importante. Lo apunto.

—¿Estás quedándote con todo?

—Claro que sí. Tamiz, correas de carraca, crampones...

—Vale, vale... Veo que estás atenta.

—Por supuesto —le digo con una mirada triunfal.

Me gusta estar atenta cuando una persona habla. Soy muy observadora y curiosa. Quizás él no se había dado cuenta de ese detalle hasta ahora. Para lo bueno y para lo malo, observo y escucho demasiado.

—Para andar en llano, la fijación se suele llevar suelta. Nosotros vamos a caminar por llano.

—De acuerdo. —Me gusta mucho observarlo mientras me explica una afición típica de aquí. Me imagino al pequeño Kaarle, tan rubio que se podría mimetizar con la nieve, con sus raquetas, y siento mucha ternura en el pecho.

—Para hacer subida se pone en alza y, al bajar, lo más aconsejable es bloquear la fijación. Y creo que eso es todo.

—Perfecto. Fácil y sencillo.

—Ah, se me olvidaba. Se usan dos bastones para mantener el equilibrio y poder andar con comodidad. Ya hemos llegado a casa. Venga, carguemos las cosas en el coche y empecemos la actividad.

—Vale. Sí, genial. —Me recojo el pelo en una cola alta, que igualmente queda bien larga, me remango mi chaquetón y cojo mis raquetas. No pesan mucho y son de color rojo. Me gustan.

—Estas las usaba mi... la mujer de mi padre hace muchos años. Antes de que yo naciera. Me alegro de que ahora las vaya a usar otra persona. He pensado muchas veces en tirarlas, pero mi abuela decía que estaban como nuevas y que las cosas no se tiran por el simple placer de tirarlas. Las cosas se tiran cuando están rotas y no pueden arreglarse. Así que...

No dice «su madre». ¡Qué pena que los abandonara! Estoy segura de que esa mujer tendrá una buena explicación. Nadie abandona a sus hijos porque sí. Si no puedes soportar la muerte de tu marido, te mudas, pero te mudas con tu familia o, bueno, no sé...

En realidad, cada persona es un mundo.

Es tan complicado saber qué habrá pasado por la mente de su madre o qué pasará ahora...

—Pues son muy bonitas. Me alegro de que no las tiraras.

—Bueno, venga, sube a la camioneta. Nos vamos.

Capítulo 29

Kaarle

Me encantaría contarle a Violeta más cosas sobre mi pasado, pero no estoy preparado.

No estoy preparado para recordar a mi madre. No estoy preparado para entenderla porque no la comprendo. Por más que lo he intentado, no logro entender por qué me abandonó.

—¿Qué música te apetece escuchar hoy?

—¿Me estás dejando elegir una canción?

—Exactamente, pero no te acostumbres —le digo guiñándole un ojo.

—¿Conoces a Hollow Coves?

—Emm... Me suena, pero así de primeras creo que no. No lo conozco.

—¡Yuju! —grita con tono triunfal, consiguiendo que me ría—. Hoy me toca recomendarte un grupo. Espero que te guste.

—Veamos.

—Esta canción se llama *The Woods*¹, y me recuerda a ti.

—¿Y eso? —Le presto atención a la canción. Me gusta mucho y no sé cómo Violeta ya sabía que me gustaría.

*We're all falling and we need a place to hide
A safe place somewhere in the woods we can start the fire
All we know is what would be our home
We will stay 'til the break of dawn
The cold night takes us to a place to escape the chill
Tucked up somewhere in the woods on a hill
Wake up feeling the cold in between our toes
Is there a way back? Nobody knows
And we leave it all behind
Can't you see we need some time?
And we all sit around the fire
We feel a little warmer now
And we all sit around the fire
We feel so much better now*

*Estamos cayendo y necesitamos un lugar donde escondernos
Un lugar seguro en el bosque donde prender el fuego
Todo lo que sabemos es que sería nuestro hogar
Nos quedaremos hasta el amanecer
La fría noche nos lleva a un lugar para esquivar la helada
Arropados en algún lugar del bosque, en una colina
Nos despertamos sintiendo el frío en nuestros pies
¿Hay camino de vuelta? Nadie lo sabe*

*Y dejamos todo atrás
¿No ves que necesitamos tiempo?
Nos sentamos alrededor del fuego
Nos sentimos un poco más cálidos
Nos sentamos alrededor del fuego
Nos sentimos mucho mejor*



—La letra, la melodía... No sé. Me recuerda a nosotros. A mí. A lo que estoy viviendo. Ahora mismo estamos yendo a hacer una excursión con raquetas al bosque. A pasarlo bien, a disfrutar, a buscar un lugar seguro en el bosque... Además, las noches frías nos llevaron a la cabaña de Oulanka, donde encendimos la chimenea y nos sentimos más cálidos. Nos sentimos mejor, pero necesitamos tiempo, y no sabemos si lo tenemos... —dice Violeta susurrando.

Me obligo a mantener la vista al frente, aunque me muero por girarme y ver su expresión. Esto que acaba de decir... ¿Por qué siempre dice algo que me hace sentir cálido y bien? Cuando menos me lo espero, ella coge una antorcha y quema mi coraza de hielo. Me pregunto cuánto queda ya de esa coraza que tenía hace apenas un mes.

No sé qué decir.

Me quedo en silencio y sigo escuchando esta preciosa canción que, inevitablemente, siempre me recordará a ella.

Cuando termina, desvío la vista un segundo y la observo mirando por la ventana toda empañada. Me encanta su melena de pelo largo recogida en esa coleta. Le da un aspecto juvenil; más incluso que el que ya tiene cada día.

Nos pasamos el resto del viaje en silencio escuchando las canciones de Hollow Coves.

No sé si ella esperaba una respuesta, pero si era así, no me lo ha transmitido.

—Ya hemos llegado, Violeta.

A nuestro alrededor solo hay oscuridad y pequeñas velas que van formando un sendero en el bosque.

—Estos lugares son muy típicos aquí. Como en invierno casi siempre está oscuro, las actividades que organizan distintas empresas, y que hacemos las personas de la zona, suelen ser en lugares del bosque iluminados en las afueras.

—Me gusta mucho. Es muy bonito este camino, pero... no aparecerá ningún oso o lobo, ¿no?

—A ver, nunca digas nunca, pero es bastante complicado. Aquí hay luz, y ellos prefieren moverse por zonas donde no se les pueda ver. Suelen elegir la oscuridad. Ten en cuenta que tú piensas que pueden hacerte daño, pero ellos también creen que nosotros les podemos herir. Así que, es raro que estén por aquí.

—Vale, vale... —dice con cara preocupada.

—Tranquila, Violeta. Además, por estos senderos suele haber más personas. Están creados para ello.

—Sí, es verdad. Tienes razón. Es que el miedo a salir herida por un oso o un lobo...

—No te preocupes. Te entiendo. A mí también me asusta, pero verás como no pasa nada. Es más probable salir herido por otro ser humano que por un oso.

—¿Incluso en Laponia?

No puedo evitar reírme.

—Incluso en Laponia. Venga, vamos, ponte las raquetas cómo te he enseñado.

Apenas tres minutos más tarde ya está preparada con su sonrisa, su coleta, su flequillo tapándole un poco sus ojazos y sus mofletes bien colorados.

—Aprendes rápido.

—Gracias —dice levantando las comisuras de sus labios.

Comenzamos a andar con nuestras raquetas puestas y los bastones.

Hace bastante frío, pero el movimiento nos ayuda a sentir más calor.

Los mofletes de Violeta están cada vez más rosáceos y creo que esta vez no es por la vergüenza.

Camina a un buen ritmo a mi lado y no deja de pasear su vista por este paisaje. A pesar de la oscuridad, se pueden apreciar los árboles nevados, el camino y las estrellas.

—Me encanta mirar las estrellas. Nunca he visto tantas estrellas como en esta ciudad —comenta sin desviar sus cristales del cielo.

—A mí también me encanta mirar las estrellas. Me resulta fascinante pensar lo lejos que están en realidad y lo cerca que, a veces, parecen hallarse.

—¿Qué más cosas te gustan? —me pregunta observándome detenidamente.

—Me gusta pasar tiempo con mi hermana y mi abuela. Kalwa y Taimi lo son todo para mí. También me gusta sentir el frío. Me hace estar despierto. Es uno de los motivos por los que me gusta tanto el buceo bajo el hielo. ¿Y a ti?

—A mí me gusta editar vídeos... Quisiera ser periodista audiovisual algún día, pero también me gusta pintar y ver series; y más que el frío, diría que me gusta la naturaleza en general. Estar al aire libre.

—¿Me vas a contar algún día por qué me grabas en mis entrenamientos y competiciones?

—Algún día —dice con una sonrisa pillina.

—Sí, a mí también me gusta la naturaleza en general, pero solo conozco el bosque. No he estado nunca en una playa soleada, en la que puedas bañarte sin un neopreno.

Violeta abre sus ojos de manera exagerada.

—¿¿Cómo!? ¿Nunca has estado en la playa?!

—¿Habías estado tú acaso en un bosque helado y nevado?

—Umm..., tienes razón —indica pensativa.

—Ves, pero me encantaría ir a una playa soleada y cálida un día —le digo riendo.

—Y a mí me encantaría llevarte.

Nos quedamos mirándonos unos segundos. Ninguno de los dos desvía la mirada.

Al final terminamos sonriéndonos y seguimos andando en silencio.

Solo se oyen las raquetas chocando con la nieve, nuestras respiraciones, el viento y alguna que otra voz en la lejanía.

Cuando llevamos una media hora, llegamos a un claro del bosque donde hay varios troncos en los que podemos sentarnos. Está acondicionado para realizar actividades. Tiene una chimenea con leña para prender fuego. Eso sí, primero hay que conseguir romperlos y quitarles la nieve.

He traído dos termos, que casi ardían, con zumo, y se lo ofrezco.

—¿Quieres zumo de moras?

—¿Cuándo cogiste esos termos?

—Antes de irnos. ¿Te apetece?

—Sí, me encantan las moras.

—A mí también. Te gusta mucho la fruta, ¿verdad?

—Bastante. Si fuera posible, viviría solo comiendo fruta y chocolate.

Sus palabras me arrancan una carcajada.

—A mí también me encanta la fruta. Tienes que venir un día a casa para que hagamos las pizzas de fruta.

—Tienes razón, aunque debo de confesarte que la cocina no es lo mío —me indica volviendo a esconderse tras su flequillo.

—¿No? ¿En serio? No me había dado cuenta —le digo guiñándole un ojo—. Tranquila, es una receta fácil. Podemos hacerla juntos.

—Me gusta hacer cosas juntos.

—A mí también, Violeta.

—Kaarle...

—¿Qué? —pregunto mientras se me acelera el corazón.

—¿Puedo abrazarte? —me dice mirándome. Sus ojos vuelven a estar muy claros y los míos se vuelven más oscuros.

En vez de responderle, la abrazo yo.

Su olor me recuerda a casa. Las golosinas empiezan a oler a bosque, a frío y a naturaleza. No sé cómo explicarlo. No quiero soltarla. Ella tampoco me suelta a mí. No veo su rostro, lo tiene escondido en mi pecho, pero no me hace falta, porque siento su respiración acelerada y sé que está tan nerviosa como yo.

No sé cuánto rato llevamos abrazados, cuando susurra que no la suelte.

—No me sueltes tú a mí tampoco, Violeta.

—No lo voy a hacer.

Y me duele escuchar esas cinco palabras porque sé que al final lo hará. No es su culpa, sino la realidad, pero, cuando lo haga ¿cómo me recompondré?

Sin soltarme, Violeta levanta su rostro. Sus ojos tienen un tono casi transparente. Parece que todas las estrellas que se hallan encima de nuestras cabezas han bajado para instalarse en sus ojos. Brillan tanto y son tan transparentes que resulta complicado mirarlos.

—Kaarle... —vuelve a susurrar mirándome.

—Violeta...

Tenemos nuestros rostros uno al lado del otro. Solo haría falta que uno de los dos moviera un milímetro la cabeza y nuestros labios se rozarían, pero ninguno de los dos se mueve. Ninguno de los dos parece atreverse a dar este paso, aunque ya sí que no tengo ninguna duda de que ambos estamos deseando hacerlo.

—Kaarle, tus ojos están brillando. No son opacos. Brillan —me informa sonriendo ampliamente, y mirándome directamente a las pupilas.

—Has bajado las estrellas a tus ojos, Violeta, y, al estar tan cerca de mí, estás reflejando tu mirada en mí. Estás reflejando tu ser en mí. Has conseguido que vuelva a sentir.

Una lágrima se desliza por su moflete.

Estar tan cerca de ella y no besarla me está costando la misma vida.

—Violeta, ¿estás bien?

—Sí, sí... Tú has logrado que mi corazón se salte un latido. Nunca había sentido algo así, Kaarle.

—¿Qué hacemos ahora? —susurro.

—¿No soltarnos? —pregunta.

—¿Crees de verdad que eso será posible?

—Deseo que sea posible.

No me dice que sí, y se lo agradezco. Le agradezco que no me dé falsas promesas, que sea tan sincera y transparente. Se lo agradezco de aquí a la estrella más lejana.

—Yo también lo deseo.

Al final soy yo el que vuelve a abrazarla, alejando mi cabeza de la de ella.

Me he quedado sin coraza. Veremos cómo sigo adelante cuando vuelva a perder a otra persona importante para mí.

—¿Bajamos? —susurro.

—Sí, vamos, que vamos a coger frío —afirma con la cabeza gacha.

—Vale, pero no estés triste.

—Lo siento mucho, Kaarle.

—No lo sientas. No es tu culpa, ni la mía. La vida es así.

—¿Vamos a seguir pasando tiempo juntos?

Asiento.

Capítulo 30

Violeta

Tener a Kaarle tan cerca y no besarle ha sido muy complicado.

Con el frío que hacía en mitad del claro, yo sentía muchísimo calor en sus brazos. No quería que nos separásemos.

El camino de vuelta lo hicimos en silencio.

Supongo que cada uno estaba divagando en sus pensamientos.

Yo intentaba apreciar la naturaleza que tenía a mi alrededor, pero volvía una y otra vez al claro. ¿Qué habría pasado si lo hubiera besado? ¿Qué pasaría si intentamos pensar en el día a día en vez de que quizás más adelante me vaya? ¿Y si no me voy? ¿Y si él se viniera conmigo? ¿Y si mañana dejamos de existir en este mundo?

Vine aquí porque quería disfrutar el momento. Disfrutar el día a día. No tener mi vida planeada. Dejarme fluir. Con Kaarle fluyo y él, de alguna manera inexplicable, fluye conmigo. Quizás podría prometerle que hoy no quiero soltarle. ¿Sería suficiente para él?

Me basta un segundo para saber que no.

Ya ha perdido a sus dos pilares más importantes. No puede volver a amar a otra persona sabiendo que no hay ninguna garantía de futuro, pero es justamente ese pensamiento el que me hace pensar que sí que puede haber una posibilidad. ¿Acaso hay algo garantizado en esta vida? Qué pasaría si Kaarle conoce a una chica aquí, es muy feliz con ella, y al final ella decide marcharse o se muere o quién sabe.

No hay nada garantizado.

¿Cómo le transmito este pensamiento a Kaarle? ¿Cómo consigo que no piense tanto?

Tengo que hablar con Heli. Quizás pueda ayudarme.

Me reconforta saber que tengo una amiga en esta pequeña ciudad; una persona en la que puedo confiar, a la que puedo contarle mis inquietudes. Me hace inmensamente feliz.

—¿Por qué sonríes tanto? —me pregunta Kaarle mientras conduce de vuelta a la ciudad.

—Estaba pensando en lo afortunada que soy de haber conocido a Heli.

Al momento de pronunciar el nombre de Heli, el rostro de Kaarle se vuelve más suave y sus ojos parecen llenarse de ternura.

—Yo también pienso a menudo en la suerte que tengo de conocerla, y en lo bien que le ha hecho a Onni, y a nuestra amistad.

—¿Sí?

Kaarle asiente y parece pensarse sus próximas palabras, como si no estuviera seguro de si quiere contarlas o no.

—Cuando mi padre... Cuando mi padre se fue... —dice manteniendo la mirada al frente y apretando sus dedos alrededor del volante. Yo asiento en silencio. Presiento que va a contarme algo íntimo—. Me encerré en mí mismo. No quería ver a nadie. Ni siquiera a Onni. Él venía cada día a casa, pero no le dejaba pasar. Se tiraba las tardes esperando en el lago a que yo decidiera abrir la puerta algún día, pero eso no sucedió en dos meses. Un día recibí una nota de Heli por

debajo de la puerta. Era la primera vez que tenía noticias de ella desde el accidente. —Estoy expectante por saber el resto de la historia, pero acabamos de aparcar en el hostal y no sé si va a querer seguir—. Puedo... ¿Puedo contártelo otro día?

—Sí, claro. Cuando quieras. —Sonrío y le acaricio el brazo. Quiero que sepa que me tiene aquí para lo que necesite—. Kaarle, puedo prometerte que hoy no te soltaré.

Tras decir esas palabras, se gira. Sus ojos vuelven a brillar; ese tono azabache desaparece por unos segundos al mirarme.

Se acerca y, sin esperarlo, une sus labios a los míos.

Es un mero roce, pero mi corazón se acelera. Empieza a galopar, corre desbocado y todo a mi alrededor desaparece.

Solo estoy aquí. En este momento. Al lado de Kaarle. Presente, en Laponia, en el Polo Norte. Y estoy bien. Estoy contenta. Estoy en paz.

No separo mis labios de los de él, sino que le abrazo más fuerte.

Unos segundos después, Kaarle se aleja. Sus ojos se han vuelto grises, y no sé qué va a suceder a continuación. Me pongo bastante nerviosa, porque no quiero que se aleje de mí.

—Violeta... —susurra pegando su frente a la mía—, dile a Heli que te cuente el resto de la historia.

Asiento y vuelvo a abrazarlo.

Intento darle un beso, pero gira su rostro.

Me quedo quieta sin saber qué hacer.

—Kaarle...

—No puedo —indica volviéndome a abrazar con fuerza.

—Está bien. Lo entiendo. Me lo he pasado muy bien —le digo bajito y abriendo la puerta del coche.

Kaarle asiente, pero su mirada ha vuelto a tornarse oscura y no se gira hacia mí. Se ha perdido en sus pensamientos.

Capítulo 31

Kaarle

No he podido resistirlo.

Llevo todo el camino de vuelta pensando en por qué coño no la he besado en el claro. Se supone que lo hago para no sufrir mañana, pero a cambio estoy pasándolo ahora mal. No quiero sufrir para vivir mejor y más tranquilo, pero si no hago aquello que deseo, ¿de qué manera vivo? ¿De verdad quiero vivir aspirando a una calma absoluta para no pasarlo mal? ¿O prefiero vivir sintiendo y que dure todo lo que tenga que durar?

No lo sé. Es muy complicado. Solo sé que cuando me ha dicho que hoy no me iba a soltar, mi corazón ha actuado y ha silenciado toda mi parte racional.

Pero ese beso...

Jamás había sentido tanto con un simple roce de labios.

Es por eso, por lo que luego no sabía cómo actuar. No me imaginaba sentirme tan vivo y tan bien junto a ella. Han sido unos segundos tan felices, que tengo que procesarlos. No estoy acostumbrado a sentirme así. De hecho, no recuerdo una tarde en la que me sintiera tan vivo como ahora en años.

Desde que mi padre se murió, he estado viviendo sin sentir y ahora que estoy sintiendo, no sé si estoy preparado.

¿Se puede volver al mundo de los vivos, así como si nada? ¿Tan rápido? ¿Con un roce de labios, un abrazo y una chica? Una chica, no. La chica.

Necesito pensar.

Es mejor que Heli le cuente el final de la historia.

No puedo seguir a su lado ahora mismo, con ella junto a mí, me cuesta pensar fríamente. Me desmonta cada certeza que he atornillado en mi cerebro, me hace replantearme juramentos que me hice a mí mismo. Si ni yo mismo cumplo mi promesa conmigo, ¿lo podrá hacer alguien?

Capítulo 32

Violeta

Me siento bastante inquieta.

¿Qué pensará Kaarle? ¿Y si no le gustó? ¿Y si no sintió esa conexión que he sentido yo? ¿Y si decide no hablarme de nuevo?

Sé que no quiere hacerme daño, no intencionadamente, pero también sé que antes de volver a hacerse daño, me lo haría a mí.

Entro al hostel y voy directa a la recepción. Afortunadamente, Heli está aquí.

—Hola, Heli.

—Hola, Violeta. ¿Qué tal la excursión? ¿Cómo te encuentras? ¿Te ha molestado andar?

—¿Cómo sabes lo de las raquetas?

—Kaarle se lo contó a Onni, y este a mí —me explica sonriendo con ternura.

—Ah, claro. No me ha molestado nada. Estoy completamente recuperada del accidente. Pero... Esto... —Me escondo tras mi flequillo. No sé cómo empezar esta conversación—. Querría hablar contigo. ¿Te pillo en un mal momento?

—¿Qué te parece si termino unos papeles y subo a tu habitación en media hora?

—Sí, claro. Me encantaría. Aprovecho para ducharme mientras tanto. ¿Quieres que pidamos unas pizzas?

—Genial. Yo quiero una de atún y maíz.

—Perfecto. Yo la hawaiana. —Heli sonríe ampliamente—. ¿Qué?

—Nada. ¿Kaarle sabe que te gusta esa pizza?

—Sí, ¿por?

Heli se ríe.

—Solía decir que la chica con la que decidiera estar debía tener como requisito que le gustara comer pizzas con frutas. No había encontrado a nadie. Hasta ahora.

Mis mejillas enrojecen.

No tenía ni idea, y Heli lo sabe porque, antes de darme la vuelta para subir a mi habitación, me guiña un ojo y vuelve a reírse.



Al entrar en mi habitación, siento un pequeño tirón en la barriga.

Me quedo unos segundos parada delante de la puerta mirando a mi alrededor. Estas cuatro paredes comienzan a tener más importancia en mi vida de la que jamás habría imaginado.

Me doy una ducha de agua caliente y pido las pizzas.

Mientras espero a que lleguen, me tumbo en la cama, les escribo a mis padres y les mando unas cuantas fotos del día de hoy.

A los pocos minutos, Heli llama a la puerta.

Al entrar me sonríe.

—Cuando te vayas, será raro entrar en esta habitación y no pensar en ti.

—¿Por qué todos tenéis tan claro que me voy a ir? —pregunto frunciendo el ceño.

—Es lo que tú me dijiste desde el principio, ¿no?

—Sí, es verdad, pero no sé si me quiero ir. Me gusta la vida que tengo aquí. Me gusta más que la que tenía en Málaga.

—¿De verdad? —dice mientras sus ojos celestes se iluminan.

—Sí, de verdad. Aunque extraño mucho a mis padres, y espero que vengan pronto.

—Seguro que sí.

—¿Y tú cómo estás, Heli?

—¿Yo? Muy bien. Me tiro todos los días aquí en el hostel. Tengo ganas de que llegue el sábado para poder descansar. Me gustaría ir con Onni de excursión a alguna parte. Entre semana nos vemos poco, pero muy bien.

—¿A ti te gusta tu vida en Rovaniemi?

—Sí, por supuesto. Es una vida tranquila. Me gusta mucho vivir rodeada de esta naturaleza. También me encanta la nieve y la aurora boreal.

—Yo estoy deseando verla.

—Seguro que la ves más pronto que tarde.

—¿Y te gusta tu trabajo?

—Mucho. Es un negocio familiar. Es acogedor. Me gusta conocer a personas de distintos países, y recomendarles qué hacer en mi tierra. Es tranquilo. Tiene mucho trabajo, pero nada que ver con un gran hotel.

—¿Y con Onni? ¿Cómo supiste que era el indicado?

—Ajam... —Sonríe de manera traviesa.

—¿Qué pasa?

—Nada, Violeta. Tranquila. —Le sale una carcajada—. No lo sé. Simplemente lo sentí. Me lo paso muy bien con él. Tenemos proyectos de vida parecidos, gustos similares en bastantes cosas y la vida que llevamos día a día me hace sentir plena. —Me quedo pensando en sus palabras más de la cuenta—. Eo..., tierra llamando a Violeta —dice mientras mueve las manos delante de mí.

En ese instante, suena el timbre. Las pizzas han llegado.

—Bajo yo. Tú ya tienes el pijama puesto. Tardo nada.

Cuando vuelve, el olor a pizza inunda la habitación.

Me encanta.

Las cortamos y empezamos a comer.

—Heli, se me ha ocurrido una idea. Yo siempre he querido trabajar en el mundo audiovisual. Me gustaría hacer documentales para enseñarles a las personas temas nuevos, a través de ellos. He buscado información sobre el buceo bajo el hielo. Hay muy poca, y no vi documentales o reportajes sobre el tema. —Heli asiente mientras sigue comiendo—. He pensado grabar el proceso de Kaarle. Tengo algunas tomas de él entrenando y de la competición del otro día. Me gustaría conseguir más planos de sus entrenamientos, sus competiciones y alguna que otra entrevista de los directores de las competiciones, de vosotros, sus amigos, y de él. ¿Crees que sería una buena idea? ¿Le gustaría? ¿Os gustaría? —pregunto bajando la mirada, escondiéndome de nuevo tras mi flequillo.

—Por supuesto que sí, Violeta. Sería una estupendísima idea.

—Además, quizás podríamos incorporar algunas fotografías o imágenes del padre de Kaarle. Por cierto, ¿cómo se llamaba?

—Heikki.

—¿Qué significa?

—Te gusta conocer los significados de nuestros nombres, ¿verdad?

—Bastante. Me parece muy interesante.

—Jefe de la causa. Caudillo, poderoso.

—¡¿Ves?! Todos los nombres tienen sentido.

Ambas reímos.

—Pues, Violeta, a mí me parece una idea preciosa y muy buena. Yo creo que a Kaarle le gustará. Aunque lo de Heikki, propónselo más al final. Para cuando esté ilusionado con el proyecto.

—Sí, tienes razón. He pensado que a través de este documental se puede honrar de alguna manera la memoria de su padre. Explicar lo profesional que era y lo bien que se le daba este deporte. No es justo que haya tantos futbolistas conocidos, con sus reportajes, entrevistas, etc. Y un hombre que hace un deporte arriesgado, que practican menos personas, y que es un genio, muera y no lo sepa casi nadie —expreso frunciendo un poco el ceño, y levantando bien alto la vista.

—Pues sí. Lo veo de la misma forma que tú. Cuando quieras, me entrevistas a mí, que estoy encantada de explicarte todo lo que necesites.

—Heli, muchísimas gracias de verdad —le digo abrazándola.

—De nada. Para eso están las amigas.

Sonríe de oreja a oreja. Somos amigas y me apoya con mi proyecto. Espero que salga bien, porque me gusta muchísimo la idea y me hace mucha ilusión.

—Heli, quería preguntarte otra cosa.

—Claro, dime.

—Kaarle me ha contado que, cuando murió su padre y se fue su madre, lo pasó muy mal. Que tú lo ayudaste mucho. Le dejaste una nota debajo de su puerta y... me dijo que siguieras tú con la historia.

Heli frunce el ceño por primera vez desde que la conozco.

—¿Esas fueron las palabras exactas que te dijo Kaarle?

—Emm... Bueno, exactas, exactas... No lo sé. El mensaje en sí es ese —indico encogiéndome de hombros—. ¿Por qué? ¿Pasa algo?

Heli se queda pensativa unos segundos hasta que decide hablar:

—Sí, le mandé una nota que decía: «Ven esta tarde al lago». Onni llevaba intentando hablar con él dos meses, pero no abría la puerta. No hablaba con nadie. Ni siquiera con su abuela ni su hermana. Se pasaba el día en la habitación encerrado. —Yo asiento mientras me como el último trozo de mi pizza, aunque el estómago se me ha cerrado un poco—. Sorprendentemente, se presentó allí. Yo estaba sentada en un banco, pero no tenía ninguna esperanza de que viniera. Lo intenté porque veía como Onni estaba desesperado. No sé por qué decidió acudir exactamente. Supongo que porque durante dos meses no tuvo ningún *feedback* mío. No porque yo no quisiera, sino porque sabía que necesitaba un tiempo para asimilarlo, canalizar su dolor y querer compartir cómo se sentía, pedir ayuda.

»Kaarle siempre fue un niño muy risueño con las personas más cercanas a él —continúa—, pero le costaba entablar una conversación con aquellos más lejanos. Estaba muy unido a su padre. Muchísimo. Era su mayor apoyo, y la persona a la que más admiraba. Deseaba ser cómo él. Por eso, practica el buceo bajo el hielo. Cuando murió, se quedó solo en el mundo. Bueno,

solo no, nos tenía a nosotros, a Kalwa y a Taimi, pero ¿entiendes lo que te digo?

—Sí.

—Ese día vino con la cabeza gacha. Con lo grande que es, parecía un cachorro asustado. Traía la barba y el pelo largo. Nunca le había visto así. Me miró y explotó. Comenzó a llorar. No había llorado antes. Le abracé y en silencio lo dejé desahogarse. Lloró durante toda la tarde. Al final, cuando se quedó sin lágrimas, sus ojos oscuros parecían un pelín más claros. Es como si hubieras lavado una mancha de carbón del pantalón. Quizás no consigues quitarla entera, pero sí aclararla tras mucha agua.

Imaginarme a Kaarle así, me parte el corazón. Me habría gustado ayudarlo, pero, mientras él sufría de ese modo, yo estaba en un instituto de la Costa del Sol sin saber que lo conocería.

—Le dije que no pasaba nada, que llorase todo lo que necesitase. No tenía que ser el más fuerte por Taimi y Kalwa. Tenía que darles amor. Nada más. Tenía que empezar a rehacer su vida. Solo tenía diecinueve años. Se tenía que recuperar de alguna manera. Yo le prometí que siempre estaría para lo que necesitara, al igual que Onni.

»Cuando le nombré a Onni, se puso tenso y me dijo que no sabía si este podría perdonarle alguna vez. Llevaba muchos días sin abrirle la puerta y al final no sabía cómo hacerlo —prosigue Heli—. Se sentía tan mal con él mismo que le daba miedo enfrentarse a su mejor amigo, y ver la decepción en sus ojos. Por supuesto, Onni no pensaba eso para nada. Cuando se lo expliqué, comprendió a Kaarle y le mandó otra nota por debajo de la puerta.

»Terminó siendo una tradición ir a ese banco los tres, donde Kaarle nos contaba sus miedos, sus enfados y sus temores con la vida. Se desahogaba, y nosotros simplemente lo escuchábamos.

Una lágrima cae por mi mejilla al escuchar la historia, pero, a la vez, me imagino lo que tuvieron que unirlos los tres en esa época, y lo afortunado que es Kaarle de tenerlos a ambos.

—Estuvimos casi un año encontrándonos en ese banco, paseando por la zona y escuchándolo. Un día nos dijo que quería competir. Él se quería ir fuera un tiempo antes de que pasara lo de sus padres, pero, al final, decidió quedarse aquí y cuidar de los suyos. Kaarle ha renunciado a sus sueños y ha perdido a sus padres, y no se lo merece. Nadie se merece que le suceda una cosa así. Es todo bondad, siempre ayuda a todas las personas que puede y le encanta su trabajo.

»Eso sí, nos aseguró que nunca dejaría entrar a ninguna persona más en su círculo. Mientras más cerrado fuese este, menos probabilidades tenía de perder a personas que quiere.

»Nosotros no estábamos de acuerdo con ese pensamiento —asegura—, pero no podíamos hacer demasiado, porque lo entendíamos. Le dijimos que un día llegaría una persona que rompería su coraza, pero Kaarle tenía claro que no, porque, para que eso sucediera, le tendría que gustar la pizza con fruta y toda la comida con fruta. Es algo un poco absurdo, que pensaba que era poco probable.

»Onni y yo nos echamos a reír aquel día. No había vuelto a pensar en ello hasta esta tarde. —Me sale una sonrisa al imaginarme a Kaarle diciendo aquellas palabras. Jamás pensé que mis gustos alimentarios fueran a ser clave en una relación de pareja—. Cuando te conocí, me caíste bien. Tienes un algo en tu expresión que transmite dulzura, ternura y bondad. Eras muy educada, y se te veía bastante sola. Hace cinco años del accidente de Heikki. En este tiempo, no he visto a Kaarle con ninguna chica, y Onni tampoco me ha contado nada. Pensé que estaría bien que Kaarle abriera un poco su círculo. Además, como eres de fuera, pensé que no te quedarías mucho tiempo, por lo que Kaarle no llegaría a encariñarse. Simplemente, le ayudarías a sociabilizar y tú tendrías más actividades que hacer por aquí, y personas con las que salir. Y, habría una chica en

el grupo.

»Ni Onni, ni yo, ni Kaarle, seguramente, pensábamos que fueras a ser así, como tú eres. Que fueras a convertirte en una más del grupo; que fueras a ser tan buena y que fuéramos a pasarlo tan bien contigo. Vienes de lejos, lo sabemos, pero ahora estás cerca. Te prometo que, desde antes del accidente, no había visto a Kaarle tan relajado, con tanto brillo en los ojos, y tan vivo como ahora.

No sé qué decir, así que simplemente la abrazo.

—Heli, hoy Kaarle me ha besado.

Heli se lleva las manos a la boca y abre sus ojos de par en par. Luego comienza a sonreír más y más amplio.

—¡Eso es estupendo, Violeta!

—¿Lo es? —pregunto temerosa.

—Claro que sí. ¿Por qué no iba a serlo? Espera... ¿Tú querías que te besara? Fue correspondido, ¿no? Como lo haya hecho en contra de tu voluntad, voy y se entera de quién soy.

Una carcajada sale de mi interior.

—Sí, sí... Él sabía que yo lo quería tanto como él. No se lo había dicho tal cual, pero a veces las palabras no son necesarias.

—¿Entonces?

—Pues que no sé cuánto tiempo me quedaré aquí, Heli, y, con todo lo que ha vivido Kaarle, no quiero hacerle daño al irme.

—Violeta, ya es mayorcito y es dueño y consecuente de sus actos. Tú no puedes quedarte aquí, si al final no es lo que te hace feliz. Tendrá que entenderlo. Pero... ¿y si por algún casual funcionáis y decidís encontrar la manera de estar juntos sea donde sea? —Me quedo pensando qué responderle—. A mí me encanta mi vida en Rovaniemi, y soy una afortunada porque Onni vive aquí también, y es feliz. Pero, si él se tuviera que ir lejos, estoy segura de que buscaríamos la manera de que funcionase. Los kilómetros no me impedirían luchar por nuestra relación. La muerte, sí, pero la distancia no.

—Ay, Heli... ¿entonces qué hago?

—Disfruta, vive el momento, aprovecha cada instante y piensa en el presente. Kaarle se lo merece, y estoy segura de que tú también. Yo te apoyo y pondría la mano en el hielo congelado de que todos, Onni, Kalwa y Taimi, os apoyaríamos.

—Heli, muchísimas gracias. Kaarle me dijo que es muy afortunado por tenerte en su vida, y yo pienso lo mismo. Si no fuera por ti, tu bondad y amabilidad, mi estancia aquí no tendría nada que ver con la actualidad.

—Yo me siento igual de dichosa de teneros a vosotros dos.

Heli se queda un rato más. Le enseño las tomas que llevo de mi «proyecto documental», y le encantan.

Cuando se va, me siento mucho más tranquila que antes, y decido mandarle un mensaje a Kaarle.

Hola, ¿cómo estás?

¿Te apetece ir a patinar al río Kemijok mañana al salir del trabajo?

Hola

Me encantaría, pero tengo que entrenar, que hoy al final no hice nada

¿Qué te parece pasado mañana?

Estupendo

El viernes vamos a patinar

¿Quieres que te acompañe mañana al entreno?

Quiero contarte un proyecto que se me ha ocurrido

¡Por fin conoceré ese proyecto secreto!

Sí, claro. Si quieres, vente

No tengo ningún problema

Oye, con respecto a lo de esta tarde...

Tranquilo

Lo hablamos en persona mañana o el viernes mejor, que mañana tienes que concentrarte en el entreno

He hablado con Heli, y me ha contado el resto de la historia

¿Y qué piensas?

Que eres una persona muy fuerte y buena

Aunque en realidad esto ya lo pensaba

Ay, Violeta...

Eh, tranquilo, Kaarle

El viernes hablamos mejor
de esto. Buenas noches

Buenas noches, que duermas bien

Capítulo 33

Kaarle

Ayer no conseguí centrarme en nada.

Rememoro una y otra vez la tarde que pasé con Violeta. El momento en el claro del bosque y nuestro primer beso. Sí, primer beso porque me gustaría que hubiera muchos más.

Todas las fantasías que tenía sobre los labios de Violeta y los míos unidos me resultan ínfimas en comparación con la realidad.

Besar a Violeta ha sido como una mañana soleada paseando por la nieve derretida. Besar a Violeta me ha descongelado el corazón, y me gusta cómo se siente. Me gusta demasiado.

No sé qué pensará de la historia que le habrá contado Heli.

Me asusta un poco que conozca esa parte tan frágil de mí.

Sin embargo, sé que no la usará en mi contra, que no me hará daño ni me mirará con lástima. Violeta siempre me realza, me da luz. Nunca me apaga.

Desde el primer momento que la vi en Koti llamó mi atención. Desde ese día, cada vez me ilumina más y más.

Esta noche he decidido que merece la pena correr el riesgo. Quiero intentar tener una historia con Violeta, dure lo que dure.

A su lado, merece la pena.

Pero de nuevo, no sé qué estará pasando por su cabeza.

Me encantaría decírselo ahora mismo, pero estamos en el trabajo. Hoy tengo varias excursiones y hay mucho papeleo. Esta tarde tengo que centrarme en el entrenamiento y ella me dijo que prefiere hablarlo con tranquilidad el viernes. Por lo que tengo que conseguir que mi cabeza deje de rumiar estos pensamientos.

Hablemos lo que hablemos, irá bien. Tengo ese presentimiento. Con Violeta irá bien.



Cuando salimos del trabajo, tengo la mochila preparada para ir directo a la piscina.

Ella lleva su cámara y el trípode, lista para grabarme.

Tengo curiosidad por ese proyecto secreto.

—Hola —dice con las mejillas sonrosadas.

—Hola —la saludo, sonrojándome yo también—. Oye, Violeta... —intento empezar.

—¿Lo hablamos mañana mejor? Así tenemos otro día más para reflexionar, y nos centramos hoy en tu entrenamiento.

—Está bien... —Noto que tiene un poco de miedo por lo que pueda decirle.

Siempre que se siente insegura, se esconde tras su flequillo agachando la cabeza; tal y como ha hecho ahora.

Pero esperar un día más, me parece bien.

Tiene razón en todo lo que dijo.

—Bueno, ¿me vas a contar lo de tu proyecto secreto? —pregunto mientras comenzamos a

andar.

—Sí —afirma dando un saltito, y arrancándome una carcajada.

—Estoy expectante.

—A ver..., yo en España no estudié ninguna carrera. Hice un módulo en el que aprendí sobre edición de vídeos, fotografías, iluminación, encuadre... Desde pequeña me apasiona el arte, pero sobre todo la fotografía. —Asiento escuchándola—. El caso es que siempre he sabido que me quería dedicar a hacer vídeos. Deseo que, a través de mis montajes con fotografías y vídeos, las personas aprendan. Me encantan los documentales y los reportajes audiovisuales. De hecho, suelo consumirlos bastante. Por un lado, para aprender del contenido, y, por otro, para aprender la técnica.

—No sabía que veías documentales. Pensé que eras más de series.

—Soy de ambos. Es cierto que desde que vine aquí estoy más con las series, porque quiero practicar inglés y me resulta más sencillo hacerlo con ellas que con documentales, pero me encantan los dos. Me gusta todo lo que esté relacionado con una lente. —Asiento y la miro para que continúe hablando—. A pesar de que quiero que, gracias a mis montajes, las personas descubran y aprendan cosas nuevas, nunca he tenido claro qué puedo aportar. Nunca me he sentido lo bastante buena o válida. Es como que todo lo que se me ocurre ya está hecho.

—Violeta, pero... ¿pensaste que quizás lo importante no es que sea novedoso, sino que refleje tu personalidad, tu propia identidad? Nunca he visto nada tuyo, porque siempre tapas la pantalla con tu cuerpo, pero, incluso así, estoy seguro de que eres buena.

—¿Y cómo lo estás?

—Porque brillas, Violeta. Tienes coraje. Viniste al Polo Norte para explorar nuevas sensaciones y emociones. No eres «normal».

—Gracias. Nunca he querido ser «normal».

Sonríó al escuchar sus últimas palabras. Me encanta. Las personas diferentes, las que miran en su interior, las que se conocen, se escuchan y van a por todas son las que realmente tienen algo que mostrarle al mundo.

—Entonces, ¿de qué tienes miedo?

—Supongo que el síndrome del impostor siempre está presente. Tengo miedo de no tener una idea suficientemente buena... O tenía, mejor dicho.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que creo que por primera vez se me ha ocurrido una idea «buena» y «original» para mí.

—¿Y esa idea tiene que ver conmigo? —pregunto frunciendo un poco el ceño. No tengo muy claro si me ilusiona o me asusta que la respuesta sea afirmativa.

—Exacto. Se lo he comentado a Heli también y le parece una buena idea —indica con rapidez—. He pensado en hacer un documental o un reportaje largo sobre el buceo bajo el hielo en Finlandia, centrándome en tu historia. Es un deporte que pocas personas conocen, al menos en mi país, pero tiene riesgo y es diferente, e interesante. Si lo explicamos a través de una persona en concreto, tú —le señalo—, creo que podría llegar a más personas y quién sabe... Si tiene éxito, quizás podría hacer documentales de diferentes deportes en el norte o del modo de vida aquí.

—Violeta, me parece una idea estupenda —digo sonriendo.

—¿De verdad?

—Te lo juro. ¿Por eso has grabado tantas tomas?

—Gracias, Kaarle. Sí, por eso. La idea es hacerte muchas más, ahora que ya lo sabes. También estaría bien incluir algunas entrevistas. Heli me dijo que podía contar con ella. He pensado en hablar con otros competidores, además de jueces, organizadores de las competiciones, con tus amigos y familia, a ti mismo y...

—¿Y qué?

—Y si quieres, solo si quieres, incluir fotografías de Heikki y contar al mundo su historia.

Me quedo en silencio. No sé qué responder a eso, pero ¿por qué Violeta conoce el nombre de mi padre? Ha sido extrañísimo oírsele decir. Violeta no lo conoció, y nunca sabrá cómo era.

—¿Cómo sabes su nombre? —susurro. Siento como la oscuridad quiere volver a acecharme.

—Heli me lo dijo —indica de manera atropellada—. Kaarle, es solo una idea. Si no te parece bien, podemos omitir esa parte. Lo entiendo perfectamente. Pensé que así podrías hacer que tu padre fuera inmortal. No solo para ti, sino para el mundo entero. Que los demás conozcan su historia y que vean el gran héroe que era tanto dentro como fuera del hielo.

—Pero Violeta, tú no lo conociste. No sabes cómo era.

—Pero tú sí, y Heli, Onni, Kalwa... y seguro que muchos jueces, patrocinadores, organizadores... Vosotros, principalmente tú, me podéis explicar cómo era. Y yo, a través de mi cámara, se lo explicaré al mundo. Haré que todo el que quiera, pueda conocerlo. Es el poder de la fotografía y el vídeo. Permiten a las personas ampliar sus horizontes y conocimientos con poco dinero.

Mientras más lo pienso, más razón creo que tiene Violeta. Realmente sería una buena idea, y por probar no pasa nada. Además, no me gusta lo que he sentido cuando he empezado a pensar en él. Quisiera sentir calma, orgullo, paz y amor al recordar a mi padre, y no oscuridad, miedo y tristeza.

—Vale... Tienes razón. Creo que es una buena idea, pero no sé si seré capaz.

—Yo te ayudaré, Kaarle —me dice, abrazándome.

La aprieto fuerte contra mí, también, y me digo que sí, que ha sido una buena idea el proyecto que se le ha ocurrido, y mi actitud. Me siento bien. Así que, pase lo que pase, de nuevo, no me arrepiento de haber aceptado.

Violeta y sus ideas.

Violeta revolucionando mi vida y yo dejándome cada vez más envolver en su espiral de sonrisas y cristales.



El entrenamiento en la piscina me va bastante bien.

Violeta no para de grabarme desde distintos planos, aunque no me pide que haga nada especial. Simplemente me observa y me graba a la vez que me fotografía.

Cuando termina, me pregunta si puede acompañarme en todos mis entrenamientos del fin de semana y de la próxima semana.

A finales de noviembre tengo otra competición más grande que la anterior, en la que espero ganar, y, si no, quedar segundo o tercero.

Un cuarto puesto no me lo puedo permitir.

Quiero ganar el Nacional, honrar la memoria de mi padre y conseguir el dinero que conlleva esa competición para guardarlo, y que así Taimi pueda tener garantizado el futuro que ella desee.

Acepto sin problemas que me acompañe.

Me gusta entrenar con ella a mi alrededor.

Pese a lo que pueda parecer, no me distrae para nada y, cuando entrene en el lago, me vendrá bien un poco de ayuda para que me cronometre.

Cuando termina el entrenamiento, nos despedimos con otro abrazo. Hoy no ha habido ningún beso, pero los abrazos que nos estamos dando significan muchísimo para mí.

Mañana hablaremos del asunto. Cada momento que pasa, tengo más claro que sí que quiero apostar por esta chica. La he visto tan concentrada esta tarde trabajando con su cámara, que se nota que le apasiona. Es verdad que nunca he visto un proyecto audiovisual suyo, pero su concentración, mientras está enfrascada en el asunto, no me hace dudar ni un segundo de que va a ser bueno. Más que bueno.

Capítulo 34

Violeta

Estoy nerviosa otra vez. Esta semana los nervios no se van de mi barriga.

Hace solo seis días que me desperté en la habitación de Kaarle. Luego llegó la excursión con raquetas de nieve, el beso, el proyecto que tengo en mente... Ahora, la conversación que debemos mantener antes de patinar sobre hielo que, por mucho que la haya planeado, después nunca sucede como tal.

Lo mejor es que intente apartar estos pensamientos mientras espero a que Kaarle llegue al río.

Me acuerdo de que, cuando llegué a la ciudad, pensé en patinar sobre el río Kemijok en invierno.

Este año se ha congelado más pronto de lo esperado, según me dijeron Onni y Kaarle, pero estoy muy contenta. Además, he conseguido estar aquí el tiempo suficiente para ver como un río bastante ancho y caudaloso se congela.

He conseguido.

Esas palabras resuenan raras en mi mente. No siento como si hubiera conseguido algo en realidad. Los días van pasando, uno tras otro, y casi que no me doy ni cuenta. Me siento muy bien aquí. Me gusta mi trabajo, mi habitación, los amigos que tengo, las actividades que hago, Koti... Sin darme cuenta, han pasado casi dos meses desde que llegué, y, si no fuera porque echo de menos a mi familia, empiezo a no encontrar motivos para regresar a mi ciudad.

Me gusta la vida que tengo aquí. Me gusta más de lo que me gustaba en Málaga.

Esa era la idea: encontrarme. Sentirme bien conmigo misma, sentirme productiva, útil, e irme a la cama contenta con la persona que soy cada día.

Aquí me siento así.

Espero poder transmitirle bien a Kaarle todos estos pensamientos que tan fácil son de almacenar en mi interior y tan complicados de darles forma, en muchas ocasiones.

¡Voy a patinar sobre hielo en un río helado! ¡Vaya pasada! En Málaga suelo ir a una pista de patinaje sobre hielo cada año. Está bastante bien y es grande, pero claro está que ni punto de comparación con patinar en hielo de verdad, sobre agua congelada.

No soy muy deportista, pero siempre pensé que, si tuviera esa pista más cerca de casa, el patinaje sobre hielo se habría convertido en mi deporte. En un buen *hobby*.

Tengo muchas ganas de patinar con Kaarle.

Según me dijo Heli, es uno de los pocos deportes que se le dan mal.

Seguro que nos reímos bastante. Bueno, nos reiremos si nuestra conversación sale bien.

Tengo esperanza de que sí.

Saldrá bien.

Si no, no habría aceptado que lo acompañe a entrenar lo que queda de esta semana y la siguiente.

Enfrascada en mis pensamientos no me doy cuenta de que llega Kaarle hasta que lo tengo

detrás de mí, dándome un fuerte abrazo de oso.

—Hola, Violeta —susurra en mi oído erizándome la piel. Su olor a bosque me fascina.

—Hola —le digo, riéndome flojito.

—Tenemos que hablar —me sigue susurrando.

—Lo sé, aunque ese «tenemos que hablar» no me gusta mucho.

—Ven, vamos a sentarnos en este banco —me indica.

Va vestido con un traje de nieve verde botella. Le sienta estupendamente bien. Además, el gorro y la bufanda que lleva son negros, como sus ojos.

Hace bastante frío. Estamos a menos de siete grados esta tarde, pero de nuevo siento calor al estar a su lado.

—Violeta, he estado pensando mucho en lo que siento por ti y en cómo me siento estando contigo... —comienza a decir Kaarle.

—Espera, Kaarle. No sé lo que vas a decirme, pero espera. Déjame hablar. —Le suplico con la mirada.

—Violeta, quiero intentarlo —me indica, abrazándome fuerte de nuevo—. Te dejo hablar.

Mi sonrisa llega de Rovaniemi a Málaga.

Estoy tan contenta.

Me pellizco el moflete derecho para ver si estoy soñando, lo que le arranca una carcajada y vuelve a abrazarme.

—Kaarle, quería decirte que estuve hablando con Heli. Ella me contó lo difícil que fue que consiguieras volver a ser una parte de la persona que eras. Vuestros paseos por el lago y vuestras horas sentados en el banco, y me parece precioso. Muestra que eres un humano, de carne y hueso, como todos; como cualquier otro. Sufriste mucho y sé que una parte de ti sigue sufriendo. Sé que tienes roturas en tu corazón y que será imposible que desaparezcan, pero no me importa. Yo solo deseo que se curen. Pueden seguir las cicatrices. Eso te define. —Kaarle me mira intensamente a los ojos; los suyos vuelven a tener luz—. No sé si me estoy explicando bien —confieso nerviosa.

—Sigue. Te estoy entendiendo —me dice agarrándome la mano.

—Vale, gracias. No me importa que durante un tiempo no hablaras con Onni. No me importa que fueras más seco conmigo al principio. Ahora entiendo por qué. No me importa que a veces te cueste sonreír o que tengas tus momentos de bajón. No me importa que tengas miedo por nuestra relación. Yo también lo tengo. Pero, si no vivimos esto, si no nos arriesgamos, siempre nos preguntaremos qué habría pasado. No sé cuánto tiempo estaré en esta ciudad, pero tú tampoco lo sabes. Nadie puede saber si se levantará al día siguiente. Nadie puede saber cuánto durará su vida o cómo será en un mes. Puedes hacerte a la idea, pero no puedes tener una certeza clara —prosigo, intentando hablar con calma—. Yo, aquí, me siento estupendamente, Kaarle. Siento que tengo todo aquello que me gusta y que siempre quise poseer. Una habitación bonita en la que cada noche estoy calentita y que me puedo pagar yo misma. Un trabajo entretenido y un proyecto en mente aún mejor. Un lugar al que acudir siempre que quiera trabajar cómoda, buenos amigos y a ti, mi persona especial. No tengo a mi familia, los echo mucho de menos, pero, actualmente, ese sería el único motivo que me haría volver a mi ciudad. Con seguridad, ellos van a venir en Navidad. No voy a ir yo. Van a venir ellos. Estoy bien aquí, Kaarle, y quiero seguir estando bien. —Termino de hablar y siento que he dicho todo lo que tenía en mi interior. Ojalá Kaarle me haya entendido bien. ¡Ojalá!

Nuestras manos siguen unidas y Kaarle no deja de mirarme a los ojos. Una lágrima

desciende por su rostro, tímida, sin más compañía.

Acerco la yema de mi pulgar para quitársela.

Después, la dejo depositada en su rostro. Es la primera vez que acaricio su piel. Está suave y fría.

—Violeta... —susurra—, ¿puedo besarte?

En vez de responder, lo beso.

Nuestros labios se unen. Se unen de verdad.

Al principio están fríos, pero luego nos transmitimos nuestro calor corporal el uno al otro.

Es un beso largo.

Mi corazón no para de saltarse latidos y ya no sé de qué manera está latiendo. No quiero soltar a Kaarle.

Dejo de pensar en nada más y simplemente disfruto el momento.

Kaarle me abraza, a la vez que me besa. Me besa con decisión, pero suave a la vez. Es el mejor beso de mi vida. El primero que tiene sentimientos.

Cuando nos despegamos, he perdido la cuenta de cuánto rato llevábamos unidos. Kaarle me mira intensamente a los ojos, sonrío, me abraza y vuelve a besarme.

—Tenía claro que quería apostar por ti, Violeta, pero después de tus palabras, estoy seguro cien por cien —susurra en mi boca.

Siento burbujas en la barriga y le abrazo todo lo fuerte que puedo.

«Por favor, que salga bien», pienso.

—Es cierto que he sufrido mucho, pero también es cierto que contigo no sufro. Contigo me siento la mejor versión de mí mismo. Me echaba mucho de menos. Echaba de menos reírme, como lo hago estando a tu lado. Y es cierto, nadie puede asegurar que se acostará esta noche o se levantará mañana. Así que, sí, quiero apostar por ti y por mí. Dure lo que dure, pase lo que pase. Si no lo hago, me arrepentiré toda la vida.

Seguimos besándonos y abrazándonos. Total, es de noche.

Da igual si empezamos a patinar a las seis de la tarde o a las nueve de la noche. Aquí es de noche, y en mi interior es de día. Hace sol. Más sol que en las playas de mi ciudad en pleno agosto.

En mi interior todo brilla. Estoy feliz, en mayúsculas, con todas sus letras.

No sé cuánto rato ha pasado cuando decidimos ponernos los patines.

Empiezo riéndome desde el minuto uno porque Kaarle no sabe ponérselos.

—Kaarle, no es muy diferente a ponerse unas botas de nieve... —le digo chinchándolo.

—¡Claro que sí! Nada más que abroche los dos, y pueda deslizarme... Me voy a caer. —Se ríe.

—Venga, dame la mano. Yo te sostengo —le digo orgullosa.

—Emm... Violeta, no te lo tomes a mal, pero como me tengas que sostener, vamos a caernos los dos.

—Oye, que estoy fuerte y tengo equilibrio. He patinado varias veces. Venga, confía en mí. Dame la mano.

Kaarle me da la mano y conseguimos mantenernos de pie.

Le enseño el movimiento de las piernas y le digo que lo repita despacio.

Aquí no hay ninguna barra en la que apoyarnos. Yo soy su máximo apoyo, pero no me puedo mantener tan firme.

—¿Acaso has patinado alguna vez? Heli me dijo que se te daba mal, pero pensé que algo

sabrías.

—De pequeño lo intenté, pero no duré ni dos minutos.

—¿Y los patines? ¿De dónde los sacaste? Yo los he alquilado en una tienda, ¿pero tú?

—Yo he cogido los de mi padre, de Heikki —me informa con una tímida sonrisa.

Le aprieto fuerte la mano. Me encanta que haya decidido usarlos y que haya pronunciado su nombre sonriendo, sin perder el brillo de su mirada.

—De acuerdo. Venga, sigamos intentándolo —le animo.

No pasan ni cinco minutos cuando Kaarle se cae por primera vez.

Patinamos una hora, más o menos, y Kaarle se cae unas diez veces. En cada caída nos reímos. Ninguna es lo bastante seria como para preocuparnos, y me encanta ver cómo Kaarle se levanta una y otra vez para intentarlo. Sin rendirse.

Al final, está agotado. Lo entiendo, porque yo estoy agotada y no he rozado el suelo con mi trasero ni una vez, por lo que no me imagino él.

—Violeta, ¿qué te parece si lo dejamos por hoy? Podemos intentarlo otro día. Pienso aprender este invierno. Aunque, si quieres venir algún día a patinar en condiciones, te recomiendo que vengas con Onni y Heli. A ellos se les da de cine.

—Vale, lo apunto y se lo digo. También podemos venir los cuatro y te seguimos enseñando.

—Estupendo. Ahora dame la mano, por favor. No quiero caerme otra vez antes de llegar al banco.

Se la doy y llegamos sin caernos. Hemos mejorado.

—Me ha encantado patinar en este lago. El hielo no está tan liso como en una pista y cuesta más, pero se siente más real. Este paisaje, esta oscuridad, tú a mi lado... ¡Me ha encantado! Muchas gracias por acompañarme, Kaarle.

—De nada. He estado pensando, ¿qué te parece venir a casa a cenar? Preparamos al fin una pizza hawaiana para cada uno y nos comemos una tarta de moras que hice anoche.

—Sí —acepto con rapidez—. Me parece estupendo.

—Pues vamos. He venido caminando. El río está cerca de casa.

—Lo sé. ¿Qué te piensas? Llevo casi dos meses aquí. Sé que el río termina en el lago de tu casa.

—Por si lo olvidabas —me indica guiñándome el ojo.



El camino hacia la casa de Kaarle es bastante divertido.

Se me ocurrió coger una bola de nieve y lanzársela a las piernas, y, desde ese momento, Kaarle me declaró la guerra.

Nos hemos tirado los diez minutos que dura el trayecto arrojándonos nieve el uno al otro. Al principio, empezamos en las piernas, pero, al final, la nieve nos ha llegado hasta nuestros gorros.

Nos hemos reído bastante.

Me encanta ver a Kaarle tan risueño y relajado. Se lo merece, y me gusta saber que yo soy uno de los motivos por los que se siente así de bien.

Cuando llegamos a su casa, me encuentro a Taimi mirando por la ventana.

El barrio de Kaarle me parece tan acogedor. Sin duda, viviría aquí.

Nada más entrar por la puerta, Taimi se lanza a sus brazos y Kaarle le da un gran achuchón, acompañado de muchos besos. Se nota el amor tan inmenso que sienten el uno por el otro.

La única vez que los había visto juntos fue el domingo pasado, cuando el aura que se

respiraba en casa no era tan distendida. Por mi accidente, claro está.

Me alegro mucho de verlos así.

—Hola, Violeta. —Me sonríe Taimi.

—Hola, bonita —le digo.

—Ven, pasa. Vamos a la cocina que está la abuela.

Aunque la conocí el otro día, me cuesta todavía sentirme relajada delante de Kalwa. Quiero caerle bien, y que tenga una buena impresión de mí.

—Hola, Violeta —me saluda dándome un abrazo.

—Buenas noches, Kalwa. ¿Cómo está?

—Violeta, por favor, no me hables de usted. Siéntete relajada en este hogar. Ven, siéntate.

—Gracias.

—¿Cómo fue el patinaje?

—Muy divertido. Nunca había patinado en un río helado. Me encantó.

—Me imagino. ¿Habías patinado antes?

—Sí, varias veces. En un club de mi ciudad natal.

—Anda, genial. Y Kaarle, ¿cómo lo hizo?

—No estuvo mal, para ser su «primera vez» —indico riéndome.

—¿Conque no estuvo mal? —me pregunta Kaarle entrando por la puerta.

—A ver... —Me pongo colorada y me escondo tras mi flequillo.

—Tranquila, Violeta —me relaja Kalwa—. El patinaje no es lo suyo. Me alegro mucho de que decidiera ir.

—Yo también —afirmo.

—Y yo. —Sonríe Kaarle mirándome—. Abuela, vamos a hacer pizzas hawaianas. ¿Quieres?

—Violeta, ¿te gustan? —me pregunta sorprendida.

—Son mis favoritas.

—No me lo puedo creer. —Estalla en una carcajada y no sé qué pensar—. Kaarle, ya has encontrado a la persona con la que compartir esa pizza que tanto te gusta. Espero que no me preguntes más si quiero. Estoy cansada de decirte que no tres o cuatro veces por semana —comenta riendo.

—¿No te gusta esa pizza?

—No, me encanta la fruta, pero separada de la pizza. Bueno, os dejo que hagáis la cena. Voy a salir a pasear un rato.

—Violeta, Kaarle, ¿os puedo ayudar? —nos pregunta Taimi.

—Claro, preciosa.

—Sí, Taimi. Vamos a hacer la masa —añade Kaarle.

Los tres nos ponemos manos a la obra y en una hora tenemos dos pizzas hawaianas hechas.

Taimi decide probarla y Kaarle me susurra que fue gracias a mí.

La cena es tranquila.

Kaarle les cuenta mi proyecto de documental y a Kalwa le parece una idea estupenda. Así que, después de comer, cogemos la tarta de mora que está sabrosísima y vamos al salón. Me enseñan fotos de Heikki en distintas etapas de su vida: entrenando, en varias competiciones e, incluso, subiendo al pódium y cogiendo sus copas y medallas.

También me muestran fotos de Heikki junto a Kaarle y a Taimi.

Me parecen todas preciosas. Lástima que hoy no me traje la cámara.

Kalwa ha aceptado salir en mi documental.

Me hace muchísima ilusión.

Tengo que preparar varias preguntas. Mañana iré a Koti y pasaré allí casi todo el día, montando y analizando las tomas que llevo. Así como elaborando y redactando varios tipos de preguntas para las diferentes entrevistas que haré.

Estoy muy metida en el proyecto y muy feliz por ello.

Kaarle me acompaña a casa mientras vuelve a lanzarme alguna que otra bola de nieve y me da varios besos y abrazos.

Ha sido una tarde maravillosa y pletórica. Estoy tan feliz, tan contenta.

—¿Has disfrutado hoy? —me pregunta tímido.

—Muchísimo, muchísimo, *muchisísisísimo* —le digo abrazándolo.

Kaarle se ríe y me abraza fuerte también.

—Yo también he disfrutado hoy *muchisísisísimo*. Gracias por esta tarde. Eres mi vitamina R. No sabía que necesitaba tanto esta vitamina.

—¿Tu vitamina qué?

—Mi vitamina de la risa, Violeta.

Lo beso y lo abrazo.

Me parece tan bonito eso que acaba de decirme, que no sé qué responder. Solo quiero mostrarle lo importante que es para mí.

Capítulo 35

Kaarle

Nada más despertarme, me pellizco la mejilla.

Esta chica con su flequillo, su sonrisa, sus dos cristales y su estatura adorable me ha calado bien dentro. Tanto como la nieve en unas botas no permeables.

«¿En serio ese es el mejor ejemplo que se te ocurre, Kaarle?», me regaño.

Pero ¿qué le hago?

Acabo de levantarme y estoy reviviendo una y otra vez la tarde de ayer en la que fui feliz.

Las risas salían solas de mi interior. No quería que el tiempo pasara. No tenía prisas. No quería que la vida corriera. Me gustaba ese instante. Ese momento. Quería estar presente con mis cinco sentidos.

Hacía demasiado tiempo que no quería sentirme tan corpóreo en un lugar.

Hacía demasiado tiempo que no encontraba al Kaarle que solía ser.

Violeta no ha necesitado más que ser ella misma para conseguir que empiece a ser yo mismo. ¿Cómo lo hará? ¿Cuál será su secreto? Eso es lo que más me fascina, que ni siquiera creo que lo haya hecho aposta.

Simplemente encajamos, y todo intento de negarlo ha terminado llevándome hasta ella.

Miro el móvil y veo un mensaje de ella.

Sonrío.

Ni siquiera necesita estar presente para hacerme sonreír.

Es increíble.

Buenos días

Espero que hayas descansado mucho y que tengas un bonito día

Buenos días, Violeta

He soñado contigo

Imagina lo bien que he dormido

¿Qué tal tú?

Mientras me contesta, escribo a Onni y a Heli para ver si quieren salir a pasear por el lago. Nuestro lago de las confesiones.

Ey, chicos, ¿qué tal?

¿Queréis venir a pasear al lago en una hora o así?

Heli:
¿Tienes algo que contarnos?

Heli tan avispada como siempre, parece que va un paso por delante de mí. Cómo será posible que averigüe mis sentimientos antes que yo mismo. Está claro que la conexión que tengo con mi amiga vale hiel.

Puede ser...

¿Nos vemos?

Onni:
Por supuesto que sí.

Heli:
Deseando estoy de escucharlo.
Aunque presiento que tiene que ver con Violeta...

Onni:
Jajaja...
Kaarle, es imposible que se le escape algo

Ya veo, ya

Pues ahora nos vemos

Estos amigos míos... ¡Qué afortunado soy! Ese dicho popular de mejor la calidad antes que la cantidad concuerda totalmente con nosotros. Solo somos tres. No necesitamos más amigos. Los tres nos comprendemos y estaríamos siempre ahí para el otro.

Me encanta tenerlos.

Creo que no habría conseguido volver a sentirme medio vivo si no hubiera sido por ellos.

Y, cómo no, tuvo que ser Heli quien me presentara a Violeta, y la introdujera en nuestro pequeño grupo.

Mientras estoy pensando en Violeta recibo un mensaje de ella.

¿Qué soñaste?

Yo dormí estupendamente también

Que te besaba

Luego me di cuenta de que no era solo un sueño, sino una realidad. Y el sueño se volvió mejor aún



Voy a ir a pasear con Heli y Onni al lago

¿Quieres venir a comer después?

¡Me encantaría!

Pero hoy quiero aprovechar para ordenar todos los clips de vídeos que tengo, y organizar las entrevistas para la semana que viene

Voy a ir a Koti a pasar el día

Me parece estupendo

Trabaja mucho, entonces

Ten un buen día

¡Gracias!

Y vosotros disfrutad mucho

Pasar el tiempo con buenos amigos es maravilloso

Presiento que necesitas hablar con ellos... 😊

Jajaja...

Entre Heli y tú me conocéis bastante bien

Me empiezo a preocupar

Un beso, Violeta

Otro beso



Me levanto, me visto y me pongo a desayunar tarta de manzana que hizo Kalwa.

Taimi aparece por detrás y me abraza.

—Me gusta Violeta —me susurra con una sonrisa pillina.

Le empiezo a hacer cosquillas y le saco varias carcajadas.

—Ah, ¿sí?

—Sí. —Asiente con energía.

—A mí también me gusta. —Sonrío.

—Lo sé. La abuela también lo sabe. —Sigue sonriendo mientras se sienta en mis piernas.

—¿Y qué dice?

—Que te has enamorado. ¿Eso es cuándo te gusta mucho, mucho?

—Sí.

—¿Y yo te gusto mucho, mucho?

—Más que mucho. Taimi, eres mi vida.

Taimi me abraza y me hace cosquillas con sus manitas.

No puedo evitar reírme.

—Oye, ¿me intentas imitar?

—Emm... —dice llevándose las manos a la boca—. Entonces, ¿a mí me amas más que a Violeta?

—Es un amor diferente, Taimi. Cuando seas más grande, lo entenderás. Piensa en tu mejor amiga. ¿A ella la quieres más que a mí o que a la abuela? Seguro que tu respuesta será que no. Pero ¿a que la quieres muchísimo? Es un querer, un amor diferente.

—Es un poquito complicado de entender, Kaarle, pero no te preocupes. Me gusta mucho Violeta. Te dejo que la ames.

Sonrío con ternura.

Mi hermana es muy buena, a pesar de haber pasado por mucho.

Con dos años se quedó sin padre y sin madre en cuestión de días. Sin embargo, no parece tener rencor. De vez en cuando nos pregunta sobre ellos, y quiere saber cómo eran; que todos sus amigos del colegio tengan padres influye en sus preguntas, pero cuando le contamos algo, sonrío

y pregunta de nuevo.

Desde bien pequeña me pide que no esté triste. Siempre comenta que somos una familia diferente, pero que no necesita más.

Saber que hemos conseguido cubrir gran parte del vacío que le queda a un niño cuando se queda sin padres, me hace sentir orgulloso.

Nunca he querido que piense que la reemplazo. Para mí ella es la primera. Todo lo que necesite, se lo intentaré dar.

Quiero ganar la competición y ahorrar ese dinero para que pueda estudiar en la universidad, y salir a conocer otros lugares, si es lo que quiere.

Deseo darle la vida que se merece.

—Gracias, Taimi. Violeta se está convirtiendo en una persona muy importante para mí. Que a la abuela y a ti os guste, me proporciona calma —le indico abrazándola fuerte.

Ella responde a mi abrazo y terminamos de comernos la tarta de manzana.

Nos encanta desayunar tartas de frutas.

Cuando Heli y Onni llaman al timbre, Taimi está terminando de contarme cómo le fue su semana en el colegio.

Hoy va con la abuela a comprar y después va a ver a dos amigas en el lago. Quieren hacer muñecos de nieve.

A mi hermana también le encanta la nieve y el frío.

Dice que no soportaría vivir en un sitio donde nunca nevase, y yo adoro que sea una niña de invierno.

Me encanta que le guste el lugar donde nació y que sea tan importante para ella, como lo es para mí.

Podrá viajar por el mundo entero, al igual que yo desearía hacer algún día, pero, al final del viaje, nuestro hogar son estos bosques nevados y nuestros lagos helados.

—Hola, Taimi.

—¡Heli! —Taimi salta de mis piernas y va corriendo a abrazarla.

—Hola, pequeñita —le dice Onni mientras le remueve el pelo y me da un abrazo.

—Heli, Heli..., ¿sabes una cosa?

—¿Qué cosa? —pregunta mi amiga, teniéndola en brazos.

—Me gusta mucho Violeta —vuelve a decir, llevándose las manos a la boca y sonriendo.

Heli y Onni empiezan a reírse.

—A nosotros también nos gusta mucho —asegura Onni.

—Sí, Taimi. Violeta es buenísima.

—¿Y sabéis lo mejor? —pregunta haciéndose la interesante.

—No. Dinos, Taimi —pide Heli.

—A Kaarle le gusta mucho, también. Pero mucho, mucho... Tanto que la abuela dice que está enamorado.

¿No sabes cómo contar algo a tus amigos? ¿Un sentimiento, un hecho, una idea? Ten una hermana de seis años, y listo. Ella lo contará por ti.

—¿Quieres saber otra cosa, Taimi? —le dice Onni imitándola.

—Sí, sí, sí... ¿Qué cosa?

—Nosotros también pensamos que Kaarle está enamorándose de Violeta.

Genial, mis mejores amigos se unen al club de mi abuela y mi hermana.

Yo, que tan difícil soy de leer, que tan ocultos tengo mis sentimientos y pensamientos, que

tan fuerte tenía mi coraza, he dejado que entre Violeta, y no hizo falta más que un par de meses para que mis amigos y mi familia puedan leerme.

Mis sentimientos por Violeta parecen como un oso pardo en mitad de la nieve. Por más que haya intentado esconderlos, se ven desde la distancia, se aprecian desde el cielo, se distinguen entre tanta nieve.

—Bueno, ya que todos parecéis saber de mis sentimientos, ¿qué os parece si vamos al lago a caminar y me dejáis explicarme?

—Una buenísima idea. —Me guiña Onni el ojo.

—Pues venga, vamos. Taimi, pásalo genial con la abuela. Esta noche vemos alguna película, si quieres.

—Sí... Nos vemos luego. —Vuelve corriendo hacia mí, dándome un gran abrazo.



Salimos bien abrigados y comenzamos a andar. Pasear por el lago nos relaja mucho a los tres.

—Bueno, te escuchamos —asegura Heli agarrándome del brazo.

—Ayer, Violeta y yo nos besamos —confieso con la voz temblorosa.

—Oh... Eso sí que es tener algo que contarnos —indica Onni.

—¿Y? Sigue. —Heli sonríe.

—Y me encantó. Fue el mejor beso de mi vida. Los mejores besos de mi vida —matizo con la voz un poco más firme—. Ya sabéis por qué no quería tener nada con Violeta. Vosotros sabéis lo que significa para mí que sea española y que no sepa cuánto tiempo va a vivir aquí. —Heli me aprieta fuerte el brazo y me anima a seguir hablando—. Pero es que Violeta es diferente. Es especial. No sé. Me saca mi mejor versión. Hace que me sienta completamente vivo. Hace tantos años que no me sentía así. Me da miedo pensar en el futuro, pero me asusta más pensar en un presente sin ella.

—Ella también lo tenía, y seguro que sigueteniéndolo. Miedo, Kaarle. Vino a hablar conmigo. —Heli me sonríe.

—Lo sé. Me lo dijo. Antes de besarnos me habló de cómo se siente aquí, de cuánto le gusta el rumbo que está tomando su vida. Dice que, si no fuera por sus padres, se siente completa. Le gusta el frío, le gusta esta pequeña ciudad rodeada de naturaleza y le gusta yo, chicos.

—¿Tú estás seguro de que quieres apostar por ella? —me pregunta Onni—. Violeta se ve una mujer bastante transparente y con buen corazón. Yo creo que te da, y te puede dar, mucho amor, y que os podéis complementar muy bien. Tan bien como Heli y yo —asegura, mirando a mi amiga con ternura—. Pero te entiendo. Entiendo tu conflicto interno y solo te digo que, si estás dispuesto a combatirlo y apostar por ella, debe de ser hoy, mañana, pasado mañana y al día siguiente. No hoy, sí; mañana gana el no puedo, y pasado el sí. No vayas a hacerle daño de esa manera, Kaarle.

Onni siempre tan bondadoso. Se preocupa por todas las personas implicadas.

Es mi amigo. Mi mejor amigo, pero, si considera que lo que hago no está bien, me lo dice sin pudor. De frente y a la cara.

—Lo sé. Por eso llevo un mes con mis dilemas. Intentando alejarme de ella, pero, mientras más intento alejarme, más nos acercamos. No quiero seguir así. No quiero perder más el tiempo pensando en un futuro que nadie puede asegurarnos. Esto último me lo dijo Violeta, y tiene toda la razón. En el presente, en el día a día, quiero estar a su lado. Ser una constante en su vida. Me he pillado, chicos.

Heli, quien va paseando entre ambos, se para y nos mira.

—Pase lo que pase, estaremos a tu lado, Kaarle. Te apoyaremos. Pero tengo un buen presentimiento. Creo, siento, que Violeta estará presente en nuestras vidas mucho tiempo, muchos meses, muchos años... Es la primera vez que encuentro a una amiga de verdad. Yo tampoco quiero que se vaya, pero, si así lo decide al final, tendremos que comprar unos billetes de avión e ir a visitarla. Lo que sea menos perderla.

—Gracias, Heli.

—No hay de qué, Kaarle. Por fin te vemos reír a carcajadas. Pensar en tu padre y no perder la vida en tus ojos, preocuparte por una persona distinta a cualquiera de nosotros cuatro. Has abierto tu corazón.

—Exacto. Te desprendiste de esa coraza que nos aseguraste haber levantado y no derrumbar jamás. Pensar que no volveríamos a ver a nuestro amigo tal y como era antes, nos dolía. Lo entendíamos, pero nos dolía. Eras un chico que brillaba por sí solo, y ahora estás volviendo a brillar con la luz que ella te transmite. Un poco más y volverás a encenderte solo —comenta Onni.

No sé qué decir.

En muchas ocasiones me quedo sin palabras tras hablar con ellos.

Parecen saber siempre qué decir para hacerme sentir seguro y conforme.

—Kaarle, Violeta es buena. Confíemos en ella. No te hará daño. No nos hará daño. Si hubiera tenido una mínima duda, no os la hubiera presentado, y menos sabiendo que no es de aquí.

—Gracias a los dos. Venid aquí y dadme un abrazo.

No hay dudas, mis amigos, mi familia y yo queremos a Violeta con nosotros.



Paseamos un rato más por el lago y me voy a entrenar a la piscina.

La semana que viene es la competición y tengo que ponerme manos al hielo.

Ahora que mi corazón está más calmado y seguro es hora de entrenar a fondo mi mente y mi físico.

Paso el día nadando, cambiando entre agua fría y agua caliente, y manteniendo la respiración debajo del agua.

Me siento bien. Entrenar me siento genial.

Cuando llega la noche y me tumbo en el sofá para ver la película con Taimi, estoy exhausto.

A pesar de mi cansancio, le mando un mensaje a Violeta. Quiero que sepa que la tengo presente.

Buenas noches

Espero que hayas trabajado mucho

Mi día ha ido muy bien

He estado con Heli y Onni

Mañana te cuento lo que me dijeron

En resumen, todos te queremos
en nuestras vidas

Incluidas Kalwa y Taimi

No pasan ni cinco minutos cuando recibo la respuesta de Violeta.

Buenas noches

Sí, me fue genial

Ya tengo ordenada todas las tomas
por lugar y planos

Además, he redactado las preguntas
que quiero hacerte a ti, a tu abuela, a
Heli y a Onni

¿Podemos hacer esta semana
vuestras entrevistas?

Y... yo también os quiero a
todos en mi vida

Sí, perfecto

Mañana quiero ir a entrenar al lago

¿Qué te parece si vienes y
grabas lo que necesites?

Por la tarde me haces la entrevista
a mí y a mi abuela, y grabas lo que
haga falta de mi padre

Estupendo

Nos queda una semana de trabajo por delante a los dos

Tú tienes que arrasar en la próxima competición y yo conseguir que mi «documental» sea lo suficientemente interesante como para que alguien quiera verlo

Seguro que lo conseguimos

Seguro que conseguimos todo lo que nos propongamos

Buenas noches

Buenas noches, Violeta

Capítulo 36

Violeta

Estoy muy contenta con las tomas que he grabado a lo largo de estas semanas. Más aún, cuando era una idea que no tenía demasiada forma.

Ahora quiero grabar tomas con primeros planos y primerísimos primeros planos.

También voy a grabar los paisajes en los que Kaarle entrena y compite; así como las instalaciones de la piscina. Y, por supuesto, tengo muchísimas ganas de hacer las entrevistas.

Después de comer, me pongo mi chaquetón, unos pantalones blancos de nieve, mis botas y unas orejeras celestes. Me encanta abrigarme con orejeras.

Cuando me siento lo suficientemente calentita como para soportar el frío exterior, cojo mis guantes, mi bufanda y mi cámara.

Estoy preparada para seguir trabajando en el documental.

Al ver a Kaarle, me pongo colorada.

Debería dejar de ponerme nerviosa cada vez que lo veo, pero es inevitable.

Él también parece nervioso.

¿Conseguiremos que vernos se convierta en una normalidad alguna vez? Aunque, pensándolo bien, me gusta la sensación que nos provocamos.

—Hola. —Sonrío.

—Hola, ven aquí —me dice con los brazos abiertos.

Nos fundimos en un abrazo que termina en un beso lento y profundo.

Su boca me da calor. Su boca me quita el frío de mi interior.

—Tenía muchas ganas de verte —me asegura.

—Y yo a ti.

—Bueno, para que no se nos haga muy tarde, ¿me ayudas a entrenar y después hablamos?

—pregunta mientras me sigue abrazando.

—Sí, venga.

Empieza a quitarse la ropa.

Le pido grabar todo este proceso, y asiente sin problemas.

Lleva un neopreno debajo. Se quita los zapatos y sus calcetines para ponerse los escaarpines de buceo, y, es en este momento, cuando me fijo en el tatuaje que lleva en el pie derecho. Es un buzo, en tinta negra y pequeño.

—¿Y ese tatuaje? —no puedo evitar preguntarle.

—¿El del buzo?

—¿Tienes más?

—No. En realidad, no —dice riendo.

—Entonces, ¿cuál va a ser si no? —indico riéndome también.

—Pues, ¿qué quieres saber?

—¿Llevas mucho con él?

—Cuatro años. Me lo hice un año después de la muerte de mi padre. Para recordar su

legado, su pasión y a él —expresa con tranquilidad.

Me gusta cómo comienza a hablar de su padre cada vez más relajado.

—Me gusta mucho. Te viene que ni pintado. Parece que es una parte de ti.

—¿Sí? Muchas gracias. No soy muy fan de la tinta, pero este me lo hice porque sentía que necesitaba tener a mi padre grabado en la piel.

Me quedo mirándolo unos segundos y termino abrazándolo con fuerza de nuevo.

Kaarle comienza su entrenamiento.

Se mete debajo del agua medio helada y empieza a aguantar la respiración.

Yo pongo el cronómetro y comienzo a grabar diferentes planos.

Grabo el lago en el que nos encontramos, a él aguantando la respiración de cerca, el cronómetro, la ropa en el suelo, la bombona de oxígeno que no está utilizando y las toallas preparadas para cuando salga.

Al salir, lo grabo tiritando y con un color un tanto morado, abrigándose con las toallas para aguantar el frío, para meterse bajo el agua a continuación.

En total, estamos una hora más o menos.

Luego, Kaarle decide que no va a hacer más inmersiones por hoy y que mejor vayamos a su casa.

Él hará un poco de físico mientras lo grabo, y después realizaremos las entrevistas.

Mientras caminamos, los cinco minutos que hay hasta su casa, vamos abrazados. Aunque Kaarle ha entrado un poco en calor, mi cuerpo le ayuda a subir su temperatura más que ninguna ropa.

Me cuenta que ayer, Taimi le dijo que yo les gustaba mucho a Kalwa y a ella. El momento en su casa junto con Heli y Onni en el que su hermana confesaba sus secretos sobre mí, y las risas de todos los presentes.

Yo también me río, a la par que siento una emoción muy fuerte en mi pecho. Me entran ganas de derramar alguna que otra lágrima, pero de felicidad.

—Sentirme tan querida por todos vosotros, tan lejos de mi casa, es increíble, Kaarle.

—Que te queramos tanto en tan poco tiempo sí que lo es, Violeta.

No sé qué responder a sus palabras. No he hecho nada especial. Simplemente estoy intentando conocerme y ser más yo que nunca. Parece ser que, cuando realmente estoy mostrando a la verdadera Violeta, a la Violeta aventurera, valiente y decidida, a la vez que tranquila y sentimental, es cuando más amor estoy recibiendo. Lo que me deja claro que no hay que intentar adaptar tu forma de ser a los demás para agradecerles. Hay que ser uno mismo, conocerse, y vivir la única vida que tenemos.

Seguimos abrazados en silencio hasta llegar a su edificio.

Al entrar por la puerta aparece Taimi y, esta vez, sorprendiéndonos a los dos, viene antes hacia mí y me da un fuerte abrazo.

—Oye, Violeta, que se lo he dicho a todos. A mi hermano, a mi abuela, a Onni y a Heli, pero a ti no.

—¿Qué es lo que no me dijiste? —le pregunto con dulzura.

—Que me gustas mucho, mucho. No solo a mí, también a la abuela, a Onni y a Heli.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Desde que viniste a nuestra casa, los ojos de Kaarle son más claros. La abuela está más feliz. Dice que finalmente está recuperando a su nieto y que yo tengo que estar muy contenta porque voy a conocer realmente a mi hermano.

Kaarle se queda observándola sin saber qué decir.

Yo la abrazo.

Esta niña, preciosa y pequeña, cuando habla parece mayor.

Me fascina cómo se da cuenta de las cosas, cuánto quiere a su hermano y cuánto le importa su felicidad. Sin duda, Kaarle es muy afortunado por tener una hermana como ella.

—Taimi, tú ya me conoces bien —asegura Kaarle.

—Bueno, yo sé que conmigo y con la abuela eres feliz. Al igual que con Heli y Onni. Pero, cuando estamos con otras personas o en la calle, siempre estás serio. Tus ojos son muy negros y he visto fotos antiguas con brillos en ellos. Yo le preguntaba a la abuela qué te había pasado en la vista, porque no encontraba estrellas en ellos. Solo algunas fugaces cuando estabas con nosotras. La abuela me decía que habías sufrido mucho, pero que no tenía duda de que algún día aparecería una persona que te devolviera el cielo estrellado de nuestra ciudad. Ese que solías portar contigo. ¡Y Violeta te lo ha devuelto! —explica emocionada.

Kaarle me observa y yo a él.

Es un encuentro de miradas que no quieren despegarse.

—Ven aquí —le susurro.

Él se abraza a nosotras y nos da las gracias.

Taimi está muy contenta. Con sus bracitos nos agarra a los dos y, al cabo de unos segundos, bien dispuesta ella, anuncia que ha llegado la hora de seguir con el documental.

—Venga, venga... Graba lo que necesites de mi hermano sudado —expresa tapándose la nariz—. Después, venid al salón. La abuela ha sacado todas las fotos de mi padre, y ha hecho una tarta de plátano.

—A sus órdenes, señorita —dice Kaarle—. Ahora volvemos.

La soltamos y vamos a la habitación de este.

Es entrar en ella y recordar lo mucho que han cambiado las cosas en una semana.

—Mi hermana nunca deja de sorprenderme —me indica moviendo la cabeza con incredulidad.

—Es una niña muy lista. Seguro que ha salido a ti.

—Bueno, los listos de la familia eran mi padre y su madre.

—¿Por qué siempre te refieres a vuestra madre como su madre? —me atrevo a preguntar.

Kaarle se queda pensativo, abre la boca para decir algo y, al final, parece pensárselo mejor.

—Violeta, poco a poco. Ahora, vamos a entrenar.

—Vale. —Sonríó mostrándole seguridad.

No me importa que no me cuente nada sobre su madre. En una semana se ha abierto muchísimo a mí. Sé que este tipo de conversaciones le produce dolor. No tengo prisa, por lo que puedo esperar el tiempo que necesite para hablarme de su madre.

Grabamos varias tomas de sus ejercicios físicos.

Después se va a la ducha y yo me voy al salón con Kalwa y Taimi.

Mientras Kaarle se asea, ponemos la mesa para la merienda. Vamos a tomar chocolate caliente y tarta de plátano.

—¿Hacéis tartas de todas las frutas?

—Emm..., digamos que sí. Nos encantan a los tres. Tanto comérmolas, como hacerlas juntos. Nos divertimos mucho.

—¿Y de dónde sacáis las recetas?

—De la cabeza de la abuela —explica Taimi.

—Desde pequeña me ha gustado experimentar con los postres. Sobre todo, con las tartas de frutas. Después de tantos años, tengo las recetas en mi cabeza y, si no, improvisamos —indica Kalwa.

—Pues todas están riquísimas.

—Muchas gracias. —Sonríe—. Bueno, estas son todas las fotos que he encontrado de Heikki en relación con el buceo. Y, aquí —añade abriendo dos cajas bien grandes—, están todos los trofeos que consiguió. Tenemos más fotos de su vida fuera del buceo, pero quizás es mejor que las veamos más adelante. Vayamos paso a paso. Principalmente por Kaarle.

—Me parece perfecto. —Enciendo la cámara—. ¿Puedo grabar todo?

—Sí, claro.

Voy eligiendo diferentes planos, algunos más generales y otros más cercanos, para ir grabando todas las imágenes y sus trofeos. También grabo su traje y su material de buceo.

En todo el proceso, Taimi está muy atenta a mi lado. Me ayuda a coger las fotografías, y con las luces.

—Me gusta mucho lo que estás haciendo, Violeta. ¿Cuándo termines me lo enseñarás?

—Por supuesto que sí. Seréis los primeros en verlo —aseguro.

—Genial.

Estamos terminando de grabar cuando aparece Kaarle y me abraza por detrás, dándome un beso en el pelo.

—¿Cómo vais?

Yo, colorada, no me esperaba ese gesto de cariño delante de su familia. No me esperaba que Kaarle fuera a ser cariñoso. Lo he visto con su hermana y, sí, claro que lo es con ella, ¿pero con los demás? Una cosa es ser simpático, bueno y alegre, pero otra muy distinta que le guste el contacto físico y las muestras de cariño.

¡Cuánto me queda por aprender de él!

—Pues ya estamos terminando de grabar. Taimi me está ayudando. Creo que puede quedar bastante bien. —Sonríe ampliamente.

—No tengo duda de ello. ¿Merendamos? Tengo muchísima hambre —dice riendo.

—Sí.

Comemos con tranquilidad.

La tarta, cómo no, está riquísima, y se lo hago saber varias veces a Kalwa. Tengo que aprender a cocinar postres así de bien.

En este ambiente más distendido, comienzo a hacerle preguntas a Kalwa y la grabo respondiendo mientras come.

Algunas cuestiones le sacan una carcajada. Por ejemplo, cuando le pregunto cómo descubrió Heikki que quería dedicarse al buceo bajo el hielo.

Resulta que fue porque con nueve años se cayó al río medio congelado y empezó a aguantar la respiración para no ponerse nervioso. Le gustó tanto el juego, que se tiraba a propósito cuando ella y su marido estaban cerca.

Al final, descubrieron que existía este deporte y empezó a practicarlo.

Pero, aunque algunas preguntas le divierten, otras tornan sus ojos más oscuros y la dejan taciturna, pensando bien la respuesta. Rememorar el momento en el que se enteró de que su hijo había muerto a causa de este deporte, fue muy duro. Tanto para ella, como para Kaarle y Taimi. Pero sé que saben que es una pregunta necesaria para construir bien toda la historia.

Heikki estaba en una competición, tal y como me había contado Heli, y, de forma resumida,

la línea de su vida se rompió y murió.

Ellos lo esperaban arriba, en la superficie.

Empezaron a ponerse nerviosos cuando pasaron los minutos y no subía.

Los demás competidores se lanzaron al agua para buscarlo, pero ya era tarde. Estaba muerto debajo del hielo. No había conseguido subir a la superficie. Fue duro, muy duro, pero no en ese momento, sino al día siguiente. Cuando la realidad los golpeó.

Kalwa tuvo que tirar para adelante, porque tenía dos nietos preciosos que debían seguir viviendo felices.

Ese fue su propósito. Su dolor fue interno, pero, por fuera, tenía que sonreír y seguir viviendo.

Kaarle y Taimi están abrazados mientras oyen las respuestas de la abuela.

Yo, en un cierto momento, no me siento del todo bien. No sé hasta qué punto está justificado que les esté haciendo recordar todos estos momentos, pero ellos quieren seguir con este proyecto, al igual que yo.

Así que, pregunta tras pregunta, vamos reconstruyendo la vida de Heikki.

Descubro que siempre fue un hombre muy risueño, y muy buen padre. Para él, lo más importante era su familia, y, durante muchos años, su hijo Kaarle.

Kalwa recuerda como Heikki se llevaba a Kaarle a sus entrenamientos desde pequeño. Practicaban todo tipo de deporte y veían películas por la noche. Estaban muy unidos.

Para Kaarle, Heikki era su mundo, pero para Heikki, Kaarle era el de él.

Kaarle siempre celebraba cada victoria de su padre y lo acompañaba por toda Finlandia.

La abuela añade que Heikki siempre le decía a su hijo que existía un mundo entero fuera de su tierra por explorar, y que no guardara rencor dentro de él nunca. Estaba convencido de que algún día saldría de su país y descubriría todo lo que la vida le debía.

Mientras dice estas palabras, Kaarle mira fijamente a la pared, a un punto fijo fuera de esta realidad. El único gesto que muestra que sigue aquí, con nosotros, es su mano acariciando el pelo de su hermana.

Cuando Kalwa termina de responderme, le toca a Kaarle.

No obstante, me pide que si podemos hacerlo otro día. Está bastante afectado, y yo me siento regular.

—Lo siento... —susurro.

—No lo sientas, Violeta. —Me sonríe Kalwa—. Si queremos que Heikki sea recordado, tenemos que contar la verdad de su vida. Incluidos los momentos más duros, y, por supuesto, tenemos que hablar de sus hijos.

—Sí, Violeta. No pasa nada —asegura Kaarle con un amago de sonrisa—. Solo necesito procesar las palabras de la abuela. No solemos hablar mucho de mi padre.

—Pues creo que eso debería cambiar —indica Taimi—. Me ha encantado descubrir la relación tan bonita que tenáis papá y tú —explica mirando a Kaarle—. Yo quiero saber más cosas de él.

Con las palabras de Taimi, el gesto de Kaarle cambia totalmente. La abraza fuertemente y le da las gracias, una y otra vez.

Taimi, con sus pequeñas manos, corresponde a su abrazo y se ríe.

Son la pareja perfecta.

Estoy segura de que la persona que más le ha ayudado a reencontrarse ha sido esta pequeña. Más que Heli, Onni o yo. Taimi es su complemento. Sabe cómo calmarlo sin

proponérselo siquiera.

—Está bien. Si quieres, hazme las preguntas ahora —anuncia Kaarle.

Las tres nos miramos y nos sonreímos. Creo que Kaarle no es consciente de lo mucho que está avanzando con respecto a su padre.

Yo noto un cambio abismal en días. No me imagino lo que sentirán y pensarán la abuela y Taimi.

—¿Por qué empezaste a realizar buceo bajo el hielo?

—Porque mi padre me lo enseñó desde pequeño. Era su pasión y mi afición. Ambos disfrutábamos mucho buceando en las aguas heladas. Pasábamos tiempo juntos, y pasar tiempo con él era mi actividad favorita. Estar con él. Hasta que Taimi nació, mi padre lo era todo para mí.

—¿Y cuándo empezaste a competir?

—Al año de que mi padre muriera. Es decir, hace cuatro años, pero eran competiciones pequeñas, con la idea de ir entrenándome hasta poder ganar una gran final. Para mí, el buceo fue durante diecinueve años un *hobby*; una manera de pasar tiempo con mi padre mientras nos divertíamos. Ahora es una necesidad. Por un lado, quiero seguir su legado, que no se olviden de él, y, por otro, darle un buen futuro a Taimi. Si gano la competición final de diciembre, podré asegurarme de que Taimi vaya a la universidad, si es lo que desea. O que explore el mundo. En resumen, que haga aquello que le haga feliz.

Mientras responde a esta última pregunta, su mirada pasea entre la cámara, Taimi y la foto de su padre que hay en el salón junto a él.

Sé el esfuerzo que está haciendo para seguir con esta entrevista.

Ahora mismo solo quiero abrazarlo.

—¿Qué papel jugó tu madre en tu vida y en la de tu padre? ¿Os apoyaba? —Noto por su mirada que no se esperaba esta pregunta, y no sabe qué responder—. Lo siento, Kaarle. Tranquilo. Luego borramos esta parte, y esta pregunta no existe.

—No jugó ningún papel —suelta—. Ninguno. Pero sí, elimina esta parte, por favor.

Entiendo el rencor que debe tenerle a su madre.

Su padre murió, y no lo eligió él. Murió, y ahora no puede estar al lado de sus hijos.

Pero, su madre se fue, y ella sí tiene la posibilidad de regresar y cuidarlos, criarlos, y darles el amor que todo hijo necesita.

Sin embargo, no está y eso tiene que doler muchísimo. No me imagino a mi madre largándose de mi vida de un día para el otro.

Seguimos con varias preguntas más.

Kaarle nos cuenta cómo se prepara para competir, cuál es su rutina de entrenamiento, el material que utiliza, cómo se siente debajo del agua, y lo contento que está por el apoyo que recibe de su familia y amigos.

He conseguido dos entrevistas muy buenas.

¡Qué ganas de montarlas y visualizar todo el material que he grabado hoy!

Por ello, cuando terminamos, rechazo la invitación de cenar con ellos. Creo que también necesitan pasar los tres un tiempo juntos, hablar de esas respuestas que han dado a la cámara y que quizás nunca se las dieron entre ellos.

Kaarle me acompaña a la puerta para despedirse.

En cuanto estamos solos, le doy un fuerte abrazo y lo beso.

Llevo toda la tarde queriendo besarlo y transmitirle mi amor y apoyo, pero me daba

vergüenza delante de su familia.

—Violeta, muchas gracias. Gracias por las preguntas que nos hiciste. Por habernos «obligado», por decirlo de alguna manera, a hablar de papá, y de otras cosas que nunca hemos hablado entre nosotros.

—De nada, Kaarle. Lo siento si me he metido donde no me llaman, pero intenté realizar las preguntas con ojo «periodístico» —le indico haciendo el gesto de entrecomillas con los dedos.

—Fueron preguntas geniales. Tranquila.

—Nos vemos mañana, ¿no?

—Sí, esta semana voy a entrenar casi todos los días. Lunes piscina, martes lago, miércoles piscina y físico, jueves lago y el viernes lago con oxígeno. El sábado es la competición. Si quedo entre los tres primeros, puedo clasificarme para la final de diciembre. Tengo que quedar entre ellos. Este año he participado en pocas competiciones.

—Lo sé. No hay problema. ¿Qué te parece si te grabo miércoles y viernes seguro, y el jueves depende de los planos que vea que he conseguido hoy?

—Perfecto. Me parece muy bien. La semana que viene entramos en diciembre. Tengo un par de sitios a los que quiero llevarte. Prepárate.

Siento una emoción muy grande en la barriga al escuchar sus palabras.

Sonrío de oreja a oreja y Kaarle me besa la nariz al ver mi gesto.

—Nos vemos mañana en el trabajo, entonces. Por la tarde me quedará en casa, miraré el material y llamaré a mis padres.

—Genial.

—Hasta mañana, Kaarle.

—Hasta mañana, Violeta —me dice besándome de nuevo.



La semana pasa bastante rápido, a la par que ajetreada.

Por las mañanas trabajamos en la tienda.

Cada vez hay más turistas. Se nota que se acerca la Navidad.

La mayoría quieren hacer las excursiones en motos de nieve, por lo que Kaarle tiene bastante trabajo, y apenas lo veo, pero ahora comemos los tres juntos en el descanso y el clima es totalmente distendido.

Hay muchas risas y complicidad entre los tres.

Solo nos falta Heli.

He hablado con mis padres y vienen a visitarme en Nochebuena. Se quedarán también en mi cumpleaños y Nochevieja. Ya han sacado los billetes.

Saber que me queda un mes para verlos, me puso supercontenta.

Estoy deseando abrazarlos y dormir con ellos, comer con ellos, y hablar con ellos en persona.

Todo.

Así que, la noticia de que vienen me ha emocionado mucho y me ha dado muchas fuerzas para seguir trabajando en mi proyecto, del que aún no saben nada.

Tampoco saben nada de Kaarle, pero ya me ha asegurado él que está encantado de conocerlos. Por lo que, el día de Navidad lo pasaremos los tres en su casa, y se conocerán todos.

Las tardes las he pasado trabajando, montando el documental, grabando a Kaarle y preparando las preguntas que voy a hacerles a Heli y a Onni, después de la competición.

Con tan poco tiempo he comido bastante mal.
Me he propuesto aprender a cocinar mejor el próximo año.
Es mi propósito de Año Nuevo, además de aprender las recetas de frutas de Kalwa y Kaarle.
Este propósito lleva asociado a su vez la seguridad de que seguiré aquí en enero, el próximo año, o, al menos, eso es lo que espero.
Entre trabajo y proyecto llega el sábado por la mañana casi sin darme cuenta.
Tengo la cámara lista. Mis orejeras moradas, mi pantalón de nieve morado y mi chaquetón negro preparados; y el presentimiento de que el día va a ir muy bien. Más que bien. Así que, qué mejor para celebrarlo que vestirme de mi color favorito.
No son ni las nueve cuando Heli llama a mi puerta.
—Hola —me saluda dándome un fuerte abrazo.
Hoy lleva un chaquetón y un pantalón de nieve a juego, todo rojo. Su gorro, blanco se mimetiza con su tonalidad de pelo y de piel. Está preciosa, como siempre.
—Hola. ¿Lista para salir en cámara?
—Más que lista, aunque estoy un poco nerviosa —confiesa—. Deseo de todo corazón que a Kaarle le vaya bien.
—Le va a ir bien. Estoy segura de ello. Vamos, lleguemos pronto que quiero grabar todo el proceso.



Cuando llegamos, están montando las carpas y con rapidez me pongo a grabar.
Heli se acerca a Onni y a Kaarle, que están en el otro extremo.
Yo los saludo tirándoles un beso.
Cuando tengo varias tomas de las infraestructuras, que se instalan en cada competición, me acerco a ellos.
—Hola, chicos. —No sé cómo actuar con Heli y Onni delante.
Sin embargo, no tengo que pensarlo mucho, porque Kaarle me coge en volandas y me besa.
—Hola, Violeta —me dice mirándome fijamente. Me encanta cómo pronuncia mi nombre.
—¿Cómo estás? ¿Preparado?
—Sí, creo que sí. Y más ahora que os tengo a los tres conmigo. —Sonríe.
Heli y Onni se acercan.
Los cuatro nos damos un abrazo de grupo para infundirle fuerzas a Kaarle.
Con este abrazo me siento completamente del grupo y la sensación de formar parte de varias personas, de un grupo de gente que te hace tan feliz, es maravillosa.
—Venga, ve a cambiarte, Kaarle. Te esperamos aquí —le asegura Onni.
—Vale. Ahora vuelvo, chicos.
—¿Qué tal llevas el documental, Violeta?
—Bastante bien. Estoy muy contenta con el proceso. ¿Estás preparado para la entrevista de hoy?
—Por supuesto. He practicado mis mejores caras para salir delante de la cámara. Cuando me haga famoso, quiero que mis pósteres muestren mi mejor versión.
Sus palabras nos arrancan una carcajada a las dos.
Onni siempre consigue relajar el ambiente.
—¿Queréis que os haga una entrevista a cada uno de manera individual? ¿O preferís conjunta?

—Pues, ¿qué es lo mejor? —pregunta Heli.

—Yo creo que conjunta puede quedar bien. Sois los dos mejores amigos de Kaarle. Que se note el *feeling* que tenéis con él y entre vosotros.

—Perfecto.

Kaarle se acerca a nosotros y decido sacar varias tomas de los tres juntos antes de la competición.

Esta es más grande que la anterior y cuenta también con la categoría de mujeres.

Hay diez hombres y diez mujeres que compiten.

Los tres primeros de cada grupo son los que irán a la final de Finlandia.

Primero, empiezan las mujeres. Son todas muy buenas. Hay mucha concentración y varias aguantan más de quince minutos.

Al final, el primer puesto se lo lleva una chica de veintisiete años que ha permanecido diecinueve minutos y siete segundos debajo del agua.

Cuando llega el turno de los hombres, me pongo más nerviosa.

Kaarle ya está con la línea de vida agarrada a otro buzo. Tiene su bombona de oxígeno y todo su traje de neopreno.

Nos mira desde lejos levantando los pulgares.

Parece más tranquilo que la otra vez que lo vi competir, aunque espero que esté igual de concentrado.

Heli y Onni se dan la mano, y, por supuesto, grabo estos momentos.

Espero conseguir mostrar la tensión que se vive en este tipo de competiciones y la concentración a la que tienen que estar sometidos los participantes.

Cuando llega el turno de Kaarle, dejo de grabar.

Ya tengo buenas tomas de su otra inmersión y de esta competición.

Ahora solo quiero mandarle mis fuerzas.

Me sumo a Heli y a Onni, y los tres nos damos las manos.

Los minutos pasan entre el entusiasmo y los nervios que vivimos expectantes.

Cuando Kaarle sale del agua, el cronómetro marca dieciocho minutos y cincuenta y nueve segundos.

Corriendo va a liarse a las toallas y los médicos se aseguran de que se encuentra bien.

Nosotros saltamos de la emoción, porque la marca de hoy es buenísima.

Estoy segura de que quedará entre los tres primeros.

Y, de hecho, es así. Solo le gana por tres segundos más el mismo chico de diecinueve años que la otra vez.

Es su gran rival. Ambos están muy igualados.

Me pregunto quién ganará la final.

Espero de verdad que sea Kaarle, pero tiene que seguir entrenando.

Cuando este se acerca a nosotros, ya cambiado de ropa y bien calentito, me lanzo a sus brazos y le beso una y otra vez.

—¡Lo hiciste genial! ¡Vas a ir a la final! —Kaarle sonríe, pero, de nuevo, veo poca expresión en su cara—. Eh..., mírame. Vuelve aquí —le pido poniendo ambas manos en sus mejillas—. La competición ya ha terminado, y lo has hecho muy bien.

Kaarle respira hondo y empieza a calmarse.

Poco a poco, su mirada se va aclarando.

—Gracias. Sí. Estoy contento, aunque ese buzo es muy bueno. Me va a costar vencerlo.

—Lo conseguirás.

Él asiente y se acerca a Onni y a Heli.

En ese momento, aprovecho para sacar mi cámara de nuevo y grabar el después.

Capítulo 37

Kaarle

He intentado tomarme con otra filosofía esta competición y creo que ha funcionado.

Siempre que compito, siento miedo.

Siento la obligación de hacerlo para que mi padre siga siendo recordado.

Cada vez que me sumerjo, me vienen un montón de recuerdos de mi padre, y la manera de bloquearlos es obligándome a no sentir nada. A no pensar. A ser cómo el hielo bajo el que buceo, frío y seco.

Sin embargo, hoy, mientras estaba bajo el agua helada, pensaba en lo afortunado que soy por tener a Violeta, Heli y Onni a mi lado.

Los tres me estaban animando en la superficie, así que, tenía que emerger del agua por ellos.

Mientras buceo, no quiero sentir más miedo. Respeto, sí, pero miedo no.

Cuando me sumergí debajo del hielo, los recuerdos con mi padre empezaron a aparecer en mi mente. Uno tras otro. Pero, en vez de bloquearlos, los reviví.

El tiempo, que tan lento transcurre bajo el hielo, anduvo más deprisa.

Cuando miré el cronómetro llevaba quince minutos, y no podía creerlo.

No obstante, no controlé demasiado bien la respiración.

No estuve tan pendiente de ella, y eso hizo que gastase el oxígeno más rápido de lo debido. No pude aguantar los veinte minutos.

A partir de ahora, tengo que conseguir combinar la concentración en mi respiración y el dejar fluir los pensamientos de mi padre.

Si consigo disfrutar del tiempo que paso bajo el hielo y convertirlo realmente en una conexión con mi padre, y en una forma de vivir más cerca de él, mientras respiro pausadamente, todo puede funcionar. Puedo ganar.

Mientras sigo con mis pensamientos, Violeta ha empezado a hacerle la entrevista a Onni y a Heli.

Me acerco, porque tengo curiosidad. ¿Qué responderán mis amigos?

—¿Cómo describiríais a Kaarle? ¿Y vuestra amistad con él?

—Kaarle es la persona más fuerte, leal y sincera que conozco —asegura Onni—. No somos amigos. Somos hermanos de distintos padres.

—Kaarle es como el hielo. Parece fuerte, seco, frío y duro, pero en el momento en el que intentas escucharlo, comprenderlo y ayudarlo... En el momento en el que le das el amor que merece, se derrite y se vuelve cálido, cercano, alegre y bueno. Es la amistad más real que tengo en mi vida. Soy una afortunada por haber conocido a Onni, y que este me presentase a Kaarle.

Las palabras de mis amigos me dejan sin nada qué decir.

Es la primera vez que los escucho hablando de mí.

Sé que me quieren, y sé que somos la familia que elegimos, pero ver sus expresiones al referirse a mí, saber que, si este documental llega a buen puerto, sus palabras las escucharán

muchas más personas, me emociona más de lo que nunca creí.

Me acerco a Violeta, que no para de sonreír mirando a mis amigos.

La abrazo por detrás y le doy un beso en la nuca.

Ella se aprieta contra mí y pronuncia la siguiente pregunta:

—¿Qué opináis sobre el buceo bajo el hielo? ¿Os gusta que Kaarle lo practique?

Mis amigos me observan con una sonrisa y unos ojos cargados de emoción.

De nuevo, Violeta no tiene ni idea lo que está haciendo por mí. Está sacando a la luz temas de conversación que nunca nos hemos atrevido a hablar.

Violeta está haciendo que conozca y valore todavía más a los míos.

No sé cómo podré agradecerse.

—Es un deporte peligroso —afirma Heli.

—Sí, bastante. Un deporte que requiere mucha concentración y mucho entrenamiento —añade Onni—. A mí no me gusta especialmente. Yo no lo haría.

—Yo tampoco —dice Heli—, pero admiro muchísimo a las personas que lo practican. Creo que gracias a él puedes llegar a conocer tu cuerpo y tu mente muy bien. Es solitario, tienes que aguantar los minutos debajo del agua, y para ello tienes que estar centrado, pendiente, atento a tu cuerpo y a tu mente. Al menos, esa es mi opinión.

—La mía es la misma —confirma Onni—. No vendríamos a ver estas competiciones si no fuera por Kaarle. Principalmente, porque lo pasamos mal. Pero pienso que debería ser mucho más reconocido. Es cierto que no es un deporte que se puede practicar en cualquier lugar como el fútbol, el vóley o la danza, por ejemplo. Se necesitan unas condiciones climáticas determinadas que hielen el agua, y en muchos lugares no sucede, pero debería valorarse más porque es un deporte como cualquier otro, y los que lo practican se dejan incluso la vida.

Mis amigos están diciendo verdades sobre el buceo.

Yo mismo habría pronunciado palabras parecidas hace cuatro años.

Yo también me ponía nervioso al ver a mi padre esperando a que emergiera. Por eso, al verlos hoy a los tres conmigo y saber que les inquieta esta situación, he intentado tranquilizarlos con una sonrisa.

Debería haberlo hecho mucho antes, en muchas competiciones atrás, cuando aún no era tan bueno y quedaba entre los últimos. Cuando, a pesar de todo, mis amigos siempre estaban a mi lado con sus manos entrelazadas y los corazones desbocados.

—A mí me parece genial que Kaarle lo practique. A él no le gustaba a nivel competitivo. Siempre lo comentábamos —añade Onni—. Kaarle, por lo general, no es una persona muy competitiva. No le gusta ganar o perder. Le gusta vivir. Pero el buceo bajo el hielo le ha hecho mucho bien. Le dio un propósito. Algo que hacer tras la muerte de su padre. Le quitaba tiempo, y le hacía pensar menos. En su momento, pienso que lo necesitaba y que le ayudó a salvarse. Ahora, lo hace porque quiere que su padre sea recordado y darle un buen futuro a su hermana, si consigue ganar. Son motivos que veo justificados. Eso sí, me gustaría que, si consigue ganar y cumplir sus propósitos, pensase si quiere seguir practicándolo o prefiere otro estilo de vida.

—A mí también me parece bien. Yo entiendo por qué lo hace. Lo comprendo. Si le da vida y le hace feliz, a mí también. Pero, al igual que dice Onni, creo que para la próxima temporada debería pararse a reflexionar. Hay personas que se dedican a un deporte porque es su pasión, y otras que terminan dedicándose a él por los motivos que te da la vida.

»Este es el caso de Kaarle.

»En ese segundo grupo, se encuentran las personas que acaban amando ese deporte sin

esperarlo, y aquellas que solo cuentan los días que les quedan para poder dejarlo.

»Creo que Kaarle se encuentra en este caso en el primer grupo, pero no sé si es suficiente para que siga practicándolo a nivel competitivo año tras año.

Me gusta que mis amigos hayan dado esas respuestas tan sinceras.

Lo normal, supongo, habría sido decir que les encanta el buceo bajo el hielo y que yo lo practique, que es el mejor deporte del mundo... Se supone que lo que Violeta va a hacer es un documental para que este deporte sea conocido, pero ellos han dicho la verdad. Han sido sinceros y han mostrado la cara oscura del buceo.

Hay personas que lo aman, entre ellas incluyo a mi padre, pero hay algunas que lo detestan. Por ejemplo, mi madre.

Luego, hay otras que, como yo, lo aman y lo detestan a partes iguales.

Ningún deporte es sencillo. Muy pocas personas saben el esfuerzo que realmente conlleva ser deportista profesional. Sea del deporte que sea.

Pienso que es importante que todos los deportes sean conocidos, pero también que se hable de ellos francamente. Tal y como han hecho mis amigos.

—Muchísimas gracias por vuestras respuestas, chicos. Me ha encantado vuestra sinceridad —dice Violeta apagando la cámara y yendo a darles un abrazo—. Kaarle, únete a nosotros. Démonos un fuerte abrazo. Nos lo merecemos. Os lo merecéis. Te lo mereces —me indica sonriendo con sus cristales.

—Gracias por lo que habéis dicho de mí. No imaginaba que me vieseis así —les confieso abrazándolos.

—Si consigues verte como lo hacemos las personas que te queremos, te darías cuenta de que eres una persona maravillosa. Nos das calor, amor, seguridad, paz y firmeza a todos. No queremos pasar ningún día de nuestra vida sin ti —dice Heli dentro del abrazo.

—Os quiero mucho a los tres —afirmo.

En ese instante, Violeta levanta su cabeza y me mira fijamente.

Es la primera vez que le digo que la quiero. No es como tenía planeado decírselo, pero es como me ha salido. Me da miedo explicarle mis sentimientos tal cual porque, aunque he decidido vivir el día a día, una parte de mí sigue siendo cauta. No lo puedo evitar.



Pasamos la tarde en el lago.

Violeta decide hacernos una sesión de fotos a los tres, aunque terminamos incluyéndola, y siendo todos fotógrafos de todos.

Esta tarde se ha convertido en una de mis favoritas hasta ahora.

Después de caminar, hacernos fotos, hablar y tomar mucha vitamina R, vamos a cenar a uno de los restaurantes callejeros más famosos de la ciudad Ravintola Roka-Street Bistro.

Pedimos sándwiches de todo tipo y nos calentamos.

Cuando llegamos a la puerta del hostel, Heli y Onni se despiden de nosotros. Van a ver una película en casa de este último, y pasarán la noche juntos.

Violeta y yo nos quedamos mirándonos hasta que le doy las gracias.

—Gracias, ¿por qué? No he hecho nada.

—Estás haciendo mucho. Estás rememorando a mi padre. Estás ayudándome a saber qué piensan de mí los míos. Estás obligándome a enfrentarme a temas que no quería, pero que necesitaba hablar. Estás ayudándome a combatir todos los miedos que tenía dentro de mí. Me

estás cambiando la vida, Violeta. Gracias. —Le digo abrazándola y dándole una vuelta por el aire.

—De nada. Aunque pienso que simplemente necesitabas un pequeño impulso. Una buena bola de nieve que impactase en ti, y te hiciera terminar de avanzar.

—Pues, en ese caso, gracias por lanzarme esa bola de nieve y todas las demás que me has lanzado.

Violeta comienza a reír y yo decido beber de su risa besándola.

Esta vez nos besamos más apasionadamente.

Lo noto y ella también.

Mi entrepierna no deja duda.

Comenzamos a acariciarnos la espalda, la cara, los brazos y no dejamos de besarnos. O paramos o subimos, pero si seguimos así, vamos a dar un escándalo.

—Kaarle... —susurra Violeta en mis labios.

—Dime, Violeta.

Seguimos besándonos y acariciándonos sin parar.

Podría proponerle subir a su habitación, ya que creo que me diría que sí.

Nos deseamos muchísimo, se nota en el ambiente y en el cuerpo de ambos, pero quiero que sea una noche para recordar. Preparar una de mis cenas, ir a un sitio bonito. No sé..., Violeta es muy especial para mí y quiero que ella lo sepa, que lo note y lo tenga presente cada día.

—Violeta, creo que es mejor que esperemos —le indico flojito.

Ella me mira y asiente, pero me abraza muy fuerte y no me suelta.

—Vale. Me parece bien —dice mientras sigue abrazada a mí.

—Mañana empieza el mes de diciembre, y se me ha ocurrido un plan. ¿Qué te parece si te recojo a las diez aquí?

—¿Qué plan? —pregunta con la ilusión que le caracteriza.

Me encanta su expresión cada vez que piensa que va a hacer algo nuevo o visitar un lugar que nunca ha visto.

—Ahh... —me hago el interesante—. ¡Sorpresa! ¿Te recojo entonces mañana?

—Sí, sí, sí... —afirma dando saltos, y me besa de nuevo.

Su forma de ser me hace reír. Su forma de ser me hace bien.

—Perfecto. Hasta mañana, entonces.

—Hasta mañana, Kaarle —se despide con un abrazo, un beso y una ilusión que baña su rostro.

Capítulo 38

Violeta

Estoy muy contenta por cómo fue la competición ayer.

La manera que tuvo Kaarle de gestionarla, no tiene nada que ver a la vez pasada.

Además, pasé un día increíble con los tres.

Heli se ha convertido en una gran amiga. Es la primera amiga que tengo que realmente se preocupa por mí y me ayuda. No pienso perderla jamás. Viva donde viva.

Y Onni... Onni es tan divertido y risueño. Se le ve tan feliz por tener a sus amigos cerca.

En fin, el día de ayer es uno de esos que se guardan en el baúl de nuestro cerebro y nuestra memoria. Dará igual la edad que se tenga porque, al acordarte de ellos, no podrás evitar sonreír de oreja a oreja.

Estoy perdida en mis pensamientos cuando llaman a la puerta.

Doy un brinco de la cama y voy a abrirle a Kaarle.

—Buenos días —me saluda con un gorro rojo.

—Buenos días. ¡Qué adorable estás! —le digo saltando a sus brazos.

Él me coge al vuelo y me da una vuelta mientras me besa la cabeza.

Y pensar que el primer día que lo conocí intenté darle dos besos y ya pareció mucho contacto. Cómo cambia la vida con el transcurso de los días.

—Pues... —dice girándose hacia la puerta—, creo que con estas orejeras tú también vas a estar más que adorable —añade dándome unas orejeras de renos. Son de felpa roja y, a cada lado, tiene la cara de un reno con una nariz roja y redonda. Los cuernos sobresalen.

Al verlas, emito una carcajada. Las cojo y me las coloco.

—¿Y? ¿Qué tal? ¿Cómo me quedan?

—Mejor de lo que había pensado. ¡Estás preciosa! Mi chica del norte —exclama Kaarle, abrazándome y haciéndome reír más fuerte.

Voy corriendo para mirarme en el espejo.

Cuando me veo, me siento una chica del norte de verdad, pero, aparte de eso, parece que tengo diez años.

—¡Kaarle, parezco una niña!

—¿Y qué tiene eso de malo? Empieza diciembre. La Navidad. El mes más mágico del año. ¿No podemos volver a ser niños por unas semanas?

—Sí, claro que sí. ¿Te gusta la Navidad? —pregunto asombrada. No le pega nada.

—Digamos que me encantaba y, ahora, estoy aprendiendo a quererla de nuevo. Bueno, venga, vámonos. Coge el chaquetón, la bufanda, los guantes... Vamos a pasar un rato al aire libre.

—Por casualidad, no iremos al pueblo de Santa Claus, ¿no?

—Shh..., a callar. En breve lo verás. —Se ríe.

—¡Qué ilusión! ¡Qué ilusión! —Empiezo a saltar y a mover mi cabeza de lado a lado con mis orejeras—. Lo siento, pero es que tu gorro y mis orejeras han sido una pista demasiado fácil.

—Por ver esa ilusión en tu rostro, merece la pena que me hayas descubierto antes. Venga, vamos. Santa Claus nos espera —me dice tendiéndome la mano.

Yo se la agarro bien fuerte, y bajamos las escaleras.

Presiento que hoy será otro día de esos que se guardan a fondo en la memoria y que me harán sonreír de anciana. Qué bonita es la vida cuando empezamos a vivirla cómo realmente deseamos.



Durante el viaje en coche, ponemos villancicos. Algunos están en suomi, pero la melodía es parecida a los ingleses y españoles que conozco.

Un villancico es un villancico en cualquier parte del mundo, ¿no?

Me siento como una niña de nuevo. Este es uno de los lugares que quería visitar desde que vine a Rovaniemi. Un lugar que visitaron mis padres y que les llenó el corazón de magia.

Les mando un mensaje diciéndoles que voy a ir al pueblo de Santa Claus.

Recibo *emojis* de Navidad, caritas de sorpresas y muchos corazones. Además de un disfruta que te lo mereces.

¡Qué ganas tengo de verlos!

—¿Cómo sabías que me gusta la Navidad? ¿No pensaste que quizás sea una de esas personas que reniegan de ella y la ven una estupidez?

—Pues, no sé. Te pega. Es imposible que con tu forma de ser no te guste la Navidad.

—¿Y eso por qué?

—Pues porque sí. No sé expresarlo, pero te gusta la magia, y la Navidad es magia.

—¿Y cómo sabes que me gusta la magia?

—Porque desde que llegaste a mi vida, a nuestras vidas, eso es lo que has hecho: magia.

Magia con nuestros corazones.

—Kaarle, no me creo que me digas este tipo de comentarios. Jamás pensé que fueras así.

Se ríe y me agarra la mano con fuerza.

—¿Te gusta que sea así?

—Pues sí, si esa es tu forma de ser... Sí, me encanta. Quiero que seas tú mismo.

—Creo que sí, que esta es mi forma de ser cuando estoy enamorado. Nunca me había pasado antes, y me estoy descubriendo.

—¡¿Acabas de decir cuando estás enamorado?! —digo poniéndome roja y agarrándole más fuerte la mano.

—Uy... —comenta también colorado.

—Ay, Kaarle...

—Ay, Violeta... Bueno, pues sí. Pensé que te gustaría la Navidad porque eres una persona llena de magia, ilusión, amor y cariño. Te encanta tu familia, te gusta el frío, te gusta ayudar a los demás... Todo eso es lo que se supone que representa la Navidad, ¿no?

—Pues sí. Tienes razón. No lo había pensado antes.

—Lo que no me esperaba es que fuera a gustarte tanto...

—Yo no me esperaba que fuera a gustarte ni un poquito a ti.

—En casa siempre celebrábamos las fiestas navideñas, desde que comenzaba diciembre. Decorábamos toda la casa, íbamos al pueblo de Santa Claus, hacíamos muchos postres y comidas, jugábamos con la nieve... Vaya, la típica estampa navideña. Mi padre murió en enero, justo después de una Navidad preciosa, cuando Taimi tenía casi dos años. Tuve once meses para

recuperarme, pero las siguientes Navidades, simplemente, quería desaparecer. Tenía demasiados recuerdos bonitos de las anteriores, que sabía que nunca volverían a suceder.

Mientras me habla, sin perder de vista la carretera, me coge la mano.

Creo que, dependiendo de sus pensamientos, la aprieta más fuerte o suave.

Yo le acaricio en silencio. Es mi forma de decirle que estoy aquí para él y que estoy muy agradecida por ver cómo se va abriendo a mí poco a poco.

—Kalwa intentó que la siguiente Navidad fuera parecida a las anteriores. Le dije que parase, porque no quería. Me dijo que no lo hacía por mí, sino por Taimi. Ella se merecía recordar esta época tan bonita con la misma magia con la que la recordaba yo.

»Ahora sé que en realidad lo hacía por mí. Taimi, afortunadamente, no sufrió tanto. Era un bebé al que le dimos todo el amor que pudimos para que no creciera con traumas. Yo tenía el trauma y los recuerdos, y dolía mucho. La abuela intentó que esa Navidad fuera especial para mí. Diferente, pero memorable. Me regaló un nuevo equipo de buceo, mostrándome que apoyaba mi idea. Me insistió en preparar tartas de todas las frutas posibles que había en el supermercado, y decoramos la casa escuchando villancicos. Fueron unas semanas dolorosas, al igual que todo el año, pero sentí que daba un paso gigantesco hacia el futuro. —Sigo acariciándolo y mirándolo detenidamente, perdida en el perfil de su rostro. Es tan guapo y bueno. No se merece todo por lo que ha tenido que pasar.

»Te cuento esto ahora para que, cuando lleguemos al pueblo, ya esté hablado y nos centremos en disfrutar, ¿vale? Nada de momentos tristes. —Me ruega con la mirada.

—Vale. Me parece una idea estupenda —afirmo sonriendo con las comisuras de mis labios.

—Cada Navidad es una época difícil. La familia se tiene muy presente en estas semanas, y yo solo tengo una parte de ella. Sin embargo, Taimi va creciendo y es cada vez más consciente de la magia de esta época. Se ilusiona muchísimo escuchando villancicos, pintando árboles de Navidad, ángeles, a Papá Noel... Tomando zumos de frutas calientes y haciendo tartas. Viendo películas navideñas, y pasando muchos días con nosotros sin colegio. La alegría con la que Taimi espera la Navidad es contagiosa. Cada año me ayuda a esperarla un poco más ilusionado.

»Este año, además de Taimi, estás tú. Como ya te dije, estás cambiando mi vida. Por primera vez en cinco años tengo ganas de vivir la Navidad. Tengo ganas de vivirla a tu lado junto a mi pequeña, pero increíble familia. —Una lágrima se desliza por mi mejilla. Consigo atraparla al vuelo antes de que Kaarle se dé cuenta—. ¿Y tú? Cuéntame cómo vivís la Navidad en tu hogar.

—Pues, en Málaga hace frío para ser la Costa del Sol, aunque no hay nieve. También nos ponemos gorros navideños, escuchamos villancicos, decoramos la casa y comemos mucho. Además, pasamos los días más destacados en familia. Algunas personas decoran mucho la casa, pero lo más normal es poner el árbol de Navidad y el portal de Belén. Papá Noel es famoso, pero los más famosos son los tres Reyes Magos de Oriente: Melchor, Gaspar y Baltasar. Ellos se pasean por las calles de España, los primeros días de enero, en grandes carrozas que forman cabalgatas, y el día cinco por la noche los niños se van pronto a dormir, dejándoles un vaso de leche a cada uno y agua para los camellos. Ah..., y también los zapatos por si dejan alguna chocolatina. El seis de enero por la mañana todos nos levantamos con mucha ilusión y regalos en la casa. Los reyes han traído su magia.

—¿En serio?

—Sí —aseguro sonriendo—. ¿Nunca habías escuchado hablar de los Reyes Magos?

—Jamás —dice con la vista perdida en sus pensamientos.

—Este año lo celebramos. Ponemos en la tele o en internet la gran cabalgata de Madrid del cinco de enero, y el seis que vengan los reyes.

—Me parece una idea estupenda.

—Y a mí. ¡Qué ilusión! Seguro que a Taimi le va a gustar.

—Sí, estoy seguro de ello.

—Y bueno, nací el veintiocho de diciembre. Mi cumpleaños es en Navidad, y en el mes más mágico del año. Siempre he sido de las pequeñas de la clase, pero me gusta mucho mi fecha de nacimiento.

—¡Violeta, eso es ya mismo! ¿Por qué no nos lo habías dicho?

Me encojo de hombros porque no lo sé.

La verdad es que no lo había pensado.

Tampoco sabía que iba a quedarme aquí en Navidad o que ellos seguirían en mi vida.

—No sé. No lo había pensado.

—¿Cumple veintidós?

—Ajá. ¿Tu cumpleaños cuándo es?

—En verano. El uno de julio. Cumpló veinticinco. Todavía queda bastante tiempo.

—Sí, aún falta, pero ya lo he apuntado en mi memoria.

—Quién sabe lo que será de nosotros en julio —dice bajando el tono de voz.

—No pensemos en eso, Kaarle.

No quiero pensarlo. No quiero imaginarme un cumpleaños en el que yo no esté.

—Sí, mejor. Bueno, ya hemos llegado. ¿Preparada?

—Más que preparada. ¡Vamos!



El día está despejado. La luz baña la nieve que se extiende por todo el pueblo de Santa Claus.

Nada más llegar, veo a muchos niños corriendo de un lado para el otro.

Hay una especie de monumento, donde se indican los kilómetros que hay desde el parque hasta diferentes ciudades. Por ejemplo, sale la ciudad de Madrid que está a tres mil quinientos veinticuatro kilómetros.

Al entrar en la oficina de información hay una línea pintada en el suelo que te indica el momento en el que has cruzado al círculo polar ártico.

Puede parecer una tontería, pero, al cruzar esa línea, siento una emoción en el pecho y en la barriga que no sé ni cómo explicar.

Sonrí y miro a Kaarle.

—Gracias.

Él me abraza y me indica que siga caminando, para descubrir este sitio.

La casa en la que se encuentra Santa Claus está en medio del parque, llena de luces anaranjadas y nieve en su tejado.

Todo el pueblo está bañado por luces naranjas y rojas.

También hay un gran muñeco de nieve y varias tiendas.

Al entrar en las tiendas, me pierdo en sus colores, sus olores, sus luces... En la magia que llevan dentro. Termino comprando un árbol de Navidad pequeño y la decoración blanca para este. También un par de calcetines calentitos navideños y un gorro.

Quiero que mi pequeña habitación esté llena de la esencia navideña que tanto me gusta.

Luego entramos para ver a Santa Claus y nos hacemos una foto con él.

Su casa por dentro está construida con madera. Por el pasillo hay varias velas y huele a chucherías.

Me encanta. Me siento como una niña, y eso me gusta. No quiero desprenderme jamás de la esencia de la pequeña Violeta. De aquella que creía que todo era posible, que adoraba la magia y que quería ayudar para que el mundo fuera un lugar mejor.

—¿Te ha gustado hacerte la foto con Santa Claus? —me pregunta Kaarle mientras me mira observándolo.

—Muchísimo.

—Te faltó escribirle la carta.

—Todo lo que podría desear que me trajera este año, ya me lo ha dado —le digo manteniéndole la mirada con la comisura de mis labios hacia arriba.

—Ay, Violeta...

Le doy un beso suave y le agarro la mano.

—¿Vamos a hacer galletas de jengibre?

—¿En serio? Ese taller es principalmente para niños o padres con sus hijos.

—¿Y qué somos nosotros hoy?

—Emm... —dice enarcando la ceja.

—Niños, Kaarle. Somos niños disfrutando de la magia de la vida. Vamos.

Me agarra la muñeca y se deja guiar por mí.

Hacemos galletas de jengibre con formas navideñas y decoradas con azúcar de diferentes colores.

Nos comemos varias.

Nos han quedado muy ricas.

A pesar de que debo confesar que a Kaarle le quedaron mucho mejor. Se nota que él es el chef de esta relación.

—¿Dejamos las demás para comérmolas con Heli, Onni, Kalwa y Taimi? —pregunto.

—Sí, me parece una idea genial. ¿Vamos después a casa y merendamos allí? Y si quieres preparamos leipäjuusto —añade con ilusión.

—Sí, sí... Por supuesto que hacemos «leipäjuusto». —Kaarle comienza a reír—. ¿Qué pasa? He intentado pronunciarlo lo mejor posible. Es complicado.

—Sí, no te preocupes.

—Bueno, ¿y qué es ese «leipäjuusto»?

—Sigue intentándolo. —Se ríe—. Es un postre conocido como «queso de pan». Es un tipo de queso de vaca blando que se fríe. Es típico finlandés. Se suele servir y cortar como una pizza. Y, normalmente, lo acompañamos de moras árticas o mermelada de moras. Algunos lo llaman queso chirriante por el sonido que se produce al masticarlo. Está muy bueno y dulce.

—Me has convencido. Quiero probar ese queso. Se me hace la boca agua.

—Lo sabía. Voy a llamar a la abuela para decírselo y pedirle que llame a Heli y a Onni.

—Perfecto.

A mediodía comienza a oscurecer.

El parque se ilumina con luces azules, rosadas, amarillas y rojizas.

Está precioso.

Hay varios renos con trineos para pasear con ellos, aunque decidimos no hacerlo. Ver a los renos así, en vez de libres por los bosques, no nos gusta.

Después de pasear, hacernos fotos, comer y disfrutar del pueblo, nos calentamos alrededor

de una fogata con mucha leña.

Me encanta este sitio. Quiero venir más veces a pasear.

Antes de irnos, nos dan un certificado con nuestros nombres y la fecha en la que hemos entrado en el círculo polar ártico.

Este día está siendo mágico.

Estoy muy feliz, y no sé cómo agradecerle a Kaarle el día que me está regalando.

—Kaarle, muchas gracias. De verdad. Lo he pasado estupendamente.

—Gracias a ti, Violeta, por llenar de magia e ilusión este uno de diciembre. Mira al cielo.

Alzo la vista y me encuentro un manto infinito de estrellas.

Me quedo con la boca abierta.

Las estrellas, el pueblo y Kaarle a mi lado, la felicidad latiendo en mí.

Kaarle me abraza por detrás y me susurra:

—Con todas las estrellas que veo cada año, ninguna ha llegado a brillar tanto para mí como tú, Violeta. Eres la chica de los ojos de cristal que refleja la luz más brillante hacia mí.

Lo abrazo con fuerza y nos besamos.

No sé cuánto rato nos tiramos besándonos apoyados en la camioneta, con las estrellas brillando en el cielo y las luces del pueblo brillando en el suelo.

—Violeta, te quiero. Estoy enamorado de ti.

Lo ha dicho. Ha pronunciado las palabras.

Lo dijo antes que yo.

Nunca lo habría pensado.

Kaarle, el chico callado, reservado y frío que conocí, ha lanzado finalmente todos sus muros al suelo y se ha enamorado de mí.

—Yo también estoy enamorada de ti, Kaarle. Te quiero mucho. Jamás había sentido esto por nadie.

—Yo tampoco, Violeta. Me asusta y me encanta a partes iguales.

—Y a mí, pero todo va a salir bien, ¿vale? Cuidemos este amor. Si nos amamos, encontraremos la manera de estar juntos.

—Sí, tienes razón. La encontraremos sin duda —expresa contra mi cabello abrazándome—. Bueno, ¿vamos a mi casa?

—Sí, claro que sí.

Capítulo 39

Kaarle

Al llegar a casa nos encontramos a los cuatro reunidos en el salón.

La abuela ha puesto la chimenea y ha encendido varias velas. La casa huele a bosque. Fuera hemos pasado frío, pero al entrar sentimos el calor del hogar con rapidez.

—¿A ver las galletas que habéis hecho?

—Mira, estas son —indica Violeta—. Las de Kaarle están más buenas, pero al menos lo he intentado. Me gustaría aprender a hacer más postres, al igual que hacéis vosotros.

—Voy a probarla y te doy mi opinión —aclara Taimi cogiendo una de las galletas de Violeta. Comienza a saborearla, y se pone el dedo índice en el labio haciéndose la interesante. Mi hermana es demasiado pillina—. Pues..., debo decir...

Violeta está expectante. Le importa más de lo que pueda parecer la opinión de mi hermana.

—¿Sí? —pregunta abriendo los ojos.

—Están ricas, y me gustan mucho. Están muy buenas, de verdad. —Taimi sonríe, y Violeta la coge en brazos.

—¿De verdad?

—Te lo prometo. Tu primer intento de repostería está más que aprobado.

—Genial. Bien.

—Bueno, vamos a probarlas todas —comenta la abuela—. Aquí tenéis zumo de manzana. Está caliente, que hace mucho frío. Y el leipäjuusto está listo para freír. Quería enseñárselo a Violeta antes de freírlo. ¿Me acompañas un momento?

—Sí, claro que sí.

Violeta sigue a mi abuela a la cocina, y yo voy sirviendo los zumos y acomodándome en el sofá al lado de Taimi.

—¿Cómo lo habéis pasado? —pregunta Heli.

—Demasiado bien —indico sonriendo.

—No te imaginas cuánto nos alegramos por ti —añade Onni.

—Sí, te mereces tanto a una persona que te haga sonreír de ese modo —dice Heli.

—Y a alguien que te ayude a reenamorarte de la Navidad —habla Onni.

—Pero ¿eso no lo había conseguido yo? —inquiere Taimi mirándome con sus cejas enarcadas.

—Por supuesto que sí, pero digamos que me faltaba el empujón final. Tú hiciste que subiera la montaña nevada hasta la cumbre. Violeta me ha empujado desde arriba para que disfrute del tobogán de la montaña nevada, para llegar al suelo sonriendo. ¿Me entiendes?

—Sí, creo que sí. Entonces, el trabajo más duro lo hice yo, ¿verdad? —pregunta mirándonos a los tres.

—Sí, preciosa —aclara Heli mientras yo asiento, y Onni le dice que se siente un rato en sus rodillas.

La abuela y Violeta vuelven al salón con el queso ya frito.

Huele delicioso.

Violeta se sienta en el suelo, encima de las alfombras, con sus piernas cruzadas y su sonrisa instalada en la cara.

—Me parece más cómodo este suelo calentito que las sillas. Además, la mesa no es muy alta... —empieza a explicar, escondiéndose tras su flequillo, al ver que todos la miramos.

—A mí me sucede lo mismo —dice Taimi sentándose en el suelo.

—Y a mí —comenta la abuela imitándolas.

Al final, todos terminamos sentados en la alfombra, alrededor de la comida con la chimenea de fondo.

Pasamos una tarde-noche maravillosa.

Los seis nos entendemos genial.

Somos una familia.

Son mi familia.

He perdido a mi pilar más grande en la vida, pero, poco a poco, con tiempo y sin olvidarlo jamás, estoy consiguiendo volver a sentirme afortunado por las personas que siguen a mi lado.

—¿Hacéis algo el fin de semana que viene? —pregunta Onni.

—Que yo sepa, no —dice Violeta mirándome, por si acaso se me hubiera ocurrido algo. Y sí, tengo un plan que quiero hacer con ella este mes también, pero puede esperar.

—No, ¿por qué?

—Hemos pensado que podríamos ir a hacer manualidades con la cornamenta de los renos. Mi tía sigue teniendo varias del invierno pasado y le he preguntado si puedo llevar a una amiga para que haga el taller —explica Heli.

—¿Manualidades con la cornamenta de los renos? —pregunta Violeta con sorpresa—. No lo había escuchado nunca.

—Sí, mi tía trabaja haciendo talleres de manualidades aquí, en Rovaniemi. La mayoría los realizan los turistas, aunque también hay gente de por aquí que va a veces. Uno de sus talleres consiste en hacer utensilios con la cornamenta de los renos. Podemos hacer la cubertería para luego comer calentitos. —Sonríe Heli—. Es una actividad muy típica de nuestra cultura, y hemos pensado que te gustaría.

—Me encanta la idea. Me parece superinteresante. No me imagino esa cubertería.

—Los utensilios que hemos utilizado para freír el queso están hechos de la cornamenta, Violeta —le explica mi abuela.

Esta se lleva las manos a la boca sorprendida.

—Nunca lo habría pensado.

—¿Le digo entonces a mi tía que vamos el sábado?

—Sí —presiento que vamos a pasarlo muy bien.

—Taimi, ¿quieres venir? —pregunta Onni.

—Es que el sábado tengo un cumpleaños de una niña de mi clase y quería ir al cumple...

—No pasa nada. ¿Vienes otro día, entonces?

—Sí, gracias por preguntarme, Onni.

—No hay de qué, preciosa. Todos queremos que vengas.

—Sí, Taimi —le aclaro sonriendo.

—Pues ya tenemos plan para el fin de semana que viene —expresa Violeta con ilusión.

—Y un plan muy lapón —le digo abrazándola—. Gracias, Heli, por la idea.

—A vosotros por querer hacerlo.



Me meto en la cama y cojo la imagen que tengo a mi derecha.

En días como los de hoy, me encantaría que mi padre estuviera a mi lado.

Me acuerdo perfectamente del momento exacto en el que nos hicimos esta foto. En mi dieciocho cumpleaños.

Taimi no era más que un bebé de dos meses, y yo estaba feliz de tener una hermana, de ser tres en la familia o, bueno, cuatro.

Mi padre se estaba tomando un año de descanso para estar con mi hermana y conmigo, y no parábamos de hacer actividades todos los días juntos; tanto dentro como fuera de casa.

Fue una de las mejores épocas de mi vida.

Una lástima que solo durase unos meses.

Me encantaría que mi padre me diera su opinión sobre Violeta. Él, más que ningún otro, sabría aconsejarme, que me quitara los miedos que tengo, que viniera a verme a mis competiciones y pasara sentado la tarde en la alfombra con nosotros.

Pero eso no va a ocurrir.

Por más que lo desee, no lo voy a volver a ver más. Al menos mientras siga vivo.

Lo echo de menos a rabiar, pero tengo que relajarme.

Mi mente comienza a divagar por otros lugares y termino pensando en el día que he pasado con Violeta. Más exactamente, en el momento en el que le he confesado mis sentimientos.

Es curioso, pero he revelado mis sentimientos a los dos a la vez. A ella y a mí.

Al decirlo en voz alta, me he dado cuenta de que es una realidad.

La amo.

Nunca habría imaginado que me enamoraría de una española, de una chica de otro lugar, de una chica que no seguirá aquí, pero así ha sido.

Decirlo en voz alta me ha liberado, y me ha hecho sentir más liviano.

Escuchar su respuesta, me ha calentado el corazón haciendo que el frío intenso con el que vivo desaparezca.

No sé cómo nos apañaremos, pero, tal y como dice Violeta, lo conseguiremos.

Cada día lo tengo más claro.

Quiero intentarlo, y no rendirme.

Una vida llena de días como los de hoy, merece todo el esfuerzo por mi parte.

Esta noche me voy a dormir agarrando la fotografía de Taimi y mi padre, pero decido que voy a poner otra con Violeta, al lado de la de Heli y Onni. Una de las fotos del día de hoy, para recordar siempre el momento en el que quemé todas mis corazas.

Capítulo 40

Violeta

La semana se me pasa volando.

Cada vez hay más turistas.

Se nota que la temporada alta es en invierno. Al contrario que en mi ciudad, la cual se llena de viajeros durante los meses de verano.

Esta semana han venido a la oficina muchos españoles. Es puente allí, y se nota.

Me ha encantado.

He podido hablar con ellos en español y me han contado cómo va mi país.

Además, la mayoría se sorprende al ver a una chica española en una oficina como la mía, en una ciudad pequeña del Polo Norte. Así que, cuento mi historia una y otra vez.

A muchos les parece una idea estupenda, y los más pequeños piden a sus padres quedarse a vivir aquí con Papá Noel, y la nieve.

Será la magia lapona que se instala bien dentro de todo el que la visite.

Ya controlo mejor mi trabajo y me sé bien toda la información que tengo que comunicar.

Almorzar con Onni y Kaarle es muy divertido. A menudo terminamos haciendo una guerra de bolas de nieve o creando muñecos de nieve enfrente de la tienda.

Muñecos que suelen enamorar a todos los que entran.

Lavar las motos se ha convertido en algo rutinario, y cerrar el negocio con una sonrisa los tres juntos una tradición.

Las tardes las paso en Koti.

Cada día me pido un té o un chocolate caliente, acompañado de un trozo de tarta de frutas.

He comido tartas de kiwis, naranjas, manzanas y moras.

He redactado las preguntas para otros competidores, que me gustaría hacerles en la competición que hay el treinta de diciembre. También aquellas destinadas a los organizadores.

He montado todo el material que tengo por ahora, y estoy más que contenta con el resultado.

Además, me he dedicado a pintar distintos paisajes de la zona, que he capturado con mi cámara, y, ahora, quiero capturarlos con mi imaginación y mis manos.

No soy una experta pintando, pero siempre me ha gustado. Me relaja. Principalmente, cuando lo hago escuchando música o distintos podcasts.

Esta semana estoy escuchando el podcast de Amanda Oleander, que es una artista contemporánea estadounidense con raíces latinas, cuyas ilustraciones y dibujos me fascinan. Retrata escenas cotidianas de la vida. Me resulta muy inspiradora.

Cuando tenga mi propio hogar, lo llenaré con varias de sus ilustraciones.

Kaarle ha pasado un par de tardes en la cafetería conmigo.

Él se ha dedicado a realizar las cuentas de la oficina y a leer, pero ambos nos hemos sentido muy cómodos en nuestra cafetería.

Después, hemos ido a pasear por el lago.

Relaja mucho dar simplemente vueltas a su alrededor mientras hablamos de todo y de nada, y, por último, hemos cenado juntos en mi habitación.

Cada vez me siento más cómoda a su lado.

Puedo ser más yo que nunca. La Violeta Arriola más natural que ha existido.

Entre una cosa y otra, los días pasan con rapidez, y, cuando quiero darme cuenta, es sábado, lo que significa que vamos a hacer el taller de manualidades artesanales con la cornamenta de los renos.

Estoy muy ilusionada.

Nunca había imaginado que existiera este tipo de actividad.

Además, me hace especial ilusión compartir el día con Heli y Onni. Los cuatro formamos un buen equipo.



Heli llama a mi puerta y la abro.

—Hola, ¿cómo estás? ¿Preparada?

—Hola —digo abrazándola. A la mierda el estereotipo finlandés de personas frías—. Muy bien. Estoy emocionada. No tengo muy claro qué debo llevar. ¿Tú qué tal?

—Tranquila. ¿Has cogido ropa cómoda como te dije? Muy bien. Muy ilusionada de poder compartir esta actividad contigo.

—Sí, llevo una camiseta y unos pitillos térmicos debajo muy cómodos. Gracias, de verdad. Tengo mucha curiosidad.

—Pues venga. Vamos. Onni está esperándonos abajo con Kaarle. Tenemos que ir en coche. Mi tía vive un poco a las afueras.

—Perfecto —afirmo saliendo por la puerta, cogiendo mi chaquetón celeste y mis orejeras negras, a juego con mi ropa térmica.



La casa de su tía es una auténtica construcción tradicional de Laponia. Está decorada con madera de los bosques y hay varias chimeneas en su interior.

La tía de Heli nos dio una cálida bienvenida, con zumo de arándanos caliente, en unas tazas iguales a las que tiene Kalwa.

Justo al lado de la casa tiene, junto a su marido, un taller donde realizan toda la artesanía lapona.

Son un matrimonio que, desde el primer momento, emanan bondad.

No quiero preguntarle a Heli la edad que tienen sus tíos, pero yo diría que unos sesenta años.

La tía de Heli, Neida, nos cuenta paso a paso cómo trabajan cada material que poseen.

En sus explicaciones siempre me mira a mí con una expresión cálida en la cara.

Neida me cae bien, y entiendo por qué es tan famosa en la ciudad y atrae a tantos turistas a su pequeño taller.

El material más atrayente es el cuerno de reno que se utiliza para realizar cualquier tipo de objetos. Desde pendientes a lámparas.

Neida explica que, en Rovaniemi, hay más renos que humanos y que estos mudan su cornamenta cada año. Es decir, que se les cae.

Ellos compran las cornamentas a granjas de las zonas y así consiguen tener todo el año.

Pero, además de trabajar con las cornamentas, se benefician de todo lo que la naturaleza puede ofrecerles de manera sostenible.

Hacen herramientas y elementos decorativos con pieles de pescado, madera de abedul o tintes naturales de frutos silvestres.

En su taller brillan los colores, las telas, los utensilios y distintos tipos de materiales. Tiene varias mesas y distintos objetos que cuelgan de las paredes.

La luz anaranjada baña el interior y lo cómodo que nos sentimos todos hace que el ambiente sea especialmente calmado.

Nos sentamos los cuatro en una de las mesas.

Heli está a mi lado, más que ilusionada, y Kaarle enfrente.

—Parecerá una tontería, pero yo nunca había estado aquí, Violeta —dice Kaarle—. Y tengo muchas ganas de aprender a realizar la artesanía local de mi hogar.

—¿No? ¿Y eso? ¿Por qué no habías venido?

Se encoge de hombros y Heli explica que no se había dado la ocasión.

—Pero qué mejor ocasión que esta. Mi tía va a enseñar a un lapón y a una española a trabajar con la cornamenta a la vez.

Onni comienza a reír tras escuchar a Heli y, al instante, estamos todos riéndonos.

Es curioso que a veces las personas podamos conocer los lugares y la cultura de países que se encuentran a kilómetros de nuestra casa y, sin embargo, no sepamos cuáles son las costumbres de nuestra zona.

—¿Tu abuela no hace artesanía? —le pregunto a Kaarle.

—Ella siempre ha sido más de estar detrás de los fogones. Cuando necesita algún utensilio, lo compra. Pero sabe cómo se hacen, y ha realizado alguna que otra vez manualidades típicas de aquí. Por ejemplo, varias de sus tazas de madera, que se hacen con una madera especial del tumor del abedul, conocidas como kuksa, las ha hecho ella.

—Qué interesantes sois todos aquí.

—Pues igual que tú, Violeta. Estoy seguro de que, si alguna vez vamos, mejor dicho, de que cuando vayamos a Málaga, tú nos podrás enseñar muchos lugares y costumbres españolas, y de tu ciudad —asegura Onni.

—Eso espero. Me encantaría que vinierais.

—Y a nosotros ir, de verdad —añade Heli.

—¿Seguro? —pregunto mirando especialmente a Kaarle.

—Emm... Poco a poco, Violeta, pero sí, me gustaría que me enseñaras tu país más adelante —dice Kaarle.

Bueno, sé el arraigo tan fuerte que tiene a Rovaniemi por Taimi, así que eso es un avance. No me ha dicho que no, lo que me pone contenta.

—Y bueno, ¿por dónde empezamos?

Neida está moviendo varios utensilios de aquí para allá y nos pide que esperemos unos minutos. Mientras, me dedico a mirar todas las cornamentas que hay colgadas por las paredes, y apoyadas en las ventanas.

Esta actividad me parece muy bonita, muy autóctona, y me alegra que no se haya tenido que hacer daño a ningún animal para ejecutarla.

—Normalmente, los turistas que vienen a hacer los talleres tallan su propio recuerdo de asta de reno para llevárselo a casa, porque no tenemos tiempo para hacer un utensilio más elaborado con la cornamenta. Pero hoy vais a pasar el día aquí, ¿no? Así que, creo que nos dará tiempo a

hacer toda la cubertería. Cuchillos, tenedores y cucharas. ¿Tenéis ganas?

—Sí, muchísimas.

—Pues, vamos a allá. Primero vamos a ver cómo mi marido lo hace y luego vais a imitarlo. Si tenéis alguna duda, especialmente Kaarle y Violeta, preguntad sin miedo alguno, ¿de acuerdo?

—Sí, de acuerdo. —Sonrío.

Me ha parecido muy gracioso la manera que tiene de pronunciar mi nombre. Esta señora es adorable. Entran ganas de abrazarla. Ya no tengo dudas de por qué Heli me pareció tan encantadora desde el primer momento.

El tío de Heli nos da tres astas a cada uno y vamos tallándolas poco a poco, hasta que van teniendo forma de cuchara, tenedor y cuchillo.

Es un proceso largo que nos lleva casi todo el día, pero, mientras lo hacemos, no dejamos de hablar, reír y aprender más sobre la vida en Laponia. Además de tomar zumo de arándanos.

El taller está caldeado y el ambiente que se respira es sosegado.

Una vez que tenemos nuestros cubiertos, pasamos a decorarlos.

Podemos hacerlo como queramos, y yo me siento como una niña de nuevo.

Disfruto muchísimo pintándoles una decoración navideña.

Al final, me han quedado geniales. Tengo muchas ganas de enseñárselos a mis padres. Quizás este podría ser mi regalo de Navidad para ellos. Estoy segura de que les va a gustar.

Mientras volvemos en la furgoneta, no paramos de hablar.

Kaarle y yo explicamos lo mucho que nos ha gustado, y lo divertido que ha sido el día.

—Además, Heli, tus tíos son adorables. Se nota que llevas los genes de tu familia. Qué bien enseñan, qué educados y qué acogedores son.

—Sí, Heli, concuerdo totalmente con la opinión de Violeta. He sentido la pasión que tienen por lo que hacen desde que hemos entrado en la casa.

—Muchísimas gracias, chicos. Estoy segura de que a ellos les habéis encantado también. Ha sido un día muy bueno. Me hace feliz haceros felices.

En ese momento miro por el espejo retrovisor y veo cómo Onni le agarra la mano, y le da un beso tierno.

¡Qué pareja tan bonita hacen!

Yo pongo mi mano en la pierna de Kaarle y le acaricio.

De fondo, escuchamos el viento y el sonido que hace la nieve al caer. No podría pedir más.



Cuando llegamos al hostel, Heli me pregunta si puede subir y si quiero ver una película.

Le respondo que por supuesto que sí.

Nos despedimos de los chicos y subimos.

Nada más entrar, pongo la calefacción y me doy una ducha rápida. Parecerá extraño, pero hoy he sudado. Hacía tanto que no sudaba con este frío. Sin embargo, la concentración mental y el esfuerzo que estaba haciendo, mientras tallaba mis cubiertos, me han recordado al calor del verano.

Termino de ducharme y me pongo un pijama calentito navideño.

Estaba deseando que empezara diciembre para ponerme este pijama.

Heli se ríe al verme.

—Violeta, cualquiera diría que eres española.

—¿Y eso?

—Pues porque te adaptas estupendamente a nuestra cultura. Cada vez hablas mejor el inglés y soportas más el frío. En el momento en el que aprendas suomi, no sabrán diferenciar de lejos si eres extranjera o finlandesa.

—¿De lejos? —pregunto enarcando una ceja y haciéndola reír.

—A ver..., será difícil que consigas hablar suomi sin acento, pero nada es imposible, oye.

Las dos nos reímos y nos sentamos en la cama.

—Voy a mandarle una foto a mis padres de lo que hice hoy, y del taller.

—Vale, voy buscando la película.

—Perfecto y, una cosa...

—Dime.

Le paso una mano por encima del hombro, pego mi mejilla a la de ella y le grito:

—¡Sonríe! —Nos hago un *selfie*—. Voy a mandársela a mis padres. Quiero que te conozcan.

—Estupendo, aunque salgo un poco desprevenida.

—No hay ningún problema. Eres guapísima.

—Gracias, Violeta. Tú también.

Le mando los mensajes a mi padre y ponemos la película.

Pasamos un rato estupendo.

La protagonista tenía el pelo teñido de rojo y, cuando termina, me entran ganas de teñírmelo a mí.

No de rojo, sino de violeta.

A menudo he pensado en teñirme el pelo de mi color favorito que, además, es mi nombre, pero nunca termino de atreverme.

No es un color que lleven muchas personas, y no me gusta llamar la atención. Me gusta mi pelo y no quiero que se me estropee, y... Un largo etcétera.

Sin embargo, cuando veo alguna persona con el pelo teñido de un color fuerte, diferente, me encanta.

Este año es el de los cambios, de los atrevimientos. Si no lo hago ahora, ¿cuándo?

—¿Crees que sería una locura si me tiño el pelo de morado?

—No, claro que no —asegura Heli sorprendida—. Pero ¿y esa idea?

—Pues..., siempre he querido hacerlo, pero no terminaba de atreverme. Y, no sé, he visto a la protagonista con ese pelo rojizo tan bonito, he pensado en todos los cambios que ha tenido mi vida estos meses y lo valiente que me estoy volviendo, y quiero dar otro paso más de valentía para mí misma.

—¿Vamos esta semana a la peluquería?

—¿Me quieres acompañar?

—Por supuesto que sí. La que hay en esta calle es muy buena. Pedimos cita y vamos. Así te ayudo con el idioma si lo necesitas.

—Estupendo. —Unos nervios se instalan en mi barriga.

—Además, quiero ser la primera en verte con ese cambio de *look*.

—¿Qué crees que pensará Kaarle?

—No tengo ni idea, pero lo importante es lo que pienses tú. Si tienes ganas y te apetece, hazlo.

—¿Le gustará?

—Seguro, pero, si por casualidad no le gusta, da igual. Además, estamos hablando del pelo,

que crece o puede volverse a teñir o cortarse o lo que sea.

—Vale. Me has terminado de convencer. El lunes sacamos cita para ir esta semana.

—Estupendo —afirma sonriendo.

Nos despedimos con otro abrazo y me meto en la cama feliz.

Llevo varias semanas metiéndome en la cama muy feliz por el día que he tenido, y me gusta. Me encanta sentirme tan bien conmigo misma.

Es extraordinario sentir que tengo la vida que quiero tener.

Antes de cerrar los ojos, le mando un mensaje de buenas noches a Kaarle y veo la respuesta de mis padres.

Me mandan un beso muy fuerte y saludos para Heli.

Les ha gustado mucho poder ver la cara de una de las personas con las que me junto aquí.

No sé por qué no les he mandado fotos aún. Supongo porque quería estar totalmente segura de mis decisiones, antes de contarles todo lo que me está pasando. Y, ahora, que sé que vienen en dos semanas, quiero contárselo en persona y ver sus caras.

No me imagino la expresión que ambos pondrán cuando sepan que yo también he encontrado el amor en esta ciudad.

Siempre se me olvida, pero quiero comentarle a Kaarle que mis padres tampoco eran de la misma ciudad y, sin embargo, han conseguido estar juntos.

Creo que le gustará escuchar la historia y le hará ilusión tener una referencia cercana.

Quizás debería contarle más cosas sobre mi familia.

Él es reservado, pero sé mucho más de su vida que Kaarle de la mía.

Les mando un *emoji* de corazón a mis padres, apago el móvil y cierro los ojos en esta cama tan acogedora y calentita.

¡Qué buen día!

Capítulo 41

Kaarle

El lunes, cuando suena el despertador, quiero darme la vuelta y seguir durmiendo un rato más.

No suele sucederme eso. Soy bastante rápido saliendo de la cama, pero después del fin de semana tan intenso y espectacular que he pasado, quiero seguir arropado entre las mantas, rememorándolo un poco más.

Me lo he pasado genial.

El sábado, haciendo artesanía fue estupendo. Ver la ilusión en el rostro de Violeta, cada vez que levantaba la mirada, me fascina.

A veces no termino de ser consciente de todo lo que mi hogar tiene para ofrecerle al mundo, la cultura, las costumbres... No es solamente el frío y la magia navideña. Es el ambiente deportivo que se respira, la fauna que tenemos, la flora en verano, la comida, la artesanía, las personas que vivimos aquí, las horas de luz, las temperaturas extremas en invierno y cálidas en verano, que permiten acampar por toda la zona, la aurora boreal...

Violeta no ha visto todavía la aurora.

Ante la creencia general que tiene el mundo sobre la existencia de la aurora boreal en el Polo Norte todas las noches, debo decir que no es cierto.

Es bastante complicado verla.

Los turistas que vienen una semana tienen pocas probabilidades de disfrutarla.

Además de que no emerge todas las noches, tiene que coincidir que la noche que aparece, el cielo se halle descubierto.

Es más, aquí es casi siempre de noche durante seis meses. Así que, puede presentarse a cualquier hora, pero Violeta no ha tenido la oportunidad de verlas.

De repente, salgo flechado de la cama, me doy una buena ducha de agua caliente, desayuno y me preparo para salir.

Llego pronto a la oficina, me meto en la aplicación que tenemos para ver las probabilidades de aurora boreal que hay para los próximos días y, afortunadamente, compruebo que la noche del sábado al domingo tiene una posibilidad del noventa por ciento.

Empiezo a notar cosquillas en mi interior solo de imaginarme a Violeta y a mí juntos viendo este fenómeno tan extraordinario y natural.

Decido mandarle un mensaje para preguntarle si tiene pensado hacer algo especial este fin de semana. Si me responde que no, voy a reservar un iglú de cristal para verla.

Al ser de cristal, se ve el cielo y no importa la hora a la que aparezca. Con una alarma que suena e informa de la presencia de esta en el cielo, nos podemos despertar y observarla desde la cama.

Buenos días, Violeta

Sonrío.

¿Cómo dormiste?

Buenos días

Genial

Rememorando este fin de semana

¿Y tú?

He hecho exactamente lo mismo que tú

Rememorar este fin de semana y
visualizar tu cara de ilusión constante



Ya mismo llego a la oficina

Estupendo

Yo ya estoy aquí

Se me ha ocurrido un plan para este fin de
semana que incluye dormir fuera de casa
el sábado

Es sorpresa

Espero que esta vez no me pilles

¿Tienes algo que hacer?

Nada de nada

¿Por qué me lo preguntas ya y no en la oficina?

Para que no lo descubras de nuevo

Voy a prepararlo

Nos vamos el sábado después de desayunar y volveremos el domingo, ¿vale?

¡¡Estupendo!!

Qué curiosidad y qué ilusión

Muchas gracias

Ya mismo llego para darte un besazo



Hasta ahora ❤️

Me levanto y doy un pequeño salto.

Al instante me quedo quieto y paseo la vista por la oficina.

No ha llegado nadie. Menos mal.

Qué vergüenza doy, pero estoy cargado de ganas y de ilusión. Me gusta mucho sentirme así, y no puedo evitarlo.



Estoy enfrascado mirando diferentes lugares para pasar la noche viendo la aurora cuando Onni aparece por detrás.

—O sea que este fin de semana planazo románticón, ¿no? —bromea dándome una palmada en el hombro.

—Calla ya. —Me río—. No ha visto la aurora todavía y el sábado hay bastantes posibilidades de que se halle danzando por el cielo.

—Oye, que me parece una idea estupenda. Solo que quién te ha visto y quién te ve. Desde luego que introducir a Violeta en el grupo ha sido la mejor idea que ha tenido Heli en la vida.

—¿A qué te refieres?

—Pues que vuelves a ser el Kaarle que eras antes de la muerte de Heikki. Está claro que es un dolor que llevarás el resto de tu vida, pero parece que has aprendido a convivir con él y a estar

feliz. No te martiriza. Me gusta verte así. Te lo mereces.

—Pues, gracias. No sé qué decir. Me acuerdo mucho de él, y desearía que pudiera conocer a Violeta. Saber qué opina de ella, escuchar sus consejos... Pero intento acordarme de todo lo bueno que pasé con él, en vez del dolor tan grande que me causó su muerte. No sé, estoy aprendiendo.

—Claro que sí. La vida es eso: un aprendizaje continuo. Estoy muy feliz de verte ilusionado por el mañana. De verdad. —Me sonrío volviéndome a golpear el hombro—. Echa a un lado. Yo sé en qué iglús vais a verla.

—¿Ah sí? ¿Y eso? ¿Se puede decir que tú también has hecho planes románticos? —le chincho.

—Por supuesto que sí, y con mucho orgullo. Me encanta disfrutar de momentos en pareja con Heli.

—Lo sé. ¡Qué afortunados sois de teneros el uno al otro!

—Igual que tú de tener a Violeta, y Violeta de tenerte a ti. Bueno, déjame el ratón, que voy a buscarte el sitio, y hacemos la reserva.

—Sí. Oye, es una sorpresa, ¿vale?

—Perfecto. Yo no digo nada.

—Ni Heli.

—Ni Heli. —Sonríe—. ¿Quién te crees que somos nosotros? ¿Unos chismosos?

—Por si acaso. —Le miro frunciendo el ceño.

—Anda, vamos a mirar.

Cuando Violeta entra por la puerta, Onni está terminando de hacernos la reserva.

Viene preciosa.

Hoy lleva puestas unas orejeras verde bosque, a juego con su pantalón y un chaquetón negro.

Cada vez tiene más ropa de invierno y tengo que admitir que me encanta verla vestida así. Es como una chica nortea.

Su pelo le cae en cascada por toda la espalda y ese flequillo le oculta un poco sus cristales.

Nada más verme, sonrío enseñándome esa sonrisa blanca y perfecta, y sus mofletes regordetes y rosados.

Me encanta cómo se le ponen los mofletes más rechonchos cuando sonrío.

Se acerca a mí y me planta un beso.

Besar a Violeta es mi actividad favorita del mundo.

Sabe tan bien...

Sus labios son suaves y cálidos. Es como estar en casa cada vez que nuestras bocas se unen, y adoro estar en casa.

—Bueno... —me dice alejándose y mirándome con detenimiento—, conquie una nueva sorpresa que no puedo descubrir, ¿no?

—Exacto. Así que, no me preguntes.

—¿Alguien lo sabe?

—Nadie. No preguntes, pillina.

—Vale, vale —dice mirándome—. En realidad, no quiero saberlo. Me gustan las sorpresas. Bueno, voy a ir encendiendo el ordenador y mirando las excursiones de hoy.

—Perfecto. ¿Qué vas a hacer esta tarde?

—Sorpresa.

—¿Sorpresa?

—Mañana lo verás. Solo te digo que mi plan de esta tarde incluye a Heli. Me da muchos nervios. Llevo queriéndolo hacer desde hace mucho tiempo y espero que salga bien.

Me quedo con cara de póker. A saber qué se les ha podido ocurrir a las dos.

—Pero ¿es peligroso?

—No, tranquilo. O bueno, depende de cómo se vea.

—¿Cómo? Violeta, no me asustes.

—Digamos que tiene de peligro... —se lleva la mano a la boca pensativa—... un cien por ciento. —Empieza a reír.

Voy tras ella y le hago cosquillas.

—De verdad, eres una pillina.

—Me encanta serlo. Si hubieras visto tu cara... ¿Cuál pondrás mañana?

—Violeta...

—¡A trabajar! —añade yéndose al mostrador y quitándose el chaquetón, dejando a la vista un precioso jersey marrón oscuro. ¡Qué preciosa es esta chica!



En el trabajo hago tres excursiones con motos de nieve.

El primero es a un grupo de españoles y, por primera vez en mi vida, me apetece estar con ellos.

Violeta está cambiándome la percepción que tenía sobre los ciudadanos del sur de Europa.

Me río al ver cómo el más pequeño del grupo grita y les habla a sus padres con una sonrisa que llega de Rovaniemi a Rusia, por lo menos.

Todos son muy amables o, quizás, yo empiezo a percibir la amabilidad que parece caracterizar a la mayoría de ellos.

Las excursiones fueron muy divertidas.

Me gusta mucho mi trabajo.

Es asombroso trabajar con la naturaleza, mostrar tu país a personas que vienen desde muy lejos, ver sus caras impregnadas de emoción y saber que estoy contribuyendo a que los demás conozcan el Polo Norte; a que se enamoren de él y decidan cuidarlo. Necesitamos que el ser humano se conciencie de la importancia de los polos para la vida en nuestro planeta. Hay que cuidarlos. Cada año el invierno dura menos y el calor llega antes. Además, las temperaturas no bajan a menos treinta grados, como solía suceder cuando yo era pequeño.

Me gusta mucho contarles curiosidades sobre mi ciudad, una vez que terminamos la excursión. Responder todas las dudas que me plantean e intentar que cale en ellos la idea de cuidar la naturaleza porque, cuidándola, nos cuidamos a nosotros mismos.

El día concluye lavando todas las motos de nieve que tenemos.

En diciembre siempre estamos llenos. Creo que, si tuviéramos más motos, más clientes habría.

Pero nos va bien así. No necesitamos más, y no queremos que el trabajo se convierta en una esclavitud. Queremos seguir disfrutando de él y, para eso, nuestro volumen de negocio es ideal.

Violeta se ha vuelto una experta en el uso de la manguera.

Me acuerdo del primer día, cuando terminó toda empapada de agua, y empiezo a reír.

—¡Oye! ¿Y esa carcajada repentina?

—Me estoy acordando de tu incidente lavando las motos —le explico entre risa y risa.

Violeta empieza a sonreír cuando lo recuerda.

—He mejorado desde entonces.

—Ni que lo digas. Ya no terminas empapada de agua.

—Cierto, yo no... pero quizás tú sí.

Tardo un segundo de más en darme cuenta de lo que pretende hacer. Así que, de repente, estoy empapado de agua.

Menos mal que llevo el traje de nieve.

La miro y tengo claro que debo devolvérsela.

—Oh, oh... Verás.

—¿Qué me vas a hacer? Soy yo la que tiene la manguera de agua —comenta orgullosa.

—Es verdad, pero ¿quién dijo que se necesita una manguera para mojarte? —Violeta abre mucho los ojos y se pone toda colorada. Al instante me percató de lo que he dicho, y me ruborizo también—. Esto...

No sé qué decir.

Por lo que realizo mi plan inicial.

Corro hacia ella y en menos de diez segundos está en el suelo revolcándose entre la nieve. Grita y se ríe a la vez. Me encanta verla así. Tan suelta, tan real, y tan feliz.

Empezamos a rodar por la nieve, mojándonos más y más.

Por suerte, tenemos ropa impermeable.

—Oye, ¿qué hacéis? Yo también quiero. —Aparece Onni aguantándose la risa.

—El que faltaba —específico.

—Ven, Onni. Ayúdame. Enterremos a Kaarle en la nieve —le grita Violeta mirándome con desafío.

—Yo lo agarro y tú le echas nieve por encima —planea mi amigo.

—Seréis...

Onni me agarra de los brazos mientras está sentado encima de mí.

No puedo moverme. Está bastante fuerte y la risa me ha quitado la energía.

Voy a perder.

Cinco minutos más tarde estoy lleno de nieve de la cabeza a los pies.

Violeta está colorada por el esfuerzo y sopla hacia arriba para quitarse el flequillo de la cara.

Onni se está riendo y no para de exclamar:

—¡Este es el trabajo más divertido del mundo! ¡Gracias, gracias, gracias!

Violeta lo abraza fuerte.

—Gracias a vosotros por contratarme.

Ver a mi mejor amigo y a la chica que amo abrazados me produce una ternura y una satisfacción muy grande en el pecho. Es estupendo que se lleven tan bien. Disfrutar tanto con las personas es un regalo. Es magia.

Violeta también le ha dado magia al trabajo. Lo ha hecho más entretenido.

—Yo os abrazaría, pero, claro, no puedo moverme.

—¡Qué pena! —Escucho la voz de Heli de fondo—. Los abrazo yo por ti.

Los tres me miran y comienzan a reír más fuerte.

—Sois un caso. —Pongo los ojos en blanco—. ¿Qué haces aquí, Heli?

—He venido a recoger a Violeta.

—Ah, para ese plan menos cien de peligroso que no me quiere contar.

Heli le guiña un ojo a Violeta y después me mira detenidamente.

—Te va a gustar.

—Qué curiosidad. Bueno, ¿podéis levantaros? Estoy fuerte, pero no sois una hoja. Más bien pesáis como el hielo.

—Sí, ya nos levantamos, pero prométenos que no te vengarás —indica Onni.

—Está bien. Os prometo que hoy no me vengaré.

—Hoy... —Me mira Violeta.

—Sí, hoy. Creo que es bastante justo, ¿no?

—Sí, vale. Tienes razón. Onni, espera. No lo sueltes. —Se acerca, me da un beso tierno, cargado de risas, y se aleja con Heli—. Ya puedes soltarlo.

—Seréis...

—Lo que te dije, Kaarle —comenta Onni—. Eres afortunado con la chica que has encontrado. Tenlo presente, y cuídala. Violeta es única en el mundo y te quiere. Se ve desde el Polo Sur que te quiere.

—Lo sé, y yo la quiero a ella.

Capítulo 42

Violeta

—¿Quién ha empezado a llenar de nieve a quién? —me pregunta Heli mientras esperamos el autobús.

—He sido yo. En realidad, primero lo bañé con agua caliente de la manguera.

—¿Y eso?

—Kaarle se puso a reír, al recordar el primer día que lavé las motos. La manguera tenía un nudo y no conseguía quitárselo. Después de algún que otro intento, se lo quité, pero salió toda el agua ardiendo de repente. Acabé empapada, quemándome. Luego me tiré a la nieve, y qué frío. Todo un espectáculo. Aunque también fue la primera vez que Kaarle se rio delante de mí. No lo olvidaré.

—¿Te das cuenta de cuánto bien le haces?

—Pues siempre me decís eso, pero ¿os dais cuenta de cuánto bien me hace él a mí?

Heli me abraza al escuchar mis palabras.

—Eres tan buena. Siempre realzas a los demás. Creo que no te gusta que te halaguemos, pero te lo mereces. Le has devuelto la sonrisa a Kaarle.

—Él ya sonreía. Recuerdo el primer día que lo vi. Pensé que era un chico muy guapo y que tenía una sonrisa bonita. De hecho, la perdió cuando me presentaste.

Heli se queda mirando a la nada reflexionando.

—Es cierto. Al conocerte, dejó de sonreír. Pero tenía sus motivos. Lo sabes. La mayoría de ellos te los ha contado ya. Lo importante es que a regañadientes aceptó tener contacto contigo, y que ahora es feliz.

—Sí, es cierto, pero yo también estaba perdida. Vine aquí buscando encontrarme, buscando una valentía que quería que existiese en mí, pero que dudaba tener. Ahora siento que la tengo, y que nada me puede parar. Estoy luchando por mis sueños con mi documental. Tengo un trabajo que me hace feliz, unos amigos maravillosos y he encontrado el amor.

—¡Y vas a teñirte el pelo!

—Exacto. Voy a teñirme finalmente.



La peluquería es pequeña.

En ella trabaja una chica que tendrá un par de años más que yo. Tiene el pelo blanco y corto. Un *piercing* en la nariz y otro en el frenillo del labio.

Su estilo alternativo me gusta.

Heli me cuenta que, cuando la llamó para reservar cita y le dijo que quería teñirme de violeta, buscó un hueco con rapidez. Le gustan mucho los clientes osados. Teñir con colores fantasía y hacer peinados y cortes atrevidos.

No habla inglés. Así que necesitamos que Heli nos traduzca todo el tiempo.

Me pongo nerviosa cuando empieza a teñirme mechón a mechón.

Quiero grabar este momento, así que saco la cámara y comienzo a hablar delante de ella con mis pintas. Explico las ganas que tenía de este cambio, pero lo nerviosa que estaba.

Heli sale hablando también, explicando en la peluquería en la que nos encontramos.

Me cuenta que la chica iba a su instituto. Nunca fueron cercanas, pero sí tenían una relación cordial. Hace un par de años que abrió la peluquería al lado de su hostel y, desde entonces, siempre viene aquí.

La chica me habla y Heli va traduciendo.

Así descubro que, al igual que casi todas las personas que he conocido en esta ciudad, le gusta mucho su trabajo.

Siempre quiso ser peluquera. No tiene demasiados clientes, pero tampoco quiere más. Le es suficiente con los que suelen ir, porque así puede trabajar ella sola y tranquila.

Les agradezco que me cuenten tantas cosas, porque así se me pasan un poco los nervios.

Yo también le explico qué hago en Rovaniemi.

Cuando se entera de que soy la «novia», según las palabras de Heli, de Kaarle, parece alegrarse muchísimo y comenta que este se merece ser feliz.

Me gusta que la mayoría de las personas que he conocido aquí sean amables, se apoyen y no pretendan destruir al otro. Son tranquilas. Se las ve contentas por sus logros y se alegran por la felicidad de los demás.

Me gusta este ambiente. Me hace sentirme acogida.

Es cierto que no son tan cariñosos y que, en cuanto al acercamiento y el tocamiento, pueden parecer más fríos, pero una vez que entras en su círculo cercano, también abrazan, dan muestras de cariño y te hacen sentir calentita.

Pasa un buen rato hasta que termina de ponerme el tinte.

Está claro que tengo mucha melena.

Heli se va a ver a su madre diez minutos al hostel.

Yo aprovecho para cerrar los ojos y simplemente concentrarme en el presente.

Escucho hablar en suomi a la peluquera con una señora que está atendiendo ahora.

El tiempo pasa más pausado y calmado cuando te focalizas en el presente. Otro de los muchos aprendizajes que me está dando esta experiencia y que al principio no lograba hacer.

Heli regresa y se sienta a mi lado.

No paramos de hablar, hasta que la peluquera me llama. Es hora de enjuagar el pelo y secar.

Estoy expectante. Me apetece muchísimo ver el resultado final.

El secador empieza a funcionar y el color del pelo se nota cada vez más. De hecho, se nota muchísimo. Mis rasgos faciales, de por sí grandes, parecen resaltarse más aún. El color es chulísimo. Me fascina.

Cuando termina de secarme y peinarme el pelo, me pregunta que qué tal.

Mi cara debe reflejar lo mucho que me gusta porque la peluquera asiente sonriente.

Me miro al espejo y siento calor en el pecho. Estoy orgullosa de mí misma, de haber sido valiente, y de haberme vuelto a atrever.

Me encanta cómo me ha quedado el pelo. Me siento guapísima y, ¿qué mejor sensación que sentirse una misma guapa y radiante?

—¿Qué opinas? —me pregunta Heli.

—¡Me flipa! Gracias por haberme dado el último empujón —le digo saltando de la silla para darle un fuerte abrazo.

—Estás preciosa, Violeta. Te sienta genial.

—Gracias. ¡Qué curiosidad me da pensar en la reacción de Kaarle!
—A mí también. ¿Y si vamos a su casa? Ya estará terminando de entrenar.
—Sí, es una idea buenísima.



De camino a la casa de Kaarle aprovechamos para hacerle una videollamada a mis padres.
Les presento a Heli y esta se sorprende al ver cómo mis padres la saludan en suomi.
Hoy no tienen turno en el hospital y están decorando de Navidad la casa.
Me parece muy tierno que la decoren a pesar de que las fiestas las van a pasar aquí.
A ellos, al igual que a mí, les gusta mucho esta época del año y quieren sentir el ambiente navideño durante los días que estén en casa.
Mi madre empieza a aplaudir cuando me ve el pelo.
No les había dicho que iba a teñirme.
Ellos saben que llevo queriéndolo hacer desde hace varios años, pero que no terminaba de atreverme.
Mi padre me repite una y otra vez las ganas que tiene de verme y lo guapa que estoy.
Además, ambos me dicen que están muy felices porque me ven sonreír cada vez que los llamo y que me estoy convirtiendo en toda una mujer.
Mi madre me pregunta qué regalo de cumpleaños quiero y mi respuesta es sencilla: a ellos.
Ellos son mi mejor regalo. Solo quiero que vengan a verme y que se queden conmigo.
Vamos a poner un colchón en el suelo de mi habitación.
Yo dormiré en el suelo y ellos en mi cama.
Así estamos juntos y acurrucados.
Colgamos al llegar a la casa de Kaarle.
Heli me dice que me esconda.
Llama a la puerta y, cuando sale Kaarle, se saludan en suomi.
No sabe que estoy aquí.
¡Qué nervios! ¿Qué pensará?
Heli me hace un gesto con la mano para que salga de mi escondite.
Salgo y me paro frente a Kaarle, que abre la boca completamente y se queda mirándome fijamente.
—Eres la mujer más bonita que he conocido en mi vida.

Capítulo 43

Kaarle

Me quedo sin palabras al ver a Violeta.

Su pelo azabache ahora es del mismo color que su nombre: violeta.

Está preciosa. Le queda estupendamente.

Sus ojos azul cristal se realzan con ese flequillo violáceo. Sus mejillas sonrosadas, su cara expectante... Está llena de colores.

Violeta brilla, desprende color, y yo no puedo ser más afortunado.

—Eres la mujer más bonita que he conocido en mi vida.

Su sonrisa se ensancha y se acerca hasta mí. Me abraza y me besa.

—Gracias. Entonces..., ¿te gusta?

—Me encanta. Resalta tus ojos, tus mejillas sonrosadas, tus dientes perfectos. Ahora nadie pasará por tu lado sin fijarse en ti. Estás brillando. Eres despampanante.

—Pero yo no quiero ser despampanante.

—Eso es lo que te hace aún más preciosa.

—Gracias. —Vuelve a besarme con delicadeza, hasta que escuchamos el carraspeo de Heli.

—Hola... Estoy aquí —dice sonriendo.

—Ay, lo siento —declara Violeta.

—Tranquila. Me encanta ver vuestro amor, pero hasta un cierto punto —bromea.

—Sí, tienes razón. Perdón —aseguro—. Entonces, ¿esta era la sorpresa?

—Ajá.

—¿Y no ibas a enseñármela mañana?

—No me aguantaba, y a Heli se le ocurrió venir a verte de sorpresa. Ella también quería ver tu reacción.

—Exacto. Quería ver esa cara de bobo que has puesto al mirarla.

—Cara de bobo —le digo frunciendo el ceño—. Es mi cara normal.

—De cuando miras a Violeta.

—Bueno..., ¿desde cuándo querías teñirte el pelo? Nunca me lo habías dicho.

—En realidad, desde hace varios años, pero no me atrevía y lo dejé pasar. Ayer vimos una película y la protagonista tenía el pelo rojo precioso. Me encantó, y me volvieron a entrar ganas. Como este es mi año de valentía y atrevimiento, se lo propuse a Heli y terminó de darme el último empujón.

—Yo llamé a la peluquería que hay al lado del hostal. Cuando le conté la idea, me dio cita para esta misma tarde y..., tachán, resultado final —explica Heli, abriendo los brazos.

—Pues me encanta el resultado final. ¿A ti te gusta?

—La verdad es que sí. Muchísimo. Me veo muy guapa.

—Eso es lo más importante, que te guste a ti. Pero, además, estás increíble, mi chica con el pelo violeta.

—¿Tu chica? —me pregunta sonrojada.

—Sí —le digo abrazándola—. Bueno, ¿entráis y cenamos algo rápido?
—Sí, perfecto —aceptan ambas.



El resto de la semana transcurre con tranquilidad.

Estoy entrenando una hora después del trabajo.

Me siento bastante satisfecho con los resultados que estoy obteniendo y cómo responde mi cuerpo.

Cuando termino el entrenamiento, suelo pasarme otra hora por Koti. Estoy leyendo un libro sobre crecimiento personal, que me gusta mucho, mientras Violeta pinta y edita sus fotografías y vídeos.

Sobre las nueve llego a casa y veo películas con Taimi. Nos contamos nuestro día y hacemos puzles.

A Taimi le ha dado por hacer puzles de animales, y hemos hecho varios de renos, pingüinos y osos polares de cien piezas.

Ahora estamos haciendo uno de lechuzas.

Es bastante entretenido. Sobre todo, porque estamos los dos juntos, trabajando codo con codo, para que nos quede bien.

Me gusta mucho ver a mi hermana divertirse y ser feliz.

La abuela a veces se une y otras se queda en la cocina, haciendo recetas deliciosas.

Por las noches estoy durmiendo genial. Sin despertarme y sin malos sueños.

Lo agradezco mucho, porque durante las noches es donde más veo mi crecimiento.

Estos últimos años no he dormido demasiado bien, tampoco mal, pero no recuerdo noches durmiendo del tirón. Hasta en la oscuridad el pensamiento de dolor, cabreo y enfado por la pérdida de mi padre me perseguía.

Aprender a manejarlo está conllevando un mejor sueño y humor durante el día. Además de mejores resultados bajo el hielo.

Todo va hilado.

Mi vida por fin empieza a estabilizarse y tranquilizarse.

Me gusta, me encanta y me doy cuenta de que me lo merezco.



Ha llegado el día de la sorpresa.

Estoy nerviosísimo.

Espero que le guste, que vea la aurora boreal y que recordemos este día toda nuestra vida.

Desayuno un trozo de tarta de moras, hago la maleta y arranco la camioneta.

Es hora de ir a por mi chica.



—Estoy muy nerviosa. De verdad que no se me ocurre ninguna idea. ¿Adónde vamos? —pregunta Violeta nada más abrir la puerta.

—Shh..., tranquila. Esa es la idea —digo dándole un abrazo—. ¿Tienes todo listo?

—Pues sí. No sé qué tipo de maleta llevar.

—Una maleta con ropa para pasar dos días y una noche.

—¡Kaarle! Me refiero a si vamos a hacer deporte, actividades tranquilas... No tengo ni idea.

—Tú mete ropa cómoda y que abrigue.
—Vale, pues espera un momento que termino de hacerla. Por cierto, estás guapísimo con ese jersey celeste. Te sienta de cine.
—Eso es que me ves con muy buenos ojos.
—Puede ser.
—¡Oye!
—Es broma. Eres guapísimo.
—Y tú estás preciosa con tu nuevo color de pelo. No sé cómo no lo has hecho antes. Te queda espectacular.



—¿Cuánto rato dura el viaje?
—Unas dos horas y cuarenta y cinco minutos, pero ¿quieres relajarte? Por favor.
—¿Cómo si fuera tan fácil! ¿Me dejas poner música?
—Por supuesto. ¿Con qué grupo vas a sorprenderme hoy?
—Emm..., más que un grupo es un solista. James Bay. ¿Lo conoces?
—He escuchado algunas de sus canciones.
—Pues hoy vas a escuchar su último disco entero, *Electric Light*.
Me pongo un pelín tenso, y espero que no se me note.
¿Habrá dicho el nombre del álbum aposta? ¿Estará buscando mi reacción? ¿Se espera la sorpresa?

Con disimulo, desvió mi mirada hacia ella. Parece concentrada en escoger la música. Quizás lo dijo sin darse cuenta, y simplemente fue el destino.

Se nota que le gusta este cantante. Se sabe todas sus canciones.

Tengo que admitir que me gustan varias como *Wild love* o *Us*.

Violeta mantiene su mano en mi pierna.

Es la primera escapada de fin de semana que hacemos juntos tras haber hablado de nuestros sentimientos, y habernos conocido mejor. Qué diferente a aquella que hicimos en Oulanka y, sin embargo, cuando recuerdo esos dos días, no puedo evitar alegrarme.

Me lo pasé estupendamente. Mejor de lo que esperaba y de lo que quise admitir en ese momento.

—¿En qué piensas?

—¿Por qué?

—Estás sonriendo.

—Estaba pensando en el fin de semana que pasamos en Oulanka. Me lo pasé muy bien.

—¿Sí?

—Sí, mucho mejor de lo que quise admitirme en ese momento. Fue la primera vez que intenté conocerte, y no tener prejuicios.

—¿Y qué pensaste?

—Que me caías bien. Estaba tranquilo contigo. Hiciste que el fin de semana transcurriera sin ningún altercado. Es más, lo hiciste divertido. Me reí varias veces. Eras una compañía agradable.

—¿Agradable?

—¡Violeta! ¡Apenas nos conocíamos!

—Ya, pero no sé... Agradable es una palabra que no sé cómo encajar.

—Encájala de manera positiva.

—A mí me encantó cómo me escuchaste cuando te conté lo de mi estatura. Sin darte cuenta, creo me ayudaste a superarlo.

—¡Es verdad! Ya no te pones esos zapatos feos y altos.

—¿Cómo que feos? A mí me encantan —me dice levantando la ceja—. Cuando se vaya el frío, volveré a ponérmelos. Lo bueno es que será porque me gustan, y no porque sienta la necesidad.

—Cuánto has crecido, Violeta. ¿Te das cuenta?

—Sí, me siento cambiada. Más madura, más segura de mí misma y con las ideas más claras. Tú también has cambiado.

—Cierto.

—Aunque hay algo que no ha cambiado.

—¿El qué? —pregunto mirándola a los ojos un instante.

—El amor que siento por el frío y por este país. Bueno, podría decir que ha aumentado, pero, en su esencia, no ha cambiado.

—¿Eres feliz?

—Sí, ¿y tú?

—También —le aseguro entrecruzando mis dedos con los de ella.

Capítulo 44

Violeta

Al bajarme de la camioneta, me quedo sin palabras.

Estoy frente a un conjunto de iglús de cristal.

He visto estos iglús por internet y sé que las personas suelen reservarlos para ver principalmente las estrellas y la aurora boreal.

¡Aurora boreal! No me lo creo. ¿Voy a verla? ¿Vamos a verla? ¿De verdad Kaarle ha organizado esta escapada para mí?

Me quedo mirándolo y él a mí. Se le nota nervioso.

—Bueno, ¿qué piensas? —dice con la voz temblorosa.

—Es la sorpresa más mágica que me han dado en la vida. ¡¿Vamos a ver la aurora boreal?!

Su expresión se torna feliz, y su rostro blanquecino obtiene color. Me mira y sonrío ampliamente.

—Menos mal. Esa es la idea... Es complicado tener la certeza de que se va a ver la aurora, pero hoy hay muchas probabilidades. Así que, pensé que podía ser una buena sorpresa y una forma de pasar un fin de semana juntos.

—Kaarle es una idea increíble, veamos o no la aurora. Te quiero, Kaarle. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, Violeta. Lo sé. Gracias por quererme y hacer que me sienta querido.

—Es muy fácil quererte.

—Bueno, al principio no lo ponía fácil. Lo siento si te hice daño. Nunca quise hacértelo.

—Shh..., Kaarle. Tranquilo. Entiendo por qué actuabas de ese modo. E incluso, en ese principio, lo hacías fácil. Hoy te estabas acordando de Oulanka, y yo siempre recuerdo la cena con las pizzas hawaianas, la chimenea encendida, y que te preocuparas por mí. La foto que me hiciste con esa cascada tan bonita y nuestras comidas en silencio. O cómo me mirabas la última noche. Desde el principio, hiciste fácil quererte. Lo único complicado era entenderte. Cuando me dejaste entenderte, los sentimientos brotaron.

—Mi Violeta... —susurra besándome.

Cogemos las maletas y vamos a recepción.

Allí nos dan las llaves de nuestro iglú.

Estamos alojados en el Kakslauttanen Artic Resort. Es un complejo hotelero con decenas de iglús de cristal, separados entre ellos.

El paisaje que los rodea, una zona muy amplia con árboles inmensos que parecen rozar el cielo, está cubierto totalmente por nieve.

La luz tenue del día de hoy se refleja en la nieve.

Es precioso.

El iglú cubierto de nieve en sus cristales más bajos tiene una entrada a modo de túnel.

Su interior me deja completamente sin palabras.

Hay una cama inmensa en el centro, con una colcha beige y dos cojines anaranjados.

También hay dos butacas del mismo tono.

El suelo es de madera con pequeñas luces, y los cristales de la fila más baja reflejan el interior del iglú.

También hay un pequeño baño de madera. La ducha está cerrada, pero, si miras hacia arriba, se sigue viendo el cielo.

El techo tiene pequeñas luces, y dentro se está super calentito.

La madera, los tonos de los decorados y las luces parecen imitar a una cabaña. Sin embargo, los cristales le dan ese toque mágico.

—¿Te gusta? —me pregunta Kaarle abrazándome por detrás y dándome un beso en el pelo.

—Me maravilla. Es la habitación más espectacular que he visto jamás.

—Lo mismo digo.

—¿No habías estado aquí antes?

—No. Siempre dije que, cuando viniese, sería con la persona con la que estuviese dispuesto a crear un recuerdo tan extraordinario que nunca quisiera borrar.

—Kaarle... A mí tampoco se me olvidará jamás.

—Sé que, pasen los años que pasen, cuando recuerde este instante, no dolerá porque apareces tú. Eres todo lo contrario al dolor, Violeta.

—Gracias por haberme esperado.

—Gracias por llegar y quedarte.

Nos fundimos en un beso que parece no tener fin.

Me fascina cómo nuestras bocas encajan, cómo nuestras estaturas se adaptan para llegar el uno al otro y beber de nosotros.

No sé cuánto rato nos tiramos besándonos, abrazándonos, bailando por la habitación sin separarnos, pero, al retirarnos, ambos tenemos las mejillas y los labios sonrosados, jadeamos y nuestros ojos reflejan el brillo del otro. Porque sí, Kaarle tiene los ojos del color del azabache, pero brillan y son más claros. Finalmente, no parecen oscuros y sin vida.

Kaarle es el primero en hablar.

Sin dejar de abrazarme, me pregunta si quiero ir a pasear por los alrededores.

—Por supuesto. ¿Nos llevamos frontales por si se nos hace de noche?

—Buena idea.



El *resort* está en Saariselkä. Es un pueblo situado en el interior del círculo polar ártico finlandés.

Como nos queda muy poco rato de luz, decidimos dar primero un paseo por la naturaleza.

Es alucinante la paz que se respira en este lugar. La calma.

Solo se oyen los copos de la nieve cayendo y las ramas de los árboles tirando la nieve al suelo.

Hasta que llegué a Rovaniemi, no había visto nunca nevar, y me parece un fenómeno precioso. Adoro ver cómo mi pelo se impregna de copos de nieve. También me gusta mucho levantar la cabeza al cielo y sentir la nieve cayendo sobre mi piel.

Estoy ensimismada en mis pensamientos, cuando me doy cuenta de que Kaarle se acaba de tirar en la nieve.

—¿Qué haces? —pregunto curiosa.

—Un ángel —comenta moviendo las piernas y los brazos—. ¿Quieres hacer otro a mi lado?

—Por supuesto que sí. —Al instante estoy en el suelo imitando sus movimientos.

Nos reímos y dejamos que nos nieve encima.

Hace mucho frío, pero el cuerpo se acostumbra a todo y ya me gusta sentir esta temperatura.

Cuando nos levantamos, apreciamos ambos ángeles. Uno al lado del otro.

El mío es la mitad del de él.

En nuestros ángeles se nota la diferencia física de estatura que existe entre uno y otro.

Decido sacarles una foto, porque me parece una buena manera de recordar este día que está siendo tan maravilloso.

Cuando llega la penumbra, nos dirigimos al pueblo.

Es muy pequeño y está decorado con luces de todos los colores. Los tejados a dos aguas, con gran inclinación, están a rebosar de nieve. Los colores que se aprecian del interior de los edificios son anaranjados, como en el iglú.

—Kaarle, me gusta mucho cómo se mezclan los tonos azulados, verdosos y violáceos de las luces del exterior, y del cielo, con los tonos anaranjados del interior. El contraste entre ellos me calienta el corazón.

—¿Sí?

—Los identifico contigo.

—¿Y eso?

—Tus ojos negros, tu piel blanquecina, tus colores externos son fríos. Sin embargo, tu corazón, tu sonrisa, tu amor... Por dentro estás lleno de calor.

—Violeta, no sé qué decir.

—No digas nada.

—Gracias por saber leerme, comprenderme y hacerme sentir tan bien.

Asiento y entrelazo mis dedos con los de él.

—Me gusta mucho este pueblito. Es muy bonito.

—¿Verdad? Tan alejado del mundo. Un lugar perdido lleno de vida.

—Totalmente. ¿Quieres que entremos en ese restaurante y almorcemos?

—Sí, perfecto.

Nos pedimos de primero una sopa de verdura y de segundo salmón con puré de patatas.

Está riquísimo todo.

Además, le preguntamos al dueño del restaurante por alguna actividad que podamos hacer mañana. Cuando nos habla de las saunas, a Kaarle se le iluminan los ojos.

Mañana vamos a entrar en una sauna, vamos a permanecer un rato en ella y luego vamos a bañarnos en el agua helada.

No estoy nada segura de esto último, pero a Kaarle le hace mucha ilusión que sienta el agua congelada en mí.

No tiene nada que ver con el buceo, pero ambas actividades incluyen bañarse con temperaturas bajo cero. Y, la verdad, me apetece, quiero probarlo, y ser valiente de nuevo. Estaré a su lado, por lo que, si siento mucho frío, saldremos sin problemas con rapidez.

Caminamos un rato más y nos vamos a nuestro iglú.

Son solo las cinco de la tarde, pero ¿cuándo vamos a poder tener una habitación tan espectacular de nuevo? Queremos disfrutarla.

Hemos aprovechado para pasarnos por una pizzería y hemos pedido una pizza familiar de reno.

No tengo ni idea de si me va a gustar. La carne de reno estaba rica, pero en una pizza... No sé. Aunque bueno, es típico de la zona y quiero probar la comida típica.

Le hemos pedido si pueden llevárnosla al iglú en un par de horas y muy amables nos dijeron que sin problemas.

—Violeta, quiero hablar contigo.

—Uy..., Kaarle. Ese quiero hablar contigo, me asusta un poco.

—No, para nada. Tranquila.

—Vale, dime.

Kaarle se sienta en la cama y me coge entre sus piernas.

—Verás, sé que desde el principio hemos hablado de pensar solo en el presente y me parece bien. Me gusta. Me siento a gusto. Más de lo que pensé que me sentiría. —Asiento para dejarle seguir hablando, mientras le acaricio el brazo—. Pero, no podemos negar el hecho de que vivir todo el tiempo sin saber qué será de nosotros la semana que viene, también es un poco complicado.

—¿A qué te refieres?

—Me gustaría que pensemos en cómo podemos hacer que nuestra relación funcione. Quiero que funcione. Lo deseo. Nunca me he sentido tan bien con una persona.

Me emociona ver el amor que siente por mí a través de sus ojos.

—Yo también quiero que funcione, Kaarle. En el presente y en el futuro quiero estar contigo. Así que, ¿qué propones?

—Lo primero de todo —me mira detenidamente, me besa y sonríe—, ¿quieres ser mi novia? —Me quedo con la boca abierta, porque no me lo esperaba. Pensé que ya lo éramos, aunque realmente no lo habíamos hablado nunca como tal—. Emm..., Violeta. Di algo. Me estás preocupando.

—Ay, lo siento. Sí, claro que sí. Quiero ser tu novia, Kaarle. Quiero que seamos novios, amigos, pareja, todo...

—¿Amantes, también? —me suelta con una sonrisa traviesa y a mí me entra calor en algunas partes de mi cuerpo.

—También —afirmo colorada, sacándole una sonrisa a Kaarle.

—Entonces, ¿ahora eres mi novia? —me pregunta mirándome con unos ojos risueños y acariciándome en este iglú tan especial.

—Afirmativo —le digo sonriéndole.

—¿Y eres feliz?

—Muchísimo. No quiero que termine mi estancia aquí.

—¿Y si no termina?

—No tengo una respuesta para esa pregunta todavía. ¿Y si mejor pensamos que seguiremos juntos sea dónde sea?

—¿En España?

—¿Por ejemplo?

—No estoy seguro de ser capaz —me dice bajando la mirada.

—Mis padres son de ciudades diferentes. Él es del norte de España, de una ciudad que se llama Santander, pero, cuando terminaron de estudiar, pensaron en el futuro, analizaron lo que era lo mejor para ambos y, al final, mi padre se mudó al sur, a Málaga. Era la ciudad de mi madre.

—No tenía ni idea.

—Lo sé. —Asiento con una sonrisa—. Kaarle, creo que aún no sabemos lo que es mejor para ambos, y, por eso, no puedo prometerte nada. Pero lo que sí podríamos intentar, es que

decidamos lo que decidamos sea para seguir juntos. Uno al lado del otro. En España, en Finlandia o en Japón. ¿Qué piensas?

—Me encanta la idea. Solo que...

—Dime —le animo sin perder la sonrisa.

—No puedo dejar a Taimi sola. Todavía no —me susurra. En sus ojos veo su súplica, y su miedo a mi respuesta.

—Lo sé y lo entiendo. Taimi está dentro de la decisión que tomemos. No decidiremos nada que pueda hacerle mal, tranquilo.

—Gracias —me dice recuperando el brillo.

—Pero no pensemos en eso.

—Tienes razón.

—Ahora somos novios —le aseguro empezando a hacerle cosquillas y sacándole una carcajada—. Tenemos claro que buscaremos un futuro juntos y que nos queremos. Ah, y estamos en la habitación más romántica que he visto en mi vida, así que... No pensemos tanto.

—Y disfrutemos más —termina la frase Kaarle mientras no para de reír.

Empieza a hacerme cosquillas, y terminamos revueltos en la cama muertos de risa.

Me encantan estos momentos. Esta complicidad.

Después de habernos dado unos minutos de tregua, decido volver a la carga, pero, cuando me giro, Kaarle me está mirando con intensidad y mi cuerpo se enciende.

—Violeta... —Se acerca y me besa.

Siento el calor de sus labios calentar los míos.

Sin pensarlo, mi cuerpo responde como un acto reflejo. Mi lengua entra en su boca y mis manos empiezan a acariciarle la espalda.

Kaarle me besa el cuello mientras desliza su mano por mi torso.

Jadeamos y nos miramos.

Sus ojos negros están llenos de pasión.

Me quita la ropa sin dejar de mirarme y yo lo emito.

No podemos dejar de tocarnos, acariciarnos, besarnos...

Bebemos el uno del otro.

Mi corazón late más rápido que una manada de lobos.

Cuando empieza a acariciarme el clítoris, estoy encendida, llena de amor, de pasión, y de ganas.

Me encanta cómo se detiene en él, cómo mueve su dedo en círculos, dándome placer, mientras me chupa el pezón y me mira.

—Kaarle... —jadeo.

Él no para y yo cierro los ojos.

Me dejo guiar por todas las sensaciones que estoy notando. Por todo el placer y el amor que siento hacia este hombre.

Al abrir los ojos, lo pillo mirándome como si fuera uno de los cuadros de Leonid Afrémov.

—Mira al cielo... —me susurra.

Al hacerlo, veo un manto de estrellas cubriendo nuestras cabezas.

Jamás había visto más estrellas en mi vida.

—Me llevas hasta las estrellas —suelto sin pensarlo.

Kaarle me estrecha contra él y aumenta la velocidad.

Me dejo ir.

Exploto.

Lo abrazo.

Unos segundos después, empieza a darme besitos dulces en la frente y a acariciarme el cuerpo.

—Tu turno —le digo.

Kaarle me dedica una sonrisa ladeada y yo me deleito en él.

Lo acaricio, lo beso, lo chupo mientras me sujeta el pelo y me dibuja círculos en la espalda con sus dedos.

En un momento determinado, me para, me coge en brazos y con sus ojos me pide permiso.

Asiento ansiosa y deseosa.

Kaarle rompe el plástico, se pone el condón y me sitúa encima de él.

Me gusta que me haya dejado tomar el control.

Cuando se desliza por mi interior, se nos escapa un gemido a ambos. Es indescriptible la sacudida que siento. Me llena. Me completa.

Comienzo a moverme despacio.

Nuestras miradas están entrelazadas, al igual que nuestras manos.

Quiero guardar conmigo cada gesto de Kaarle, cada expresión, y cada segundo de este momento.

Empiezo a aumentar el ritmo y Kaarle no deja de jadear.

—Mi Violeta...

—Mi Kaarle...

No hacen falta las palabras, lo noto.

Siento cómo su cuerpo se amolda al mío completamente, y justo antes de que lleguemos al culmen, me dice alto y claro que me ama.

Capítulo 45

Kaarle

Tengo a Violeta entre mis brazos.

Ambos estamos tumbados en la cama, desnudos y acariciándonos.

Estamos envueltos en el silencio de la noche, con las estrellas que alumbran el cielo.

Hay ocasiones en las que las palabras sobran, y esta es una de ellas.

Acabamos de hacer magia juntos.

Jamás había sentido tanto amor, cariño y confianza mientras tenía sexo con una persona.

Violeta es la indicada.

Todas las veces que he intentado evitarlo, me parecen absurdas ahora mismo. Cada día que traté de alejarme de ella, cada vez que le respondí como no debía... ¡Qué estupidez! La vida es demasiado sorprendente y, a veces, parece saber qué es lo mejor para nosotros. Incluso antes que nosotros mismos.

Violeta ha sido mi bendición, mi salvación.

Mirando al cielo veo cómo se complementa con las estrellas.

El cielo está negro, oscuro. No se ve, y parece que no existe. No se sabe dónde comienza y dónde termina, pero, sin embargo, las estrellas lo iluminan, lo delimitan e indican su existencia. Lo embellecen.

Eso es lo que Violeta hace conmigo.

Ella es mi estrella.

Antes era un cielo oscuro, y ahora soy un cielo que brilla.

—¿Kaarle?

—¿Sí? —le digo dejando de divagar.

—Esta noche, cuando mi corazón acarició el frío polar, no pude sentir más calor en mi interior.

—¿A qué te refieres? —pregunto apretándola contra mí.

—Tú eres mi frío polar, mi norteño, el chico de la nieve, del agua helada, de la oscuridad, de piel blanca y ojos oscuros. Pero hoy, me has hecho arder. Me has hecho sentir el calor más grande. Hoy mi corazón acarició al tuyo y, en vez de sentir ese hielo que parecía envolverlo cuando te conocí, ha sentido fuego. Kaarle, eres frío polar y eres fuego interior. Eres una antítesis, y te amo por ello.

No sé qué responderle.

Hay cosas que no cambian y una de ellas es que Violeta me deja sin palabras desde que la conozco.

Es una chica que sabe escuchar y que piensa antes de hablar.

Siempre me sorprendo de la manera tan única que tiene para expresar sus sentimientos. Sabe decir las palabras exactas para dejarte callado, en silencio, con una sonrisa y el corazón caliente.

—Gracias, Violeta. ¿Estás feliz?

—Muchísimo, Kaarle. Mira dónde estoy y con quién estoy. ¿Cómo no voy a ser feliz? Soy una persona afortunada.

—Eres una persona valiente que ha luchado por lo que quería y que se ha atrevido. Cuando eres valiente y atrevido, la vida te da sorpresas.

Se gira y me mira. Me pone ambas manos en mis mejillas antes de hablar:

—Yo nunca me había considerado valiente. Tenía miedos e inseguridades. Sigo teniéndolos, pero ahora parecen más pequeños y yo más grande. Vine a Rovaniemi porque era el lugar donde se habían conocido mis padres, pero también porque sentía que no estaba viviendo la vida que deseaba en mi ciudad. No sentía ilusión, no tenía buenos amigos y no me dedicaba para nada a aquello que me apasiona. Vine a un lugar perdido del mundo sin esperar mucho. Solo un cambio de aires, y pensar en el ahora. Jamás pensé que en un sitio así encontraría una amiga como Heli, un trabajo que me gustase, una idea para empezar a dedicarme a lo que me apasiona y una persona a la que amaría como te amo a ti.

»Este lugar me está dando la vida que deseaba sin yo ni siquiera saberlo.

»No quiero que se termine nunca nada de esto. Quiero ser feliz y que tú lo seas conmigo.

Ahí está de nuevo. Con sus discursos y sus palabras idóneas para el momento; con su sinceridad y su bondad. Con sus cristales transparentes brillando. Mi Violeta.

—Te lo mereces. Voy a hacer todo lo posible para que cada día de tu vida te sientas viva, ilusionada y feliz. Habrá momentos duros, por supuesto, pero deseo que vivas la vida que tú quieres. Sea donde sea.

—La vida que queramos, Kaarle. Recuerda que ahora somos un equipo.

La estrecho con fuerza contra mí y la beso.

Quiero que sienta todo lo que la quiero.

Los besos van encendiéndonos y terminamos haciendo el amor de nuevo, queriéndonos y completándonos.

Capítulo 46

Violeta

Estoy saliendo de la ducha, cuando llaman a la puerta.

La pizza ha llegado.

Menos mal, porque me muero de hambre.

Nos hemos pasado la tarde descubriéndonos, conociéndonos, queriéndonos... Vaya, que hemos salido de la cama, porque Kaarle ha pegado un bote al ver que eran las ocho y media, y que las pizzas estarían de camino.

Él se ha dado una ducha rapidísima, pero yo he disfrutado un poco más del chorro de agua caliente, mientras miraba las estrellas y veía la oscuridad a mi alrededor.

Este iglú es como un sueño. Ni en mis mejores fantasías habría imaginado nunca pasar la noche en un lugar tan asombroso como este, al lado de un chico como Kaarle.

—Emm..., huele estupendamente —aseguro sentándome en una de las butacas que tiene la habitación.

—Espero que te guste la carne. Si no, quítasela y yo me la como.

—Tranquilo. La otra vez me gustó. Se parecía a la de vaca. Seguro que en la pizza está rica también.

Efectivamente. La pizza estaba riquísima y en un momento no queda nada. Nos la hemos comido toda.

—¿Te ha gustado?

—Muchísimo, aunque nada como la pizza hawaiana.

Kaarle sonríe con la mirada y me choca los cinco tras mi comentario.

—Así me gusta. Pues, yo he traído un bizcocho de frutos rojos que hice anoche con Taimi.

—¡Kaarle!

—¿Qué?

—¡No hacía falta!

—Ah, ¿no? Perfecto. Entonces me lo como yo solo —dice con una sonrisa traviesa.

—¡Eres...!

—¿Qué soy? —pregunta riendo.

—¡Nada! ¡Muy travieso! —digo frunciendo el ceño y aguantando la risa.

—Entonces, ¿quieres o no quieres?

—¡Pues claro que sí!

—Pues no vuelvas a decir que no hace falta. A mí me encanta cocinar los postres con mi hermana, y a ti te gusta comerlos. Así que todos contentos. Lo hago porque quiero y, bueno, porque también me gusta comerlos, claro está.

Me da un trocito y, al morderlo, la boca se me hace agua.

Está riquísimo. Cocinan tan bien...

—Kaarle, qué rico.

—¿Sí? Mañana se lo dices a Taimi cuando la veas, que seguro que le hace mucha ilusión.

—Genial.

Estamos reventados. Ha sido un día muy intenso.

Cuando Kaarle propone que nos vayamos a la cama, no me lo pienso.

Nos metemos debajo de la colcha y Kaarle me aprieta fuerte contra él.

—Qué ganas tenía de dormir contigo —me susurra en el oído, poniéndome la piel de gallina.

—Y yo contigo. Otro sueño haciéndose realidad.

—Mira al cielo.

Levanto la vista y veo una estrella fugaz.

Me incorporo con rapidez y le pregunto, con toda la ilusión del mundo, si la ha visto.

Niega con la cabeza.

—¿No?!

Mueve la cabeza de un lado al otro y me abraza de nuevo.

—Tranquila. Seguro que hay más. Solo tenemos que quedarnos mirando al cielo hasta que nos quedemos dormidos. Por cierto, esta noche se supone que la aurora boreal aparecerá, pero no se sabe bien cuándo. Tenemos una especie de timbre que avisa cuando se ve. Si suena mientras estás dormida, no te asustes, ¿vale?

—¡La aurora! ¡Se me había olvidado completamente! ¡Ahora no podré dormirme! ¡Qué nervios!

Kaarle comienza a reír, y notar el movimiento de su pecho en mi espalda me arropa.

—¿Por qué no vas a poder dormir? Si se viera, nos vamos a despertar con el sonido.

—¿Y si no nos despertamos y me la pierdo? No la he visto nunca, Kaarle.

—Lo sé. Estoy deseando ver tu expresión cuando ilumine el cielo. Me hace muy feliz pensar que vas a guardar un recuerdo como este a mi lado —me habla mientras me da besitos por la espalda.

—No podía ser al lado de alguien mejor. Me encanta que me des tantos mimos. No sabía que eras tan cariñoso.

—Yo tampoco lo sabía, pero, al verte, me sale solo. —Lo abrazo fuerte y me voy relajando mientras siento sus caricias por mi espalda—. No sabes lo preciosa que estás con el pelo violeta.

—No sabes lo precioso que estás con el pelo blanco.

—Buenas noches, Violeta.

—Buenas noches, Kaarle.



Un leve pitido me despierta.

Estoy apoyada en el pecho de Kaarle, que se mueve con lentitud.

Abro los ojos despacio y sonrío al ver nuestros cuerpos entrelazados.

Quiero dormir así el resto de mi vida.

El pitido prosigue y despierta a Kaarle.

Cuando abre sus ojos, me sonrío y me da un beso tierno.

—Violeta, gírate.

«La aurora», recuerdo.

Me giro en un segundo, pero el cielo sigue tranquilo con una infinitud de estrellas.

Kaarle apaga el timbre y acerca su cabeza a la mía.

—Tranquila, en cualquier momento aparecerá.

—Es imposible estar tranquila. Siento cosquillas en la barriga, y en los dedos. Estoy nerviosa. Ver la aurora boreal es uno de mis sueños. Mis padres siempre hablan de la vez que la vieron juntos, y lo espectacular que fue. No puedo estar tranquila.

Kaarle no deja de sonreír y acariciarme.

—¿Quieres que te cuente la primera vez que yo la vi? O bueno, mejor dicho, la primera vez que fui consciente.

—Sí, claro que sí.

—Había salido a pasear con mi padre y mi abuela por el lago. Tenía cinco años. Recuerdo que estaba preguntándoles cómo era posible que el agua se volviera tan dura para que pudiéramos caminar e ir con raquetas o esquís sobre ella. Mi padre empezó a explicarme que durante el invierno las temperaturas bajaban. Estábamos hablando tan tranquilos cuando mi abuela nos dijo: «Silencio. Mirad el cielo» —me cuenta sin dejar de acariciarme y haciéndome cosquillas en el cuello con el susurro de su voz—. En ese momento empezaron a verse sombras grises y blancas, que se movían a gran velocidad. Tal y como estamos empezando a ver ahora —aclara apretándome fuerte.

Siento su corazón en mi costado. Le va muy rápido, al igual que a mí.

—Kaarle...

—Shh... Sin previo aviso, esas sombras grises ascendieron hacia el cielo y este se volvió de colores. Grandes halos de luces verdes, violetas y azules danzaban a sus anchas por el cielo. Recuerdo que la piel se me puso de gallina, le cogí una mano a mi padre y otra a mi abuela, y les obligué a quedarnos parados en el lago. El frío que sentía desapareció. No podía apartar la mirada del cielo. Creo que fue la primera vez que fui consciente de lo mágico, maravilloso, divino, espectacular y abismal que es nuestro planeta. Me sentí insignificante al lado de esas luces. Pueden pasar años, toda la vida, pero jamás olvidaré a mi padre cada vez que vea una aurora boreal. Deseo que te suceda lo mismo a ti. Deseo que veas infinitas veces la aurora boreal y que cada una de ellas te traiga a este momento, y me recuerdes como yo recuerdo a mi padre. Feliz.

Lo beso con lentitud, mientras pego mi cuerpo al de él, todo lo que puedo.

Las sombras grises se mueven cada vez más rápido y están ascendiendo por el cielo, tal y como acaba de relatar Kaarle.

Tenemos las manos entrelazadas y las cabezas juntas, cuando veo como el cielo se torna violeta.

Varias lágrimas se deslizan por mi mejilla y no intento quitarlas.

Se debería llorar de felicidad más veces. Muchas más que de tristeza.

Los colores violetas y rosados se mueven a sus anchas por toda la inmensidad.

Sin avisar, los tonos rosados se van tornando verdosos.

La aurora ilumina todo a mi alrededor.

La cara de Kaarle es un reflejo de colores.

Jamás había visto nada igual. Por muy espectacular que se vea en las fotos, la realidad es totalmente indescriptible.

Me quedo con la vista fija en ella, fascinada, sintiendo las caricias de Kaarle y acurrucada debajo de la colcha.

No sé cuánto rato transcurre hasta que la aurora deja de verse. Tampoco sé qué hora es, pero no me importa. Soy una persona afortunada. Cada vez que tenga un día malo o un momento duro o triste, recordaré esta noche.

—¿Sabes por qué me llamo Violeta? —le pregunto a Kaarle cerrando los ojos.

—¿Por qué?

—La primera aurora boreal que vieron mis padres era violeta. Ambos dicen que es el color más hermoso que han visto nunca. Cuando se enteraron de que iban a tener una hija, no lo dudaron. Me llamarían Violeta.

Nos quedamos en silencio acariciándonos.

Estoy a punto de quedarme dormida, cuando escucho la voz de Kaarle:

—¿Eres consciente de lo implantado que tienes el norte en tu interior?

—Son mis padres los que me han hecho amarlo así. Si no hubiera sido por este país, no se habrían conocido. Yo no existiría. Si no fuera por el norte yo no estaría viva.

—Mi Violeta. Mi aurora boreal. La chica que ha devuelto la luz a mi vida y el brillo a mi mirada. Mi chica nortea. Gracias.

Sonrío, mientras siento cómo se me van cerrando los párpados y escucho la respiración de Kaarle.

Capítulo 47

Kaarle

Despertamos con la penumbra invernal iluminando todo el iglú.

Miro el reloj. Son las once de la mañana.

No sé a qué hora fue la aurora boreal, ni cuánto tiempo duró. Estaba ensimismado mirando a Violeta y al cielo, alternativamente.

Mi corazón iba a toda velocidad, como si fuera un reno huyendo de una manada de lobos.

Violeta estaba preciosa con su sonrisa, y la aurora se reflejaba en sus ojos.

Cuando dije que tenía dos cristales en la cara, no me equivocaba.

Veía cómo le caían las lágrimas por sus mofletes, mientras la observaba, y, durante todo el espectáculo natural, estuvo pegada a mí. Con nuestras manos entrelazadas y las cabezas juntas.

Me siento tan afortunado de formar parte de ese momento.

A nadie se le olvida la primera vez que ve la aurora y Violeta se acordará de mí, y de este iglú tan estupendo.

Tengo que agradecerle a Onni la reserva. Sin duda me aconsejó el mejor sitio de todos.

Dejo que Violeta descanse un rato más y voy a la ducha.

Tengo muchas ganas de ir a las saunas. Creo que le gustará la experiencia.

Entenderá mejor la sensación que tengo cuando me meto debajo del hielo, aunque lo hago con neopreno, y el frío que vamos a pasar hoy no tiene nada que ver. Pero, en cuanto salgamos del agua helada, iremos a la sauna, y ese contraste de temperatura es bueno para el cuerpo y para la mente.

Obliga a tu cuerpo a despertarse, y a espabilarse.

Me visto con una camiseta lisa naranja y mi pantalón de nieve negro.

Dentro hace bastante calor y primero tengo que despertar a Violeta.

Me ha encantado dormir a su lado, escuchar su respiración y tenerla pegada a mí. He dormido perfectamente; del tirón toda la noche.

Observar su melena violeta y larga desperdigada por las almohadas, me cautiva.

Es tan especial.

Ella se verá pequeña, pero tiene una fuerza y una valentía que admiro. Ojalá me pareciera un poco más a ella.

Le acaricio el pelo y observo cómo se va despertando.

Con los ojos cerrados, comienza a remolonear por la cama.

—Ey, buenos días.

—Hola —me dice sonriendo—. ¿Has dormido bien?

—Genial, ¿y tú?

—¿No me ves? Estupendamente. ¿Por qué estás vestido ya?

—Porque eres una dormilona. Me he duchado, que son las once y media. Tenemos que ir a las saunas pronto, si no queremos que se nos haga muy tarde para volver.

—¡Es verdad! Lo siento. Hacía muchísimo tiempo que no me despertaba tan tarde.

—Tranquila. —Le doy un beso y la abrazo.

—Es que dormir contigo, en esta cama tan cómoda, con este cielo, después de haber hecho el amor y ver la aurora...

Me río y la aprieto fuerte.

—¿Te ha gustado la sorpresa?

—Me ha encantado. Ha sido el mejor día de mi vida.

—Pues espérate, que aún falta el día de hoy. Venga, arréglate. Voy a buscar algo para desayunar-comer mientras tanto.



Cuando nos montamos en el coche, Violeta pone ojos de cachorrito, porque le da pena despedirse del iglú. Además, con su traje de nieve blanco y celeste, y sus orejeras celestes, está muy achuchable.

—No me quiero ir. La noche se ha pasado volando.

—Tranquila, podremos venir más veces.

—Ya, pero quiero ver más auroras.

—Eso también sucederá. No hace falta venirse tan lejos para verla. En Rovaniemi también se ven. No tanto como aquí, pero se ven. —Me río.

—Pues yo no la he visto en este año, y ya llevo dos meses y medio aquí —dice haciendo pucheros.

—Tienes razón. Puede suceder que la veas durante varios días seguidos o que solo aparezca algunos días contados, durante la temporada de auroras. Nunca se sabe. Es imprevisible, como la naturaleza.

—Ojalá la vuelva a ver. Me ha gustado muchísimo. Mi nombre me gusta todavía más, ahora que entiendo lo que sintieron mis padres al verla y lo que significa para ellos.

—A mí también me gusta todavía más tu nombre. —Apoyo mi mano en su pierna y dejo que la radio suene.

La sauna está cerca, a unos quince minutos.

Se llama Kiilopää y pertenece a un complejo turístico.

El exterior está decorado en madera y da a un lago que está casi entero congelado. Solo sigue líquida la parte del lago más cercano al *resort*.

Nos dan toallas y ropa de baño.

Violeta mira las prendas y al exterior, alternativamente.

Fuera hace menos dieciocho grados y sus cristales, tan expresivos como siempre, parecen indicarme que no tiene sentido ponerse esa ropa con tanta nieve.

—¿Qué pasa? —le pregunto poniendo los ojos en blanco.

—¿Cómo que qué pasa? Tú lo sabes muy bien. ¡Voy a salir con un bañador a meterme en agua gélida rodeada de nieve!

—¿Dónde está el problema? ¿No te parece alucinante?

—¡No quiero morir de hipotermia!

—Tranquila, todos los días hacen esta actividad muchas personas y no mueren. Vamos a meternos en esa agua unos segundos y luego corremos a la sauna, que está muy caliente.

—Kaarle, no sé si esto es una buena idea. Hace muchísimo frío. —Ahora me mira preocupada y tiene razón.

—Vale, tienes razón. Si no te ves preparada, no pasa nada. Cuando yo buceo, lo hago con

neopreno. Es verdad, que no paso este frío.

—Exacto.

—Entonces, ¿nos vamos?

Se queda de pie mirándome, con las dudas reflejadas en su rostro.

—Es que quiero hacerlo, pero me asusta de verdad —me explica—. ¿Tú vas a estar conmigo en todo momento? Nos metemos solo unos segundos, y ya, ¿vale?

—Esa es mi chica —digo alzándola del suelo—. Sí, unos segundos, y ya.

—Vale, voy a cambiarme antes de que me arrepienta.



Sale con su melena recogida en una coleta alta y un bañador negro.

Está preciosa. Me encanta su físico. Cuando se hace una coleta, sus mofletes rosados resaltan más.

—¿Preparada?

—Sí, dame la mano.

Me gusta que quiera hacer las cosas conmigo. Que se sienta protegida y cuidada a mi lado. Que me vea una persona segura para ella.

Nos damos una ducha de agua caliente, cogemos la toalla y abro la puerta.

El frío nos da de lleno en el cuerpo, y Violeta empieza a tiritar.

—Corre sin pensarlo.

Salimos disparados por el corredor de madera que hay rodeado de nieve, le suelto la mano y bajo por las escaleras que dan al agua.

Cuando me meto, empiezo a tiritar muy fuerte. El agua quema, y duele.

—Venga, métete. Venga, venga...

Violeta no se lo piensa y se lanza a mis brazos.

—¿Qué tal?

—Salgamos, salgamos... —dice mientras sube las escaleras.

Nada más salir del agua, nos echamos la toalla y corremos hacia la sauna.

Al entrar, sentimos un calor sofocante que hace que a los pocos segundos dejemos de tiritar y nuestro cuerpo vaya entrando en calor.

—¿Qué piensas? —le pregunto mientras veo cómo va recuperando el color de su rostro.

—Jamás me había dolido el cuerpo al meterme en el agua. Estaba congelada.

—Nunca mejor dicho. —Me río.

—¿Cómo has aguantado tanto tiempo?

—¿Tanto? Si habrán sido quince segundos como mucho.

—Pues eso. ¡Tanto!

—No sé. Me gusta sentir el cambio de temperatura. ¿Te ha gustado?

—Ahora más. —Asiente sonriendo.

—¿Quieres repetir?

—¿Otra vez? —inquieta abriendo mucho los ojos.

—Sí.

Antes de que me dé tiempo a analizar la situación, Violeta está abriendo la puerta de la sauna y va corriendo hacia el agua.

—¡Me meto primera! —grita—. Voy a intentar aguantar diez segundos —dice riendo y tiritando.

—Esa es mi chica —grito también.

No llega a diez segundos, pero al menos se mete hasta el cuello y no sale disparada. Va mejorando.

—Voy corriendo a la sauna —me dice sin esperarse a que yo me meta.

Me río al ver cómo corre de un lado para el otro.

Noto en su mirada que está disfrutando.

Me encanta y me enorgullece ver que ha sido valiente de nuevo, y que se ha atrevido a probar otra actividad diferente.

Nos tiramos media hora entrando y saliendo del agua.

Al final, sí que llega a los diez segundos y cada vez tiritita un poco menos, pero me pide irnos, porque empieza a dolerle la cabeza.

Es normal. Puede pasar, después de tantos cambios de temperatura.

Así que, nos vestimos de nuevo y comemos en el bufé del *resort*.

Capítulo 48

Violeta

Tengo la cabeza apoyada en la ventanilla mientras voy viendo cómo el vaho de mi respiración cada vez me deja ver menos.

De fondo, suena Hollow Coves. Nos gusta mucho ese grupo.

El paisaje es inmenso, pero la oscuridad lo baña en su totalidad y solo son las dos de la tarde.

Este fin de semana he disfrutado muchísimo.

Ha sido el mejor fin de semana de mi vida y eso que las últimas semanas no he parado de hacer actividades diferentes, y de disfrutar con mis amigos, pero ver la aurora boreal, hacer el amor con Kaarle, estar perdidos en un pueblo del círculo polar y meterme en el agua helada son muchas experiencias increíbles a la vez.

Soy afortunada.

Encontrar a Heli, ha sido un regalo de la vida. Algo he hecho bien para tener esta suerte.

Encontrar a Onni, ha sido hallar cariño, amistad y calor.

Encontrar a Kaarle, ha sido encontrar mi hogar.

Estoy deseando que vengan mis padres para poder presentárselos.

Unir a mi familia española con mi nueva familia finlandesa tiene que ser maravilloso.

Kaarle también está ilusionado. Me ha dicho en varias ocasiones que tiene muchas ganas de conocerlos. Así que, el veinticuatro de diciembre, vamos a pasar la Nochebuena todos juntos en su casa, con Kalwa y Taimi.

Cuando llegamos a Rovaniemi, mi ventana está completamente empañada y mi corazón completamente enamorado.

Abrazo a Kaarle lo más fuerte que puedo y le doy las gracias una y otra vez.

No creo que sea consciente de lo feliz que me hace.

Solo espero poder devolverle la misma felicidad que él me da constantemente.

Al llegar a mi habitación, me tumbo en la cama y me quedo mirando mi buhardilla.

No sé cuánto rato paso observando el techo, pero me encanta.

Al levantarme, para meterme en la ducha, siento una paz indescriptible.

He estado en silencio conmigo misma y no me he asustado.

Mis pensamientos no me dan miedo.

Me doy cuenta de que, mientras más me escucho, más me entiendo, más en paz me siento y más tranquila puedo estar.

El norte me da calma.

Esta vida me da serenidad y la adoro.

Lleno la bañera con agua muy caliente y me quedo dentro hasta que se enfría.

Al salir, me pongo un pijama navideño y me hago unas tostadas con tomate y aceite para cenar. También llamo a mis padres para contarles que he visto la aurora boreal y agradecerles por haberme puesto mi nombre.

Ahora que consigo entender lo que sintieron ellos al verla, me encanta pensar que cada vez que me llaman, se acuerdan de ese momento.

Ya me falta muy poco para verlos y estamos impacientes los tres.

Mi madre se emociona cada vez que lo piensa.

Mi padre no para de sonreír en las videollamadas y de asegurarme que me va a abrazar tan fuerte, que quizás tengamos que ir al médico porque me ha roto algún hueso. Es decir, que él me curaría.

Mi padre, y sus bromas, consigue hacerme reír siempre que lo escucho hablar.

Entre una cosa y otra, llega la hora de dormir y echo de menos a Kaarle en la cama.

Ahora que sé lo que es dormir con él, estar sola no es lo mismo.

Buenas noches

Dormir sin ti no me gusta

Gracias por este fin de semana

Te quiero

A los segundos me llega su respuesta.

Descansa, Violeta

Desde luego, sin ti siento más frío

Espero poder solucionar este tema pronto

Gracias a ti por pintar mi vida de colores alegres

Te quiero

Me voy a la cama con una sonrisa tras leer su respuesta y, a pesar de no tenerlo a mi lado y de echarlo de menos, duermo muy bien.

Dormir con frío, en un colchón cómodo con buenas mantas, es un placer y una fortuna que, por desgracia, no todos tenemos.



Los días pasan muy rápidos. Hay mucho trabajo.

Onni y Kaarle están muy contentos porque la temporada está yendo estupendamente.

Kaarle se dedica a hacer las excursiones con las motos de nieve y Onni realiza las demás

actividades, como las excursiones con raqueta o el senderismo. También las excursiones cuando parece que habrá una aurora boreal.

Yo he tenido la suerte de poder verla un par de veces más y no me importa que ya no sea la primera vez, o que no sea en un iglú, porque me fascina de igual forma. Me quedo embobada viéndola, y me acuerdo de Kaarle y de mis padres.

Kaarle está entrenando mucho.

El treinta de diciembre tiene la competición final.

Yo ya tengo todas las preguntas redactadas para las entrevistas y el documental montado. Solo me falta meter los *clips* de ese día.

Estoy pasando las tardes dibujando paisajes en Koti.

A veces, también voy a pasear con Heli con las raquetas de nieve. Me ha gustado mucho esta actividad, que nos permite hablar mientras la hacemos.

Casi todos los días ceno con Kaarle; o voy a su casa o él viene a mi buhardilla.

Me gusta la rutina que tenemos.

Hemos pensado ir a Helsinki un fin de semana en enero, cuando baje un poco el turismo y termine su competición.

Me apetece mucho ver la capital.

Por lo que los días se han ido pasando y no he sido realmente consciente de que iba a abrazar a mis padres hasta ahora, que estoy aquí esperándolos en el aeropuerto.

Estamos a veintitrés de diciembre. El aeropuerto está a rebosar, aunque también es cierto que es bastante pequeño, pero hay mucho turismo.

Siento que van a venir más turistas que habitantes tiene la ciudad.

Estoy deseando que mis padres aparezcan ya por la salida para lanzarme a ellos.

Kaarle me ha mandado varios mensajes diciéndome que disfrute mucho y no me despegue de ellos.

Mañana nos veremos por la tarde para la cena, pero, hasta entonces, quiere que me dedique completamente a ellos.

Se lo agradezco mucho.

Me gusta que sea tan comprensible y que le guste que pase tiempo con mi familia.

Me pongo en su lugar, y es duro saber que no tienes la posibilidad de pasar un día así.

A pesar de ello, siento cómo su alegría por mí es sincera.

Kaarle es una persona buenísima. Menos mal que conseguí conocerlo mejor y no quedarme con las primeras impresiones.

Estoy divagando en mis pensamientos cuando veo a mi madre a lo lejos.

Ella suelta la maleta y corre hacia mí.

Nos fundimos en un abrazo y empezamos a llorar. ¡Cuánto la he extrañado!

Mi padre se une con rapidez a nosotros y, a los pocos segundos, siento que otra persona más se une a nuestro abrazo colectivo.

Mi tía Rosa ha venido también.

Al verla... Al verlos a los tres aquí, me emociono de nuevo.

Huelen a casa, a recuerdos, a sol, a luz, a playa...

—¡Os quiero mucho! ¡Por fin estáis aquí! —Río y lloro a la vez sin soltarlos.

—Por supuesto que sí. No aguantábamos más sin verte —asegura mi padre.

—¿Te ha gustado la sorpresa? —pregunta mi madre mirando a la tía Rosa.

De verdad, que lo único que hace que no sean hermanas es que tienen padres diferentes,

pero no se separan jamás. Son uña y carne.

—Muchísimo. Tía, que estés aquí, significa tener a mi familia al completo en mi nueva casa. Gracias por venir.

—No podía perder esta oportunidad por nada del mundo.

Nos montamos en el autobús.

Yo voy al lado de mi madre, que no me suelta la mano.

Los tres parecen niños la mañana de los Reyes Magos.

No dejan de apuntar a todo con el dedo y contarme anécdotas de cada rincón que vemos. Sobre todo, la tía Rosa que estuvo aquí más tiempo.

Cuando llegamos al hostel, Heli no está. Va a pasar un par de días en la casa de su tía Neida.

A los tres les encanta mi buhardilla. Dicen que es mucho más bonita en persona.

Eso está claro. Por mucho que ame la fotografía, es complicado que una foto consiga mostrar la belleza del lugar tal cual, pero bueno, puede aproximarse muchísimo si se hace bien. Con paciencia y amor.

Después de dejar las cosas y esperar a que se duchen y se arreglen, nos vamos a pasear por la ciudad.

Está decorada con muchas luces navideñas y grandes árboles de Navidad en varias placitas.

El lago y el río están congelados, y hace muchísimo frío.

—Madre mía, cuántos recuerdos. ¡Mirad el termómetro, menos veintidós grados! —grita mi madre con ilusión.

—¿Tanto te gusta el frío? —le pregunto riendo.

—Por supuesto que sí, Violeta, y más cuando vamos tan abrigados. Me recuerda a los inicios con tu padre.

—¿Qué os parece si vamos a un restaurante que se encuentra en dirección al parque de Santa Claus? —sugiere mi padre mientras veo cómo se les agrandan los ojos de ilusión a los tres —. Allí comimos un par de veces albóndigas, cuando vinimos a visitar la ciudad —aclara.

—Claro que sí. Yo que pensaba ser vuestra guía y vais a ser vosotros quienes me enseñéis nuevos lugares. —Río.

—¿Has probado las albóndigas de bacalao ya? —me pregunta mi madre.

—No, ni siquiera las había escuchado.

—Pues ha llegado el día. Están riquísimas —agrega mi tía cogiéndome del brazo.

Vamos paseando, jugando con la nieve y haciendo fotos hasta llegar al restaurante. Cuando se vayan, voy a hacer un vídeo de estas vacaciones como regalo de Reyes para los tres.

El restaurante es muy acogedor. Tiene varias chimeneas encendidas y fotos de barcas y pescadores en los lagos y ríos. Además, de fondo suena la típica música finlandesa. Me gusta.

—¿Cómo descubristeis este sitio?

—Nos trajo un amigo que conocimos aquí. Le gustaba mucho —comenta mi padre.

—¿Tenías amigos finlandeses?

—Por supuesto que sí. ¿Qué te creías? Estuvimos en el país varios meses —dice mi madre con una sonrisa, mostrando todos sus dientes.

Mi madre tiene una sonrisa grande igual que la mía. Unos mofletes regordetes y el pelo negro. Sin embargo, es más alta que yo, y tiene los ojos oscuros.

Mis ojos azules son de mi padre.

Me gusta verme reflejada en ambos.

—¿Y no tenéis contacto con ellos?

—Antes no era como ahora. No existía el teléfono móvil, las redes sociales... Se perdieron. Tenemos algunas fotos que se ven regular y sus nombres —dice mi padre.

—¡Pues podríamos buscarlos!

—Podría ser una buena idea, sí —comenta mi tía.

—Mañana en la cena se lo comentamos a mis amigos finlandeses para ver si los conocen o les suena algún nombre.

—¿Mañana en la cena? —pregunta mi madre frunciendo el ceño—. ¿Qué cena, señorita?

—Pues veréis, mañana cenamos en casa de unas personas que se han vuelto muy importantes para mí y quiero que conozcáis. —Estoy muy nerviosa. Quizás tendría que habérselo dicho antes.

—¿Cómo de importantes? —pregunta mi padre.

—Mucho. —Me pongo colorada y sé que han entendido de qué va la cosa.

—Estoy deseando conocerlos... Conocerle —aclara mi madre y me guiña el ojo—. Ya veo que lo tenías guardado.

—Pues ha sido complicado. No quería deciros nada hasta que fuera algo más seguro, y luego me dijisteis que veníais, y ya pensé que era mejor contároslo en persona y...

—¡Violeta! Tranquila —añade mi tía—. Ya nos imaginábamos que había alguien especial por aquí. Solamente nos hablabas de Heli y de tus amigos en general. Sin decirnos nombres o comentarnos algo sobre ellos.

—Pero qué listillos que sois —digo un poco más relajada—. Mañana conoceréis al chico especial. A su abuela y su hermana. Heli y su novio cenan en casa de la tía de ella, la de la artesanía. A ellos los conoceréis en unos días.

—Estupendo. Tenemos que ponernos bien guapos, entonces. —Ríe mi padre mientras me aprieta fuerte la mano.

Mis nervios empiezan a disiparse.

Mis padres me iban a comprender y mi tía también.

Ellos entienden que en la vida no hay nada planeado y que puede suceder cualquier cosa, como enamorarse en otro país. Siempre han sido buenos, empáticos y comprensibles conmigo. Por eso, son mis padres, mi familia y mis mejores amigos.

Llegan las albóndigas y huelen deliciosas.

Nunca había comido albóndigas de pescado, y me encantan.

—¡Oye! ¿Por qué nunca las habíamos cocinado en casa con lo rica que están?

—Porque es una receta típica de Finlandia y siempre dijimos que, cuando volviéramos aquí, las comeríamos de nuevo. Queríamos recordarlas tal cual. Comerlas con tantas ganas como tenemos ahora —explica mi madre.

—Vale. Muy buena idea, pero cuando vaya a España, pienso cocinarlas con vosotros.

—¿Vas a cocinar? —Se ilusiona mi madre.

—Qué remedio. No me puedo morir de hambre y, bueno, me está gustando. Sola no hago mucho todavía, pero voy sobreviviendo. Cocinar con la familia de Kaarle me gusta. —De repente, se hace el silencio en la mesa. No sé qué ha pasado—. ¿Qué sucede?

Mi madre mira a mi tía y yo no entiendo nada.

—Nada, nada —asegura mi tía—. Ese nombre nos ha recordado a alguien.

—¿Así se llamaba uno de vuestros amigos? ¡Qué ilusión!

—Algo así —comenta mi tía.

Mi padre desvía la conversación y me pregunta por el trabajo, y por los sitios que he visitado, pero no me olvido de comentarle mañana a Kaarle que mi familia tenía un amigo que se llama como él. ¡Qué coincidencia! Quizás lo conozca.

El resto del día lo pasamos paseando, comprando decoraciones de Navidad en los puestos de la ciudad y tomando chocolate caliente en tazas por la calle.

Capítulo 49

Violeta

Cuando llamamos al timbre, estoy muy nerviosa.

Me he puesto un vestido rojo de media manga, con unas botas negras de suela alta. Me he dejado el pelo suelto y mi madre me lo ha rizado.

Le encanta cómo me queda este color. Dice que así me parezco más a la aurora boreal, porque desprendo luz y color.

Mi tía me ha pintado los ojos y, como toque final, he añadido al conjunto las orejeras de reno que me regaló Kaarle para ir al parque de Santa Claus. Es Nochebuena, y los complementos navideños no pueden faltar.

Mis padres y mi tía también se han puesto muy guapos y elegantes, pero de camino a la casa de Kaarle hemos parado en un puesto navideño para comprar tres gorros de Papá Noel.

Todos vamos en sintonía con la celebración de hoy, y me encanta.

Kaarle es quien abre la puerta.

Nada más verme, me mira de arriba abajo y me da un beso suave en los labios, y un abrazo.

Antes de despegarse, me susurra en el oído:

—Santa Claus ha cumplido mi deseo y me ha traído el mejor regalo de Navidad. Estás preciosa.

Me pongo colorada al segundo.

Él también está muy guapo. Lleva una camisa roja de manga larga y un vaquero negro. Su pelo y su piel se ven blanquísimos, en contraste con el color de la camisa, pero la sonrisa que tiene le llena de vida.

Voy a apartarme para presentárselo a mis padres y a mi tía, cuando veo que algo no marcha bien.

Mi tía tiene las manos en la boca. Se ha quedado petrificada, pero las lágrimas caen por sus mejillas a borbotones. Tiene la mirada fija en las raquetas de nieve roja que dejé en casa de Kaarle ayer, tras mi excursión con Heli por el lago.

Mi padre y mi madre nos miran como si hubieran visto un fantasma. Parece que quieren decir algo, pero no saben el qué o cómo.

—Eh... ¿Qué sucede? ¿Qué pasa? Os presento a Kaarle, mi novio.

Mi tía parece escuchar mis palabras, porque desvía la mirada de las raquetas a la cara de Kaarle.

Se quita las manos de la boca. Su cara está empañada de lágrimas.

Mis padres se acercan a mí. Van a saludar a Kaarle cuando mi tía dice:

—Lo siento.

—¿Cómo? ¿Qué pasa, tía?

En ese instante, Kalwa aparece en la puerta con la bandeja de la comida en las manos. Está sonriendo cálidamente, como siempre, pero cuando desvía la mirada hacia mi tía, sus manos le fallan y se le cae la comida al suelo.

Toda expresión calmada desaparece de su rostro.

—¡Tú! —dice.

—¿Os conocéis? —pregunta Kaarle, cuyos ojos se van oscureciendo cada vez más.

—¿Qué pasa? ¿Alguien nos puede explicar qué sucede?

No tenía ni idea de cómo se iba a desarrollar la cena, pero está claro que así no.

—Violeta... —empieza a decir mi madre, agarrándome del brazo y mirándonos a Kaarle y a mí—. Tu tía...

—Lo siento —repite mi tía.

—¿Mi tía qué, mamá? —digo de forma más ruda de lo esperado, pero es que no tengo ni idea de qué sucede, y parece que soy la única—. Kaarle, ¿estás bien?

No, no está bien. Se ha vuelto frío de repente. No sonrío. Sus ojos no tienen color y, cuando trato de tocarle el brazo, se aleja de mí.

—Dilo. Dilo de una vez —grita enfadado—. Di quién eres —le ordena a mi tía.

—Soy tu madre —susurra esta—. Tu madre. Lo siento. Lo siento tanto.

Me quedo en blanco. ¿Mi tía es la madre de Kaarle? Pero ¿esta qué clase de broma es? La madre de Kaarle había desaparecido tras la muerte de su padre.

—¿Cómo? Pero si vuestra madre había desaparecido tras la muerte de vuestro padre Kaarle. —La confusión baña mi cerebro, pero las lágrimas no dejan de caerme. Siento que lo estoy perdiendo por segundos, y ni siquiera sé lo que he hecho.

—Esa es la madre de Taimi. La mía me abandonó cuando yo tenía tan solo tres meses. Desapareció, y jamás volvió.

Capítulo 50

Kaarle

Estoy encerrado en mi habitación. Apoyado sobre la puerta, que Taimi no para de intentar abrir.

La escucho sollozar y suplicarme que le abra, que es Nochebuena y ya mismo viene Santa Claus. Tenemos que cenar y estar felices.

Normalmente lo haría. Le concedería todos los deseos del mundo a mi hermana, pero hoy no puedo.

Violeta se ha ido hace un rato con sus padres y su tía.

Su tía...

¿Cómo puede ser que su tía sea mi madre?

Mi mundo acaba de desmoronarse por completo.

Hace media hora me sentía feliz, en paz y tranquilo. Había estado hablándole a mi padre, diciéndole que esperaba que le gustara Violeta y su familia, que iba a tenerlo presente toda la noche, pero que me iba a permitir sonreír, estar alegre y feliz.

Me lo merecía.

Al igual que mi abuela, que llevaba todo el día cocinando, y mi hermana que estaba llena de ilusión, como yo, por conocer a la familia de Violeta.

Mi Violeta... Ella también se lo merecía, porque me devolvió la calma que necesitaba. Curó las grietas que existían en mi corazón y me dejó unas cicatrices que me gustaban. Me recordaban a mi padre, pero también me recordaban que estaba vivo y debía vivir mi vida.

Ahora... ¿Ahora cómo sigo hacia delante? ¿Violeta es mi prima?! ¿En serio el mundo tiene que ser así de injusto conmigo?

Encuentro a una persona que me complementa y me llena, y tiene que ser la sobrina de mi madre. La mujer que desapareció, que se olvidó de mí, que durante veinticuatro años no ha dado ninguna señal de vida, y que destrozó a mi padre durante años. La mujer que más daño me ha hecho en la vida, a pesar de no conocerla, es familia de Violeta.

Mientras más lo pienso, más surrealista es todo.

Sé que Violeta no tenía ni idea. No tengo duda. Sus ojos transparentes, su expresión al escuchar a mi madre, la súplica en su mirada cuando veía cómo me alejaba... Ella no tiene la culpa.

Pero es imposible que estemos juntos.

Joder, somos primos, y encima conoce a mi madre.

¿Voy a hacerle elegir entre su tía, la que la ha acompañado toda su vida, o yo? Por supuesto que no, y, aunque la hiciera elegir, sería incesto.

No es posible.

No puedo volver a hablar con ella.

No puedo volver a verla.

Si la tengo cerca y no puedo estar con ella, me destrozaré.

¡Cómo si ya no estuviera destrozado!

Me duele el pecho, el corazón, los ojos, la cabeza... Me duele todo.

Quiero volver al instante en el que la conocí, y no aparecer ese día. Decirle a Heli que no puedo quedar.

Yo no quería volver a sentir, porque no deseaba sufrir de nuevo, y, joder, me imaginé mil maneras de sufrir por Violeta, pero ¿esta? Esta jamás.

Acaba de esfumarse todo sueño y deseo de vida a su lado, todos nuestros planes de futuro, todas nuestras ilusiones... ¿Y por qué? Por una mujer que no se ha dignado a aparecer y a conocerme jamás, pero que de nuevo me destroza a mí y a las personas que quiero.

No consigo mantener la mente en silencio, en blanco, y Taimi no para de sollozar tras la puerta.

Me tapo los oídos con ambas manos para no escucharla e intento concentrarme solo y únicamente en mi respiración, pero no me es posible.

No sé qué hacer, a quién gritar. Necesito sumergirme bajo el hielo ahora mismo.

Me visto con el neopreno, lo preparo todo y salgo de la habitación sin mirar a mi hermana y a mi abuela, que está a su lado acariciándole la espalda.

—¿Adónde vas?

—A bucear. Necesito dejar de pensar.

—Kaarle, así no te vas a ir a ningún lado —afirma mi abuela poniéndose delante de la puerta.

—Por favor —suplico.

—No. Ya perdí a mi hijo, y no pienso perder a mi nieto también, por culpa de este deporte.

Sus palabras se me clavan dentro.

Mi abuela perdió a su hijo y muy pocas veces la he visto desfallecer delante de mí. Ella es la más fuerte de esta familia y, de nuevo, está siendo el pilar que necesita Taimi, y que sé que necesito yo. Aunque no pueda admitirlo.

—Abuela, me duele —digo tocándome el pecho—. Me duele demasiado. Necesito que pare. No quiero volver a sentirme como hace cuatro años, por favor —termino suplicando. Noto mis mejillas mojadas. Estoy llorando y no sé cómo parar este dolor.

Taimi se abraza a mis piernas, mi abuela se abraza a mi pecho y poco a poco terminamos los tres acurrucados en una esquina en el suelo.

—¿Por qué a mí? ¿Por qué de nuevo pierdo a una persona que amo tanto?

—Violeta sigue viva. Aún no la has perdido.

—Pero es mi prima, abuela.

—Te equivocas. Rosa no tiene hermanas. Tiene una mejor amiga a la que considera como su hermana, y que conoció en la universidad. Esa mejor amiga es Clara. Es la madre de Violeta.

—Entonces, ¿Violeta no es mi prima? —De repente, un rayo de esperanza atraviesa mi corazón malherido.

—No —afirma la abuela con una tímida sonrisa.

—Pero, igualmente, ella la llama tía. Mi madre es una persona importante para ella, abuela, y mi madre solo me ha traído dolor a mi vida. No puedo estar con Violeta.

—Tranquilo, Kaarle. Tranquilo. Ahora estamos en medio de la ventisca de nieve, pero esta se acabará. La nieve quedará en el suelo, en calma, en paz, para que los demás la disfruten, y el sol saldrá.

—Abuela, yo no quería volver a sentir.

—Y yo estaba deseando que lo hicieras. Recuerda, Violeta no se ha muerto. No es lo mismo

que tu padre. Y, Kaarle, tu madre también sigue viva. La has visto y has visto su expresión, tal y como yo la he visto. Quizás deberías escucharla, y conocer su historia.

—No. Jamás. —Las últimas palabras de mi abuela me han enfurecido.

Ella sabe lo mal que lo pasó mi padre. A ella le he preguntado una y otra vez por mi madre, y no tenía las respuestas que necesitaba.

Nadie, ni siquiera mi abuela, sabía por qué no me quiere mi madre. Por qué me abandonó o por qué me tuvo, si no era su deseo.

—Vale, vale... Está bien. Tranquilo. Superemos esta nueva ventisca juntos.

—Sí, Kaarle, por favor. No te pongas triste. Violeta es superbueno y guapo, y te quiere mucho. No estés triste. Seguro que estáis juntos al final. Mi madre tampoco está aquí, y yo no estoy triste. —Sonríe Taimi, mientras sigue tumbada en mis piernas.

Las palabras de ambas me han calmado un poco, pero el dolor que siento no desaparece y la imposibilidad de tener un futuro con Violeta es mi realidad.

Capítulo 51

Violeta

No sé qué hacer ni adónde ir. Mi vida se ha parado. Me he quedado en *shock*.

¿Mi tía Rosa es la madre de Kaarle?!

Es que es imposible, pero lo más imposible aún es que mis padres lo sabían.

¿No será hoy el día de los inocentes en Finlandia y me están gastando una broma? Por favor, si es así, que se acabe ya. Es la peor broma de la historia.

Estoy corriendo por el lago, me he alejado de mis padres y de mi tía.

A pesar de que no dejaban de gritar mi nombre, yo no podía hablar con ellos en este instante.

Necesito hablar con alguien que me entienda, y que me explique lo de la madre de Kaarle.

Todo este tiempo he dado por hecho que su madre y la de Taimi eran la misma.

¿Por qué nunca me contó nada de ella? ¿Por qué?

Quizás porque ni él sabía nada.

Le he mandado varios mensajes y le he llamado varias veces, pero nada. Me sale que tiene el teléfono apagado.

Necesito hablar con él. Que me explique, que me diga por qué él supo antes que yo que Rosa era su madre.

Tengo que decirle que yo no sabía nada, y que jamás habría imaginado algo así.

Yo no le haría daño.

Le amo.

Necesito hablar con Kaarle. Necesito entender, pero no me coge el teléfono y sé que ir a su casa ahora mismo sería inútil.

Me ha cerrado la puerta en las narices.

Estará dolido. ¡Qué digo dolido! Estará destrozado.

Acaba de aparecer su madre, por lo que tengo que darle algo de tiempo.

Las únicas personas que pueden explicarme mejor la situación de Kaarle son sus mejores amigos.

¿Seré muy egoísta si los llamo? ¿Si le pido ayuda a Heli?

Quizás Kaarle lo ha hecho ya y, en ese caso, quiero que lo ayuden a él antes, pero a mí también me duele el corazón.

Acabo de perder a mi novio y de enterarme que las tres personas más importantes de mi vida, durante veintiún años, me han mentido.

Heli no coge el teléfono. Son las nueve de la noche, por lo que supongo que estará disfrutando con su familia.

No quiero destrozales la cena de Nochebuena.

No sé adónde ir ni qué hacer.

He dejado de correr y empiezo a congelarme de frío.

Tampoco quiero volver a mi buhardilla, porque mis padres estarán allí, y no quiero hablar

con ellos ahora mismo.

Me han decepcionado.

Mis pilares acaban de desmoronarse y ya no sé ni quiénes son.

Decido ir a Koti. Es el único sitio que siento que me puede calmar ahora mismo.

Al entrar, la dueña me reconoce. Eso de venir tantas veces a un mismo sitio, hace que sus dueños sepan quién eres.

Hay varias mesas ocupadas, incluida la mía, la que suelo ocupar siempre, pero no hay nadie solo. Todos son grupos de personas cenando, y están felices.

—Hola, ¿necesitas algo? ¿Te pongo algo caliente? Estás tiritando —me pregunta con una expresión cálida en el rostro.

—Un chocolate caliente, por favor.

—Enseguida te lo traigo.

Asiento y miro el teléfono.

¿Cómo se ha podido desmoronar mi vida en cuestión de minutos? Esta tarde estaba vistiéndome y arreglándome con mis padres y mi tía, llena de ilusión, y, ahora, estoy sentada en mi cafetería, aguantando las lágrimas y con un dolor en el pecho y en la barriga que no cesa.



Son más de las doce de la noche, y en muchas casas estarán abriendo los regalos de Santa Claus, mientras disfrutan de su familia.

La cafetería está a punto de cerrar y tengo que volver a casa, a mi buhardilla, pero no quiero. No puedo enfrentarme a esta situación ahora mismo. No sé a dónde ir. Así que, pruebo a llamar a Heli de nuevo y, esta vez, afortunadamente, me lo coge.

—Hola, Violeta. ¿Qué tal la noche? —me pregunta mientras oigo barullo de fondo.

Al escuchar su voz, las lágrimas vuelven a descender por mi mejilla.

—Heli... —digo con la voz rota—, la mejor amiga de mi madre, mi tía Rosa, es la madre de Kaarle.

—¿Qué?!

Empiezo a llorar más fuerte y no consigo parar. No puedo pensar ahora mismo en inglés. No puedo comunicarme. Solo necesito que venga, me abrace y me explique.

Sé que suena muy egoísta, porque ella está disfrutando con su familia, pero no me he sentido más sola en toda mi vida.

Parece que mi silencio, interrumpido solamente por mis gemidos, hace que Heli vuelva a hablar:

—Violeta, ¿dónde estás?

—En Koti, pero casi van a cerrar —consigo decir.

—¿Por qué no vuelves a casa?

—No puedo, Heli. Mis padres y mi tía están allí. Ahora mismo no puedo.

—Vale, vamos para allá. Tardamos un poco. ¿Puedes quedarte en Koti mientras llegamos?

—Voy a preguntar.

La dueña, con su cálida expresión, me dice que por supuesto.

Ella va a ir recogiendo mientras espera a que Heli llegue.

No sé cómo podré agradecerle a esta mujer su hospitalidad. Me está salvando del frío, la noche más difícil y extraña de mi vida. No hay duda de que su cafetería desprende su esencia, su amable personalidad. Quizás, por eso, me enamoré de este lugar la primera vez que entré.

Desprende amor y hogar en cada rincón.

—Sí, Heli. Me dice que puedo quedarme aquí.

—Vale. Tranquila, Violeta. Vamos para allá.

Decido ayudar a recoger mientras espero.

No me pregunta qué me sucede y se lo agradezco. Con sinceridad, no sabría qué decirle ni cómo explicarle esta noche, pero gracias a ella no he muerto congelada y no me he quedado sola.

Al mirar mi móvil, veo que tengo varias llamadas perdidas de mis padres.

No quiero cogerles el teléfono, aunque decido mandarles un mensaje. Por mucho daño que me hayan hecho esta noche, son mis padres.

Les escribo que voy a quedarme con Heli y Onni, y que ahora mismo no quiero ni puedo hablar, que por favor me den unos días.

Mi madre responde al instante pidiéndome perdón y diciéndome que me quieren muchísimo, que por favor vuelva pronto para que les deje explicarse.

Lo voy a hacer. Voy a dejarles hablar, pero antes quiero escuchar qué pueden decirme Heli y Onni.



Cuando entran en la cafetería, corren para abrazarme, y yo comienzo a llorar de nuevo mientras balbuceo:

—Yo no sabía nada. No sabía nada, os lo prometo.

La dueña nos informa de que se va a subir a su casa, que está justo arriba, y que cuando nos vayamos, simplemente tiremos de la puerta.

Me extraña la tranquilidad y la seguridad que tienen. Mi país es seguro, pero no creo que nadie fuera a dejar su negocio sin cerrar.

—Violeta, tranquila. —Onni me pone una mano en la espalda y me conduce a la mesa en la que siempre me siento—. Cuéntanos qué ha pasado.

Empiezo a hablar y les cuento con todo lujo de detalles el encuentro en la casa de Kaarle, y su posterior reacción.

Cuando termino, tengo los ojos rojos y los siento hinchados. Me duele la cabeza. Creo que nunca en mi vida me había sentido tan triste y traicionada.

—Vale, respira —me indica Heli—. Vamos a explicarte lo que necesitas saber y después puedes quedarte en mi casa a dormir un par de días. Todo se pondrá en orden de manera rápida. Estoy segura de ello.

—Ojalá. No puedo perder a Kaarle. Es lo mejor que me ha pasado en la vida. Kaarle, vosotros y este país. No puedo perderos.

—Shh..., respira. Después voy a pasarme por casa de Kaarle. Si él no me deja entrar, Kalwa seguro que sí. Yo voy a dormir en su casa. Estoy seguro de que también está sufriendo, pero, cuando se calme la situación y se hablen las cosas, todo se arreglará. La comunicación es la clave, Violeta.

—Lo sé, Onni, pero Kaarle no quiere hablar conmigo.

—Igual que tú no quieres hablar con tus padres y Rosa, pero terminarás haciéndolo, ¿verdad? —pregunta Heli con una pequeña sonrisa.

—Sí, bueno..., decidme. ¿Cómo es posible que mi tía Rosa sea la madre de Kaarle? ¿Qué sabéis vosotros?

—¿Te acuerdas de cómo reaccionó Kaarle cuando lo conociste por primera vez y Heli le

dijo que eras española? —Asiento—. Su reticencia hacia ti, y esa manera que tenía de comportarse, no es porque fueras extranjera. Es porque su madre también era española y, desde entonces, tenía un odio a los españoles irracional.

»Desde el inicio me caíste bien, Violeta —asegura Heli—. Y no sé qué impulso me dio para llevarte a conocer a mis amigos. Supongo que te veía sola, veía que buscabas conocer a personas, porque querías integrarte. Parecías amable, sonriente, cálida, buena... Pensé que sería una buena oportunidad para que Kaarle cambiara sus prejuicios hacia los españoles.

—Los dos sabíamos que no se lo iba a tomar bien. Y así fue. —Ríe un poco Onni, sacándome un amago de sonrisa a mí también.

Ahora entiendo mejor la reacción inicial que tuvo Kaarle conmigo y, por supuesto, no puedo culparlo.

—Cuando aceptó que trabajaras en nuestra pequeña empresa, Heli y yo nos pusimos muy felices —continúa Onni—. Quizás no lo parecía, pero, de alguna manera, estaba consiguiendo superar el daño que tenía guardado en su interior por su madre.

—Y cuando fuisteis a Oulanka, no lo podíamos creer. Al volver, lo visitamos y dimos uno de nuestros paseos por el lago. Nos dijo que no le parecías una persona odiosa. Es más, que lo hacías reír. Había disfrutado ese fin de semana, pero no quería seguir viéndote. Él no quería admitirlo, pero ya sabíamos que su corazón empezaba a sentir algo por ti —me explica Heli guiñándome un ojo.

—Nosotros lo entendíamos. Si no quería tener un contacto demasiado cercano a ti, no podíamos hacer nada. Había aceptado trabajar contigo, estaba siendo amable dentro de la fría personalidad que tiene cuando el dolor le supera e, incluso, habíais viajado juntos. Le dijimos que no pasaba nada, que había dado un paso muy grande y que estábamos orgullosos de él. Y es la verdad —afirma Onni mientras sonríe—. No imaginas cuánto admiro a Kaarle.

—Yo también lo admiro, chicos. Muchísimo —digo volviendo a derramar lágrimas al pensar en el daño que le estoy ocasionando.

—Sin embargo, después del accidente de motos, supimos que vuestra unión ya se había forjado. Él tardó un tiempo en admitírnoslo, pero nosotros ya lo sabíamos. Nunca te presenté a Kaarle y a Onni con la intención de que tuvieras algo con él. Eso ocurrió de manera inesperada, pero a nosotros nos parecía estupendo. Eres una chica maravillosa, Violeta. Solo nos has aportado cosas buenas. Has conseguido que Kaarle vuelva a ser un hombre lleno de ilusión, con ganas de vivir el presente y afrontar el futuro. Con ganas de reír. Jamás podremos agradecerte todo lo que has hecho por él.

—Pero ahora lo he destrozado. Si no me hubiera conocido, no estaría pasándolo tan mal. Tendríais que haber visto sus ojos. Cómo se oscurecieron de nuevo.

—Violeta, es cierto que ahora estará muy dolido, pero, cuando reflexione y recapacite, verá que tú no le has hecho nada. No sabías nada de esto.

—¿Y por qué nunca me lo contó?

—No suele hablar de su madre. Yo lo sé porque soy su amigo desde hace muchos años, y Heli porque es mi novia. Cuando desapareció la madre de Taimi, la segunda madre de Kaarle, después de la muerte de su padre, no levantaba cabeza. No conseguía entender por qué lo abandonaban todas sus madres.

—Yo tampoco entiendo por qué mi tía hizo algo así. Os juro que es una buenísima persona o, al menos, yo pensaba que lo era. No lo entiendo. De verdad que no.

—Nosotros tampoco lo sabemos. Ni siquiera Kaarle lo sabe. Su abuela y su padre tampoco.

Por lo poco que nos ha contado, parece ser que desapareció sin más. Así que, piénsalo, ahora puede obtener todas las respuestas a las preguntas que lleva haciéndose desde que tiene uso de razón.

—Sí, Violeta —asegura Onni—. Pase lo que pase, decidan lo que decidan Rosa y Kaarle, este conseguirá las respuestas. Así que, de nuevo, no te martirices. Le has hecho bien. Es mejor saber una verdad, aunque duela, que seguir siendo un ignorante toda tu vida. Cuando Kaarle consiga sus respuestas, podrá superar la huida de su madre y, créeme, lo necesita.

—Gracias, chicos. Gracias por haber venido. Siento de verdad haberos destrozado la Nochebuena.

—Pero ¿qué dices? Lo siento yo por no haber visto tu llamada antes. —Me abraza Heli.

—Creo que necesito descansar y reflexionar un poco sobre todo lo sucedido. Antes de ir a hablar con mi tía y mis padres, debo tener la mente despejada y preparada para lo que puedan contarme que, sin duda, dolerá.

—Pues venga, vamos a mi casa. Onni nos deja allí, y luego se va con Kaarle.

Asiento y salimos de Koti.

El frío me azota en cada fibra de mi cuerpo y comienzo a tiritar.

Dentro del local se estaba muy bien.

Onni cierra la puerta de la cafetería y vamos corriendo al coche.

—Por favor, dile que yo no sabía absolutamente nada y que lo siento infinito. Voy a estar esperando a que quiera hablar conmigo. No importa cuánto tiempo tarde en querer hacerlo. Voy a estar aquí. Díselo, por favor —le pido a Onni antes de bajarme del coche para ir a la casa de Heli.

—Se lo digo, tranquila. Descansad.

Heli le da un beso dulce y me coge la mano.

Entramos en su casa y me parece preciosa. Está decorada de forma muy similar al hostel, y huele a flores.

No obstante, ahora estoy muy cansada para pedirle que me enseñe la casa, así que subimos a su habitación. Me presta un pijama y, antes de que salga del baño, me quedo dormida.

Capítulo 52

Kaarle

Las sábanas están revueltas por toda mi cama. No consigo dormir.

Llevaba muchas noches seguidas descansando como un oso, y me sentía estupendamente, pero, ahora, de nuevo, no puedo dormir.

Es horrible. Ojalá no me afectasen los problemas por la noche.

Da igual la de vueltas que dé, porque por la noche no puedo solucionar nada. Lo único que consigo es estresarme más, pero no puedo descansar. No lo logro.

Me levanto y miro el móvil.

Tengo varias llamadas perdidas de Violeta y varios mensajes sin abrir.

Lo borro todo sin mirarlo.

¿Para qué? ¿Qué puedo decirle? Nuestra relación se ha roto y nada puede solucionarlo. La mejor amiga de su madre, su tía, es mi madre. La mujer que me abandonó, que jamás se dignó a llamar, ni siquiera tras la muerte de mi padre. ¿Así que para qué voy a leer sus mensajes? Bastante dolor siento ya en mi interior, para sumarle uno más.

Voy a la cocina a por un vaso de agua y al entrar en ella me acuerdo de Violeta.

Maldita sea, hay recuerdos de Violeta por toda la casa, en cada estancia. Incluida mi cama.

Joder, qué injusto.

Decido ponerme a hacer ejercicio. Mientras más flexiones haga, más abdominales, más saltos..., más cansado estaré y quizás, solo quizás, consiga dormir.

Nada.

No funciona nada.

No sé qué hora será, pero sigo con los ojos como una lechuza, mis pensamientos a mil y el corazón hecho añicos.

Me pongo los auriculares y el nuevo disco de Taylor Swift. Su álbum *Folklore* me encanta.

Cierro los ojos e intento sumergirme en la música.

Con la canción de *Exile*² las lágrimas se deslizan por mi mejilla.

*I think I've seen this film before
And I didn't like the ending
I'm not your problem anymore
So who am I offending now?
You were my crown
Now I'm in exile, seein' you out
I think I've seen this film before
So I'm leaving' out the side door
So step right out, there is no amount
Of crying I can do for you
All this time
We always walked a very thin line*

*You didn't even hear me out (you didn't even hear me out)
You never gave a warning sign (I gave so many signs)
All this time*

*Creo que ya he visto esta película
Y no me gustó el final
Ya no soy tu problema
Así que, ¿a quién ofendo ahora?
Eras mi corona
Ahora estoy en el exilio, viéndote desde afuera
Creo que ya he visto esta película
Así que me voy por la puerta lateral
Así que sal, ya no hay más
Lloros por ti
Todo este tiempo
Siempre caminamos por una línea muy delgada
Ni siquiera me escuchaste (ni siquiera me escuchaste)
Nunca diste una señal de advertencia (di tantas señales)
Todo este tiempo*



Me voy relajando poco a poco a medida que las voces de Taylor Swift y Bon Iver se abren paso por mi interior.

De repente, oigo la puerta de mi habitación abrirse con lentitud.

Me quedo parado, aguanto la respiración y me hago el dormido.

Sin abrir los ojos, escucho como alguien arrastra un colchón hasta los pies de mi cama, luego coge unas mantas, se desviste y se tumba.

Cuando vuelve a escucharse el silencio, decido abrir los ojos un poco y veo las botas de Onni.

Al darme cuenta de que Onni está a los pies de mi cama, se me escapa un gemido que sin duda este escucha.

—Tranquilo, Kaarle. Estoy aquí. No pienso dejarte solo. Esta vez no me apartarás —susurra.

—¿Cómo te has enterado? —le pregunto con voz queda.

—Violeta.

No necesito más explicación.

La simple mención de su nombre me hace ver que, a pesar de lo que ha pasado esta noche, de la muralla infinita que se ha levantado entre nosotros, Violeta sigue siendo Violeta y se preocupa por mí.

Noto lágrimas en mi rostro de nuevo y no puedo evitar respirar más rápido de la cuenta.

—Me ha transmitido un mensaje —me informa.

Silencio y oscuridad. ¡Qué contesto!

—¿Quieres que te lo diga? —me pregunta.

Silencio de nuevo. ¿Cómo puedo decir que no? Sin embargo, es lo que quiero, decirle que no.

Muevo la cabeza de derecha a izquierda a la vez que mis labios pronuncian un suave sí.

—Violeta no tenía ni idea. Jura y perjura que jamás te haría daño. Y tío, yo la creo. Heli la cree y sé que tú también la crees. —Se calla unos segundos antes de añadir—: Dice que, cuando te sientas preparado, estará ahí para explicarse y escucharte. Pase el tiempo que pase, promete que estará.

Mi Violeta siempre tan buena, empática y atenta. Por qué no se da cuenta de que da igual lo que hablemos; ya no existe un futuro para nosotros. No puedo ser su amigo. Lo intenté y no pude.

Ahora menos.

¿Para qué tenemos que hablar? No tiene sentido ya.

La habitación vuelve a quedarse en silencio.

Pasan los segundos y mis ojos siguen abiertos de par en par.

—¿Cómo está? —me intereso al cabo de un rato. Quizás Onni ya se ha dormido.

—Destrozada. Nos llamó un par de veces esta noche, pero no lo vimos hasta que terminó la celebración. Estaba en Koti cuando fuimos a por ella. La dueña la dejó quedarse allí mientras llegábamos.

Al escuchar las palabras de Onni, mi corazón se rompe un poco más. Pensaba que no era posible, pero sí que lo es. Me la imagino sola en nuestra cafetería en Nochebuena y me da tanta pena como rabia.

No tendría que haber sucedido así.

Llevaba semanas hablando de las ganas que tenía de volver a ver a su familia, de la ilusión que le hacía que los conociera.

Estúpido iluso, no sé cómo pude pensar que me iría bien, que volvería a ser feliz. Hay personas para las que la felicidad no está destinada, y yo soy una de ellas.

Si no me hubiera conocido hoy, estaría celebrando la Navidad con su familia, como un año más, con esa sonrisa preciosa en su cara y esas ganas de comerse el mundo, que la definen.

—¿Por qué no estaba con sus padres y Rosa? —No puedo decir mi madre. Me es imposible.

—No confía en ellos. Le han fallado. Dice que jamás se ha sentido más sola en su vida, pero, a pesar de todo, va a escucharlos. Solo necesita tiempo.

—¿Y dónde está ahora?

—Con Heli. Se queda a dormir en su casa. Kaarle... —dice con voz cauta—, ¿cómo estás? No paras de preguntarme por Violeta, y me alegro, porque estoy seguro de que acabarás hablando con ella. Así podréis explicaros. Pero ¿tú cómo estás?

—Perdido, dolido, enfadado, triste... No sé, Onni. De nuevo mi corazón se ha resquebrajado. De nuevo siento el dolor en cada parte de mí. De nuevo he perdido a una persona importante de mi vida. ¡Qué digo importante! A la persona de mi vida. Tengo que volver a empezar otra vez, y no sé cómo hacerlo. No sé si quiero hacerlo.

—Kaarle..., te entiendo. Te juro que, si pudiera hacer algo para quitarte tu dolor, lo que sea, lo haría, pero solo puedo estar a tu lado y escucharte. Ser tu desahogo.

—Estás durmiendo a mis pies. Te has venido conmigo en Nochebuena. Estás haciendo muchísimo, Onni. Gracias —afirmo con total sinceridad.

—Kaarle, intenta descansar. Si no puedes, despiértame, pero inténtalo. Te juro que esta ventisca pasará, y mucho más rápido que la primera.



Cuando me despierto, me duele la cabeza.

He dormido toda la noche en un duermeyela. Bueno, toda la noche, no. Cuando conseguí dormirme. Además, estoy agarrando fuertemente las sábanas y huelo demasiado mal.

Veo que Onni sigue sobado e intento hacer poco ruido mientras voy al baño. Necesito una ducha fría.

Cuando salgo de la ducha me encuentro a los tres en el sofá. Sé que estaban hablando de mí porque, nada más verme aparecer, se callan.

—¿Qué pasa?

—¿Cómo has dormido? —me pregunta mi abuela, mientras Taimi viene para abrazarme.

La cojo en brazos y me siento en el sofá con ellos.

Me paso una mano por la cabeza y encojo los hombros.

—¿Y cómo estás? —pregunta Onni.

—Mal. Es que no lo entiendo. No comprendo por qué me abandonó. Violeta me ha hablado varias veces de ella. Siempre me ha contado historias buenas y divertidas con su tía y su madre. ¿Cómo puede estar feliz y tranquila después de haber abandonado a su hijo? ¿Cómo puede vivir con esa carga? No lo entiendo. De verdad que no. ¿Tan malísima persona es?

—Kaarle... —empieza a decir mi abuela—, ¿y si hablaras con ella? ¿Hablásemos? Yo también tengo muchas preguntas. También quiero saber por qué abandonó a mi hijo de ese modo.

—No —suelto con rapidez—. No hay discusión. No pienso hablar con ella. Ella no ha venido a buscarme. Ha sido casualidad. Así que, no. Nada de lo que me diga podrá hacerme cambiar de opinión sobre su forma de ser.

—Pero, Kaarle... —comienza Onni—, podrías obtener las respuestas a todas tus preguntas, piénsalo. Aunque luego decidas no perdonarla, o no tener contacto con ella. Podrías dejar de preguntarte tantas cosas que te atormentan.

Sé que tiene razón, pero no estoy preparado o quizás tengo miedo al rechazo. ¿Y si ella no quiere hablar conmigo? ¿Y si me rechaza de nuevo? No quiero vivir eso. No ahora.

—Necesito tiempo.

Ambos asienten y me dedican una pequeña sonrisa.

—Kaarle —me llama mi hermana.

—¿Qué?

—Te quiero. No lo olvides. Hay personas que te quieren, y yo soy una de ellas. Mejor dicho, yo soy la que más te quiere. No estés triste. —Me abraza todo lo fuerte que puede, y entierra su rostro en mi pecho.

La abrazo con fuerza también. No se imagina cuánto la necesito. Sin Taimi habría tirado la toalla hace mucho tiempo. Me habría perdido en el instante en el que me quedé huérfano.

Capítulo 53

Violeta

Llevo dos días con Heli.

No nos hemos separado.

Está siendo una amiga increíble.

Su madre es la que está yendo al hostal y la que les dice a mis padres que no se preocupen, que estoy bien.

Sé que quieren que vaya a hablar con ellos, y eso es lo que voy a hacer esta misma tarde.

Estoy un poco más relajada, aunque sigo sin recibir noticia de Kaarle.

Onni me ha dicho que no me preocupe, porque no va a dejar que se hunda. Solo necesita tiempo, al igual que lo he necesitado yo. Quizás su tiempo sea un poco más extenso, pero sé que terminará accediendo a hablar con mi tía, porque lo necesita y, con sinceridad, yo también lo necesito.

Kaarle no me perdonará, no me escuchará, sin haberla escuchado a ella.

Heli me ha cuidado y mimado muchísimo. Se ha visto todas las películas de Navidad que tiene Netflix conmigo. Hemos comido pizzas hawaianas y hemos hablado horas y horas de mis padres, y de mi tía. Quería que le contara los buenos momentos que hemos pasado juntos. Quería que le hablara de las playas de mi ciudad, del sol, la alegría que se respira... También quería conocer la historia de amor de mis padres y la amistad de mi madre y mi tía. Quería que pensara en ellos con amor, que reviviera los buenos recuerdos; que no fuera cargada de ira, resentimiento y enfado, y lo ha conseguido.

Sin embargo, tiemblo al llegar al hostal.

Siento mucho dolor, aunque sé que me quieren y que son buenas personas. Me convenzo de que debe de existir una explicación y, además, una buena para que mi tía hiciera algo así, y mis padres le guardaran el secreto.

Cuando abro la puerta de la habitación, mi madre se levanta de golpe de la cama. Tiene los ojos hinchados y rojos, su eterna sonrisa ha desaparecido y verla así me duele.

—Hola —les digo.

—Violeta... —dice mi padre aproximándose a mí para abrazarme.

Sin embargo, doy un paso atrás. Necesito mantenerme fuerte y serena. Escucharlos primero.

—Antes de nada, quiero que me expliquéis cómo es posible que la tía Rosa tenga un hijo aquí en Rovaniemi y, más aún, que su hijo sea el hombre del que me he enamorado completamente —les indico con tono de súplica, mientras una lágrima vuelve a deslizarse por mi mejilla.

—Por supuesto que sí, hija. Vamos a explicártelo todo.

Asiento y miro a mi alrededor.

—Pero ¿dónde está la tía Rosa? —inquiero frunciendo el ceño.

—Donde debe estar —asegura mi padre.

Abro los ojos esperando a que me expliquen algo más.

—Ha ido hace un rato a la casa de Kaarle. No aguantaba más. Necesitaba hablar con él antes de que nos fuéramos. Pedirle perdón, y contarle muchas cosas —me explica mi madre.
Mi corazón se salta varios latidos, y me pongo bastante nerviosa.
«Por favor, que todo salga bien».

Capítulo 54

Kaarle

He estado entrenando toda la mañana en la piscina y haciendo bastante físico. Tengo la competición en cuatro días y, además, es la única manera de terminar tan reventado que consigo dormir algo. Así no pienso tanto.

De nuevo, el buceo bajo el hielo se ha convertido en mi vía de escape. De nuevo, tengo que darle las gracias por existir, y darme tanto como me ha quitado.

Mientras estoy tomándome una tarta de kiwi, suena el timbre. La abuela y Taimi están tendiendo la ropa, así que soy yo quien abre la puerta.

Al ver a Rosa delante de mí, me quedo totalmente parado. Siento cómo voy endureciéndome con rapidez y perdiendo aún más la luz de mis ojos.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto con el tono más frío que tengo.

—Necesito hablar contigo, que me escuches.

—¿Necesitas? ¿Se puede saber qué me importan a mí tus necesidades?

—Kaarle, por favor —suplica.

Es la primera vez que pronuncia mi nombre y no puedo evitar estremecerme al oírlo. Siento que no le pertenece. No tiene derecho a venir a esta casa veinticuatro años tarde, porque necesita que la escuche.

—¿Has pensado siquiera en lo que necesito yo? Adiós —digo cerrándole la puerta.

—Kaarle, me voy en cinco días. Tienes que escucharme. Si no lo haces por mí, hazlo por ti, por favor. —Escucho que dice tras la puerta.

Me giro para irme a mi habitación y veo a mi abuela parada delante de mí.

—Kaarle, tenemos que darle la oportunidad de hablar. Si queremos seguir adelante, tenemos que hacerlo, por favor.

Es la primera vez que me habla de este modo. Es la primera vez que veo su vulnerabilidad, y me ablanda. Es mi abuela, mi madre... Es mi verdadera y única madre. La única mujer que de verdad ha querido cuidarme y darme la oportunidad de tener una vida mejor. Así que, por ella, vuelvo a abrirle la puerta a Rosa.

—Pasa —le digo, mirándola fijamente a los ojos.

Tengo sus mismos ojos. Siempre lo supuse. Los de mi padre, y los del resto de mi familia, son celestes. Soy el único de ojos oscuros y estaba claro que tenía que haberlo sacado de alguien y, cómo no, es a ella. Son de Rosa, de mi madre.

Ahora mismo, sus ojos tampoco tienen rastro de luz o brillo. Están hinchados y oscuros. La mujer que tengo delante no se parece en nada a la de hace dos días. Es como si hubiera envejecido dos décadas en dos días. Noto su sufrimiento, pero, por desgracia, el mío es tan grande que no me queda espacio para compadecerme de ella.

Nos sentamos en el sofá y mi abuela le ofrece un poco de la tarta de kiwi que ha hecho.

Rosa la rechaza. Tiene el estómago cerrado.

Taimi se ha sentado en mis piernas y no estoy muy seguro de querer que escuche esta

conversación.

Miro a la abuela y parece leerme la mente.

—Taimi, ¿por qué no vas a tu habitación y ves la película de *Klaus*?

—Vale... —dice dándome un abrazo. Sé que ha pillado la indirecta. Es pequeña, pero muy inteligente.

—Gracias. —La abrazo fuerte, antes de dejarla bajar de mis piernas—. ¿Y bien? —le pregunto a Rosa una vez que estamos los tres solos.

—Primero de todo tenéis que saber que lo siento. Siento muchísimo el daño que os he hecho. Sobre todo, a ti Kaarle. Lo siento. Me arrepentiré toda la vida de lo que hice, pero no sabía cómo volver atrás.

—¿Por qué lo hiciste? No quiero tu perdón. Quiero tus razones. —No reconozco mi voz. Hacía meses que no le hablaba a nadie así y, aquí estoy, de nuevo hablando como si estuviera helado por dentro.

—Yo estaba muy enamorada de tu padre —comienza a decir mirándonos a la abuela y a mí—. Cuando lo conocí, sentí un calor por dentro y una conexión al instante. Sabía que sería una persona importante para mí, pero me quedaban muy pocos días aquí —explica con la mirada perdida—. Los pasé todos con él. Desde el instante en el que nos tropezamos en la calle y me caí encima de la nieve, hasta que me marché de aquí, cuando tenías tres meses, estuve con tu padre todo el tiempo posible. —Asiento, intentando imaginarlos a ambos juntos y duele. Duele mucho—. Tu padre me enseñó su país —continúa—. Me enseñó a amarlo con cada poro de mi ser. Me mostró la belleza de sus paisajes, de su gastronomía, su fauna y su flora. Su gente, sus deportes, sus costumbres... Me encantaban todas y cada una de las peculiaridades, y vanidades que tenía Finlandia. Me siguen encantando.

»Tu padre me hacía sentir viva, feliz, salvaje, útil, en paz, pero... fue egoísta. Demasiado.

Al momento salto a defenderlo.

—Si has venido aquí para hablar mal de él, ya puedes marcharte.

—No, no... Solo quiero que me comprendas. ¿Alguna vez os dijo por qué me fui?

—No lo sabía —añade la abuela.

—Sí que lo sabía. Lo sabía demasiado bien. —Tanto la abuela como yo nos quedamos en silencio. No sé qué decir y parece que ella tampoco—. No pensaba quedarme embarazada tan pronto, pero no me arrepentía. Sentía que era el hombre indicado para ello. Y, desde el momento en el que me dijeron que estaba embarazada de ti, quise abrazarte y tenerte entre mis brazos. —Las lágrimas no dejan de caer por su mejilla. No entiendo nada. ¿Por qué pasó de quererme en sus brazos a abandonarme?—. Nos íbamos a menudo a andar con las raquetas de nieve, las rojas que hay en la entrada, para que yo hiciera deporte y tuviéramos un bebé bien sano.

»Lo sabes, Kalwa. Sabes que hacíamos todo lo que podíamos juntos, y que las raquetas eran nuestra actividad favorita. —La abuela asiente mientras se limpia las lágrimas con un pañuelo—. ¿Alguna vez te dijo tu padre algo sobre mí?

—Me contó que eras española y médica. Que te gustaba cuidar de los demás, pero parece ser que, de mí, no.

—¿Te dijo por qué había estudiado Medicina? —Niego con la cabeza—. ¿Y a ti Kalwa? —pregunta con un rastro de esperanza, pero la abuela niega también—. Estudié Medicina para intentar descubrir algún tratamiento para mi hermano menor. Tenía diez años menos que yo y nació con una enfermedad rara en el corazón. Los médicos pensaban que no iba a llegar al año. Sin embargo, tenía trece cuando conocí a Heikki—. Mi corazón empieza a latir desbocado.

Presiento que Rosa va a tener una buena razón para haberse marchado, y no quiero... No quiero pensar que me abandonó por un motivo mayor, aunque ¿qué puede ser más importante que un hijo?—. Desde el primer momento le conté la historia a Heikki. Él me comprendía, me apoyaba, o eso pensé... —vuelve a decir con una sonrisa de cristal y la mirada perdida—. Cuando tú naciste, le pedí ir a España para visitar a mi familia y así ver a mi hermano, pero él tenía una estúpida competición de buceo bajo el hielo. —Comienza a enfadarse—. Yo quería que mi familia te conociera. Quería convencerlos para que se vinieran a vivir aquí. Quería empezar a trabajar en el hospital de la ciudad e investigar sobre la enfermedad de mi hermano. Además, podría ofrecerles una buena vida aquí, pero, antes de todo eso, deseaba que conocieses mi tierra, mi ciudad, mi país... Que sintieses el sol en tu pequeño rostro y que tu padre pudiera enamorarse de mi hogar tanto como yo me había enamorado del de él.

—¿Y qué pasó?

—Que dijo que no. Tenía una competición y no podía parar el entrenamiento. Era verano, ni siquiera la temporada alta, pero él no podía ahorrarse la competición.

»Me enfadé muchísimo —prosigue volviendo a inundar sus ojos de lágrimas—, y le hice prometer que, cuando terminara esa competición, iríamos a España.

»Esa parte te la sabes, Kalwa. Sabes que deseaba ir a ver a mi familia.

—Sí, lo sé. Recuerdo vuestras peleas, cuando Kaarle tenía apenas un mes, por querer ir a tu ciudad. Lo que no sabía, era lo de tu hermano.

—Yo quería ir pronto para empezar a tramitar los papeles lo más rápidamente posible, y que pudieran venirse aquí conmigo. —Para de hablar unos segundos y me mira directamente a los ojos. Coge aire y sé que lo que va a decir es importante—: Cuando apenas tenías dos meses, recibí una llamada de mis padres. Mi hermano había empeorado. Había entrado en coma y no podía ser trasladado. —Ahora siento que soy yo quien tiene los ojos llenos de lágrimas. Necesito que continúe con su historia. Mi historia. Nuestra historia. Lo necesito más que el respirar—. Lloré y lloré durante horas. Si me hubiese ido antes, quizás podría haber hecho algo. Quizás podría habérmelos traído aquí. Podría haber hablado con mi hermano, presentaros, y que conociera a su sobrino. —Su voz está impregnada de dolor y enfado—. Pero tu padre no quiso... No solo no quiso antes, sino que, cuando se enteró de que mi hermano estaba en coma y no podría ser trasladado, me dijo que entonces podíamos esperar para ir un par de semanas más, porque tenía otra competición.

»Estaba enfadadísima y muy dolida. Me fui de la casa a un hostel en las afueras. Te llevé conmigo, pero tu abuela vino y me dijo que no podía separarte de tu padre. Que teníamos que estar juntos.

—Lo siento. No tenía ni idea, Rosa —dice Kalwa—. Han pasado muchos años. Ahora no actuaría de ese modo. Te habría escuchado antes. Lo siento.

Mi madre sacude la cabeza y sigue hablando. Necesita desprenderse de esta historia. Lo sé. La conozco, a pesar de no haber vivido con ella. Yo actuaría de forma parecida.

—Decidí volver y esperar esas dos semanas más, pero le supliqué todos los días que nos fuéramos. Él me aseguró que, si ganaba esa competición, obtendría mucho dinero y reconocimiento.

»Llevaba esperando el reconocimiento en el buceo bajo el hielo toda su vida.

»Así que, esperé. Esperé hasta que recibí la llamada de mi padre en la que me decía que mi hermano, la persona por la que llevaba luchando toda mi vida, la persona que me hizo convertirme en médica, quien había guiado todas mis decisiones en la vida, había muerto.

»Bueno..., todas no. Quedarme en Finlandia fue lo único que hice por mí y no por él, y le fallé.

»No cumplí mi propósito. No lo curé y ni siquiera pude despedirme de él. Ni visitarlo en el hospital. —Sus ojos son dos cuencas negras sin fondo. Son como los míos, y aterran—. Después de recibir esa llamada, me volví loca y todo el amor que sentía por tu padre se transformó en odio.

»Ahora, mirándolo con perspectiva, sigo sin entenderlo, pero no lo odio. Sé que era una buena persona y que me quería. Es solo que pensaba únicamente en él, y me destrozó. Hice las maletas corriendo y esa misma noche cogí un vuelo para Málaga. Te dejé aquí con él, porque me recordabas a tu padre, y, mi odio irracional, me hizo cometer el peor error de mi vida.

»Tras la muerte de mi hermano, mis padres se quedaron destrozados y, por supuesto, ir a Finlandia para ellos dejó de ser una opción. Yo me quedé cuidándolos e investigando más sobre su enfermedad, para poder ayudar a otros que se encontraran en una situación parecida.

»De hecho, ese es mi trabajo actual. Soy cardióloga e investigadora.

No puedo evitar sentirme orgulloso por ella tras escuchar sus últimas palabras.

De repente, con una simple conversación, estoy descubriendo que mi madre es una buena persona y mi padre... Mi padre no lo sé. Duele. Joder..., duele.

—Cuando el dolor remitió un poco, comencé a pensar en lo que había hecho. Empezó mi segundo duelo. El más doloroso y largo. Escribí a tu padre, pero se había mudado y todas las cartas me las devolvían.

»Quería volver a verte, pero ¿qué hacía? ¿Venir y pedirte que te vinieras conmigo? ¿Me escucharías siquiera? Yo no soportaba la idea de vivir aquí y, con sinceridad, dejé de amar a tu padre. Intento perdonarle, pensar que él no tuvo la culpa, y que fui yo la que decidió esperar. Pero, en ese momento, no soportaba la idea de verlo. Me aterraba que volviera a comerme el odio.

Mi corazón está estrujándose dentro de mi pecho. Siento el dolor de Rosa, de mi madre... Sé que sus palabras son verdaderas y, la entiendo. Por desgracia, la comprendo. No quiero odiar a mi padre, ni guardarle rencor. Ha sido un padre maravilloso y me ha cuidado estupendamente, pero lo que le hizo a mi madre... es horrible.

—Venir aquí y separarte de él, llevarte a España, tampoco era una opción. Lo seguía un poco en la prensa finlandesa y sé que le iba bien. Ganaba muchas competiciones. Se había vuelto a casar y era feliz. Supuse y, creo que supuse bien, que tú tendrías una vida feliz. ¿Con qué derecho venía yo a sacarte de esa vida después de haberte abandonado? Ninguno. —Se limpia las lágrimas con una servilleta y nos mira.

—Rosa... —dice mi abuela—, no tenía ni idea. Lo siento tantísimo. Heikki nunca se atrevió a decirme nada, a decirnos nada —aclarar—. Pero, desde el día en el que te fuiste, cambió. Se dedicó en cuerpo y alma a Kaarle. Lo dio todo por él, por su hijo. Compartió cada momento, y se aseguraba de que no le faltara nada. Cada vez que Kaarle preguntaba por ti, él decía que no sabía nada, pero que eras médica y que te gustaba cuidar a los demás; que eras buena persona. Sé que él sentía que se equivocó, y quiero pensar que, si siguiera vivo, en algún momento habría ido a buscarte. Te pediría perdón —añade la abuela cogiéndome de la mano, y con una voz cargada de dolor.

—Me enteré de su muerte por la prensa. En ese momento me planteé venir a verte, a buscarte, Kaarle. Pero, de nuevo, me pudo el miedo, la vergüenza, y el dolor. Me quedé en casa, suplicando a quien fuese, que estuvieras bien, que fueras feliz, y que te cuidasen.

»Lo siento. Siento haberte abandonado. Siento no haber venido a buscarte. Siento haberte culpado de algo que nunca tuviste la culpa. Sé que no me podrás perdonar jamás, pero te juro que te amo desde el momento en que te tenía en mi barriga y que, durante todos estos años, no ha pasado ni un día en el que no te recuerde. —De nuevo las lágrimas bañan su rostro y su respiración se acelera.

—Mamá... —es la primera vez que digo esas palabras. A Anneli, la madre de Taimi, nunca la llegué a llamar mamá, aunque se comportó como tal—, te entiendo—. Mi madre gime desconsoladamente y se abraza a sí misma—. Pero necesito un poco de tiempo, por favor. Tengo que procesar muchas cosas.

—Por supuesto. Lo que necesites —dice con sus ojos azabache—. No quiero volver a abandonarte. No quiero dejarte más.

Asiento y le cojo la mano.

Ella me la aprieta fuerte y siento como si cientos de toneladas de nieve se hubieran desprendido de mí. Me siento más liviano, más tranquilo, pero con el mismo o más dolor.

Capítulo 55

Violeta

—Tu tía lo pasó fatal, Violeta. Realmente mal. Fueron varios años muy duros para ella. Nosotros estuvimos siempre a su lado. En la carrera éramos muy amigas, pero después de la muerte de su hermano, nos hicimos uña y carne. En tu habitación solía dormir ella. Era como una más de la familia —dice mi madre medio llorando medio riendo.

En este punto de la historia, yo ya estoy sentada entre ambos en el suelo y cogida a sus brazos. Mis ojos deben de estar rojos, en vez de transparente. Mi dolor se ha esfumado con lentitud para dejar entrar el de mi tía, el de mis padres y el de Kaarle.

La vida son decisiones y no somos realmente consciente de lo que puede cambiar una de ellas nuestro presente y futuro. Para bien o para mal, puede cambiarlo todo.

No quiero odiar a Heikki. No está aquí para darnos su testimonio y contarnos su punto de vista. Sé que fue un padre maravilloso para Kaarle, pero no puedo evitar pensar qué habría pasado si hubiera acompañado a mi tía a España. Quizás su hermano no habría muerto tan rápido por tenerla cerca o quizás sí. Tal vez se hubieran quedado a vivir aquí o tal vez no.

Pensar en la posibilidad de que mi tía hubiera estado lejos durante mi infancia, me da escalofríos. Mi madre separada de su mejor amiga toda la vida es como imposible. Pero ¿y si Kaarle hubiera crecido en España? ¿Lo habría conocido antes? ¿Nos habríamos enamorado antes?

Hay tantos posibles pasados y futuros que hubieran podido suceder, si Heikki hubiera acompañado a mi tía, que, pensar en ellos, es realmente abrumador y absurdo, porque no van a ocurrir.

Me alegro de haber trabajado durante estas semanas el vivir en el presente, enfocar me en el ahora. Creo que me puede ayudar mucho en esta situación.

—Cuando naciste, tu tía volvió a sonreír. Te cuidaba siempre que podía. Estaba contigo en cada ocasión importante. Nos ayudaba si teníamos turnos complicados en el hospital. Se convirtió en otra madre, en tu familia, en tu tía. A medida que fuiste creciendo, fuiste llenando su vida de amor de una manera que nunca podrás imaginarte. Tú la admirabas, y ella tenía pavor de que un día descubrieras lo que había hecho. De que la miraras con decepción. Por eso, han ido pasando los años y nunca te habíamos dicho nada —explica mi padre.

—Cuando nos dijiste que el chico que habías conocido se llamaba Kaarle, ambas tuvimos la intuición de que sería él. A pesar de ser un nombre finlandés, no es muy común en esta ciudad. Tu tía se lo puso porque, como seguro ya sabrás, significa fuerte, guerrero. Ella quería que su hijo naciera fuerte y sano; que se esforzara al máximo para tener la vida que deseara. —Mi madre me abraza y me da un beso en la frente.

—Intentamos tranquilizarnos, pensando que sería demasiada coincidencia, pero, ya ves, la vida pone las cosas en su lugar cuando menos te lo esperas. Siento... —dice mi padre—... Sentimos muchísimo haberte mentido y ocultado una realidad de estas magnitudes, pero siempre pensamos que tenía que ser Rosa quien te lo contase.

Asiento y meneo la cabeza de izquierda a derecha.

—No pasa nada. Perdón por haber dudado de vosotros. Perdón por haber estado dos días lejos, pudiendo estar a vuestro lado. Lo siento mucho. Os comprendo y os entiendo. Ahora necesito hablar con la tía y decirle que no me ha decepcionado, que no la odio. Al revés, admiro su fortaleza todo este tiempo. Admiro su lucha, su trabajo y la perdono por su error. La perdono por mentirme. La perdono por Kaarle y por mí.

Escucho un gemido tras la puerta y me levanto al instante.

Mi tía Rosa está llorando, abrazándose a sí misma, con los ojos compungidos. Esos ojos que tanto se parecen a los de Kaarle. ¿Cómo no me he dado cuenta antes?

La abrazo todo lo fuerte que puedo y le digo una y otra vez cuánto la quiero.

No sé cuánto tiempo lleva detrás de la puerta escuchándonos, pero me da igual. Le repito las palabras que le he dicho a mis padres para que las oiga mirándome y que sepa que lo digo de verdad.

Ella me abraza muy fuerte y llora en mi hombro.

Mi tía es una mujer alta, esbelta y fuerte, pero en esta ocasión parece que es la pequeña.



Pasamos la tarde en la buhardilla relajándonos y hablando más calmadamente.

Nos duchamos todos. Una buena ducha ayuda muchísimo a despejar la mente, y mi tía se da un buen baño para relajarse.

Mientras sale del baño, preparamos la cena: crema de calabaza y croquetas de espinaca.

Echaba mucho de menos la comida de casa, y huele delicioso.

Además, prepararla junto a mis padres, me ha gustado mucho.

Ha sido un momento de desconexión, de pensar en otras cosas, y se agradece mucho.

La cena es tranquila.

Rosa está más calmada y me pide que le cuente cómo es Kaarle. Quiere conocer sus luces y sus sombras, sus virtudes y sus defectos, sus pasiones, sus sueños...

Yo le cuento todo lo que sé y a veces le arranco una buena carcajada. Por ejemplo, cuando le cuento la tarde del patinaje.

Aún me queda mucho por descubrir de él, pero quiero transmitirles, a mis padres y a mi tía, el amor tan grande que siento por él.

También les hablo de la primera vez que lo vi y la reacción que tuvo Kaarle.

Ahora lo entiendo, y pienso en lo fácil que es juzgar a las personas en vez de preguntarnos por qué están actuando de ese modo concreto.

También les cuento lo de nuestra excursión a Oulanka y de mi accidente en moto de nieve.

Ninguno tenía ni idea, y mi madre me obliga a jurarle que nunca más les voy a ocultar algo así.

Les cuento las tardes en su casa con Taimi y Kalwa, las competiciones y mi proyecto, o nuestro fin de semana viendo la aurora boreal.

Cuando termino de relatarles mis casi tres meses en este país y mi historia con Kaarle, siento un deseo gigantesco de verlo, abrazarlo y besarlo. Pero mi tía me ha dicho que Kaarle necesita tiempo para procesarlo todo.

Saber que la ha entendido, me enorgullece muchísimo. No podía ser de otra manera. Él es bueno y comprensible.

Ahora estoy más positiva, porque tengo la esperanza de que sí que podremos hablar y de

que puede existir una segunda parte en nuestra historia. Una parte con menos oscuridad y más luz.

Nos acostamos y dormimos toda la mañana. Necesitábamos descansar los cuatro.

Yo he dormido con mi tía.

Al despertarme, estaba abrazada a mí y respiraba con tranquilidad.

Me alegra saber todo lo que significa para ella, porque para mí Rosa también es una de las personas más importantes.

Me alegro infinito de que haya podido hablar con Kaarle, con su hijo, que la vida le haya dado esta oportunidad y que pueda perdonarse a ella misma con el tiempo.

Decido mandarle un mensaje a Kaarle. Hace tres días que no hablo con él y lo echo muchísimo de menos.

Buenos días

Espero que estés más tranquilo y descansado

Estoy lista para hablar cuando tú quieras

Gracias por haber escuchado a mi tía

Yo también lo hice, y la comprendo

Al igual que tú

Te juro que es una buenísima persona y que tienes muchísima suerte con la madre que acabas de conocer

Mucho ánimo en el entreno

La competición es tuya 😊

Me deslizo hacia fuera del colchón y entro en el baño.

Me arreglo un poco y, al salir, veo una notificación en mi móvil.

Casi doy un salto de la alegría al ver su nombre en la pantalla.

Pero me contengo para no despertarlos.

Buenos días, Violeta

Muchas gracias 😊

Ya está. El mensaje no dice nada más, pero es un gran paso.

Es la primera vez que me responde desde Nochebuena, por lo que tiene que significar algo. Así que, sigo con mi mentalidad positiva y hago huevos revueltos para desayunar.

Por supuesto, se despiertan nada más que pongo la sartén, pero los obligo a permanecer en la cama. Quiero llevarles el desayuno a los tres.

Desayunamos, escuchando algunas historias de mis padres y mi tía en su Erasmus, y, por la tarde nos vamos a Koti.

Les muestro mi cafetería favorita.

No la conocían. No recuerdan haber entrado aquí y me pongo muy contenta.

Me hacía especial ilusión enseñarles este lugar y contarles las tardes que he pasado en él.

La dueña me reconoce al instante y, con sus ojos, me pregunta cómo estoy.

Yo asiento con una sonrisa, a la que corresponde, y vuelve a la cocina.

Nos pedimos té de frutos rojos y cuatro tipos de tartas diferentes. Tarta de zanahoria, de limón, de chocolate y de cerezas.

Todas están riquísimas.

La tarde la pasamos tranquilos y sin noticias de Kaarle, pero no pasa nada. Sé que antes de que mi tía se vaya, volverá a hablar con ella, y espero que conmigo también.



Me despierto con la voz de los tres cantándome cumpleaños feliz y las velas de mis veintidós años en la mano de mi madre.

Antes de soplarlas, pido un deseo.

Lo tengo claro: seguir viviendo como estos últimos meses, tener salud y no dejar de ser valiente.

Después de dejarles que me abracen y sonreír hasta que me duelan los mofletes por poder celebrar el cumpleaños con ellos, miro el móvil.

Tengo varias felicitaciones de algunas personas de Málaga, y también la de Heli y Onni.

Me pongo muy contenta al saber que se han acordado.

Heli me dice que disfrute mucho con mi familia y que cuando se vayan, lo celebraremos nosotros.

Mi familia se va el uno de enero. Ya solo nos quedan cuatro días y medio juntos.

Bueno..., mejor no lo pienso. No quiero ponerme triste. Tengo que pensar en la suerte que tengo de que podamos compartir este día.

No hay ningún mensaje de Kaarle y, por mucho que no quiera admitirlo, me duele. Si Heli y Onni se acordaron, seguro que se lo dijeron a Kaarle. Pero, bueno, necesita tiempo y voy a dárselo.

Acaba de conocer a su madre y de descubrir la historia de sus padres. Lo que no sería normal, es que hubiera venido corriendo hacia mí, nada más descubrirla, ¿no?

Sacudo la cabeza y me obligo a dejar de pensar en eso.

Mis padres me proponen ir al Ranua Wildlife Park, un zoo que está a una hora de Rovaniemi en coche, y por supuesto que acepto. Tengo muchas ganas de ver animales del norte.

Mientras vamos en el coche, los tres me cuentan que esta fue una de las excursiones que hicieron cuando estuvieron aquí.

Ranua Zoo se inauguró en 1983, pero lo más increíble es que es el zoológico más septentrional de Finlandia y el segundo del mundo.

El camino en coche es muy divertido.

Mi padre ha alquilado uno para hoy y, a veces, nos bajamos del vehículo para hacernos fotos, en estas carreteras desoladas, recubiertas de nieve.

Nos lo estamos pasando muy bien, e incluso mi tía Rosa sonríe.

Sé que está deseando tener noticias de Kaarle, pero está siendo paciente y dándole el espacio que necesita.

De verdad, pienso que Kaarle se lo agradecerá mucho.

La entrada al zoo es muy bonita, con un medio arco sobre dos columnas de piedra, donde indican el nombre, pero hace muchísimo frío.

Estamos a menos veintiún grados.

Llevamos mucha ropa, toda la que podemos, y, aun así, nos congelamos.

—Todos a dar saltos. Venga, venga... Calentemos nuestro cuerpo para que se nos vaya el frío. —Ríe mi padre mientras empieza a saltar.

Las tres lo imitamos y reímos.

No conseguimos «calentarnos», pero al menos dejamos de sentir tanto frío.

—El zoo cuenta con unas cincuenta especies diferentes y más de doscientos animales — comenta mi tía mientras comenzamos a caminar—. A mí me encantan los osos polares y los zorros árticos.

—¿Osos polares?! —Incrédula empiezo a mirar por todos lados a ver si los encuentro—. ¿No deberían estar libres?

—Sí, claro que sí, pero en este zoo también se estudian las distintas especies y sus comportamientos. Estás viendo como están en áreas de muchos metros de espacio, al aire libre, y nada de jaulas. La temperatura es idónea para ellos, y nunca les falta la comida —mientras mi tía me va explicando, andamos por el ancho y largo del bosque.

De repente, me quedo parada y grito.

—¿Qué pasa? —Mi madre muy asustada se acerca a mí.

—¡Una lechuza! ¡Una lechuza blanca! ¡Cómo Hedwig, la de *Harry Potter*!

—¡Violeta! No nos des estos sustos. —Se ríe mi padre.

—Perdón. Lo siento, lo siento... —digo sin dejar de observar al animal—. Es absolutamente preciosa y no me he chocado con un árbol después de verla —comento mientras recuerdo mi accidente con la moto.

«Ojalá, Kaarle, estuviera aquí para compartir este momento».

Damos la vuelta al zoo.

Además de las lechuzas, vemos lince, lobos, búhos, alces, zorros polares, osos polares, entre otros.

Es cierto que todos los animales disponen de espacio suficiente como para poder correr, brincar, saltar y jugar con la nieve.

Es un zoológico espectacular y bastante concurrido. ¡Y mira qué hace frío!

Supongo que la naturaleza es un atractivo turístico imprescindible por aquí, y contemplar su fauna es algo que maravilla.

—Muchas gracias por haberme traído. No lo conocía y he disfrutado mucho.

Estamos sentados en el comedor del zoo, esperando entrar un poco en calor antes de levantarnos, y escoger la comida. Es un bufé, aunque las opciones no son muy variadas.

Yo voy a pedirme puré de patatas y salmón nórdico.

—¿Cuál ha sido tu animal favorito? —me pregunta mi madre.

—¿En serio lo preguntas? —digo entrecerrando los ojos.

—Violeta, tienes que cortarte un poco el flequillo. Apenas se te aprecian ya los ojos —alude mi padre.

—Sí, es verdad. Es que hemos tenido unos días intensos. Esta tarde me lo corto. Y, venga, apuestas, ¿cuál es mi animal favorito del norte? —Mi tía sonríe dejándoles pensar primero a ambos—. ¡Mamá! ¡Papá! ¿De verdad? —Ambos se encogen de hombros.

—Estabas ilusionada con todos y cada uno de ellos. No hemos notado que te guste uno más que otro.

—¿Cómo qué no? Anda, tía, díselo tú.

—¡La lechuza! —exclama con tono triunfal.

—Ahh..., creíamos que te habías asustado porque habías pensado en el momento de la moto de nieve —dice mi padre sacándonos unas risas a las tres.



Al salir del zoo, ya es de noche y todavía nos queda una hora de camino hasta casa.

Mi padre no está tan acostumbrado a conducir por carreteras que transcurren entre frondosos bosques abarrotados de nieve, así que la hora de camino se convierte en casi dos.

—Papá, me hago pis. ¿Cuánto queda? —Estoy moviendo las piernas para pensar en otra cosa, pero vamos demasiado lento.

—Violeta, ya solo falta media hora. ¿Puedes aguantar?

—No lo sé.

—¿Y si paramos y sales un momento a la carretera?

—¡No! —exclamo—. ¿Y si viene un oso, un lobo, un ciervo...?

Mi tía empieza a reírse y la miro suplicando que pare.

Si me río, me voy a hacer pis.

—Es verdad, es verdad... Tendría que haber pensado en eso. Bueno, voy a intentar acelerar un poquito.

—Gracias, papá.

Incluso así, tardamos más de media hora.

Nada más llegar al hostel, subo flechada las escaleras para ir al baño y no me doy cuenta de quien estaba esperándonos en el rellano.

Capítulo 56

Kaarle

La conversación que tuvimos mi abuela y yo con mi madre me dejó más afectado de lo que jamás había pensado. En apenas unos instantes tuve que reconstruir todo lo que pensaba saber sobre mi progenitor y recapacitar sobre mi madre.

De repente, no existía el padre bueno y la madre mala, sino humanos viviendo y equivocándose.

Con todo ello, no pude dormir en toda la noche, al igual que mi abuela.

Estuvimos tumbados en el sofá, sin decirnos mucho.

De vez en cuando, a Kalwa se le escapaban las lágrimas y yo intentaba tranquilizarla.

—Kaarle, tu padre era un buen hombre. Estoy segura de que se arrepintió toda su vida de lo que hizo.

—Lo sé, abuela. No te preocupes. No quiero que la rabia me coma por dentro. Ya lo hizo durante muchos años con mi madre y, mira, tenía su explicación. Quiero pensar, y estoy seguro de ello, que mi padre tendría la suya también. Quizás no tan válida como la de Rosa, pero sé que si él llega a saber que mi tío... —al pronunciar estas palabras se me rompió un poco la voz—... iba a morir, habría cogido el primer avión con mi madre.

Mi abuela volvió a sollozar. Tenía la cabeza apoyada en mis piernas y yo le acariciaba el pelo.

Taimi no salió en toda la noche de su habitación. Nos dejó el espacio que necesitábamos.

Desde luego, aunque solo tenga seis años, es una niña muy madura para su edad.

—He pensado que podríamos intentar contactar con Anneli. Quizás ella sepa parte de esta historia y, quizás, tras conocer lo mucho que se arrepiente tu madre de haberse marchado, recapacita y vuelve con vosotros. Vuelve sobre todo con Taimi. Ella necesita a su madre.

Me quedé un rato en silencio pensando en las palabras de mi abuela hasta que le dije que me parecía una buena idea. Ya hace cuatro años que se marchó.

—A lo mejor tiene miedo de volver, porque piensa que la vamos a rechazar. No sé..., pero sí, abuela, lo veo una buena idea. —Esta me abrazó las piernas y asintió—. Voy a esperar hasta después de Navidad, ¿vale?

—Claro, no hay prisa. Recapacitemos y analicemos todo bien. Y, sobre todo, pensemos en Taimi.

Después de aquellas palabras no volvimos a hablar más. Simplemente estuvimos uno al lado del otro, dándonos apoyo e infundiéndonos amor.

Decidí levantarme del sofá e irme a entrenar a las siete de la mañana.

Estaba cansado de no poder dormir y no conseguir dejar la mente en blanco. Así que, en la piscina me hinché de nadar, aguanté la respiración varios minutos y, posteriormente, hice mucho físico.

Salí reventado del entrenamiento y muy contento.

Conseguí buenos resultados y la competición del sábado creo que irá bien. Además, había

pensado en otras cosas y descansado un poco la mente.

Lo necesitaba demasiado.

Me eché la mochila al hombro, me abrigué todo lo que pude, estaba haciendo muchísimo frío, y miré el móvil.

Tenía un mensaje de Violeta.

Mi corazón se aceleró y mis ganas de verla aumentaron a niveles exponenciales, pero necesitaba más tiempo. Si quería tener la posibilidad de hablar con ella e intentar ver qué sería de nosotros, no podía ser todavía con la maraña de sentimientos que tenía.

A pesar de todo, cuando leí su mensaje, sentí calma en mi interior.

Violeta siempre me hace sentir bien y tranquilo.

Decidí contestarle, porque no quise ignorar más sus mensajes. No lo merecía.

Al llegar a casa, desayuné un buen bol de frutas y tostadas con aceite y queso. Me tumbé en la cama y me quedé frito.

Cuando abrí los ojos, eran las cuatro de la tarde y tenía a Taimi a mi lado tocándome el pelo.

—Buenos días, dormilón.

Me río.

—Hola, preciosa. ¿Qué hora es?

—Las cuatro de la tarde.

—¡No puede ser! Sí que he conseguido dormir. —Tenía la mente más despejada y estaba de mejor humor.

—Kaarle... —Me cogió la mano con sus pequeños dedos—, ¿estás bien? Tu madre es muy guapa y parecía triste por haber estado lejos de ti. No desaproveches la oportunidad de tenerla contigo. —Su voz se va empequeñeciendo y sus ojos se entristecen.

—Ey, Taimi, tu madre también volverá. La vida es larga y en algún momento se dará cuenta del error que ha cometido, ¿vale?

—¿Me lo juras? —Me mira con renovadas esperanzas y se me parte el corazón.

—Te juro que la abuela y yo haremos lo posible para que suceda.

—Vale, y otra cosa, ¿cuándo va a venir Violeta a casa de nuevo?

—Todavía no, Taimi. Necesito tiempo.

—¡Pero si ya pasaron cuatro días! ¿Quieres perderla? —Sus ojos vuelven a llenarse de agua.

—Por supuesto que no. Es solo que...

—Kaarle, yo tampoco quiero que la perdamos. Los problemas se arreglan hablando. Siempre me lo dices. Así que, habla con ella, por favor.

Las sabias palabras de mi hermana me terminaron de dar el empujón que necesitaba para aclarar las cosas con Violeta, pero, antes de ello, necesitaba realizar otro paso más: hablar con Heli y Onni.

Así que, los llamé para que me ayudaran a cronometrar el tiempo en el lago de casa, y luego hablaría con ellos.

El entrenamiento fue bastante bien. Conseguí aguantar debajo del hielo cuatro minutos sin bombona. Me concentré más de lo que pensé que sería capaz.

Cuando terminamos, fuimos a casa de Onni y les conté largo y tendido todo lo que había pasado el día anterior con mi madre, mis sentimientos, mis miedos... Todo.

Los ojos de Heli se empañaron de lágrimas varias veces y Onni también estaba más

afectado de lo que me esperaba.

—Kaarle, siento muchísimo que tengas que pasar por todo esto, pero estamos aquí para ti. No lo olvides nunca. Puedes hablarnos y decirnos cómo te sientes, siempre que quieras. —Heli me cogió la mano y me la apretó.

—Lo sé, chicos. ¿Qué creéis que debería hacer?

—Hablar con Violeta. Está muy afectada, Kaarle. Muchísimo. Ella más que nada quiere verte y que podáis escucharos, y arreglarlo —aseguró Onni.

Asentí.

—Yo quiero lo mismo. Entonces..., ¿pensáis que hay otra oportunidad para ambos?

—¡Por supuesto que sí! ¡No tengo duda alguna! —Sonrió Heli.

—Vale, sí —dije algo más tranquilo y sonriendo también.

—Mañana es su cumpleaños, por si se te había olvidado.

—Mierda... —Perdí el color de la cara tras escuchar a Heli—. Se me había pasado por completo. Con todo lo que ha sucedido estos días, no he pensado en ningún regalo ni nada.

—Tranquilo, Kaarle. Por eso, te acabamos de avisar. No creo que haga falta que le compres nada. El mejor regalo que puedes hacerle, es ir a hablar con ella. ¿A que sí, Heli?

Esta asintió y yo seguí sintiéndome fatal por haber estado a punto de olvidar su cumpleaños.

—Y bueno, esto... —empezó Heli—... también deberías hablar con tu madre. Se va ya mismo. No pierdas esta oportunidad. Todavía podéis pasar la Nochevieja juntos.

Al pensar en la posibilidad de pasar la Nochevieja con mi madre, mi abuela, mi hermana y Violeta se me aceleró el corazón.

Era como un sueño. Una irrealidad tener a uno de mis dos progenitores conmigo de nuevo.

No parecía ser cierto, pero lo era. Solo tenía que ser valiente y hablar con ellas.

Ahora era mi turno, y lo sabía.

Así que, aquí estoy esperando en el hostel a que lleguen los cuatro.

Heli me ha contado que han llevado a Violeta al zoo de Ranua por su cumpleaños y siento una punzada en el pecho de pensar que me he perdido una excursión como esa, con mi madre y Violeta.

No obstante, no tengo mucho más tiempo para pensar porque se abre la puerta y aparecen los cuatro ante mí. Sin embargo, Violeta sube a gran velocidad las escaleras sin reparar en mi presencia.

Quien sí que me ve, es mi madre, que se queda plantada delante de mí con los ojos acuosos.

—Kaarle... —susurra.

—Mamá... —correspondo.

—Has venido.

—Sí —digo bajando la mirada—, aunque en realidad quería hablar primero con Violeta, y después contigo.

Los padres de esta sonríen y ponen sus manos en el hombro de mi madre.

—Ha subido corriendo porque necesitaba ir al baño. Seguro que ni te ha visto —me explica la madre, arrancándome una pequeña risa que todos corresponden.

—Vale. ¿Puedo subir?

—Por supuesto. Nosotros iremos a Koti —me indica el padre.

—¿Os ha llevado a esa cafetería?

—Sí, nos explicó que es su lugar favorito de la ciudad para trabajar y, también el tuyo —dice mi madre sin dejar de mirarme.

—Así es. ¿Qué os parece si luego vamos ambos a la cafetería?
—Estupendo. —Los ojos de mi madre recobran la vida después de mis palabras. Lo noto.
—Emm... Esto, mamá... —No tengo muy claro qué deseo decirle, pero quiero que siga mostrando esa ilusión en la mirada.

—¿Sí?

—Te perdono.

Mi madre comienza a sollozar y los padres de Violeta la abrazan para tranquilizarla.

No tengo muy claro dónde meterme.

Miro a Heli pidiéndole ayuda, pero ella simplemente levanta su pulgar hacia arriba y sonríe.

—Gracias. —Gime mi madre—. Muchas gracias.

Asiento y les digo que voy a subir.

Desaparezco escaleras arriba y respiro hondo.

Estoy temblando cuando llamo a la puerta de la habitación. No veo el instante de abrazarla.

—Ya voy —grita desde dentro—. Un segundo.



Su rostro se enrojece nada más abrir la puerta.

—¡Kaarle! —exclama emocionada— ¡Has venido!

—No podía estar lejos de ti en tu cumpleaños. Felicidades, Violeta. —Mi voz, al igual que mis manos, tiembla.

Al ver la sonrisa impregnada en su rostro y sus cristales azules derramando lágrimas, la abrazo. La abrazo todo lo fuerte que puedo.

—Gracias. Muchas gracias. Pensé que no me felicitarías, que te habías olvidado o no querías verme.

—Lo siento, Violeta. De nuevo, siento haberte tratado de este modo. No me perdería tu cumpleaños por nada del mundo.

—No me pidas perdón —dice sollozando en mi hombro—. Yo también lo siento. Sé que lo has pasado, y que lo sigues pasando mal, pero si me dejas, estoy contigo. Juntos lo superaremos.

Levanta su rostro y sus ojos conectan con los míos, devolviéndoles el brillo que habían perdido. Nuestras miradas se funden y, segundos más tarde, nuestros labios siguen el mismo camino.

Besar a Violeta es calma, paz, hogar y tranquilidad. Es la sensación que más me gusta del universo.

El simple hecho de pensar que podría haberla perdido, me hace temblar.

Ella me agarra fuerte. Me tranquiliza y no deja de besarme mientras nos quitamos la ropa, y nos vamos sintiendo el uno al otro con lentitud.

He mentido hace un instante.

La mejor sensación del universo no es solamente besarla. Es acariciarla, hacer el amor con ella, saborearla, mirarla y, por supuesto, besarla.

Tenerla conmigo.



Estamos tumbados en la cama.

Violeta tiene su melena desperdigada por todo el colchón y su rostro apoyado en mi pecho. Está haciéndome círculos con su dedo índice en mi barriga.

Me siento muchísimo más tranquilo y relajado.

—¿Puedo confesarte una cosa? —le pregunto.

—Por supuesto. —Me mira con una sonrisa.

—Durante unas horas pensé que seríamos primos y que nuestro amor estaba perdido para siempre.

—¿Cómo? —indaga agrandando sus ojos, ya de por sí grandes.

—Rosa era tu tía y mi madre...

—Oh, no —dice echándose a reír—. Lo siento. Me ha entrado la risa floja. Ya sabes que Rosa no es hermana de mi madre, ni de mi padre, ¿no?

—Sí, mi abuela me lo dijo. Pero, durante los instantes que lo pensé, dolió muchísimo. No puedes imaginarte cuánto. No quiero perderte.

—Ni yo a ti, Kaarle. Gracias por haber escuchado a mi tía. Yo... no tenía ni idea de esa historia. Jamás me lo contaron.

—Lo sé. He ido sabiendo de ti por Onni y Heli.

—Lo mismo digo.

—¿Puedes contarme cómo es Rosa? Esto... mi madre.

—Por supuesto. ¿Qué quieres saber?

—No sé. ¿Todo?

Violeta sonrío y se recuesta en la almohada.

—Por dónde empiezo...

Me acomodo a su lado y la miro expectante.

Me doy cuenta de que Violeta, junto con sus padres, son las personas que mejor conocen a mi madre. ¡El mundo es una sorpresa y un pañuelo!

—Rosa es una mujer con un corazón gigante. Siempre ha estado a mi lado. En cada paso que he dado, cada actuación de colegio, cada cumpleaños, cada Navidad... A veces siento que me conoce mejor que mis propios padres. Tenemos una mirada cómplice con la que nos entendemos sin palabras. Parecido a lo que siento que me pasa contigo. —Asiento y la dejo seguir hablando—. Es muy trabajadora. Ha salvado muchísimas vidas. Sus pacientes la adoran y, en ocasiones, recibe cartas o postales de alguno que se ha curado, agradeciéndole lo mucho que los ayudó.

Pensar en esas cartas me saca una pequeña sonrisa. Descubrir que mi madre es una buena persona, ha sido toda una sorpresa y me está haciendo recapacitar sobre los prejuicios y las opiniones. Así como en lo complicado que es ser un ser humano y tomar siempre las decisiones correctas o adecuadas.

—Mi madre y ella siempre están juntas —Violeta prosigue—. Les gusta mucho ir a merendar fuera o a pasear. Además, adoran la playa, el sol y la arena. Los días de verano, en los que ambas descansan, son para ir a la playa. No ha tenido pareja desde que yo la conozco. Siempre ha sido ella, y solo ella, con sus padres y con nosotros tres. Ahora entiendo por qué, pero —añade con una sonrisa traviesa— yo siempre he querido buscarle una pareja. ¡Hasta le he creado algunos perfiles en varias páginas para conocer a personas por internet! Solicitudes no le faltan, pero nunca las acepta.

Reconozco que me entristece pensar que mi madre se ha pasado veinticuatro años sola, sin una pareja como compañía. De verdad que tenía que amar a mi padre, y haber sufrido con ello.

Tengo que hablar de ese tema con mi madre, y decirle que estaría bien que se abra a nuevas experiencias y personas.

—¿Alguna vez la oíste pronunciar mi nombre?

Niega con la cabeza, pero añade:

—Mi madre dice que casi todos los días hablaban de ti, y se imaginaban cómo estarías, aunque delante de mí no lo hicieron nunca.

—¿Ella te apoyaba cuando les dijiste que te vendrías a Finlandia?

—Sí. Los tres me apoyaron y me animaron. Les encanta tu país, Kaarle. Fueron muy felices aquí. Incluida mi tía.

Asiento y la abrazo. Por ahora, no quiero seguir hablando de mi madre.

—Violeta, ¿seguimos siendo novios?

Ella me corresponde con un beso apasionado y una sonrisa.

—¿Acaso hemos dejado de serlo en algún momento?

Nos miramos y el universo se detiene. Solo importamos nosotros y este instante. Nuestras vidas ahora están juntas y ya no tengo miedo de mudarme a otro país. Incluso a España.

Me da igual lo que suceda, mientras suceda a su lado.

—Soy mitad español. ¿Eres consciente?!

—¿Quién me iba a decir a mí que vendría al Polo Norte y encontraría, y me enamoraría, del español más blanco de los más de cuarenta millones que hay en el mundo?

—Oye —digo comenzando a hacerle cosquillas.

—Vale, es broma. Es broma. —No para de reírse, y me siento vivo de nuevo.

Capítulo 57

Kaarle

Nos duchamos rápido antes de ir a Koti para reunirnos con los demás.

Violeta se viste con un jersey rosa chicle y unas orejeras que tiene a juego. Creo que tiene más orejeras que camisetas o pantalones juntos. Sea como sea, está espectacular con ese color.

—Pareces un algodón de azúcar, «achuchable». —La abrazo fuerte—. Además, el color de pelo te sienta de escándalo. ¡Es que eres guapísima!

Su rostro se vuelve tan rojo como el de un tomate y, con la sonrisa que lleva en él, sus mejillas gordinflonas lo son aún más.

—¡Gracias! Me he cortado un poco el flequillo, ¿se nota?

—Sí, ahora se ven más tus cristales.

—Si continuas diciéndome tantas cosas bonitas, no se me va a bajar el rubor de las mejillas —añade mientras termina de coger el chaquetón, los guantes, la bufanda y se pone las botas de nieve.

—¿Quién ha dicho que quiera que se te quite el rubor? —La beso mientras sacude la cabeza y cerramos la puerta.

—¿Cómo estás?

—Bien. Contigo a mi lado todo es posible. —Le agarro la mano y respiro hondo.

Heli está en la recepción y, cuando nos ve bajar con las manos entrelazadas, sonrío.

—¡Bien! ¿Volvemos a ser un grupo de cuatro? —Ambos asentimos y Heli nos abraza fuerte—. ¡Feliz cumpleaños de nuevo!

—¡Muchas gracias! Y gracias por todo. No sé qué habría sido de mí estos días sin ti a mi lado.

Heli mueve la mano restándole importancia y nos da otro abrazo.

—Suerte en Koti. Seguro que os va muy bien, pero si necesitáis algo, aquí estoy. Y, Kaarle, estoy muy orgullosa de ti.

La abrazo de nuevo y le doy un beso en la frente. Ni en mis mejores sueños habría pensado que conseguiría una amiga tan espectacular como Heli.



Al entrar en la cafetería, veo que los tres se han sentado en la mesa que suele ser habitual de ambos. Ese simple gesto, me reconforta.

Mi madre se levanta como un resorte nada más verme y no sé cómo actuar.

Violeta se me adelanta y le da un fuerte abrazo, al que mi madre corresponde. Con sus ojos parece preguntarle algo y Violeta asiente.

Mi madre me mira ahora con una pequeña sonrisa y me pide que me siente a su lado.

—No tuvimos tiempo de presentarnos —dice el padre de Violeta—, pero soy Luis. Encantado de conocerte, y muchas gracias por cuidar y hacer tan feliz a mi hija.

—Y yo soy Clara —añade la madre con una tierna sonrisa.

Es la primera vez que conozco a mis suegros.

Al pensarlo, empiezo a sudar un poco. Espero agradecerles.

—Encantado, soy Kaarle, y es un placer conocerlos. Su hija habla muchísimo de ustedes. Se nota que los quiere.

—Por favor, no nos hables de usted —me pide Luis.

—Eso, Kaarle. Son mis padres, tranquilo.

Se me escapa una risita floja. Necesito agua para calmarme.

—¿Qué tal os ha ido en Ranua? —pregunto, mirando principalmente a mi madre.

Los demás parecen entenderme y dejan que sea Rosa quien me cuente el día que han pasado.

Poco a poco, el ambiente se va volviendo más distendido y, al final, nos estamos riendo mientras escuchamos anécdotas de Violeta siendo un bebé.

Violeta es nuestro nexo, por el momento. La que nos hace sentir más tranquilos.

Ya sabía yo, desde que la vi por primera vez, que esta chica me cambiaría la vida, pero no me imaginé cuánto.

Cuando salimos de la cafetería, me quedo rezagado al lado de mi madre.

—¿Queríais venir en Nochevieja a casa?

Ella abre sus ojos y asiente con rapidez.

—Sí, por supuesto. ¿Tú quieres que vayamos? ¿Qué vaya?

Asiento y le dedico una sonrisa.

—Esto es muy raro tengo que confesarlo. No me esperaba encontrarte. Lo daba un poco por perdido. —Sus ojos se apagan un poco. —No, tranquila. No te estoy echando la culpa. Solo quiero que me entiendas. A pesar de que es raro, estoy muy feliz por haberte encontrado, porque el destino haya barajado las cartas así. Y..., me gustaría ir a visitarte a Málaga. En Semana Santa, por ejemplo.

Los ojos de mi madre se llenan de lágrimas y asiente.

—Puedes venir siempre que quieras. Mi casa tiene dos habitaciones. Una de ellas siempre ha sido para ti. Bueno, y para Violeta y Taimi. Para vosotros. Tiene una cama grande, y cabe otra más pequeña al lado.

Mi madre ha incluido a mi hermana sin siquiera yo pedírselo.

—Gracias por contar con Taimi.

—No hay de qué. No te separes de ella jamás. No la abandones. Vive tu vida, pero si te necesita, no tardes más de veinticuatro horas en estar a su lado.

No sé si son las palabras que pronuncia o el cúmulo de sensaciones y sentimientos que tengo, lo que hace que la abrace.

Nos damos un abrazo muy fuerte y ambos lloramos.

Cuando nos separamos, Violeta está secándose las lágrimas con sus dedos enguantados, y Luis y Clara están cogidos con fuerza del brazo.

—Kaarle, si quieres, puedo venir a visitarte una vez al mes. Puedo permitírmelo, y me haría muy feliz. Pero no quiero agobiarte. Solo me gustaría ir conociéndote poco a poco.

—Claro que sí. ¿Qué te parece si primero vamos Violeta y yo a Málaga en Semana Santa y después hacemos lo de vernos todos los meses?

—Perfecto.

—¡Sí! —grita Violeta ilusionada—. ¡Vamos a ir a Málaga! ¿Cuándo compramos los billetes? —sigue gritando, saltando por la carretera.

Se agacha y coge una bola de nieve que impacta de lleno en mi hombro.

Todos comenzamos a reír y a tirarnos bolas de nieve.

—¿En Nochevieja? ¿En mi casa? —propongo.

Asienten y Violeta se lanza a mis brazos dándome un beso que termina con una bola de nieve en mi culo.

Capítulo 58

Violeta

Estamos sentados en el autobús rumbo a la competición de Kaarle.

Les he contado todo lo que se ha esforzado estos últimos meses para ganar esta competición y conseguir el dinero suficiente como para que su hermana pueda tener la vida que ella desee, y nosotros podamos empezar un proyecto juntos.

Mi padre me ayuda a llevar mi equipo de cámaras, y se agradece.

Tengo que hacer las últimas entrevistas a los organizadores de las competiciones y, espero, que a los que queden en el pódium.

Estoy deseando ver que todo sale bien, pero primero hay que darle ánimo a Kaarle.

Estos dos últimos días ha entrenado seis horas por la mañana.

Onni ha hecho las excursiones de las motos y yo he estado con mis padres y mi tía en la oficina.

Onni nos había dado unos días libres con todo el revuelo que sucedió, pero me sentía mal, si seguía faltando. En esta época hay mucho trabajo y ha tenido que hacer malabares para ingeniárselas él solo.

Por las tardes hemos ido los cinco a pasear y a ver puestos de Navidad.

Kaarle y mi tía cada vez hablan más.

Cuando llegamos, nos encontramos con Taimi y Kalwa.

Es la primera vez que las veo en una competición.

Taimi se me lanza a los brazos y me da muchos besos, a los que correspondo con entusiasmo.

Les presento a mis padres a Kalwa y a Taimi.

Mi tía se aleja para hablar un poco con Kalwa, mientras la competición empieza.

Cuando regresan, ambas tienen los ojos rojos, pero van agarradas del brazo. Otra pieza del rompecabezas que va encajando.

Onni y Heli no van a poder asistir a la competición. Están hasta arriba de trabajo y se han quedado tranquilos al ver que Kaarle va a tener a muchas personas que lo quieren y lo aprecian a su alrededor. Eso sí, quieren que les informe lo más rápidamente posible del resultado.



La competición comienza con un grupo de cuatro buzos en el que Kaarle no aparece.

Uno de ellos es una chica y me encanta ver que obtiene un resultado bastante bueno.

Dieciocho minutos y veintidós segundos.

Mejor que sus otros tres compañeros.

Quizás llega al pódium. Ojalá, pero me gustaría mucho hacerle una entrevista de cualquier manera.

Tenemos que esperar dos rondas más para que le toque a Kaarle.

Cuando sale de la carpa, levanta la cabeza buscándonos.

Al vernos, alza la mano.

No podemos verle la cara. Ya lleva puesto todo el equipo, pero estoy segura de que ha sonreído.

Preparo mi cámara y comienzo a grabar.

Taimi está a mi lado todo el tiempo haciéndome preguntas, y Kalwa está junto a mis padres y Rosa.

Cuando le toca el turno a Kaarle, mi corazón vuelve a latir desbocado. No importa cuántas veces le vea sumergirse bajo el hielo, siempre siento un poco de miedo.

Tras sobrepasar los dieciocho minutos y medio, empiezo a ponerme realmente nerviosa.

Mi tía y Kalwa se agarran con fuerza la mano, y ninguno de los cuatro desvía la mirada del agujero.

Al llegar a los diecinueve minutos y ocho segundos, doy un salto.

Por ahora, ese es el mejor resultado.

Sabía que lo superaría.

No quedan muchos buzos por competir y solo uno de ellos ha llegado a los diecinueve minutos.

¡Qué orgullosa estoy de él!

Sale cuando se cumplen exactamente veinte minutos.

Todos gritan y aplauden.

Kaarle acaba de ganar la competición.

Bueno, quizás lo igualan. En ese caso, habrá dos ganadores, porque no puede permanecer más de veinte minutos bajo el agua.

Así que, ha conseguido el diez. El trofeo. El oro.

Kaarle sale. Está tiritando.

Se quita las gafas, el gorro y nos mira con una sonrisa inmensa. Está morado y corriendo le llevan dentro de la carpa.

Taimi y yo llamamos a Heli y a Onni por videollamada para darle la noticia.

—Mi hermano ha conseguido estar veinte minutos bajo el agua. Es el ganador.

Heli y Onni empiezan a dar palmadas y a gritar.

—Lo sabíamos. Sabíamos que ganaría.

—Sí... Es el mejor —añade Onni—. Felicitadle de nuestra parte. Decidle que mañana lo vemos en la cena.

Asentimos y les mandamos besos antes de colgar.

Taimi se sube a mi espalda y yo le hago dar vueltas.

¡Qué emoción se siente al ver que, trabajando duro, las cosas se consiguen! Este año ambos hemos trabajado muy duro y estamos teniendo nuestra recompensa.

Kaarle ha ganado la competición, ha conocido a su madre, se han perdonado y ha cicatrizado sus heridas.

Yo he volado hasta la otra punta de Europa, he encontrado trabajo, me he conocido más a mí misma, he sido valiente, he empezado a trabajar en mi proyecto personal y he encontrado a los mejores amigos y novio posible. Además de a una hermana pequeña y a una abuela.

Estoy ensimismada en mis pensamientos cuando mi tía me da un fuerte abrazo.

—Lo ha conseguido. Mi niño lo ha conseguido.

—¿Sabes una cosa? —le pregunta Taimi a Rosa.

—¿El qué, preciosa?

—Kaarle siempre soñaba con que su madre lo viera ganar algún día una competición bajo el hielo. Gracias por hacer su sueño realidad.

De nuevo, los ojos de mi tía se llenan de lágrimas, al igual que los míos.

—Gracias a ti por cuidarlo y quererlo tanto, Taimi —le dice mi tía.

—Ahora podemos cuidarlo las dos. Bueno, las tres —añade mirándome—. O las cuatro —asegura sonriéndole a Kalwa que acaba de acercarse.

Los demás competidores no consiguen superar los diecinueve minutos, así que no solo Kaarle ha ganado la competición, sino que ha sido el único en llegar a los veinte.

Mientras preparan el pódium, me acerco a los directores y les cuento mi proyecto, un poco nerviosa.

Sin embargo, les parece una idea estupenda y no dudan en colaborar respondiéndome a cada una de las preguntas.

Cuando terminamos, les doy las gracias una y otra vez.

Ellos asienten y me dan sus números de teléfonos. Quieren que les avise cuando se publique.

¡Ojalá que se publique!

Me vuelvo a acercar a mi familia que están en primera fila esperando a que salgan a recoger los trofeos.

Enciendo mi cámara para estar preparada.

Cuando lo veo salir, ya cambiado, tan guapo, con esa sonrisa tan inmensa, se me derrite el corazón.

Le gritamos y silbamos lo más fuerte que podemos, y no deja de mirarnos.

—Este premio va dedicado a mi padre. Él me enseñó este deporte que tanto amaba. Sé que, si estuviera a mi lado, el camino habría sido más sencillo y que estaría muy orgulloso de mí. Te quiero, papá. —Kaarle se limpia una lágrima y sigue hablando—: Pero también va dedicado a mi hermana, Taimi. Espero que tengas la vida que desees siempre. Yo voy a estar a tu lado para apoyarte. Y, a mi abuela, Kalwa, gracias por haber sido mi madre durante todos estos años.

»Además de a mis mejores amigos, Heli y Onni. Sin ellos no estaría aquí. Sin ellos no lo habría conseguido. Lo tengo claro.

»Y, por último, a mi nueva familia. A Violeta, la chica que me roba el frío de este país para llenarme de calor —dice mirándome con una sonrisa. Estoy llorando de felicidad. No puedo evitarlo—, y a mi madre, quien, por fin, está en mi vida. Espero que me veas crecer muchos años más.

Mi tía me aprieta la mano y le lanza besos.

—Gracias —vocaliza moviendo la boca.

—A ti —le responde Kaarle por el micrófono.

Luego comienza a hablar en suomi y Kalwa me aclara que está diciendo las mismas palabras, solo que esta vez para la gente de su ciudad.

Ha hablado primero en inglés para que lo entendamos.

No lo había pensado antes, pero es un gesto precioso.

Otro más.



Cuando se bajan del pódium, Kaarle se acerca a nosotros.

Taimi se lanza a sus brazos y la coge al vuelo.

Se aproxima a mí y me da un besazo antes de añadir:

—Venga, ve y termina tu documental. No nos movemos de aquí.

Sonrío, lo beso y voy corriendo en busca de los otros dos que han tenido buenos tiempos.

La chica ha quedado la tercera, y me enorgullece mucho ver que ha llegado al pódium.

Hoy competían veinticuatro personas, así que no era fácil. Y más, cuando solo eran cinco mujeres.

Los dos buzos se muestran muy comprensibles conmigo y responden a todas mis preguntas en inglés.

Descubro que también llevan desde los diez años practicando este deporte.

Eso sí, sus padres no lo hacían. Lo descubrieron viendo otras competiciones.

Ella es de Oulu, una ciudad que está más al suroeste de Finlandia; y él de Inari, un pequeño municipio de Laponia, que se encuentra más al norte.

Ambos han entrenado durante muchos años para poder llegar a donde están. Afortunadamente, nunca han tenido ningún susto, pero desean que el buceo bajo el hielo sea más conocido. Implica mucho sacrificio que no es recompensado internacionalmente.

Cuando termino la entrevista, me quedo con sus números para contarles si este documental consigue llegar a buen puerto, y les vuelvo a agradecer su colaboración.

—¿Todo bien? —pregunta mi padre pasándome un brazo por los hombros.

—Estupendo.

—Estamos muy orgullosos de ti. Eres una hija estupenda.

—Y vosotros unos padres estupendos.

—Toma, Violeta. Es zumo de uva caliente. —Me tiende una taza mi tía.

Y así es como pasamos el resto del día: tomando zumo caliente, comiendo platos típicos de la zona y riendo.

Capítulo 59

Kaarle

Acabamos de terminar de poner la mesa cuando suena el timbre.

Me parece increíble que hace apenas una semana no supiera quién era mi madre, y ahora haya podido compartir algunos momentos con ella. Mientras más tiempo pasamos juntos, más la voy entendiendo y perdonando.

Sé que todo es cuestión de tiempo, que tenemos que ir poco a poco, pero siento que estamos tomando un buen rumbo.

¡Este año me ha traído tantas cosas buenas!

Por fin la vida me da felicidad y nuevas personas, en vez de quitármelas.

Al abrir la puerta, me encuentro a una Violeta con el pelo rizado.

Me quedo pasmado.

Se ha pintado los ojos de color violeta, con brillo dorado. Lleva un chaquetón negro que le llega por debajo de las rodillas.

Está preciosa.

—Guau... —Le doy un beso y un abrazo—. ¡Estás espectacular!

—Tú también estás guapísimo con esa camisa dorada.

Esta prenda es de mis preferidas y la he acompañado de una pajarita negra, y un pantalón azabache.

Hoy es noche de celebración.

Violeta pasa al interior de la casa y se dirige hacia Kalwa y Taimi.

Ahora puedo prestar atención a los demás invitados.

Mi madre también está preciosa con un vestido azul de lentejuelas.

—Mamá, hola.

Se me acerca y me da un torpe abrazo.

Sigue siendo raro sentir sus brazos alrededor de los míos, pero he de admitir que cada vez me gusta más la sensación.

Por último, saludo a Luis y a Clara.

Apenas he cerrado la puerta cuando vuelvo a escuchar el timbre.

¡Ya estamos todos!

—Oye, pero qué guapo que estás. —Onni me silba y me saca los colores.

—Vosotros también estáis espectaculares.

Heli lleva un mono largo dorado, con una camiseta negra debajo, y Onni se ha puesto un traje rojo de lentejuelas.

Desde luego, todos vamos de celebración.

Al pasar al interior, escucho a Violeta y a mi madre preguntándole a la abuela dónde dejar las uvas.

—¿Uvas? —inquiero levantado las cejas.

—Ajá. Es una tradición española. Cuando llegan las doce de la noche hay que comerse doce

uvas. Siempre hay un reloj que marca cuándo tenemos que comernos cada una de ellas. En cada una de las campanadas, apenas hay tiempo entre una y otra. Así que, hay que masticar rápido — me explica Violeta riendo.

—¿Cómo? ¡Qué tradición tan extraña!

—La tradición se remonta a mil ochocientos ochenta y dos. Ese año hubo muy buena cosecha de uvas y la clase burguesa decidió celebrar la entrada del Año Nuevo tomando doce uvas, y champán. Se supone que da buena suerte comérselas todas. Así que, ya sabéis —añade mi madre mientras nos sentamos a la mesa y comenzamos a comer.

—¿Vosotros tenéis alguna tradición especial para celebrar la entrada de un nuevo año? — pregunta Violeta.

—Bueno... —comienza Heli—, por un lado, tenemos un plato especial. El Janssonin Kiusaus, que se puede traducir por «la tentación de Jansson». Es el plato que veis en el centro de la mesa. A Kalwa le sale delicioso —añade, dedicándole una tierna mirada a mi abuela.

—Estoy segura de ello. Huele que alimenta. —Clara se sirve un poco de vino y continúa—: ¿Qué es exactamente?

—Un plato sueco. Lleva patatas, pez espada, cebolla, pan rallado y nata. Espero que os guste.

—Por supuesto que nos va a gustar. —Sonríe mi madre—. Además, Violeta, aquí se hace un gran espectáculo pirotécnico en cada lugar. Empiezan sobre las seis de la tarde y terminan a las dos de la mañana. Sin embargo, la apoteosis total es a las doce de la noche.

—¡Tía! ¿Cómo sabes eso?

Mi madre se encoge de hombros y me mira.

—Viví aquí casi dos años. Pasé las Nocheviejas con Heikki y Kalwa. Por eso, sé que os va a gustar el Janssonin Kiusaus, aunque hace muchos años que lo comí por última vez. Su olor me ha hecho la boca agua.

Me parece increíble que mi madre haya pasado otras Nocheviejas con mi abuela, con mi padre, y conmigo en su interior. Es como si los años en los que no ha estado presente se hubieran esfumado por un instante.

Puedo imaginarla aquí sentada con mi edad, enamorada de mi padre y de mi país.

Eso es lo que más me sorprende de esta situación, mientras más tiempo paso con ella, más reflejado me veo en su físico y en su manera de ser.

—¿Te gustaba pasar la Nochevieja aquí? —se interesa Onni.

—Sí, aunque echaba de menos comerme las uvas. Me alegro de que ahora seamos cuatro españoles. Bueno, cuatro y medio —aclara mirándome—. Es una tradición muy española y a la vez divertida. Ya lo veréis cuando empecemos a comérmolas todas.

—¿Yo también voy a comérmelas? —pregunta Taimi con ojitos de cachorrillo.

—Si quieres, puedo pelarte las más pequeñitas. Si ves que te cuesta comértelas, no pasa nada. Te las comes cuando terminen las campanadas. Yo voy a tu ritmo, ¿vale? —le dice Luis.

—Sí, gracias.



La velada pasa tranquila.

De vez en cuando, se ilumina el cielo con fuegos artificiales. Es una tradición que cada vez me gusta menos, la verdad. Los animales sufren mucho al oír tanto ruido. Se asustan, y el aire se contamina más, pero supongo que las tradiciones hay que ir cambiándolas poco a poco.

Por ahora, lo de las uvas de España me gusta mucho.

Cuando quedan unos diez minutos, Luis pone en el móvil la televisión en directo. Se ven dos presentadores hablando español, vestidos elegantemente y con una copa de champán.

Las cámaras enfocan a una plaza llena de gente.

Violeta me cuenta que es la Puerta del Sol, en Madrid. Es el lugar desde el que se televisan las uvas a nivel nacional.

Se aprecia un clima relajado y vivo.

La gente está en la calle sin tanta ropa y no hay nieve.

Es diferente, pero me apetece descubrirlo. Me apetece conocer más tradiciones españolas.

He tenido suerte de encontrar a Violeta. Espero que me enseñe a amar el país de mi madre. En cierto modo, mi país.

—Estas campanadas son las del año anterior. En España queda una hora para que sean las doce. Pero no pasa nada, todos los años es igual. Con el mismo ambiente —especifica Clara.

Al empezar las campanadas, Onni se come una uva.

—¡No, no! —Ríe Violeta— ¡No te la tragues! ¡Son los cuartos!

—Entonces, ¿cuándo empieza? —pregunta Onni nervioso.

—¡Ya! —grita mi madre.

Todos empezamos a comernos las uvas.

Es muy divertido ver cómo los mofletes se van hinchando por la cantidad de uvas, que tenemos en la boca.

Me cuesta tragarlas. Estoy nervioso.

Violeta me mira con sus grandes ojos comiéndose una tras otra. Parece que ya no le cuesta trabajo.

Cuando suena la duodécima campanada, Violeta, Clara, Rosa, Luis y Taimi se han terminado todas las uvas.

—¡Feliz Año Nuevo! —gritan al unísono, mientras nosotros terminamos de comérmolas.

Violeta me mira.

—No te preocupes, el año que viene seguro que te da tiempo a comértelas. ¡Feliz Año Nuevo! —Me besa con suavidad y me agarra la cintura.

—Feliz Año Nuevo. Eso no lo dudes. El año que viene seré un experto. Llevaré un año con mi novia y conociendo a mi madre española. Seré casi español.

Mis palabras les sacan una carcajada a ambas.

—¡Feliz Año Nuevo, hijo! Gracias por permitirme estar aquí.

—Gracias a ti por haber sido valiente y haber hablado conmigo. ¡Feliz primer año juntos de nuevo, mamá!

Capítulo 60

Violeta

Anoche fue una de las mejores Nocheviejas de mi vida.

Me sentí inmensamente feliz.

Supe que estaba en el lugar correcto, con todas las personas que más quiero, sentadas en la misma mesa.

Mi familia, mis amigos, mi novio y mi nueva familia, todos reunidos.

Si alguien me hubiera dicho cuando cogí el avión, a principios de octubre, que en Nochevieja estaría rodeada de todas estas personas, que estaría viviendo la vida que tengo, y que sería tan feliz, no me lo hubiera creído jamás.

Hay decisiones en la vida que lo cambian todo y, desde luego, Rovaniemi me ha cambiado por completo.

Cogería ese avión una y mil veces más.

Volvería a pasar cada una de las dificultades que he vivido, por volver a este instante. A la noche de ayer. A esta vida.

Soy feliz y afortunada por poderlo gritar de esta manera.

Estoy viviendo la vida que deseo vivir.

He sido valiente y lo he conseguido.

He conseguido sentirme completa y bien.

A pesar de que estoy en el coche de Kaarle, sentada en el asiento de atrás, en medio de mis padres, mientras los llevamos a los tres al aeropuerto, conteniendo las lágrimas.

Kaarle va hablando con mi tía, y yo estoy apretando las manos de mis padres.

Las despedidas son lo peor, pero ya tenemos el billete para Semana Santa.

Lo sacamos ayer.

Nos iremos diez días.

Onni nos dijo que no había problema.

Este año, la temporada de invierno, ha ido muy bien y está pensando tomarse unas vacaciones él también.

Creo que irá con Heli a Dinamarca.

Así que, la empresa permanecerá cerrada unos días.

No veo la hora de llevar a Kaarle a mi ciudad.

Estoy deseando pasear con él por la playa y ver cómo todos lo miran, porque está más blanco que la leche.

Kaarle será un guiri en España, y creo que voy a reírme bastante.

Cuando paramos el coche y sacamos las maletas, no puedo evitarlo. Las lágrimas se me agolpan en los ojos y empiezan a derramarse.

Para mi sorpresa, los ojos de Kaarle también están acuosos.

Al igual que los de mis padres y mi tía.

—Definitivamente, las despedidas son lo peor del mundo —dice Kaarle, intentando sonreír.

—Ni que lo digas. —Mi padre le da un abrazo—. Cuídate. Nos vemos pronto.

—Vosotros también cuidaros mucho y... no dejéis a mi madre sola. Espero que podamos hacer videollamadas, mamá.

Mi tía asiente con una inmensa sonrisa, a pesar de sus lágrimas.

—Por supuesto, Kaarle. Siempre que quieras, llámame. A no ser que esté trabajando, te contestaré. Sea cuando sea. Estoy para ti, ¿vale?

—Vale. —Se funden en un abrazo.

Miro a mis padres y, sin decir nada, nos entendemos.

Los tres nos acercamos a ellos y los abrazamos por detrás.

Somos cinco personas. Cinco corazones latiendo unidos. Latiendo juntos.

Somos una familia.

Por megafonía avisan de que la puerta de embarque del vuelo se abre en diez minutos.

Tienen que darse prisa para facturar las maletas.

—Buen viaje. Os quiero muchísimo. Gracias por haber venido a visitarme.

—Te queremos, hija. Mucho. No te imaginas cuánto nos alegramos de que hayas encontrado tu lugar en el mundo. —Mi madre me da un último abrazo antes de alejarse.

—Más te vale enamorarte de Málaga —le dice mi padre a Kaarle, en un tono medio acusador, medio bromista—. Cuando pasen unos años, espero que regreséis a vivir allí.

—Ojalá. Ya veremos.

—Bueno, también tengo que llevarte a Santander...

—Luis, se nos va a escapar el vuelo —grita mi madre.

—¡Ya voy! Nos vemos pronto.



Vamos en el coche escuchando *Dirty Paws*, de Of Monsters and Men. Siempre será la primera canción que escuchamos juntos. La primera canción de nuestro viaje en carretera a Oulanka.

¡Qué recuerdos tan bonitos!

—¿Cómo estás?

—Bien. Ya los echo de menos —le confieso—. Pero estarán bien, y en tres meses los vemos de nuevo.

—¿Estás segura de que quieres seguir aquí?

—Sí, aún me falta mucho por vivir y experimentar. Además, ahora tenemos una vida juntos.

Kaarle posa su mano en mi pantalón y sonrío.

—¿Y tú? ¿Cómo estás?

—Un poco abrumado. Necesito asentar bien todas mis emociones, y todos los momentos vividos.

—Lo sé. Te entiendo. Tranquilo.

La canción sigue sonando y el paisaje blanco nos envuelve.

—Kaarle...

—¿Sí?

—Te quiero.

—Te quiero.

Epílogo

Violeta

—¡Kaarle! —grito mientras terminamos de meter la última maleta en el coche y cerramos la puerta de nuestro apartamento.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? —Me mira preocupado.

—Me han aceptado el documental. Les ha gustado. Van a emitirlo el mes que viene en *prime time*.

Kaarle me coge en volandas y me besa mientras dice una y otra vez lo orgulloso que está de mí.

—Lo sabía. Sabía que lo conseguirías. Te ha quedado espectacular.

—¡Gracias! Me dijeron que van a doblarlo al español y que, si todo va bien, quizás puedan hablar con otras televisiones europeas del mismo conglomerado para que se emita en otros países. ¡No me lo puedo creer! El legado de tu padre va a ser conocido, y el tuyo.

—Y todo gracias a ti y a tu brillante idea. Sabía que reconocerían el talento, y este es solo el primero de muchos. Lo sabes, ¿verdad?

Asiento, haciéndome una coleta y montándome en el coche.

Vamos a llegar tarde si nos demoramos un poco más.

Tenemos que pasar a recoger a Onni, para que traiga el coche de vuelta a la casa, y el avión sale en un par de horas.

—Ya estoy pensando en hacer otro sobre la gastronomía finlandesa. Hay muchas recetas espectaculares que pocos conocen. Aunque quizás, eso queda mejor en formato reportaje...

—Quedará bien en el formato que tú escojas. Yo puedo ayudarte con las traducciones, si lo necesitas. Ya lo sabes.

—Gracias, Kaarle. Gracias por apoyarme.

—A ti.

—¿Cómo estás? ¿Tienes ganas de conocer tu otro hogar?

—Por supuesto. Aunque ya tengo mi hogar justo aquí. A mi lado.

Me ruborizo y le pongo la mano en la pierna.

De fondo suena la emisora española que hemos sintonizado para que Kaarle pueda empezar a aprender español.

—¡España, allá vamos! —dice con un acento demasiado marcado, pero me saca una sonrisa.

Está aprendiendo bastante rápido. Es muy buen alumno.

Si yo he conseguido mejorar mi inglés en estos meses, él también lo conseguirá con el español. Estoy segura.

—Allá vamos —respondo también en español—. Vivamos el siguiente capítulo de nuestra vida.

Agradecimientos

Esta novela significa muchísimas primeras veces para mí.

Primera vez que confío lo suficiente en mí como para animarme a escribir una novela, en vez de un relato. Primera vez que termino una novela; primera vez que pienso que quizás podría llegar a ser algún día escritora; primera vez que me animo a mandarla a las editoriales; primera vez que me enfrento a los silencios y los rechazos, y primera vez que me dicen que sí, que mi novela les gusta, que le van a dar una oportunidad y que ese sueño que tenía desde pequeña va a cumplirse.

Cuando escribí esta novela, acababa de terminar la universidad y estaba muy perdida. Sin embargo, gracias a Violeta, llené mi vida de experiencias.

Es una protagonista que me ha dado muchas cosas.

Se convirtió en mi amiga y me ayudó a ser más valiente, y a buscar mi camino. Gracias a ella escribí su historia, y me lancé con la mía.

Muchas gracias a todo el equipo de Ediciones Kiwi por confiar en mí. En especial a Teresa, por ser la persona que contactó conmigo para darme la noticia de que mi novela tenía casita, y ayudarme en el proceso.

También agradecer a Eva de @its_evaart por la ilustración tan bonita que ha hecho para la historia y por todo lo que estamos planeando juntas para llenar de imágenes mis palabras. Ha sido una suerte coincidir contigo en este proyecto.

Gracias a mis padres, Jose e Isabel, por confiar siempre en mí, por impulsarme a que escriba y por llevarme de viaje a Rovaniemi, cuando os dije que estaba escribiendo una novela ambientada en esa ciudad y que quería ir para documentarme mejor y ser capaz de plasmar en palabras todo lo que viviese durante una semana.

Gracias a mi hermana, Isabel, por acompañarme a Finlandia, y por acompañarme en la vida. Eres un pilar importantísimo para mí. Contigo sé que nunca estoy sola. Gracias a tus consejos mejoré la historia.

Gracias a mi tita Tere por inculcarme la pasión por la cultura, la curiosidad, los libros y viajar. Todo esto también tengo que agradecerlo a mis padres. Vosotros tres habéis influido mucho en mi forma de ser y de ver la vida.

Gracias a mi amiga María por leerse la novela, mandarme esos audios tan divertidos y darme tantos consejos para mejorarla.

Gracias a mi prima Sandra. Me diste el empujón final para creer que esta historia era lo suficientemente buena como para pensar en publicarla.

Gracias a Diego. Gracias por ser mi vitamina R, la persona que come pizza con piña conmigo y quien me hace sentir especial cada día. Tu apoyo me sube siempre la autoestima y me hace pensar que no hay montañas que no pueda alcanzar.

Gracias a Lidia, Andrea, Toñi, Tajani, Marina, Aurelia, Cristina, David y Lucía por ilusionaros tanto por mí cuando os di esta noticia, y vivir este proceso a mi lado.

Gracias a Alice Kellen, Paula Gallego, Rolly Haatch, Samuel Estepa, Julia de la Fuente, Beatriz Esteban y Paola Calasanz por ser inspiración.

Y, sobre todo, muchas gracias a ti, que tienes esta historia entre tus manos y has decidido darle una oportunidad con todas las novelas que existen hoy en día. Sin tu apoyo este sueño no

llegaría muy lejos.

Si te apetece comentarme qué te pareció la historia, no dudes en contactarme por mis redes sociales @silviaa_carrasco.

Espero que volvamos a encontrarnos pronto entre letras.

Un abrazo,

Silvia.